

ELSA GARCÍA

JODER SI TE QUISE...

Serie Somos Agua I



Joder si te quise...

Elsa García

© Elsa García

1ª edición, febrero de 2019

Imagen de cubierta: Lorena Pacheco

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A todas aquellas personas que alguna vez han sentido que no son suficiente.
Os equivocáis.
Sois más.*

«Jamás en toda mi vida olvidaré tu presencia.
Me acogiste destrozada y me devolviste íntegra, entera»
Frida Kahlo

«No hay buenos ni malos amigos.
Solo personas con las que uno quiere estar; necesita estar.
Gente que ha construido su casa en nuestro corazón».
Stephen King. «It»

Índice

Primera parte. Mi vida con Ana

Hana. 14 años

Hana. 15 años

Hana. 16 años

Hana. 17 años

Hana. 18 años

Segunda parte. Mi vida con ellos

Dos años más tarde. Primer año de universidad.

Hacerse entender. Hana

La nueva. Gabi

Un café. Víctor

La cita. Hana

Rota. Víctor

Puto asco. Gabi

Dejarme llevar. Hana

Hermanos. Víctor

Nada más. Gabi

Ocho semanas después. Segundo año de universidad.

Ridiculez. Víctor

Reencuentros. Hana

Tenemos que hablar. Gabi

Que merezca la alegría. Hana

Seguimos jugando. Gabi

Es una mierda. Hana

Vuelta a empezar. Víctor

Controlado. Hana

Diciembre. Tercer año de universidad.

Patética. Hana

Gilipollas. Gabi

Jodido gilipollas. Víctor

Encanto. Hana

Tensión no resuelta. Víctor

¿Qué cojones estás haciendo? Gabi

Caos. Hana

Me sabe a promesa. Gabi

Me dejé la vergüenza olvidada. Hana

Como un kamikaze. Víctor

Primer mes de curso. Cuarto año de universidad.

Segundas oportunidades. Hana

Cambios. Gabi

Raro. Víctor

Solos. Hana

La quiero para mí. Gabi

El sitio de mi recreo. Hana

Lo dejo todo de lado. Víctor

La fea realidad. Hana

Seré lo que tú quieras que sea. Víctor

Lo que pasó cuando solo fuimos dos.

En tierra de nadie. Gabi

Tercera parte. Mi vida

Cuatro años después de que él tomase aquel avión.

Leer da sueños. Hana

Incompleto. Víctor

Amigo con derecho a orgasmos. Hana

Deja de dar cosas por sentadas. Gabi

Yaima. Hana

Nunca fue suficiente. Víctor

Epílogo

Siete meses después. Hana. 29 años

Agradecimientos

Sobe la autora

Primera parte

Mi vida con Ana

Hana. 14 años

—Hana, ¡más deprisa! Si no llegas a las dieciocho vueltas estás suspendida otra vez y solo te quedan cinco minutos.

Mi profesor de Educación Física me grita una vez más al pasar de nuevo por la línea de salida mientras mis compañeros se ríen de mí sin tratar ya de disimular siquiera.

Solo he conseguido dar doce vueltas y mis jadeos y la horrible capa de sudor que cubre cada poro de mi cuerpo me advierten que no voy a ser capaz de mantener mucho más el pésimo ritmo que he aguantado hasta el momento.

Odio al señor Sagarra. Odio la gimnasia. Odio el test de Cooper. Pero, sobre todo, odio mi cuerpo.

Cuando Neus me adelanta por la derecha puedo escuchar su risilla de hiena mucho más alta que las de todos mis demás compañeros. Se supone que es mi amiga, aunque hay días en los que pienso que esa pequeña serpiente no puede saber de verdad lo que es tener nada más que esbirros.

Ella no para de repetirme que todo lo que me dice es por mi bien, que no debo acostumbrarme a verme así, porque entonces no le gustaré a nadie. Yo trato de creerla, aunque aún recuerdo que el verano en el que perdí cinco kilos no parecía nada contenta con que algunos chicos comenzaran a hacerme caso.

No fue algo que me diese demasiado tiempo a analizar. Apenas unas semanas después me cansé de seguir la duodécima dieta que mi madre quiso imponerme a través de un nutricionista y recuperé todo el peso perdido, además de un par de kilos más de regalo. Actualmente, con catorce años y apenas un metro sesenta de estatura, peso 72 kilos.

Dos vueltas más tarde alrededor de la pista de baloncesto, un leve mareo se instala en la parte posterior de mi cabeza y los chicos que me van doblando, corriendo a mi lado, empiezan a dibujarse ante mis ojos como figuras algo borrosas.

El señor Sagarra no deja de gritarme que debo aumentar el ritmo de mi carrera si quiero aprobar ese cuatrimestre, pero su voz me llega cada vez más lejana y amortiguada, como si lo escuchase desde el fondo de un lago. Un montón de saliva comienza a amontonarse en la boca y un leve escalofrío recorre mi nuca una y otra vez.

Me detengo en mitad del polideportivo y me doblo sobre mí misma, apoyando las manos en las rodillas, tratando de recobrar algo de resuello. La sensación de inestabilidad aumenta cuando me yergo de nuevo para continuar con la prueba y, sin poder retenerla, una arcada trepa por mi garganta de una manera tan violenta que no puedo evitar que un chorro de vómito salga despedido contra una de las estúpidas chicas que siempre acompañan a Neus.

—¡Dios, qué asco! ¡Hana Mantequilla me ha potado encima!

También odio el mote con el que me bautizaron al llegar a aquel colegio. Mi evidente sobrepeso puso fácil las bromas pesadas a costa de mi apellido original: Mantilla.

—Puaj, apartaos, u os vomitará a todos.

—¡Se va a desplomar!

—Cuidado, si se os cae encima, ¡os aplasta!

Las burlas se van tornando más crueles, aunque yo apenas las oigo ya. El gimnasio se vuelve un borrón y todo da vueltas.

El esfuerzo que he hecho en la última media hora para conseguir evitar un nuevo suspenso en Educación Física no va a servir de nada.

Me tambaleo y siento el contacto de un compañero que, lejos de intentar ayudarme, me da un pequeño empujón animado por sus amigos. No es brusco, pero basta para que la poca estabilidad que siento abandone mi enorme cuerpo y caiga de rodillas sobre la tarima del gimnasio.

Escucho un grupo de voces cuchichear entre sí mientras me rodean, y me doy cuenta de que nadie va a prestarme una mano para levantarme, así que cuando lo intento yo sola, tan solo consigo trastabillar y caer de nuevo de una forma más aparatosa, haciéndome daño en un tobillo.

La nueva oleada de risas queda acallada por un grito que parece llegar en mi rescate.

El señor Sagarra me coge en volandas y me saca de ahí. Yo prefiero fingir que me he desmayado para no tener que abrir los ojos y que todos vean que no he podido evitar que se me llenen de lágrimas.

Si me preguntáis cómo pude permitir que esta situación se me escapase tanto de las manos, os diré, simple y llanamente, que no lo sé.

Siempre he sido una niña rellanita, callada y algo tímida. Sociabilizar no se me da bien y nunca ha sido una de mis prioridades. Suelo pasar las horas con

la cabeza enterrada entre las páginas de algún libro porque allí, en esos mundos lejanos que otros inventan para mí, soy feliz.

Es cierto que mi carácter retraído no me ayuda a hacer demasiadas amistades. Tampoco las echo en falta.

Tengo a Harry, Ron y Hermione. Y antes que con ellos, he pasado muchas noches con Jo, Meg, Beth y Amy. También he soñado durante mucho tiempo con vivir una historia como la de Buttercup y Westley. Llegué a pensar que nadie podría superar nunca las aventuras vividas por Atreyu y Fújur, hasta que hace unos años conocí a Frodo, Sam, Aragorn y Gandalf y ahora solo puedo fantasear con vivir algo tan mágico como lo que a ellos les encomendaron.

Mis amigos viven en mis estanterías, y a mí no me importa, porque quizás ellos no puedan acompañarme al cine o invitarme a una fiesta un viernes por la noche, pero tampoco me insultan ni se ríen de mí. Y eso es una novedad en mi día a día que se me antoja agradable.

Siempre he sido una persona introvertida, y, a fuerza de intentar ser invisible, he perfeccionado el arte del silencio. Procuro no hablar a menos que alguien se dirija a mí directamente y así consigo pasar desapercibida la mayor parte del tiempo.

Se me había dado muy bien hasta hace poco. Hasta que llegó Neus.

No sé qué le he hecho, la verdad, pero estoy convencida de que me odia por mucho que casi siempre esconda su verdadera cara detrás de enormes sonrisas.

Neus Barbés es la perfecta chica popular. Esa que tiene tantos amigos que debió de quedarse con los que nos correspondían a dos o tres de los parias del instituto. Guapa, con estilo y el carisma suficiente como para que ningún chico le niegue nunca nada. Un dechado de virtudes andante que, hace unos meses, decidió empezar a hablarme.

El primer día que se me acercó, estaba tan cortada que me parece que solo atiné a balbucear unas pocas palabras. Llegué a casa más emocionada de lo que me hubiese gustado admitir y hoy os puedo confesar que me ilusioné de verdad pensando que las cosas podían cambiar para mí.

Pronto me di cuenta de que me equivocaba.

Neus podía ser muy amable conmigo a ratos y, de pronto, soltar comentarios muy hirientes sobre mi físico asegurándose de que siempreuviésemos un público numeroso. No tardé demasiado en darme cuenta de que sus atenciones me hacían más daño que su indiferencia. Cuando todos te ignoran, tampoco se meten contigo. Cuando alguien que despierta admiración

te insulta, todos corean la humillación.

El problema es que cuantas más bromas crean a mi costa en las aulas del instituto, más culpable me siento por no hacer nada para cambiar mi aspecto; y cuanto peor me siento conmigo misma, más como.

Si salgo de compras con mi madre para sustituir unos vaqueros viejos y me pruebo una decena sin que ninguno me cierre del todo, me atiborro a chocolate al llegar a casa.

Si un sábado por la noche todo el plan que tengo es quedarme en mi cuarto viendo series en la tele porque nadie se ha acordado de mí para salir un rato, me preparo un bol enorme de palomitas y gominolas.

Si me siento culpable por haber repetido plato cuando sé que no debía hacerlo porque ya ni siquiera tenía hambre, me premio con un postre repleto de azúcar.

Si escucho a mi madre llorando encerrada en su habitación porque sigue echando demasiado de menos a mi padre, caliento el horno para meter unas pizzas.

El aburrimiento, la desidia, la tristeza y el nerviosismo son excusas perfectas para levantarme una y otra vez a revisar los armarios de la cocina en busca de algo que me llene en algún sentido, aunque nunca lo encuentre.

Hana. 15 años

Cuando tenía ocho años me desperté en mitad de la noche escuchando música. No sabía de dónde venía, pero la melodía me hacía sentir bien y me levanté de la cama decidida a localizar aquellas notas que habían conseguido hacerme sonreír en mitad de mi duermevela.

Me asomé al salón y encontré a mis padres abrazados, moviéndose despacio al compás de aquel sonido que parecía haberles sumido en un mundo propio al que nadie más podía acceder.

Recuerdo pensar que estaba segura de que se iban a querer siempre, porque si encuentras a alguien que te mire como mi padre miraba a mi madre en ese momento, es imposible que una mañana te levantes sin sentir que sois un todo que encuentra sentido al estar juntos.

Como tantas otras veces en mi vida, me equivoqué por completo.

Un mes después de cumplir los doce, Sergi, como decidí llamar a mi padre desde ese momento, metió en tres maletas todos los años que le unían a mi madre y a mí y salió por la puerta sin mirar atrás para comenzar de cero con su embarazadísima novia de veinticinco años, o lo que es lo mismo, con una niñata a la que sacaba casi tres lustros.

Ese día le pedí a mi madre que nunca volviese a mencionarlo en mi presencia.

Nuestra casa se volvió un lugar donde el silencio pesaba demasiado, quizás porque solo se rompía por el llanto de mi madre, que se abandonó por completo y, de paso, dejó de lado también la rutina que seguía para mantener aquel hogar como un sitio habitable.

No me importó hacerme cargo de algunas tareas básicas. No se me daba mal barrer o limpiar, y hasta conseguí defenderme con la plancha cuando lo necesitaba, pero por mucho que adorase comer, la cocina nunca fue mi punto fuerte, así que en aquella época los platos precocinados, los bocatas y los encargos a domicilio de comida basura fueron mis mejores aliados y mis peores enemigos.

Por aquel entonces engordé muy deprisa. Casi tanto como aumentaron las burlas entre mis compañeros. En esos tiempos descubrí cómo ocultar unos ojos hinchados con frío y que el colirio conseguía que no se viesen tan rojos

después de llorar en los baños del patio al terminar las clases, antes de regresar a casa e intentar fingir ante mamá que fuera de esas cuatro paredes el mundo era mejor que dentro de ellas.

Después de unos meses sumida en un estado de letargo del que nunca supe cómo sacar a mi madre, una mañana, ella se levantó con la misma mirada perdida de los últimos tiempos, empezó a recoger ropa que había tirada por toda la casa y la metió en la lavadora. Sin más. Como si no fuese un cambio que casi me hizo llorar de alegría. A ese primer paso le siguieron muchos otros, hasta que mamá pareció volver del infierno donde hubiese estado sumida durante meses. Sin embargo, la solución que encontró para combatir el dolor me dejó algo más sola que antes. Se refugió en su trabajo de abogada. Casi nunca estaba en casa, y con trece años aprendí por necesidad a cuidar de mí misma mientras ella aceptaba casos que la tenían en el despacho hasta horas más tarde de que yo me hubiese acostado esa noche sin haber visto ni una sola vez su cara.

No es que me importase demasiado, me había acostumbrado a la nueva rutina y a disfrutar de esos ratos para mí. Además, era más cómodo no tener a nadie cerca cuando un sentimiento de pena, del que no lograba identificar la procedencia, arrasaba mi cabeza sin previo aviso y las ganas de llorar vencían a esa vocecilla que me decía que no tenía motivos para estar triste.

Un par de años después descubrí que las ausencias de mi madre también me facilitaban mucho otros errores que desearía no haber cometido nunca.

Primer día de clase. Cuatro palabras que consiguen colocar una bola de plomo en mi garganta que me impide respirar con normalidad.

Estamos en septiembre, y aún hace mucho calor en Barcelona, así que he elegido un vestidito que me llega por las rodillas en un intento por tapar mis muslos, aunque sé que eso significará que al final del día tendré heridas en la parte alta de los mismos por culpa del roce que mis pasos provocan entre ellos.

Me sorprende un poco cuando me doy cuenta de que me queda más corto y algo más holgado de lo que recordaba. Supongo que eso del desarrollo tardío no es un cuento chino, a fin de cuentas.

Durante este verano he crecido unos siete centímetros en apenas dos meses, lo que se ha traducido en más kilos que añadir a la báscula, porque la altura y

los pechos pesan. Aunque he de reconocer que me veo algo menos de barriga, no me voy a engañar, seguramente eso tenga más que ver con las anginas que he arrastrado la última semana y que me han impedido comer cualquier cosa sólida que me empeñase en llevarme a la boca.

Llego a la puerta de mi nueva clase con la cabeza gacha e intentando no llamar la atención. Consigo tomar asiento en la última fila sin que nadie me dirija la palabra ni se fije demasiado en mí.

Paso buena parte de la mañana esperando ver aparecer a Neus por la puerta, sin saber si esta vez tendrá guardada para mí una sonrisa o un insulto velado. Pero no llega.

Al día siguiente tampoco la veo en ninguna de nuestras clases. Ni al otro.

Cuando el jueves oigo su nombre de boca de una de nuestras compañeras en el descanso entre asignaturas, no puedo evitar acercarme un poco para tratar de averiguar dónde está escondida, aunque no esperaba que su madriguera se hubiese alejado tanto. El padre de Neus aceptó a principios de verano un nuevo trabajo en Valencia. Ella no va a volver, y el nudo de mi garganta parece aflojarse un poco.

—Oye, Hana, te veo bien. ¿Te has cambiado algo?

Me cuesta unos segundos darme cuenta de que Daniel Otero se está dirigiendo a mí; exactamente, los que me quedo allí, de pie, tartamudeando y mirándole con una cara de boba que supongo que le quite las ganas de volver a hablarme durante otros cinco años, que es el mismo tiempo que lleva sin dedicarme una palabra.

Dani fue uno de mis pocos amigos hasta que las burlas comenzaron a volverse una constante en mi vida. Nos conocimos con ocho años, y fue el primer chico al que quise besar. Su lealtad no pasó la prueba de la crueldad infantil y, cuando mi peso consiguió convertirme en el centro de miradas de pena y asco, se fue alejando de mi lado tan despacio que casi no me di cuenta.

—Sí, la marca de bollos que se zampa cada mañana para desayunar. — Parece que ahora que el puesto de abeja reina anda vacante, las candidatas tienen que mostrar bien su aguijón para hacerse con el puesto. La primera de las zorras que siempre pululaban alrededor de Neus no ha tardado ni dos segundos en aprovechar la oportunidad que le han brindado.

—No, no es eso. Dani lleva razón. Estás diferente... ¿Te han salido tetas? —El comentario de uno de los chicos de aquel grupito hace que dos más de ellos se giren hacia mí, y que tres de sus amigas me fulminen con la mirada.

—No seas idiota, Joan. Eso no son tetas, es grasa. Ya no debía de caberle

más en las caderas y la papada y ha buscado nuevos sitios donde instalarse. — La aspirante a nueva Neus consigue hacer diana, y yo me muerdo el labio en un estúpido intento de que sus palabras no me afecten.

—Pues a mí me parece que sus caderas están mucho mejor que el año pasado.

Levanto la vista y me topo con los ojos de Dani repasándome entera.

¿Puede ser de verdad que esa ceja levantada y esa media sonrisa las haya provocado yo? Es porque estoy... ¿más delgada?

Los chicos me hablan.

No sé qué planetas se han alineado o qué mariposa ha batido sus alas en el otro extremo del mundo, pero los chicos se dirigen a mí, y no para insultarme.

Desde que Dani me presta algo de atención, muchos de sus amigos han seguido su ejemplo y hasta algunas chicas populares han dejado de darme la murga para pasar a hablar conmigo en el recreo sobre música y planes para el fin de semana. Hoy están planeando quedar unos cuantos para ir al cine el sábado y acaban de dejar caer que podía unirme a ellos. Casi me meo encima de los nervios. O de la emoción. O yo qué sé.

Cuando llega el día, estoy tan atacada que me paso cerca de media hora sacando ropa de mi armario de forma compulsiva para probármela y descartarla al momento. Me veo mal con todo. Los vaqueros me aprietan y me sacan molla por encima de la cinturilla. Las camisetas parecen ajustármeme demasiado a la zona de la cintura y me marcan una barriga más que evidente. Los vestidos me hacen unas piernas ridículamente gordas.

Al final me decanto por una camisola holgada algo larga y cubro lo que puedo la celulitis de mis muslos con unas medias tupidas. No me veo mal. Creo que la ropa que he escogido me hace un escote bonito, así que me maquillo lo mejor que sé para ocultar un poco las pecas que cubren mi nariz y que siempre me confieren un aspecto algo aniñado y recojo mi melena castaña en un moño alto esperando que parezca algo desenfadado y con cierta gracia.

La poca seguridad que había conseguido durante mi proceso de «chapa y pintura» desaparece en cuanto veo al resto de las chicas que están apuntadas al plan. Todas llevan vestidos o tops tan ceñidos que podría contar sus costillas sin necesidad de que se desnudasen. Algunas llevan los ojos ahumados y preciosos. Otras han preferido colorear sus labios de rojos y fucsias tan

llamativos que hasta yo me quedo mirando sus bocas más rato del que debería.

Me parece escuchar algún cuchicheo cuando me pongo a su lado y detesto compararnos. Sobre todo, porque salgo perdiendo por mucho.

Dani no hace ningún comentario sobre mi ropa, ni para bien ni para mal, y eso me decepciona y me tranquiliza a partes iguales. Creo que esto no tiene ningún sentido, pero ahora mismo me siento tan insegura que solo quiero hacerme tan pequeña como para poder esconderme en una esquina del cine y que nadie repare en mí.

Sacamos las entradas para alguna peli. Ni siquiera me fijo en cuál.

Cuando me acerco al mostrador de las bebidas, pido una Coca-Cola grande y un bol enorme de palomitas. Espero que la ansiedad disminuya un poco entre sal y mantequilla.

—Eh... ¿de verdad piensas comerte todo eso? —La voz de Daniel me pilla tan de sorpresa que cualquier réplica que pudiera pensar se me queda atascada en la garganta.

—Pues sí que pretend...

—Solo lo digo porque debe de tener como un millón de esas calorías que tanto odiáis las chicas. Suponía que ahora que no te ves tan... bueno... ya sabes. Que quizás preferirías cuidar un poco más lo que comes, por no volver a tener el aspecto de antes.

El aspecto de antes.

Los kilos de antes.

Me ven más delgada. Sí que era eso.

Estoy más delgada, y eso significa que las bromas crueles se cambian por invitaciones a salir por ahí con gente. Creo que aún no son mis amigos, pero son gente.

Dejo en su sitio las palomitas y le doy la razón a Dani en un susurro, asegurándole que está en lo cierto y agradeciéndole que se preocupe por mí.

El me responde con una sonrisa que consigue que parpadee algo más rápido de lo normal, atontada, y me intento convencer a mí misma de que empezar una dieta es algo que acabo de plantearme por mi salud y no por miedo a quedarme de nuevo sola.

Hana. 16 años

Altura: 1,67.

Semana 26: pesaba 63,6 kilos.

Semana 27: peso 63,4 kilos.

Ejercicio: dos días durante la semana.

Sin posibles retenciones de líquidos.

A mitad de ciclo menstrual.

Termino de apuntar las novedades acerca de mi dieta en el diario que compré para hacer un seguimiento más adecuado sobre mi pérdida de peso y en cuanto dejo el boli, me permito soltar un grito que se acerca más a un rugido animal que a un lamento humano.

En casi siete meses no he logrado bajar ni nueve kilos. En la última semana he cumplido a rajatabla las instrucciones que me dio la nutricionista y solo he perdido 200 gramos.

Soy una maldita inconstante y si continúo como hasta ahora no voy a conseguir nada.

Los primeros cuatro meses, cuando empecé con esto de la vida sana y la comida sin grasas, me saltaba tanto la dieta que lo único que conseguí fue adelgazar y engordar de forma tan brusca que tan solo me llevé a cambio unas cuantas estrías y muchas discusiones con mi madre en los pocos momentos en los que ella estaba en casa.

El hambre me pone de mal humor, aunque cada vez lo controlo mejor. Estoy harta de beber agua. La semana pasada encontré por Internet unas pastillas saciantes que creo que me ayudarán a no querer matar a cualquiera que tenga delante cada vez que pienso en una hamburguesa con queso.

Lo del ejercicio lo llevo algo peor. Al principio me conformaba con salir a caminar dos o tres veces por semana, pero entre que había días que no conseguía controlar la gula y acababa picando lo que no debía y que me sentía algo ridícula enfundada en un chándal viejo para salir a caminar por el parque como las señoras mayores, reconozco que al principio pensé que lo que estaba haciendo no tenía mucho sentido.

Hasta que Dani me besó.

Pasó una noche en la que habíamos salido unos cuantos compañeros del instituto a bailar en un antro mal iluminado y con peor olor, pero el dueño estaba más interesado en ganar dinero que en la edad que mostraban nuestros carnets de identidad, así que a ninguno de mis nuevos amigos pareció importarles que aquel sitio pareciese el escenario de una maldita película de serie B en la que varios adolescentes morían de formas absurdas.

Nos sirvieron cervezas sin mirarnos dos veces a la cara y a la segunda yo ya estaba bastante más desinhibida de lo habitual. Hasta había dejado de pensar que aquella bebida tenía calorías vacías que me costarían una buena bronca cuando fuese a la consulta de mi dietista en unos días y me tocase subir a la báscula.

Bailé con varios de los chicos de la nueva pandilla, que cada vez parecía acogerme mejor, y dejé que un par me agarraran por la cintura y se pegasen más a mí de lo estrictamente necesario. La verdad era que notar que les apetecía tocarme, que podía gustarles estar cerca de mí, me hacía sentir bien, aunque ellos no me gustasen especialmente.

Había visto a Dani bailando con una chica que parecía algo mayor que nosotros. Era delgada, rubia y bonita. Uno de sus amigos me dijo que era una especie de novia con la que salía de forma intermitente desde hacía un año.

Supuse que esa sensación molesta que notaba instalada en el estómago cada vez que les echaba una mirada furtiva y los veía con las lenguas enredadas eran celos. No los había experimentado nunca y no tenía con qué comparar, pero sabía que no me gustaba que Dani no fuese uno de los chicos que empezaban a mirarme más de la cuenta cuando alzaba los brazos para seguir el ritmo de una canción y el vestido se me levantaba un poco.

Cuando llegó la hora de irnos a casa, él me sorprendió ofreciéndose a acompañarme. Su chica, con la que había pasado casi toda la noche, se había marchado hacía un rato con sus amigas, y yo me alegré muchísimo en mi fuero interno de que no hubiese querido seguir la fiesta con Dani en su casa.

No recuerdo ni de qué hablamos por el camino. Estaba tan nerviosa que las manos me sudaban sin control y soltaba risitas idiotas con cada roce que él provocaba como quien no quiere la cosa entre nuestros brazos.

Al llegar a mi portal ni siquiera me dio tiempo a empujar la puerta cuando metí las llaves en la cerradura. Dani la abrió de golpe, llevándome a mí con

ella, y me acorraló contra la pared. Una de sus manos sujetó mi nuca con firmeza mientras la otra recorría mi pierna en sentido ascendente, hasta colarse por dentro del vestido y llegar al borde de mi ropa interior. Nuestras bocas se encontraron. Me excité tanto, me sentí tan bien por ser el centro de su atención, que le dejé hacer sin preocuparme por esa pequeña voz que me decía que todo estaba yendo más rápido de lo que yo querría.

Me empezó a acariciar por encima de las braguitas y a mí me dio vergüenza darme cuenta de que estaba mojada. Creo que en algún momento le pedí que fuese más despacio. Como toda respuesta él me cogió de la mano y me la acercó a su entrepierna. Se había desabrochado la cremallera de los vaqueros sin que me hubiese dado ni cuenta, y pronto lo noté duro y excitado contra mi palma, que él se encargó de mover de arriba abajo por encima de sus calzoncillos hasta que noté una humedad que me dejó la mano pegajosa.

Estaba tan avergonzada que no era capaz de levantar la vista para mirarlo, pero él me sujetó de la barbilla y me alzó un poco la cara. Me dio otro beso, mucho más suave que los anteriores y me aseguró que había sido la hostia.

Durante los siguientes días Dani se comportó conmigo como si no hubiese pasado nada entre nosotros, aunque en cuanto encontraba un momento para pillarme a solas, me devoraba con un ansia que a mí me hacía sentir poderosa.

Me pidió mantenerlo en secreto, porque no quería que la chica con la que estaba se enterase, y aunque aquello a mí me provocó una profunda sensación de malestar, acepté porque me dio miedo que, si le decía que no, dejase de prestarme atención.

Por entonces empecé a tomarme la dieta más en serio. Me obsesionaba la idea de que si era lo bastante delgada, lo bastante bonita, lo bastante perfecta, Dani me preferiría a mí por encima de cualquier otra chica, y no tendríamos que escondernos más.

He descubierto que los laxantes me ayudan a no estar hinchada. Los uso más de lo que recomienda el prospecto, pero no he notado ningún efecto adverso, así que no me preocupa mucho. Aunque tengo que buscar farmacias algo más alejadas que la de mi calle porque, la última vez que he ido, la farmacéutica me ha preguntado si no he pasado a por ellos hace pocos días.

La semana pasada logré bajar la barrera de los 60 kilos. Estaba tan contenta que, en la celebración de cumpleaños de una de las chicas del grupo,

me permití ser un poco débil y comer un trozo de tarta.

A los diez minutos apareció uno de los chicos preguntando si no quedaba nada de pastel y Dani se rio mientras me agarraba algo de la carne que se agolpaba a los lados de mi cintura.

—Lo siento, colega. Creo que está todo aquí.

Todos rompieron a reír con ganas. Y yo meforcé a sonreír a pesar de que tuve que morderme los carrillos por dentro para que no me temblasen los labios.

Esa noche, Dani no me acompañó a casa ni buscó un momento para robarme un beso. Y puede que fuese casualidad, pero por si acaso, decidí que la siguiente semana podía pasarla comiendo solo fruta y haciendo un esfuerzo extra para bajar aquel pedazo de tarta.

Junio es un buen mes.

Los exámenes resultan mucho mejor de lo que esperaba. Me doy cuenta de que cuanto más control tengo sobre lo que como, más manejo el resto de las cosas de mi vida que dependen de mí.

Me he propuesto demostrar a Dani que puedo ser más inteligente que su rubia, y me he sentido bien cada vez que un profesor me ha felicitado a lo largo del final del curso por mejorar cada día más con mis notas.

Logro llegar a los 57 kilos cuando entramos en julio y, aunque sé que no es un peso del que estar orgullosa, al menos soy capaz de ponerme en bañador delante de los demás cuando insisten en ir a la playa. El resto de las chicas llevan unos bikinis imposibles que consiguen que los tíos babeen cada vez que se intentan recolocar las tetas dentro de esos minúsculos triángulos de tela. Y yo me encojo un poco en mi toalla cuando veo a Dani tontear con descaro con una de ellas. Pego tanto las rodillas a mi pecho que siento que la postura me dificulta respirar bien.

No quiero seguir mirando como una idiota cada paso que da Dani, así que decido meterme en el agua.

No aviso a nadie. Tampoco me hace falta que me acompañen para disfrutar de este momento.

Siempre he sentido una conexión extraña con el mar. La inmensidad del océano logra tranquilizarme, hacer que piense que nada es lo suficientemente grande como para no poder perderse entre el movimiento de las olas que

sacuden la orilla.

Apenas han pasado un par de minutos cuando Luis, uno de los de la pandilla, me sorprende colocándose a mi lado mientras intento ignorar el frío que me asalta y que me pone la piel de gallina cada vez que intento adentrarme en esas aguas más allá de la cintura.

Se ríe de mí cuando un golpe de la marea salpica mi pecho y yo trato de alejarme un poco hacia la arena. Me sujeta por la cadera y, sin darme tiempo a reaccionar, me carga sobre su hombro y empieza a correr hasta que ambos caemos contra el líquido salado y nos zambullimos, yo entre gritos y él entre bromas.

Intento arrastrarlo bajo el agua un par de veces, aunque por mucho que trepo por su espalda para colocarme algo más elevada que él y tener una oportunidad de vencerlo, tan solo logro arrancarle sonoras carcajadas.

Jugamos un rato más a salpicarnos y perseguirnos. Me cae bien. Siempre parece estar un poco pendiente de mí y de si estoy a gusto entre ellos.

Cuando nos cansamos, volvemos junto al resto y yo disfruto de ese rato de felicidad tan inesperado. Hasta que me topo con la mirada de Dani.

Luis se ha sentado a mi lado y me coloca la toalla encima de los hombros. Justo cuando estoy decidiendo si levantarme para preguntarle a Daniel si está todo bien, su amigo me coloca un mechón de pelo tras la oreja y me acaricia un poco la mejilla al hacerlo.

Veo al otro fruncir el ceño y torcer la boca en un gesto de disgusto. Me entran ganas de recordarle que si alguien se cree con libertad para mimarme así es porque él lleva escondiéndome más de dos meses. Pero en vez de gritarle todo lo que tengo atascado en la garganta desde hace semanas, me acurruco en la arena y me cubro cuanto puedo con el trozo de tela que Luis me ha acercado.

—¿Te has destemplado? —se preocupa este.

—No, estoy bien. Gracias.

—¿Nunca has oído eso de que la grasa protege del frío? Es imposible que no tenga siempre calor.

Se me abren tanto los ojos ante ese comentario que creo que podrían salirseme de las órbitas sin problema. Miro a Dani mucho más dolida de lo que me gustaría mostrar, pero no puedo evitarlo. Si hubiese estado de pie, estoy segura de que su ataque habría conseguido derribarme sin esfuerzo.

La chica que está a su lado me mira con malicia y le ríe la gracia. Aprovecha el momento para pedirle que le extienda crema y se tumba boca

abajo, desanudando el lazo que tiene a su espalda y ofreciendo a Dani la posibilidad de acariciarla medio desnuda. Él no pierde la oportunidad y tampoco se molesta en mirarme más en todo el día o dirigirme la palabra.

A mitad de tarde, me levanto para darme otro chapuzón, y aunque Luis intenta acompañarme, le digo que prefiero nadar sola un rato.

Espero que, al volver, todos asocien el rojo de mis ojos con la sal del mar.

Agosto pasa muy despacio.

Hay días geniales y días horribles.

Los primeros suelen coincidir con aquellos en que Dani me vuelve a tratar bien, me busca, me besa y me dice cosas bonitas.

Los segundos... En los segundos, él me ignora, me mira con asco y se burla de mí delante de otros chicos cuando alguno de sus amigos me presta atención.

Hoy ha sido uno de esos días.

Llego a casa destrozada porque he tenido que ver cómo se besaba con su novia, que ha decidido acercarse para regalarle algo de su tiempo. Me he enterado de que es un año mayor que nosotros. Va a otro instituto y cada vez que aparece, Dani la mira como si un ángel se estuviese dignando a hablar con él.

La odio.

La odio porque me hace odiarme aún más.

Y lo odio a él por elegirla siempre, por darle la mano en público, por besarla con adoración delante de cualquiera. Lo odio porque siempre me recuerda que no soy suficiente.

Hemos estado comiendo en un chiringuito cercano a la playa. Ella apenas ha probado la ensalada. Yo he comido un bocadillo que rezumaba grasa, pero es que no he podido evitarlo. Estaba nerviosa y rabiosa y... no sé. Necesitaba comer.

Entro por casa y enseguida me doy cuenta de que estoy sola. Veo una nota de mi madre en el salón avisando de que ha salido con un par de colegas a tomar una copa.

Abro la nevera y veo una tortilla de patata que ha debido dejar hecha este mediodía. Ni siquiera me paro a pensarlo, la cojo y me como casi la mitad allí de pie, en mitad de la cocina, sin siquiera calentarla.

Cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer, me siento mal. La

culpabilidad empieza a extenderse por mi consciencia y la ira aparece con una fuerza cegadora. Le doy una patada a una de las sillas que tengo más cerca y la tiro al suelo. Maldigo gritando, tratando de no dejarme nada dentro.

En un intento por castigarme un poco más me encamino al baño. Miro la báscula con esa sensación de miedo y ahogo que ninguna otra cosa me provoca en el mudo.

Una vez que los números dejan de oscilar y parpadear, compruebo que he engordado más de un kilo desde la última vez que me pesé. Sin pararme a pensar en lo que hago, cojo la jabonera que descansa sobre el lavabo y la estampo con toda la rabia que puedo contra la pared de enfrente. Me dejo caer en el suelo y lloro sin control, escondiendo la cara contra las rodillas. Las lágrimas comienzan a mezclarse con los mocos y las babas que acompañan a mi llanto histérico, pero no me importa.

Me siento tan mal que solo puedo pensar en hacer algo para que la culpa disminuya un poco, para que deje de asfixiarme. Y una idea que lleva demasiadas semanas rondando por mi cabeza pasa de parecerme mal, a ser la mejor de las opciones.

Procuro no darle más vueltas, y antes de dejar pasar más tiempo y que algo dentro de mí me grite que no debería seguir ese camino, levanto la tapa de la taza y cuelo dos de mis dedos por mi garganta hasta que me rozo la campanilla.

Dos arcadas.

Y el vómito llega acompañado por una paz que no había sentido en años.

Hana. 17 años

Me levanto de nuevo con dolor de garganta. El frenillo me molesta hasta al tragar saliva y tengo un regusto ácido en la lengua que parece que en los últimos días no quiere abandonarme.

Me subo a la báscula y compruebo que sigo estancada en los 54 kilos, como las últimas tres semanas.

Resoplo ofuscada y me lavo la cara. Al mirarme al espejo me percaté de que las pequeñas venillas que se me marcaron un poco en el pómulos ayer, justo debajo del ojo, no han desaparecido, sino que se han vuelto más visibles. Supongo que el esfuerzo por vomitar toda la cena fue algo más excesivo de lo habitual.

Me maquillo esmerándome en esa zona, para que esas líneas rojas ramificadas por mi mejilla se vuelvan invisibles. Noto que la mano me tiembla un poco al hacerlo y me recuerdo que debo desayunar algo antes de marcharme, aunque preferiría no hacerlo.

El llevar casi un mes sin haber conseguido bajar ni un solo kilo me pone de un humor horrible. Hay algo que quiero investigar, pero tengo que irme ya a clase si no quiero llegar tarde, y no quiero. Me estoy esforzando de verdad para tener las mejores notas posibles. Cada sobresaliente que los profesores me marcan en un examen es una nueva palmadita en mi espalda y una forma de mantener tranquila a mi madre, que últimamente está algo pesada con el tema de las comidas.

Cuando suena el timbre al final de la última hora salgo disparada hacia casa sin despedirme de nadie.

Enciendo el ordenador y me pongo una alarma en el móvil para recordar borrar el historial cuando termine.

Inspiro con fuerza y, tras concederme unos segundos con los dedos apoyados en las teclas para calmarme, me atrevo a introducir en el buscador los nombres que llevo ya un tiempo queriendo conocer.

Ana y Mía me dan la bienvenida desde el otro lado de la pantalla.

Ana y Mía son los caminos que hemos elegido para llegar a la perfección. Es un estilo de vida, uno que elegimos plenamente conscientes de a dónde nos conducirá: a ser unas princesas perfectas.

Ser Ana o Mía significa querer la perfección y amar el viaje hacia ella. La perfección ha de ser física, mental y espiritual.

Nosotras somos personas con voluntad, que van a donde sea necesario por su felicidad. Si no estás de acuerdo con ello, por favor, abandona este blog. No necesitamos vuestra aprobación, porque conseguiremos la nuestra propia, a base de cumplir retos para ser cada día más bonitas.

Las páginas proAna y proMía no son proenfermedad, ni promuerte. Simplemente son properfección. Quienes formamos parte de estos grupos lo entendemos y nos apoyamos.

Queremos sentirnos orgullosas de simbolizar la perfección, y lo vamos a lograr.

El fin justifica los medios, y por ello nunca dejaremos de luchar con todas nuestras armas hasta alcanzar nuestros objetivos.

Somos fuertes y vamos a conseguirlo, porque Ana y Mía no son «asesinas», como tantos se empeñan en llamarlas, sino que son la voluntad que nos indica el camino a seguir hasta la victoria, la felicidad y el cumplimiento de nuestros sueños.

Mandamientos de Ana:

- Si no estás delgada, no eres atractiva.*
- Estar delgada es más importante que estar sana.*
- Contarás cada caloría.*
- No comerás si nadie te ve.*
- No comerás sin sentirte culpable.*
- Anotarás todo lo que comas en un diario.*
- Harás toda actividad que te distraiga de la comida.*
- Crearás excusas para no comer.*
- Perder peso es bueno. Engordar es malo.*
- Nunca se está lo suficientemente delgada.*

Mandamientos de Mía:

- Vomitarse cada vez que pueda.*
- «Vomitarse es limpiarse, eliminar imperfecciones del cuerpo, no permitir que tu debilidad destruya tu belleza».*

Leo la última entrada de uno de los blogs que más me gusta consultar últimamente. En ella, la administradora anuncia que va a comenzar una carrera en un par de días.

Al principio me costó un poco seguir la jerga que utilizaban allí, porque muchas de las palabras prohibidas las camuflaban para evitar denuncias en Internet. Al preguntar, me explicaron que ese tipo de propuestas consisten en ayunar durante varios días y competir con la gente que se ha apuntado para ver quién consigue perder más peso en esos días.

La verdad es que yo no me veo preparada para algo así. Con todas las chicas con las que consulto en el chat del grupo de la web me recomiendan que empiece más lentamente, para no abandonar a Ana por frustración.

Que elimine de mi dieta cualquier comida basura y alta en grasas.

Que después pase a intentar eliminar las cenas.

Que beba mucha agua o infusiones adelgazantes cuando me vea preparada para erradicar de mi dieta los desayunos.

Que lleve la cuenta de cada caloría que meto en mi cuerpo.

Que no me olvide de introducir rutinas de ejercicio diario, aunque sea en mi propia casa y no en un gimnasio.

También me ofrecen muchísimos consejos sobre cómo evitar comer delante de la gente sin que nadie lo note, para reducir la ansiedad, engañar al hambre o vomitar sin dolor.

Todo el mundo es increíblemente agradable conmigo. Me hacen sentir cómoda enseguida, y comprendida. Aunque hablo mucho más con Anas que con Mías. Pronto me doy cuenta de que, a pesar de no mencionarse muy abiertamente, las chicas que solo vomitan son consideradas algo así como inferiores dentro de aquel mundo. Su fuerza de voluntad es menor, su deseo por ser perfectas no es tan real como el de las anoréxicas. Porque sí, allí se utiliza la palabra anorexia como sinónimo de perfección, sin remilgos, sin susurros a una media voz cargada de miedo o vergüenza. Quien se declara Ana lo hace gritando y con una sonrisa invadiendo su cara.

Durante los siguientes meses intento seguir las pautas que me indican algunas de las personas con las que más me escribo. Son muy pacientes y a pesar de que rompo a menudo los mandamientos de Ana y termino acudiendo

de nuevo a Mía, no me riñen ni se meten conmigo. Tan solo me aseguran que están ahí cuando las necesite y me animan a intentar ser más fuerte la próxima vez.

Y yo me propongo no fallar de nuevo cuando emprenda el camino hacia la perfección, porque no quiero defraudarlas.

Llevo algunas semanas sin quedar demasiado con la gente del instituto fuera de las horas de clase. Me da miedo que noten que intento no comer, o que me marchó corriendo al baño en cuanto no lo consigo. Pero en los últimos tiempos estoy ganando confianza en mí misma.

Mi madre ha estado en casa más a menudo. Dice que el inicio del año suele ser tranquilo en el bufete. Ha cenado varias noches a mi lado, y he conseguido que no se dé cuenta de que apenas pruebo bocado o de que, cuando como más de la cuenta, desaparezco poco después en el lavabo del final del pasillo.

Tampoco es que le dé demasiados motivos para desconfiar. Siempre he sido una hija modelo, mis notas van mejor que nunca, tengo pensado qué quiero hacer cuando el año que viene me enfrente a la Selectividad... y hace dos meses que mi peso no varía.

El grupo de «Las Princesas», en el que algunas integrantes de los blogs que visitaba me habían incluido para poder hablar por *wasap* con tranquilidad, ya me explicaron que esto podía pasar si no me decidía a abandonar a Mía y terminaba abrazando a Ana. Llega un momento en el que vomitar y hacer algo de ejercicio un par de días a la semana no basta para seguir recorriendo el camino hacia la perfección. O me decidía a ir un poco más allá o siempre sería un ser imperfecto y feo.

Ellas intentan animarme a conseguirlo, y la pena que noto en sus mensajes y sus audios al hablarme sobre mi incapacidad para adelgazar me hace sentir una auténtica perdedora.

El caso es que hoy es el cumpleaños de Dani, y me dejó caer hace días que le gustaría que estuviese en la celebración. Parece que ha conseguido que alguien le deje su casa para hacer una fiesta. Habrá música, buen ambiente y mucho alcohol que yo no debería beber, pero que seguramente no pueda evitar probar delante de todos si quiero esquivar preguntas incómodas.

Luis se ofrece a recogerme para ir juntos hasta la dirección en la que han montado todo. Se pasa el camino alabando los rizos que me he hecho y que se

han llevado buena parte de mi tarde. También he seguido un tutorial para pintarme los ojos más oscuros de lo que suelo y creo que el resultado es bastante bueno. Además, quedan muy bien con el vestidito negro que he elegido. Me encuentro guapa, y parece que a él también le gusta lo que ve. Con esta sensación burbujeándome por dentro, entro en la casa en la que ya hay unas cuantas personas moviéndose con vasos de la mano. Voy riéndome de algo que Luis me está contando al oído cuando me choco contra alguien.

Veo enfado en su rostro, que parece más tenso de lo normal por la rigidez de su mandíbula apretada, aunque el rictus le dura lo que tarda la rubia en aparecer a su lado rodeándole el cuello y alzándose sobre sus puntillas para llegar a morderle el lóbulo.

—Teresa, no sé si te acuerdas de Hana —le indica Dani a su novia sin casi mirarme e ignorando por completo a Luis.

—Eh, pues no, la verdad —reconoce ella con indiferencia.

—Ya. Normal. —¿Normal? ¿Está queriéndome decir que no soy alguien a quien la gente recuerde? ¿No soy lo suficientemente bonita o interesante para que nadie retenga ni mi cara?—. Bueno... Pasadlo bien. O seguid haciéndolo, más bien.

Sin darnos siquiera tiempo a felicitarle, se da la vuelta y se marcha a un rincón para empezar a comerle la boca a la *barbie* que lleva colgada del brazo, y que, por lo que me cuenta Luis un poco más tarde, resulta ser la dueña de la casa en la que estoy celebrando que el chico por el que llevo colgada más de dos años parece estar a punto de celebrar sus 18 años con un polvazo que le regalará alguien que no soy yo.

Joder, estoy cabreada. Estoy muy cabreada.

Intento olvidar que todo apunta a que va a ser una noche de mierda. Las copas que Luis y sus amigos me van pasando cada vez que tengo las manos vacías me ayudan bastante a ello.

En algún punto entre la tercera copa y la segunda ronda de chupitos, todo se vuelve bastante confuso. Sé que varios chicos intentan hablar y bailar conmigo y que a mí me resulta agradable que, aunque Dani pase de mí, otros me dediquen sus sonrisas.

Luis no se separa de mi lado. Mi yo sobrio me recuerda que es probable que al final de la noche quiera algo a cambio y que a mí Luis no me gusta en ese sentido, aunque mi yo ebrio no para de susurrarme que tampoco sería el fin del mundo regalarle unos besos por lo bien que se está portando conmigo. Puede que no me hubiese fijado en él hasta ahora, pero si Dani prefiere

dejarme de lado, es bonito comprobar que hay chicos dispuestos a ocupar su lugar.

Le gusto a Luis. Me hace sentir guapa. Me hace sentir bien. Y por hoy, eso me basta.

Después de aquella noche, Dani empieza a comportarse diferente conmigo.

Cuando hay gente delante es apenas perceptible.

Un mal gesto si Luis me sujeta por la cintura.

Una mirada airada cuando permito que otro chico me abrace.

Una borrachera mayor que las que suele cogerse cuando me lío con otro un sábado por la noche.

Porque sí, he empezado a estar con otros chicos.

Él no ha dejado en ningún momento de meterse en las bragas de su novia oficial, así que he decidido que a ese juego podemos jugar dos.

No me engaño, a mí se me da infinitamente peor. Aún no me creo demasiado que haya tantos tíos interesados en estar conmigo. Y es que en los últimos dos meses no me han faltado los ligues cada vez que yo he querido. Hasta he podido elegir.

Creo que eso a Dani lo está consumiendo, porque a pesar de que sigue disimulando cuando estamos rodeados de amigos, en cuanto nos quedamos solos, me busca.

Seguimos enrollándonos, y encima ahora busca excusas tontas para acompañarme por las tardes hasta mi portal o se planta en mi casa en cuanto le confirmo que estoy sola. Esos días nos besamos mucho, con cierta rabia. A él supongo que el enfado le viene de no tenerme como querría. A mí, de que los celos no le impidan seguir eligiendo a otra por encima de mí.

Hoy Adrián se ha empeñado en invitarme a algo después de clase. Es jueves y mañana tengo que madrugar, pero nos liamos hace una semana y siento que estaría mal decirle que no, como si le debiese algo por hacerme caso. Es una sensación que sé que no debería estar ahí, latiéndome bajo la piel, pero no consigo sacudírmela de encima nunca.

Cuando le pregunto a dónde quiere ir, deja caer que mi casa está muy cerca y que podíamos subir a ver una película si estoy sola. Lo estoy. Todos los de la pandilla saben que casi siempre estoy sola.

Pongo una película por inercia en cuanto entramos en el salón, aunque

ambos sabemos que no es a eso a lo que hemos venido. Cuando me recuesta en el sofá y mete una mano por dentro de mi camiseta, le dejo hacer, aunque no tengo intención de ir mucho más allá.

Sé que le frustra a pesar de que no se queja. Y cuando se despide de mí, un par de horas después, con un beso dulce y sin echarme en cara que no le haya permitido nada más que unos cuantos morreos y tocar algo de teta, se me pasa por la cabeza que quizás la próxima vez debería permitirle dar otro paso, por ser tan paciente, comprensivo y cariñoso.

Apenas han pasado diez minutos desde que me he despedido de Adrián cuando el timbre suena con una insistencia que despierta mis alarmas.

Me dirijo a la puerta para encontrarme con un Dani cabizbajo al abrirla. Al notar mi presencia levanta la mirada y me escupe con rabia un «te lo has tirado» tan bajito que tan solo lo oigo porque me he acercado demasiado a él sin ser apenas consciente.

—¿Qué?

—No evites contestar. Te lo has tirado, ¿verdad? —me repite.

—Con quién me acueste yo no es asunto tuyo. ¿Acaso te pido yo explicaciones sobre cuántas veces a la semana lo haces con tu novia?

—No me jodas, Hana.

—No. Eso no lo hago. —Noto su cabreo bullendo dentro de él. Se pasa la mano por la cara con nerviosismo y en dos zancadas se mete en el piso, arrastrándome con él.

—Eres mía. ¿Lo entiendes? Me da igual lo que hagas o con quién esté yo. Eres mía, Hana.

Y yo me enorgullezco de sus palabras. Así de jodida estoy. Me dice que soy poco menos que un objeto de su propiedad, y yo me excito cuando me besa con ira mal contenida.

Al llegar a mi habitación ya se ha deshecho de mi camiseta y mi sujetador. Tira de mis pezones con fuerza y yo me quejo entre jadeos. Al llegar a los pies de la cama me dejo caer de espaldas y él me saca los vaqueros sin dificultad. Se desnuda en apenas un minuto y le veo colocarse un preservativo que llevaba en uno de los bolsillos traseros de su pantalón.

No me prepara, ni me susurra cosas dulces para intentar que deje de temblar, aunque supongo que, si piensa que acabo de estar con Adrián, tampoco creará que necesite palabras que me tranquilicen.

Ni siquiera me ha quitado las braguitas. Las hace a un lado y se hunde en mí con fuerza. Creo que nota algún tipo de resistencia, porque tras mi grito, se

queda quieto dentro de mí unos segundos. Me nota húmeda y me parece que eso le confunde. Me mira con el ceño fruncido y al ver mi mueca de dolor supongo que al fin lo entiende.

Me acaricia la cara y la frente hasta borrar las arrugas que se habían formado en mi ceño, y cuando asiento, como dándole permiso para seguir, comienza a moverse deprisa, embistiéndome más fuerte de lo que esperaba. Cada vez me resulta algo menos doloroso y un poquito más placentero, aunque no me relajo tanto como para llegar a disfrutarlo del todo. La tela de mi ropa interior se me clava en la cadera y roza demasiado contra mis labios externos, pero Dani parece disfrutar, y su placer me anima a continuar.

Al cabo de unos minutos, él suelta un gruñido a la par que se detiene, muy clavado dentro de mí. Da dos empujones más y deja caer todo su peso sobre mi cuerpo, aunque se da cuenta pronto de que puede estar haciéndome daño y rueda hasta colocarse a mi lado.

Espera un par de minutos hasta que recupera un poco el aliento y se levanta para quitarse el condón e, imagino, tirarlo en el baño. Cuando vuelve se queda mirando una pequeña mancha, aguada y algo roja, que tiñe mis sábanas. Sonríe mientras la observa durante todo el tiempo que yo me tomo para vestirme y acompañarlo a la puerta.

Se despide de mí con un beso largo y húmedo y un «recuérdalo, Hana, eres mía» que se queda dando vueltas por mi cabeza toda la noche.

Los siguientes cuatro meses se llenan de un caos absurdo que rige mi vida sin que yo parezca tener fuerza para detenerlo.

Dani no deja a su chica. Al contrario, parece traerla a nuestras quedadas más que nunca. Yo me hago un poco más pequeña cada vez que los veo, así que intento crecerme de la única manera que sé. Dejo que Adrián, Luis y varios chicos más pasen por mi cama en un intento burdo de sentirme mejor y de dar celos a Dani.

Lo primero solo lo consigo a medias. Durante el rato que dura el sexo con ellos, me hacen sentir bonita y deseada. No consigo correrme con ellos, aunque me esfuerzo porque pierdan el control, porque ellos alcancen el orgasmo rápido y de forma brutal porque no se resistan a lo que les hago sentir, a pesar de que cuando se marchan me siento mal. No identifico de dónde viene mi malestar, pero ahí está, latiéndome en el pecho, ahogándome

despacito.

Mi segundo objetivo sí que suele funcionar, aunque de forma muy efímera. Cada vez que Dani me ve con otro tío se descontrola.

Bebe más de la cuenta, busca pelea o, la mayoría de las veces, me reclama.

Suele presentarse en mi casa por las tardes a las horas en las que mi madre habitúa trabajar. Lo hacemos de forma brusca y rabiosa. En más de una ocasión, me habla de los otros chicos con los que me acuesto mientras estamos haciéndolo, preguntándome si me gusta follármelos tanto como me gusta él, o si ellos consiguen hacerme gritar así. Sé que intenta avergonzarme, y suele conseguirlo. Yo solo gimo mientras me susurra preguntas que ninguno de los dos quiere que conteste.

Y cuando termina, siempre se despide de mí con un beso posesivo, que reclama su sitio en mi vida.

Cuanto peor se porta él conmigo, más chicos dejo que se cuelen entre mis piernas. Salgo de fiesta, me coloco para evadirme un poco de todo ya que no quiero beber alcohol, y abro las piernas para algún amigo o desconocido del que me alejo en cuanto los jadeos cesan. No es algo que haga habitualmente, pero el rato de desconexión que me regalan las pastillas que los chicos consiguen como caramelos los sábados que salimos, logran que me olvide de que la verdadera Hana les tiene miedo a demasiadas cosas en esta vida.

Lo único que parezco controlar durante estos meses es el tiempo que dedico a mis estudios, que cada día es mayor, y las calorías que entran en mi cuerpo, que cada vez son menos. Me siento bien al poder manejar, al menos, esos aspectos de mi vida a mi antojo.

Cada semana siento crecer mi fuerza de voluntad y soy capaz de reducir poco a poco los alimentos que ingiero. En el grupo de *Las Princesas* me recuerdan cada día lo orgullosas que están de mí y soy capaz de entenderlas, porque la mañana en la que la báscula me indica que he conseguido bajar por 300 gramos de los 50 kilos, lloro de la alegría.

Hana. 18 años

Joder, me he quedado dormida otra vez.

Me había propuesto ir un rato al gimnasio esta tarde y he vuelto a incumplirlo, pero es que desde hace un tiempo siempre tengo sueño. Me cuesta un mundo mantenerme despierta todas las horas que necesito para estudiar, y sé que no puedo despistarme ahora que solo faltan cinco meses para terminar el instituto y empezar con la Selectividad.

Iba a cenar una manzana, aunque supongo que tendré que compensar la falta de ejercicio con una noche de ayuno, así que me preparo un té calentito para combatir el frío que también parece ya formar parte de mí, a pesar de que ni siquiera me he llegado a quitar la ropa que he llevado puesta todo el día antes de caer rendida en el sofá.

Mi madre está trasteando por la cocina y me mira con cierta preocupación cuando me sirvo la bebida casi ardiendo.

—¿No vas a comer nada?

—Tengo el estómago algo revuelto desde ayer, prefiero esperar a ver si se me pasa.

Me dedica otra mirada algo más larga de lo habitual y hace un mohín con la boca, pero asiente y no dice nada. Soy buena dándole excusas, aunque suelo tener que inventarme más cuando estoy con mis amigos porque varias de sus quedadas implican lidiar con comida o copas. Mi madre no suele estar por casa a la hora del desayuno ni la comida, así que solo tengo que buscar evasivas por la noche, y a veces ni eso.

Miro la tele distraída mientras escribo en el chat de *Las Princesas* para flagelarme un poco por haber sido tan débil como para no haber cumplido con la rutina de ejercicios de hoy. Sé que, si me salto demasiados días de gimnasio, volveré a estancarme como hace un par de meses. Y es que cada vez me cuesta más perder aunque sean 200 míseros gramos. Bajar de mis 45 kilos actuales a los 43 que tengo marcados como meta ideal está siendo una auténtica odisea.

Cuando vacío la taza que tengo entre las manos la dejo en el fregadero y me encierro en mi habitación. Tumbarme en la cama y ver cómo el vaquero roza contra los huesos de mi cadera, dejando un hueco donde caben tres de mis

dedos en la zona del vientre, me hace sentir algo mejor.

Mi madre ha salido a cenar con unas amigas, o eso dice. Tampoco me importa. Con que me deje sola y tranquila a mí ya me va bien.

Dani pasa a buscarme por casa este viernes por la noche. Le he dicho como diez veces que hoy no voy a salir, pero parece que no quiere escucharme. Abro pensando que después de un polvo se marchará de fiesta con su novia y sus amigos y yo podré volver a dormir tranquila e intentar dejar de pensar en el hambre que tengo.

—Venga, ponte algo y nos vamos. —Parece que estoy equivocada.

—Ya te he dicho que hoy no me apetece.

—Te vendrá bien ver a estos un rato fuera de las clases. Últimamente estás muy ausente y un poco borde, Hana.

Me jode que tenga razón, pero es que no me apetece ver a nadie. Tengo unos cambios de humor raros. Cada vez que veo a las chicas del grupo hincarle el diente a cualquier cosa me dan ganas de reír como una histérica y llorar al mismo tiempo. Me enorgullezco de ser capaz de resistir la tentación de engullir como ellas, aunque al mismo tiempo tengo siempre en el pecho un nudo enorme que me provoca ganas de llorar sin entender por qué.

Además, siempre parece que me duela la cabeza. Me mareo más de la cuenta en cuanto hago algún esfuerzo tonto. Y el frío, el puñetero frío que no se va jamás.

Me ha cambiado mucho el carácter. Todo el mundo se encarga de recordármelo a diario. Que ya no soy tan dulce. Que sigo siendo callada, pero ahora parece como si estuviese enfadada con el mundo. Que antes era más sencillo hablar conmigo. Parece que cualquiera se cree con derecho a opinar sobre mis estados de ánimo.

Imbéciles.

—Dani, en serio, deja de insistir. Me voy a quedar en casa. Estoy cansada y tengo que estudiar.

—Vale, pues preparo algo de cena y me quedo un rato contigo.

—Ya he cenado.

Me mira desafiante y sé de sobra que no me ha creído. Bueno... cada día me importa un poco menos que lo haga o no. Me enciendo un cigarro. He cogido este mal hábito desde hace unos meses, es de las pocas cosas que me

ayudan a calmar la ansiedad. Sostengo su mirada hasta que parece rendirse. Suspira y coge la chaqueta antes de encaminarse hacia la puerta y abrirla.

—De verdad espero que sepas lo que estás haciendo, nena.

Lo susurra con la cabeza gacha y demasiado bajito, aunque lo oigo de todas formas.

Las lágrimas tardan en salir lo mismo que él se demora en cerrar de un portazo.

He vuelto a discutir con mi madre.

Esta noche no he conseguido formar ninguna excusa lo suficientemente creíble, y ante su negativa a dejar que me marchase a la cama sin cenar, aduciendo un inexistente dolor de estómago, he tragado con asco un sándwich de pavo y queso que ha untado por todos sitios de mantequilla antes de pasarlo por la sartén.

En cuanto he terminado me he escabullido a mi cuarto asegurando que me encontraba peor.

Me he encerrado en el cuarto de baño y he dejado correr el agua, pero cuando he salido mi madre estaba al otro lado de la puerta llorando.

Ha empezado a gritarme, y yo también he subido el tono de voz para tratar de defenderme de sus acusaciones.

No entiende que Ana no es mi enemiga, sino la única que me entiende, la perfección a la que aspiro. No intento razonar con ella porque sé que no serviría de nada, que no lo podría comprender.

Trato de echarla de mi habitación, y ella me amenaza con internarme en alguna clínica si no soy capaz de reconocer que tengo un problema. Al escuchar sus palabras, lo siento de nuevo. El miedo. Un pánico real y palpable que desde hace meses me acompaña a todos sitios, paralizándome.

Miedo a que me obliguen a abandonar a Ana.

Y miedo a que nadie consiga que de verdad lo haga.

Porque sí, he de reconocerme a mí misma que ya no estoy convencida de que esto sea tan buena idea. Mi cuerpo parece gritarme continuamente que Ana no es buena para mí. Mis uñas, mi piel. Todo en mí parece débil, pero la mera idea de comer me causa una repulsa que no sé explicar a nadie con coherencia.

Las ganas de llorar se intensifican hasta impedirme respirar cada vez que me imagino probando los platos que ingería antes.

Es como si hubiese entrado en un laberinto en el que me he perdido sin darme cuenta de que la salida estaba cada vez más escondida. Cuando me quedo sola, sin nada que hacer, la idea de que estoy enferma siempre ronda mi mente, y sé que no puedo reconocerlo ni hablarlo con nadie, porque eso significaría volver a comer, y esa no es una opción.

Me despierto tarde. Cada vez duermo más horas, aunque la verdad es que ya tampoco me importa.

Ayer terminé los exámenes, y ahora tenemos unos días hasta que tenga que enfrentarme a la Selectividad. Aprobé todo con unas notas envidiables. Tampoco esperaba otra cosa.

El grupo quiso salir a celebrarlo. Les rechacé sin mucha sutileza y no me insistieron una segunda vez para que los acompañase. A estas alturas todos deben imaginar que hay algo que no está bien conmigo, y, si soy sincera, no es que se hayan preocupado demasiado. Supongo que al final era cierto eso de que solo eran personas con las que pasaba el rato, pero no amigos. No es que me hagan falta, más bien me molestaba pasar las horas muertas con ellos, aunque sí echo de menos a Dani.

Ha pasado un mes desde la última vez que nos acostamos. Últimamente se ha puesto casi tan pesado como mi madre con el tema de la comida. Dice que me estoy matando. Yo le respondo que debería meterse en sus asuntos.

Cuando empezó la época de exámenes me advirtió que no quedaría más conmigo hasta que aceptase su ayuda. Me dijo entre lágrimas de cocodrilo que no podía jugarse su futuro por estar pendiente de una persona que se quería morir.

Qué estupidez.

Yo no me quiero morir.

Aunque tampoco me importaría mucho dormir más. Mucho más. O no despertar.

Me incorporo tiritando y con dolor de cabeza. Estoy mareada y me duele todo el cuerpo.

Qué harta estoy de sentirme mal, joder.

Aún trato de despejarme cuando reparo en algo oscuro que hay en mi almohada. Enfoco bien la vista y veo que no es una mancha, como había pensado. Es pelo. Mi pelo.

Hay un enorme mechón de pelo castaño en mi almohada.

Me paso con nerviosismo los dedos por mi melena, tratando de peinarla, y otro montón de pelos se quedan atrapados en mis manos.

Me pongo histérica. Lloro y grito con desesperación, tratando de sacar el nerviosismo que me provoca temblores tan fuertes que me impiden levantarme de la cama. Comienzo a notar cómo el mareo se intensifica y un escalofrío me recorre la espina dorsal. Sé lo que va a pasar antes incluso de que suceda, porque no es la primera vez, pero no puedo controlarlo ni detenerlo. Intento ponerme de pie para llegar al baño y poder mojarme la nuca, algo que siempre me hace sentir mejor.

No llego a tiempo.

Me desmayo sobre el suelo de mi habitación, sola y acobardada.

Cuando despierto no sé calcular el rato que he estado desplomada. Tampoco trato de mirar ningún reloj.

Estoy asustada y muy cansada.

Lloro de una forma más sosegada, aunque tampoco eso me calma ya.

Me levanto con dificultad y abro el armario. Recuerdo que las guardé en el fondo de un cajón, dentro de un calcetín. Me alegro de haber tenido el impulso de comprarlas por Internet una tarde que estaba casi tan jodida como hoy.

Me tiemblan las manos mientras sujeto el frasco de *Zoloft*. Dejo caer varios antidepresivos en mi palma y me encamino al baño a por dos o tres pastillas de *Stilnox*. No sé si esta vez tendré el valor de tragármelas, pero de ser así, supongo que los comprimidos para dormir harán que me entere menos de todo.

Quiero y no quiero.

Dios, esto es de locos. Creo que yo estoy loca.

No me entiendo. No sé cómo puedo querer dejar atrás a Ana y todo su mundo y, a la vez, sentirme aterrorizada por abandonarla.

Intento dejar la mente en blanco. No pensar. No sentir. Dejar de pensar. Dejar de sentir.

Dejar de sufrir.

Me trago las pastillas y espero.

Segunda parte

Mi vida con ellos

Dos años más tarde.

Primer año de universidad.

Hacerse entender

Hana

Vaya un primer día de mierda.

Estaba tan nerviosa por demostrar a mi madre que estoy preparada para esto que apenas he pegado ojo en toda la noche. Cuando me he desvelado a las seis de la mañana y me he dado cuenta de que no iba a ser capaz de dormirme de nuevo, me he rendido y me he armado con café y un libro para pasar un par de horas en paz antes de hacer frente al reto que supondrá esta mañana.

Llego a clase casi media hora antes de que comiencen las lecciones. Tampoco es que me importe demasiado.

Me hago con algo más de cafeína en la cafetería y salgo a la escalinata de la entrada para fumar y seguir leyendo un rato, aunque tengo que cambiar de lectura porque el libro que he empezado en papel no está también descargado en mi móvil. Me decanto por algo con misterio, así podré alternarlo con la novela romántica que tengo por la mitad en mi mesilla de noche.

Cuando apago el segundo cigarro bloqueo el móvil y me dirijo al aula que ya había localizado al llegar para sentir que tenía las cosas bajo control. Eso es algo que sigue tranquilizándome. Ya no me obsesiono con ello, pero me siento más segura al manejar aspectos sencillos de mi vida.

Me encamino deprisa hacia las últimas filas de la sala y me escurro por la silla. Todavía no he hablado con nadie. Prefiero ir despacio. Primero, pasar el día tranquila. Después, si se tercia, intentar hacer alguna amistad. Es algo que le prometí a mamá cuando le insistí para mudarme a Madrid y cursar aquí Periodismo, así que me prometo cumplirlo. Ya ha llorado mucho por mí en estos años, quiero poder contarle que todo está bien, o al menos que nada ha empeorado.

Empieza a entrar gente que se coloca por las diferentes filas de la clase de forma desordenada. Supongo que le saco un par de años a casi todos los que están allí, y eso es algo que me hace sentir un poco de inseguridad, a pesar de que nadie lo sabrá si yo no se lo digo. Aparento menos edad que prácticamente todas las personas que me rodean en ese momento.

Algunos llegan con la mirada baja y algo tímidos, echando un vistazo hacia los lados, reconociéndose entre los que estamos igual de asustados.

Otros entran en el aula con seguridad y un aire desenfadado, riendo en alto y haciendo bromas.

Ellos son de los segundos.

Los veo rápido porque llaman la atención. Rubios, fuertes... guapos. El que parece llevar la voz cantante es bastante más alto que el otro, pero son igual de impresionantes. Si a priori tuviera que describirlos de una forma genérica, puede que muchos pensasen que son parecidos. Con el pelo claro, los ojos muy azules, un cuerpo que grita que les gusta el deporte... Sin embargo, son muy diferentes.

El más alto lleva el pelo algo más largo y su rubio es más dorado, aunque se oscurece un poco en la barba que luce. El otro chico tiene ese tipo de color que a veces parece miel y a veces avellana, y sus ojos son casi como el cristal, mientras que el azul de los de su amigo recuerda más al mar. Uno impone por su estatura y sus espaldas, aunque el otro tiene los brazos más definidos. El primero se ríe de forma escandalosa, sin vergüenza y echando la cabeza hacia atrás al hacerlo, y al segundo le sale un hoyuelo profundo y precioso en la barbilla perfectamente afeitada cuando sonrío al escucharlo.

Vienen hacia mí. Son de los que prefieren esconderse al fondo de la sala que mirar al profesor a los ojos.

Cuando los tengo más cerca, me fijo en que el más alto tiene unos labios increíblemente mullidos. El otro chico tiene algunas pecas salpicadas por la nariz y las mejillas. Me pregunto si las detestará tanto como yo odio las mías.

La última fila ya está completa, por lo que se colocan en diagonal delante de mi asiento.

Los oigo con claridad hablar de las chicas con las que tuvieron algo hace una o dos semanas, cuando salieron de fiesta. Comentan el físico de sus ligues y si fue más o menos fácil acabar con ellas que en otras ocasiones. Charlan de ello sin malicia y sin faltar al respeto a las mujeres que decidieron acostarse con ellos, aunque se nota que están acostumbrados a tener a quien quieran en sus camas sin apenas esforzarse.

Se meten el uno con el otro de esa forma que solo la confianza forjada durante años permite, y a mí me caen bien sin conocerlos. Puede que por que me dé algo de envidia que se tengan, que encontrasen en sus vidas a alguien con quien poder sentirse así de cómodos.

Pasan los minutos y el profesor de *Estructura y Sistema Mundial de la Información* no aparece por ningún sitio. Yo me entretengo escuchando a la extraña pareja, y cuando ya ha transcurrido la mitad del tiempo de clase, un

hombre más malhumorado que serio aparece por la puerta. No se digna a disculparse por la espera. Supongo que considera que la jerarquía le confiere a su tiempo más importancia que al nuestro.

—Espero que su vocación por esta carrera sea fuerte, porque les aseguro que la verán puesta a prueba en muchas ocasiones a lo largo de su vida profesional. Las estadísticas me dicen que el 60 por ciento de ustedes acabarán sirviendo patatas en un *McDonald's* antes de que hayan conseguido trabajar en algo mínimamente relacionado con el periodismo. Escúchenme bien, esfuércense, y puede que lleguen a pertenecer al otro 40 por ciento.

Dicho esto, se da la vuelta y empieza a escribir como un loco en la pizarra.

Habla deprisa y es difícil seguirle, pero lo consigo a pesar de ser de las pardillas que aún toma notas a mano en vez de haberse llevado el portátil a clase. Anoto mentalmente que tengo que hacerme con un dispositivo electrónico que me permita teclear más rápido de lo que habla ese hombre.

Joder, tendré que pasar esos apuntes a limpio o ni yo entenderé mi letra cuando vuelva a echarles un vistazo.

Sé que está tratando temas muy superficiales y que apenas está introduciendo la materia en la escasa media hora de clase que tiene por delante debido a su retraso, pero quiero copiar todo lo que dice por si acaso. Ya decidiré luego si es importante o no.

Quizás debería preguntarle si puedo traer grabadora a clase... o a lo mejor debería aprender a coger apuntes sin más. Madre mía. No he empezado y ya me estoy agobiando.

Calma, Hana. Calma.

El resto de la clase parece súper relajada. Algunos, de hecho, tan solo escuchan lo que el profesor, que ni siquiera ha dicho su nombre de pila, aunque se especifica en el programa de la asignatura, va exponiendo.

Los rubitos cuchichean entre ellos y siguen riéndose de bobadas. Me están desconcentrando y cada vez me parecen un poco menos majos. ¿Es que no saben estar en silencio, joder?

De pronto, Prieto, que es el apellido por el que se ha identificado el hombre que preside el aula, se gira y anuncia que es suficiente por hoy.

—Solo quiero hacerles una pregunta antes de que salten a la siguiente clase y olviden todo lo dicho aquí. —Todos esperamos en silencio—. Supongo que, si les digo que comunicar de una manera correcta y buscando la objetividad, por imposible que resulte siempre alcanzarla por completo, es el fin principal de cualquier periodista, ninguno me contradiría, ¿verdad?

Cada uno de nosotros mira con timidez hacia los lados, esperando a que sea otro quien se atreva a contestar algo en voz alta. Algunos para comprobar si su intuición es o no acertada. Otros, imagino que simplemente para poder salir de la sala cuanto antes.

Nadie se anima a opinar, y Prieto muestra una mueca de resignación antes de hacer un gesto con la mano que nos hace entender que podemos irnos. Pero es que lo que ha dicho no es verdad.

—Disculpe. —Varias cabezas se giran para mirarme. La mayoría con fastidio. Puede que acabe de cargarme la posibilidad de hacer algún amigo hoy.

—¿Sí, señorita...?

—Eh... Mantilla.

—Bien, señorita Mantilla. ¿No está de acuerdo con mi afirmación? —me reta con la mirada fija en mí.

—No por completo, señor. —Creo que el color de mi cara debe acercarse peligrosamente al bermellón.

—¿Podría explicarse?

—Bueno. Claro que para un periodista comunicar correctamente es importante, aunque no creo que sea lo primordial —expongo en un tono de voz tan bajito que llego a dudar si se me escucha realmente desde las primeras filas.

—¿Y cuál sería, según usted? —Parece que sí se me oye, a fin de cuentas.

—Hacerse entender. Si su noticia está escrita a la perfección, pero no consigue transmitir el mensaje que quiere hacer llegar a su receptor, habrá fallado en su trabajo.

Durante lo que a mí me parecen dos siglos, aunque probablemente sean solo dos minutos, la clase se sume en un silencio sepulcral.

Me noto el pulso en los extremos de los dedos, rápido y potente, gritándome que nadie me manda participar en el primer día de clase.

Chico Uno y Chico Dos se han girado levemente hacia mí y me miran con curiosidad. El alto, repasándome de arriba abajo con una ceja levantada y una expresión algo cómica en la cara. El bajo, con una sonrisa ladeada y una mirada que transmite algo más de tranquilidad. Parece que les ha hecho gracia que tenga rojas hasta las orejas por la vergüenza.

—Un hombre entra en un servicio público e intenta abrir una de las puertas que permanece cerrada. —Prieto interrumpe el mutismo colectivo con una historia que a mí no me dice si acabo de cagarla de forma monumental o si no

iba tan desencaminada—. Desde dentro del cubículo se escucha un simple «¡Eh!», al que el hombre contesta con un claro «Ah...».

»Dos palabras. Ni un solo verbo. Sin frases perfectamente construidas. Pero con un mensaje clarísimo que la persona que acaba de entrar al baño entiende a la perfección. Recuerden que las oraciones más largas y adornadas no hacen de nosotros mejores comunicadores. Sean precisos. Háganse entender.

Y así, sin dirigirse de nuevo a mí ni hacer ninguna alusión más a mi respuesta, recoge sus cosas y sale del aula.

Noto todas las miradas de mis compañeros fijas en mí y en este preciso momento querría que la tierra se abriese y me tragase la oscuridad. Se van a pensar que pretendía ir de listilla.

Me abro paso como puedo entre ellos, disculpándome por tratar de alcanzar la puerta a empujones suaves, y desaparezco lo más rápido que puedo.

La nueva

Gabi

Es bonita. De un modo mucho más sencillo y natural que la mayoría de las tías con las que salimos Víctor y yo. De hecho, hasta que no he oído su vocecilla replicando a don Estirado no he reparado en ella, la verdad.

Pero es muy bonita.

Por cómo está mirándola Víctor mientras ella se aleja lo más rápido que le permiten sus larguísimas piernas, diría que él opina lo mismo.

—¿Le estás mirando el culo a la nueva? —Me interesa saber si tiene intención de atacar. Paso de discutir con él por una chica.

—¿La nueva? Todos somos nuevos, chaval. Es el primer día en la facultad. —Esquiva la pregunta. Malo.

—Me has entendido. Y no me has contestado —le insisto.

—Sí, se lo estaba mirando. Sabes que siempre he sido más de retaguardias que de delanteras, y esa niña la tiene de escándalo. —Al fin aparta los ojos de la chica para mirarme, con una sonrisa pintada en los ojos—. ¿Acaso tú te estabas fijando en la pared que tiene ella delante?

—Para nada. Le estaba mirando el culo. Tanto que puede que hoy sueñe con él. —Se ríe con descaro, con esa risa suya tan escandalosa que casi siempre me contagia.

—O sea, que no tengo que aprenderme el nombre del maromo del sábado, ¿no? Veo que te resistes a caer rendido a sus encantos. —A veces pienso que a Víctor le encantaría que me centrara solamente en los tíos para que no le robase a alguna chica de vez en cuando.

—¿Hablas de Gael? Puede que sí le veas algo más, me cayó bien. Debe de estar en segundo de Magisterio y se ofreció a enseñarme un poco por dónde salen los universitarios aquí. No descarto volver a liarme con él. No como algo serio, ya sabes, pero...

—A mí, mientras se traiga a la rubia con pinta de fiera que le acompañaba el fin de semana, me va de lujo que se una a la fiesta siempre que quiera.

Niego en señal de desaprobación, a pesar de que, en el fondo, me hace gracia.

Víctor siempre ha sido así. No lo recuerdo sin alguna chica revoloteando a

su alrededor, y eso que nos conocemos desde los diez años. Era de los que le robaba un beso a una compañera durante el recreo y a la salida de clase se marchaba hacia casa con otra de la mano. A ellas les daba igual. Con que les hiciera caso, parecía servirles. Supongo que era porque él siempre se portaba muy bien con cada una de las niñas con las que estaba en cada momento. Bueno, y cuando fue cumpliendo años porque se desarrolló a lo bestia y creció hasta alcanzar como dos metros de altura.

Vale, quizás no es tanto, pero sí que llega al metro ochenta y siete, y desde mi metro setenta y tres, eso es la luna.

Imagino que el hecho de que desde críos nos hayan gustado los deportes y el gimnasio casi tanto como salir a divertimos ayudó a que los dos hayamos conseguido un cuerpo que nos sentimos orgullosos de enseñar en cuanto tenemos ocasión.

Al llegar al instituto, él se decantó por el baloncesto. Yo por la natación.

Supongo que, sin darnos cuenta, elegimos deportes que decían más de cada uno de los que nosotros mismos éramos capaces de ver.

Víctor se unió a un equipo. El sociable, el que siempre ejerce de relaciones públicas de los dos. Él era feliz ocupando algunos domingos en excursiones disfrazadas de partidos que acababan convirtiéndose en reuniones entre colegas que alargaban la comida para que llegase una hora decente a la que poder pasarse con las cervezas.

Yo me decanté por un deporte que me permitía estar solo mientras me sumergía en una calle líquida en la que cualquier pensamiento se ahogaba hasta desaparecer y dejar de importar. Una actividad que no me exigía competiciones, solo devoción.

No es que fuese asocial. Todo lo contrario. Los colegas de Víctor acababan siendo siempre también los míos. Salíamos mucho, ligábamos aún más, y en él encontré al hermano que nunca tuve.

Él era el único hijo de una pareja que tuvo a Víctor porque era lo que se esperaba de ellos después de cuatro años de matrimonio. Tampoco alteró demasiado sus vidas. Es lo que tiene el dinero, que quizás no pueda comprar el amor de un hijo, aunque sí encontrar a alguien que lo acabe queriendo por ti.

A Víctor lo crio una mujer cariñosa y estéril que entró de interna en el enorme chalet de La Moraleja donde creció mi mejor amigo cuando él apenas contaba con un mes de vida. La ausencia de normas y el exceso de dinero podían haber dado como resultado a un pijo algo estúpido y caprichoso, pero Diana no lo permitió. Ella siempre sintió a Víctor como su niño y jamás

consintió que se descarriase. Le enseñó el valor del trabajo, a ser humilde, a tratar a las chicas con el respeto que merecen y la importancia de ser un buen hombre.

Él daría la vida por esa mujer.

Cuando nos mudamos juntos hace un par de meses, insistió en que fuera ella quien viniera a echarnos una mano con las tareas de la casa. A mí me hace mucha gracia ver cómo limpia todo y recoge cada cosa fuera de sitio para que ella tenga menos cosas que hacer y procure no cansarse. La cuida tanto como ella a él.

Nuestro nuevo piso está ubicado en la misma Plaza Santa Bárbara, tiene tres habitaciones enormes, dos baños y un salón perfecto para organizar fiestas. En realidad, es otra de las propiedades de los padres de Víctor. Puede que no hagan demasiado caso a quien lleva su sangre, pero tampoco rechistan cuando él pide que lo compensen a golpe de talonario. Y menos mal, porque mi familia no podría haberse permitido el alquiler de 120 metros cuadrados en pleno Alonso Martínez.

Mis padres son buena gente. Mi hermana pequeña y yo hemos tenido una infancia feliz y unos progenitores que se han partido la espalda para darnos todo lo que creían que necesitábamos. Teniendo una pequeña panadería que exige más horas de trabajo de las que tiene el día, no es una tarea sencilla. A pesar de ello, siempre se las apañaban para intentar estar, al menos uno de ellos, en casa, con nosotros.

Esa carga extra hacía que ellos se vieran muy poco. Su matrimonio acusó la falta de complicidad, de besos, de secretos y momentos compartidos. Tuvieron una racha muy mala hace un par de años, cuando Alba, mi hermana, apenas había cumplido los diez años. A ella le afectó mucho ser testigo de discusiones muy duras que en nuestra casa se sucedían demasiado a menudo.

Tampoco mejoró la situación que por aquel entonces decidiese hablarles de mi bisexualidad.

A mi madre le pareció perfectamente bien. Se lo tomó con una naturalidad que me pilló un poco por sorpresa. A mi padre le costó un poco más asumirlo. No se enfadó conmigo ni nada por el estilo, aunque durante unos meses creo que no supo cómo tratarme. Le di su tiempo. Le concedí el espacio que creí que necesitaba, y no tardó demasiado en venir él mismo a decirme que le daba igual con quién me acostara yo, porque no cambiaba el hecho de que me quería por encima de cualquier cosa.

Ese pareció ser un punto de inflexión para mi padre. Se acercó de nuevo a

mi madre, y juntos encontraron fuerza entre las sombras que últimamente parecían amenazar su matrimonio para remediar algo que aún no estaba del todo roto.

Contrataron a alguien que les ayudase en el negocio y empezaron a dedicar horas en el día a reencontrarse, a volver a conocerse como pareja, a enamorarse de nuevo de aquellas personas que habían sido dos extraños que compartían alianza durante demasiado tiempo.

Funcionó. Todo mejoró, pero la economía familiar, no demasiado boyante hasta ese momento, mermó un poquito más. Por eso ni me lo pensé cuando Víctor me propuso aprovechar una de las viviendas de las que eran dueños sus padres para poder probar lo que era la independencia.

Un café

Víctor

Gabi aún no la ha visto y pretendo aprovecharme de ello.

Con un poco de suerte, mi amigo se pira a la zona de musculación antes que yo, y puedo acercarme un rato a ella para pillarla a solas.

No soy idiota, sé que le ha llamado la atención tanto como a mí, así que o soy más listo o soy más rápido intentando acercarme a ella.

Cuando mi colega deja la máquina en la que está fortaleciendo cuádriceps, me indica con un gesto de la cabeza que lo siga hasta el habitáculo donde guardan las pesas, pero le digo que no he terminado con los bíceps y que voy en diez minutos.

En cuanto desaparece, suelto tan rápido las asas del aparato en el que estoy sentado que medio gimnasio se me queda mirando por el estruendo que han hecho los pesos al chocar entre sí por la repentina ausencia de fuerza que los retenga.

Aprovecho que ella no ha reparado en mí para observarla un rato a placer.

Con la ropa de deporte se aprecia mejor ese increíble culo que me llamó la atención ayer en la facultad. Va entera de negro. Mallas, camiseta, deportivas. Hasta la toalla que descansa sobre uno de los laterales de la cinta para correr en la que está subida es oscura.

Lleva puestos unos cascos pequeñitos, de esos que no tienen cables. La música está tan alta que no me cuesta diferenciar a Avicii pidiendo que le despierten cuando todo haya acabado.

Corre deprisa. La coleta con la que procura que el pelo no le moleste durante su entrenamiento balancea su melena castaña de un lado a otro con brío. Fija sus enormes ojos marrones en el vacío, imagino que con la mente perdida en canciones. Aspira por su graciosa y respingona nariz, pero expulsa el aire por la boca, haciendo que preste especial interés a su labio inferior, algo más grande que el de arriba.

Tiene el escote sudado y su pequeño pecho sube y baja al ritmo de las zancadas que hace rebotar contra la máquina. Va de nuevo con la cara lavada y sus pecas me llaman la atención, porque confieren un aspecto de niña a quien a mí me parece una mujer. Una muy apetecible.

Esa mezcla de valentía que demostró al ser la única con coraje para responder ante un aula repleta de desconocidos contrasta con la timidez que parece desprender cada vez que alguien le habla directamente.

Decido dejar de mirarla desde la distancia y me acerco para presentarme. Me planto delante de ella sin más, apoyando los brazos sobre la pantalla que indica el rato que lleva corriendo y mirándola fijamente para que recaiga en mí.

Creo que debería haber sido más suave.

La pobre debía estar tan metida en su mundo de música y ejercicio que se pega un susto de muerte al verme aparecer de la nada. Suelta un gritito muy cómico, se lleva una mano al pecho y trastabilla. Está a punto de darse de morros contra el ordenador frontal del aparato en el que está subida, pero consigo agarrarla de un brazo y estabilizarla lo justo para que salte y coloque los pies en los laterales de la cinta.

Nos quedamos unos segundos como suspendidos en el tiempo, comprobando que no ha pasado nada que tengamos que lamentar. Cuando estoy seguro de que ella está bien y que no se ha hecho daño, no puedo evitarlo y rompo a reír de forma algo escandalosa, como siempre que algo me resulta hilarante.

Y es que esta chica es casi tan cómica como guapa.

Mi repentino ataque no parece hacerle demasiada gracia a ella, sin embargo.

—¿Estás tonto?! ¡Que casi me mato!

Su mal humor solo provoca que me ría más, lo que consigue aumentar su cabreo.

Si quería causarle una buena primera impresión, lo estoy haciendo como el culo.

Da al botón de apagado y se dispone a abandonar la máquina con gesto de pocos amigos, así que intento hablar en mitad de mi ataque de risa, aunque solo consigo soltar palabras que no se entienden demasiado bien y que casi me provocan una muerte absurda por ahogamiento.

—Perdona a mi amigo, es un poco imbécil. —Aquí llega san Gabi para salvar el día.

Supongo que hemos montado demasiado escándalo como para que no se nos haya oído en medio gym. Se acerca a ella y le posa una mano en el hombro mientras la observa con aire preocupado.

—Algo me había parecido, sí. —Aún no ha quitado la cara de enfado. Una

tía inmune a la caballerosidad de mi amigo. Cada vez me gusta más.

—Perdona, señorita Mantilla, —me dirijo a ella por el apellido que le dio a Prieto, para ayudarle a ubicarnos y ver si nos reconoce—, pero tienes que reconocer que esa danza que me has dedicado ha sido muy... no sé ni cómo llamarla sin que estés tentada a soltarme un tortazo.

Intenta mantener el morro arrugado, aunque se le ladea ligeramente, lo que me indica que en realidad está haciendo esfuerzos por no sonreír.

—Soy Víctor, y él es Gabriel —nos presento a ambos.

—Gabi —me corrige él mirándola a ella de arriba abajo.

—Yo prefiero Hana a señorita Mantilla.

Termina desistiendo en su conato de parecer molesta y nos tiende la mano por turnos. Me hace gracia que elija ese modo de saludar a dos desconocidos. No es muy dada al contacto, por lo que se ve.

—Bueno, Hana, ¿me dejarás que te invite después a una copa para disculparme correctamente y que podamos hablar de alguna de las clases que compartiremos este curso como si fuese de lo que realmente queremos hablar? —tanteo mientras le pongo mi mejor cara de rompebragas.

—Eres muy sutil, tío. —Gabi empieza a tocarme las narices. No va a rendirse sin luchar—. Creo que a estas horas y un martes igual es mejor que te propongamos un café.

El ha elegido la táctica del chico bueno, que se le jode cuando no puede evitar que los ojos se le vayan detrás de uno de los monitores del gimnasio, que se pasea por la sala de cardio con la camiseta de la mano de camino a las duchas.

Me percato de la mirada de curiosidad que a Hana se le escapa ante este vistazo furtivo que mi colega le dedica a un hombre. Supongo que se está preguntando si se habrá equivocado al intuir que ambos estábamos tirándole los trastos.

—Nunca le digo que no a un café.

Hana es algo tímida pero es divertida. Y muy inteligente.

Gabi y ella llevan un rato intercambiando opiniones sobre la necesidad de modificar las leyes de nuestro país para conseguir actualizarlas acorde a la situación actual española en lo referente a la protección de víctimas de violencia de género. Yo los escucho más que intervengo.

Me llama la atención lo apasionada que parece al hablar de temas tan ajenos a ella en contraste con lo reacia que parece a hablar de sí misma.

Solo le hemos sacado que es natural de Barcelona y que le costó Dios y ayuda convencer a su madre para que le dejase venir a estudiar a Madrid.

Me doy cuenta de que no menciona una figura paterna en ningún momento.

—Supongo que a cualquier padre le cuesta dejar volar a sus hijos. Seremos sus niños a los dieciocho y a los cuarenta y ocho —comenta divertido él.

—Ya, pero es que yo ya he cumplido los veinte.

Nos regala otro pequeño dato sobre ella, aunque más bien es como si se le escapasen algunos detalles del puzle que es su vida. En cuanto lo dice, aprieta los labios y mira al suelo. Puede que se avergüence de haber repetido un par de cursos. A lo mejor la pequeña Hana tuvo una época rebelde de la que no le gusta hablar.

Decido ponérselo fácil.

—¿Y por qué Periodismo? —Ella agradece el cambio de tema con una sonrisa sincera y, esta vez sí, decide compartir con nosotros otro trocito de ella.

—Porque quiero escribir. Quiero contar historias y descubrir las que otros tengan que inventar. Me encantaría trabajar en algo relacionado con los libros. Perderme entre páginas es tan mágico que ni siquiera me extraño cuando aterrizo en otros mundos u otras vidas al abrir una nueva novela.

—¿Autores favoritos? —indago, porque es un tema que me gusta más de lo que ella puede imaginar.

—Stephen King, Andrea Longarela, Idefonso Falcones, Almudena Grandes, George R. R. Martin, Alice Kellen, César Pérez Gellida, Jean M. Auel, Ana María Draghia, Julia Navarro, John Verdon, J. K. Row...

—Vale, vale. —No puedo evitar sonreír mientras ella sigue enumerando y contando con los dedos nombres de gente que consigue que se le ilumine la mirada—. Creo que lo pillo. Todo lo que caiga en tus manos.

Se ríe de verdad por primera vez desde que estamos en aquella cafetería repleta de universitarios cargados con un ordenador portátil y un café gigante con más caramelo y nata que cafeína.

—No tanto como eso, aunque me encanta descubrir libros y escritores. Nunca sabes qué cambiará tus días. Quién plasmará en palabras cosas que rondan por tu cabeza desde siempre, pero a las que no habías sabido darles voz. O quién te presentará a unos personajes que acabarán siendo parte de tu vida de una forma tan real que podrían formar parte de tu familia. O quién te

regalará uno de los momentos más emotivos que recuerdes jamás. O si una novela podría llegar a...

Ahora soy yo el que termina riendo a carcajadas sin poder ni querer evitarlo. Esa chica realmente se emociona al hablar de libros.

Veo a Gabi resoplar a mi lado. Sé lo que está pensando antes incluso de que se decida a soltarlo.

—Otra friki de la lectura. Vosotros dos me la vais a dar parda como empezamos a quedar a menudo a tomar cafés.

Hana me mira entonces con curiosidad. Puede que ya me hubiese colocado la etiqueta de *chico de gimnasio sin nada en la cabeza*. Estaré encantando de quitármela a base de conversaciones sobre recomendaciones literarias. Es un tema del que no me canso.

Dedica un minuto a alternar su atención entre nosotros. Su cabeza parece estar funcionando a mil revoluciones por minuto en ese instante. Y yo me sorprendo especulando con que pagaría por saber qué está pensando en este momento.

Mira el reloj de su móvil.

Se pasa la lengua por los labios en un gesto nervioso que le hace parecer aún más niña que las pecas que le salpican la nariz y suspira de forma casi imperceptible, como si se rindiese. Puede que eso sea, exactamente, lo que acaba de hacer.

—Creo que ya no es tan temprano como para seguir diciendo que no a esa copa. ¿Conocéis algún sitio donde las preparen ricas?

La cita

Hana

Esa noche fue solo una. Pero vinieron más. Muchas más copas.

Y noches bailando haciendo el tonto, perdiendo un poquito la vergüenza para permitir que vieran más allá de la Hana que nunca se atreve.

Y días con excursiones conociendo Madrid a través de sus ojos y sus recuerdos.

Y conversaciones con más preguntas que silencios, con ansia por conocernos, por rellenar los huecos de las vidas en las que no existíamos los tres.

Encajé con ellos de una forma tan natural que cuando solo habían pasado cuatro meses de curso, casi había olvidado que no había sido parte de aquel trío desde siempre.

Me acostumbré demasiado rápido a sus frases subidas de tono, que me sacaban los colores y que nunca cesaban; a las chicas y los chicos entrando y saliendo de su piso, en el que yo dormía siempre que me daba la gana; a los ratos robados a las horas de clase, que nos saltábamos a veces para acabar colándonos en cualquier obra de teatro o un pub de mala muerte donde pusieran música en directo; a los *tuppers* que Gabi traía de casa de sus padres los domingos después de arrastrar a Víctor a comer con ellos cuando no tenía partido, porque los progenitores de uno querían verlo siempre y los del otro nunca tenían tiempo para hacerlo.

Las mañanas tirada en el sofá con Gabi, mirando algún programa estúpido de la MTV y riéndonos de nosotros mismos por disfrutar con unos *realities* más guionizados que algunas series.

Las tardes discutiendo a gritos con Víctor porque se metía con las novelas románticas que me encantaban, aunque luego rescatara más de una de la biblioteca para mí cuando se pasaba por allí.

Las noches para nosotros, saltando en discotecas oscuras. Rodeando el cuello de uno. Sintiendo las manos del otro en mis caderas. O peleándonos durante más tiempo por qué película ver de lo que luego duraba la cinta en sí, para acabar durmiendo la mitad de aquellos fines de semana en su casa, en la habitación de invitados, que acabaron llamando pronto «la habitación de la

enana», pero en la que terminábamos dormitando los tres juntos casi siempre.

Mi diminuto piso de dos habitaciones, que alquilé cerca de la parada de metro de Vicente Aleixandre, por la antigua zona del Metropolitano, y que compartía con una chica callada que apenas me saludaba, se convirtió en una zona de paso en la que abastecerme con algo de ropa limpia y donde podía dormir un par de noches a la semana, siempre peor que en aquel espacio que los chicos reservaron para mí en su hogar.

Llegaron las Navidades y las despedidas hasta el nuevo año en el que nos volviésemos a juntar. Los mensajes para reconocer que me echaban de menos, aunque siempre entre bromas, para disimular que se habían acostumbrado tanto a mí como yo a ellos.

Le hablé mucho de ellos a mi nueva psicóloga. Cuando me mudé a Madrid una de las condiciones inamovibles que puso mi madre para permitir mi marcha fue que continuase con las sesiones una vez por semana. Jamás me negué, porque era muy consciente del bien que me hacían.

Encajé muy bien con Julia, mi terapeuta, desde el principio. Ella me animó a que compartiese con Gabi y con Víctor mi pasado, mis miedos. Pero le tenía pánico a ese momento.

Era realista. Sabía que Ana siempre estaría conmigo de alguna manera. Esperando, tendiéndome la mano cuando dudase. Al pensar en ella me sentía una mujer insegura y débil, y no quería que ellos me vieran así. No quería que nada cambiase.

Ojalá nada hubiera cambiado nunca.

Estamos en casa de los chicos. Como siempre.

Ellos se han pasado más de dos horas perdidos en sus videojuegos, y yo he aprovechado para sumergirme en uno de mis libros. Hace un rato que no levanto la vista de las páginas de mi novela, y, de repente, me doy cuenta de que ya no los escucho hablar entre ellos. Levanto la vista para comprobar que siguen aquí, conmigo, y me encuentro con los ojos de Víctor estudiándome con interés mientras Gabi dormita apoyado en uno de los brazos del sofá.

—¿Qué lees?

—*Orgullo y Prejuicio* —le respondo, enseñándole la portada.

—¿Una enamorada de Darcy?

—¿Alguna no lo es? —Se ríe ante mi comentario, aunque me parece una

sonrisa algo triste.

—Así que buscas un galán algo borde y arrogante. ¿Es así como se te enamora, Hana?

Se enciende un cigarro y se pone de pie, avanzando hasta posicionarse enfrente de mí. Me tiende la mano para que me levante y se acomoda en el sillón que ocupaba yo hasta hace un momento, guiándome con mimo para que me coloque de lado encima de él.

En un impulso rebelde, me siento a horcajadas sobre sus piernas y le robo el pitillo de la boca para darle un par de caladas mientras finjo pensar. Suelto el humo despacio, dejando que la nube que se forma nos envuelva a los dos.

—No me gustan los chicos malos. Estoy muy harta de ellos.

—Pues has ido a parar a mal lugar. En este piso no se nos conoce por ser demasiado caballerosos.

Estoy tan cerca de su cara que siento las pulsaciones algo más fuertes de lo normales contra su garganta.

—Conmigo tú nunca has sido malo. Ni borde. Ni chulo.

—No. Es verdad. Contigo nunca he sido nada de eso. Contigo nunca he sido igual que con otras.

Me gusta el juego que hemos creado los dos. La sinceridad con la que parece mirarme, el tono cada vez más bajo con el que me habla.

Me acaricia un brazo, y cuando le sonrío como respuesta, oímos a Gabi refunfuñar bajito.

—¿Es hora de irnos ya a clase? Joder, qué pereza me da tener que ir hasta la Facultad solo para dos horas.

Víctor carraspea y me sujeta por la cintura, levantándose él y aupándome a mí a la vez, para posarme con cuidado en el suelo y, a continuación, recuperar el cigarro que se consume desde hace un rato en mi mano, olvidado. Se moja los labios y desaparece por la puerta del baño, avisando que necesita una ducha rápida antes de salir de casa.

Gabi se levanta con ímpetu y me carga hasta apoyarme en su cuerpo, con mi estómago sobre sus hombros. Yo grito divertida pataleando e intentando que me baje, pero él solo me palmea el culo y me mete prisa para no llegar tarde.

—Bájame, Gabi. —Imagino que las carcajadas con las que acompañé mi petición no ayudan a que me tome en serio—. Mira que estás loco...

—Loco me vuelves tú, pequeña.

Me muerde un trozo de piel desnuda de mi costado que queda a la altura de sus dientes, y siento su lengua recorrer deprisa ese pedacito de mí,

provocándome un pequeño escalofrío.

Cuando consigo que Gabi me suelte, apenas tengo tiempo de calzarme y peinarme un poco antes de que los chicos me apremien para salir hacia la Universidad.

Llegamos a la cafetería riéndonos por el descaro de Gabi, que durante la última media hora de clase ha estado intentando entrarle a un chico que tiene novia. La verdad es que ninguno le reñimos por meterse en medio de la relación, que quizás es lo que deberíamos hacer. Víctor opina que quien debe cortarse a la hora de ligar es quien tiene pareja, no quien busca un poco de diversión. Y yo... yo no me siento con fuerza moral para dar lecciones a nadie después de haberme pasado media adolescencia tratando de que Dani dejase a su novia por mí a base de sexo y autodestrucción.

Localizamos a Raúl y a Jordi al fondo de la estancia, jugando al fútbolín. Víctor nos ha presentado a todos sus compañeros del equipo de baloncesto de la facultad, y ellos son los que mejor me caen con diferencia.

Sonríen al vernos y proponen ir a tomar unas cervezas al bar de siempre, un chiringuito que huele a fritanga que tira para atrás y que está justo enfrente de la universidad.

Cuando entramos, les pido que se sienten mientras me acerco a la barra. Ninguno protesta porque la primera ronda corra de mi cuenta y es un detalle bobo, pero que me gusta mucho, porque me hace sentir que formo parte del grupo como uno más.

A ver, ya sé que no me ven como un tío más. De hecho, Gabi y Víctor no han dejado nunca de insinuármeme a la menor oportunidad, aunque creo que lo hacen un poco como una broma, como una forma de conseguir que me suelte. Dudo mucho que ninguno de ellos me vea de verdad como algo que no sea una colega. Solo hay que ver el físico de las chicas con el que suelen acabar las noches –bueno, en el caso de Gabi, cuando acaba con una Barbie y no con un Ken–.

Sin embargo, sí que he notado atenciones reales por parte de alguno de los otros chicos, y aún no estoy segura de si estoy cómoda con ellas. En el periodo en el que la anorexia empezó a ganar terreno en mi vida, dejé de sentirme a gusto con mi cuerpo. Cuanto más adelgazaba, más insegura me veía, y las noches en las que me mostraba desnuda ante cualquier amigo de Dani con tal de ver el deseo en sus miradas, dieron paso a paranoias en las que me parecía que al recorrer mi estómago se paraban demasiado tiempo sobre una abultada e inexistente barriga.

Cuanto peor se tornaba mi carácter, menos ganas tenía de compartir cama y orgasmos con nadie que no fuera Dani. Así que el sexo pasó a ser una parte muy poco relevante en mi vida. Tanto, que hace más de dos años que no forma parte de ella.

Claro que, tener eso muy claro en mi mente, no implica que mi cuerpo no reaccione como le da la gana cuando un chico guapo se acerca a mí por detrás, sujetándome por la cintura, para susurrarme cosas al oído.

—Hoy estás incluso más bonita que ayer, preciosa.

No me vuelvo, pero Jordi puede ver cómo sonrío cuando giro levemente la cabeza para enfrentar sus ojos, que están a la altura de los míos gracias a que él descansa la barbilla en mi hombro.

La primera noche que coincidí con él estuvimos bastante rato hablando de la ciudad que ambos compartimos, de cómo fue crecer en Barcelona y de lo mucho que extrañamos vivir cerca del mar. Desde entonces, él no ha dejado de intentarlo cada vez que me ve. Y a mí no me disgusta que lo haga.

—Tienes que currarte un poco más las frases, cielo.

—¿Hay alguna combinación mágica de palabras que me conceda una noche contigo? Porque si me dices que sí, juro que empiezo ya mismo a probar.

Me río y me aparto el pelo a un lado. Sí, definitivamente estoy tonteando con Jordi.

—U os dais un poco de vida o en vez de cerveza vamos a beber una especie de meada caliente sin espuma. —Víctor se cuela en medio de los dos y coge cuatro jarras a la vez mientras Gabi agarra la última y me pasa un brazo por los hombros para arrastrarme de vuelta a la mesa.

Miro a Jordi y me encojo un poco de hombros a la vez que dejo escarpar una risilla al ver cómo rueda los ojos hacia atrás ante la interrupción de esos dos. Cuando estoy con ellos es muy fácil olvidarme de que yo soy la mayor de los tres. Creo que es algo que también le pasa a Víctor, porque casi desde el primer día me ha adjudicado un mote que me enerva y me fascina por partes iguales, aunque lo último creo que tiene más que ver con la dulzura con la que él lo pronuncia.

—No puedes dejar que te engañe cualquier baboso con unas pocas tonterías cursis, bebé.

—Pensé que Jordi te parecería bien. Es tu amigo —le rebato.

—Por eso precisamente sé que es un baboso.

—¡Oye! —se queja el aludido.

—Ni la mires, Baró. —Entre los del equipo suelen llamarse siempre por

los apellidos, algo que a mí me resulta un poco ridículo, pero que a ellos parece encantarles. Incluso a Gabi, que no juega con ellos al baloncesto, le llaman Moreno la mayoría de las veces en las que se dirigen a él.

—Joder, Garrido, ni comes ni dejas comer —se queja Jordi.

—No te equivoques. Ni como ni me dejan comer, colega. —Lo último lo dice mirándome con falsa cara de pena, lo que provoca una carcajada por mi parte y que Gabi me apriete un poco más fuerte contra él.

Estos dos son como niños.

Cuando nos levantamos a por la tercera ronda, los chicos se animan a retarse a una partida de dardos, y aprovechando que mis guardaespaldas particulares están entretenidos jugándose la hombría a una diana, Jordi vuelve a la carga.

—No deberías fiarte de lo que te digan Garrido y Moreno sobre mí. Joder, a veces acercarme a ti es más difícil que intentarlo con una chica con un padre policía híper protector.

—No me los tomo en serio, tranquilo. —Y es verdad. Si fuera por ellos, seguiría sin salir con nadie hasta... bueno, puede que nunca volviera a salir con nadie. Todos los tíos les parecen malos.

—¿De verdad? —Asiento y vuelvo a atusarme el pelo. Madre mía, creo que he perdido mucha práctica en esto. Estoy casi segura de que desde fuera debe parecer que tengo un calambre en el cuello—. Entonces, quiero una cita.

Me lo quedo mirando un ratito, intentando ponerle tenso. Miro hacia arriba, como si estuviera pensándomelo.

—El sábado me va bien.

Doy un trago largo hasta que termino mi cerveza y la dejo sobre la barra del bar antes de dirigirme al lado de Gabi. Cuando me doy la vuelta y veo a Jordi sonriéndome con hambre, dudo por primera vez si estaré haciendo lo correcto.

—No me puedo creer que de verdad vayas a salir con ese.

—Gabi, ¿qué narices os pasa? Jordi es amigo vuestro.

Desde que les dije a los chicos que este fin de semana tenía una cita con su colega, están de morros todo el maldito tiempo.

Gabi sale de la habitación bufando. Víctor está apoyado en el quicio de la puerta, mirándome muy serio, sin decir nada.

Si llego a saber que iban a estar en este plan paso de acercarme por su casa a comer antes de la quedada de esta noche con Jordi. Sorteo a Víctor y sigo a Gabi hacia el salón para coger mi bolso antes de marcharme.

—De verdad os digo que estáis insoportables. Me vais a acabar poniendo de mal humor.

—No es lo que pretendemos, bebé. Es que se nos hace raro que salgas con él. No te habíamos visto interesada en ningún chico desde que te conocemos. —Víctor intenta hablarme con calma para no empeorar mi estado de ánimo, pero han estado tan imbéciles que ahora la que quiero bronca soy yo.

—Pues porque no tengo la necesidad de andar detrás de cualquier rabo con patas, como le pasa a este —ataco señalando a Gabi—, ni de que me dé lecciones alguien que no recuerda ni el nombre de la última tía a la que se tiró —es el turno de Víctor como blanco de mi ira—, pero digo yo que también tendré derecho a divertirme un poco.

—Si lo único que quieres es diversión no te hace falta salir de este piso para encontrarla —sonríe Víctor aceptando con elegancia mi pulla.

—Sabes a qué tipo de diversión me refiero. No seas bobo. —Se me queda mirando más rato de lo normal, en un silencio que rompe una carcajada de Gabi, al que veo por el rabillo del ojo negar con vehemencia desde el sofá.

—Te juro, bebé, que a veces no sé si no entiendes nada o es que ya lo sabes todo. —Mi cara de confusión debe indicarle a Víctor que la primera opción va más encaminada que la segunda. Cuando se ponen crípticos me empeora incluso más el humor. —Da igual. Pásalo bien con Baró y mañana nos cuentas.

—Sin demasiados detalles, por favor —grita Gabi mientras desaparece de nuevo de mi vista, esta vez en el baño.

Paso de tonterías. Si no me marchó ya, no me va a dar tiempo a arreglarme, así que desaparezco camino del metro soñando con una ducha y pensando qué ponerme esa noche.

Ir al cine no es mi cita soñada. De hecho, pocas cosas habrá que se alejen más de mi ideal de quedada que esa, al menos cuando hablamos de conocer un poco a un chico. Dos horas de estar en silencio con alguien al lado que me acaricia el muslo con mal disimulo no me permite saber gran cosa de él, aparte de si las palomitas le gustan dulces o saladas.

En mi opinión, cualquier situación destinada a saber si alguien te gusta o no

tendría que tener como elementos centrales a dos personas y un buen café. Ya está. Si ni siquiera hay más gente alrededor, mejor me lo pones. Nada que os distraiga ni que sirva de comodín para dejar pasar el rato. Si en los primeros encuentros con un chico me falta conversación y me sobran momentos incómodos, no necesito perder el tiempo con meses de intentos tontos para saber que eso no irá bien en el futuro.

Así que cuando Jordi sale de la oscura sala de cine y me propone ir directamente a tomar algo a su casa, empiezo a pensar que igual es tan baboso como los chicos me lo querían pintar.

De todas maneras, y por ser un colega, decido darle el beneficio de la duda y me acerco a su piso. Sé que en ningún caso haremos nada que yo no quiera, aunque últimamente tengo las hormonas algo revolucionadas y me apetece ver hasta dónde me pide llegar el cuerpo.

Entramos y me hace un pequeño *tour* por la casa, que comparte con dos chicos más del equipo que han salido de fiesta esa noche. Terminamos en la cocina, donde saca algunas cosas para picar y me pregunta si quiero ayudarle a preparar unas copas.

Terminamos tirados en el sofá, charlando con la televisión apagada. Me pregunta si quiero elegir algo de música, lo que nos lleva a tocar temas seguros y tranquilos. Grupos favoritos, conciertos a los que hemos ido, aquellos en los que soñamos poder estar... Pasa algo más de una hora en la que aquella cita me parece mejorar bastante. Me he reído un poco y he conseguido que Jordi lleve casi todo el peso de la conversación. A él le gusta hablar de sí mismo y a mí no me gusta dar demasiados detalles sobre mi vida, así que la cosa ha sido fácil.

Cuando las frases se vuelven más cortas y algo más ridículas, sé que el tiempo de hablar empieza a acabarse y que él está pensando en cómo llegar hasta el siguiente paso sin que yo me sienta violenta.

No tengo por qué complicárselo.

Me ha gustado esta noche con él y quiero besarlo tanto como él quiere besarme a mí, así que cuando se levanta con los vasos de la mano, dispuesto a servirnos una nueva ronda para encontrar un poco de valor líquido, le sigo hasta quedar a su lado.

Le quito las copas de la mano y le giro hacia mí. Cuando apoyo mis manos a ambos lados de su cara, distingo el ansia en sus ojos. Es algo bruto al juntar nuestras bocas, pero, aunque a mi cabeza no le ha parecido un comienzo muy prometedor, mi cuerpo le pide que se calle y le deje disfrutar.

Me conduce hacia su habitación sin romper el beso en ningún momento. Cuando me tumba encima de la cama y va directo a quitarme la camiseta, le pido que vaya un poco más despacio. Es cierto que estoy excitada, pero cuando he pensado en que me vea desnuda, demasiadas sombras se han instalado en un rincón de mi mente. Necesito ir poco a poco para conseguir ahuyentarlas. O al menos engañarlas lo suficiente.

Rebaja la intensidad de los besos, pero su autocontrol no dura demasiado y después de un rato de roces más pausados, vuelve a meter la mano por debajo de mi ropa. Esta vez se lo permito e intento ir acostumbrándome a su tacto y a la forma que tiene de acariciarme por encima del sujetador, pero cuando al sentir un gemido que se escapa de mi garganta responde apresando con fuerza parte de la carne que escoden mis vaqueros a la altura de las caderas, entro en pánico.

Siento las paredes de la habitación cerrándose sobre mí y el pulso palpitando de forma descontrolada a un lado de mi garganta. Se me seca la boca y noto las manos húmedas por el sudor.

—Espera, espera. —Me incorporo sobre el colchón tan deprisa que hasta me mareo un poco. Respiro de forma agitada y sé que él no está mejor que yo. A pesar de ello, se detiene y me da espacio retirándose un poco hacia atrás.

—Perdona. Yo... pensé que a ti también te apetecía. Perdona, de verdad. Me he acelerado. Soy un burro. —Lo noto realmente azorado y eso solo consigue que me sienta peor. No es un baboso, simplemente pensaba que yo buscaba algo que incluso yo creía desear. —Hana, me gustas. Yo... podemos volver al salón, preparo unos cafés y... no sé, hablamos un rato.

—Creo que mejor me voy a ir a casa. —No le miro a la cara cuando se lo digo porque sé que solo vería lástima. Debo de parecer una niña pequeña y tonta ahora mismo.

—¡No! Hana, en serio. Podemos ir al ritmo que tú marques. Si ahora quieres irte, puedo acercarte a donde me digas, pero por favor... No quiero que te vayas así. Tengo la sensación de que no vas a querer que volvamos a quedar nunca solos si te marchas ahora.

—Jordi es que no sé si ha sido buena idea. No creo que esté en el punto de querer salir con gente ahora mismo. Realmente pensé que podría, y no quiero... —Me mira sin entender, y no le culpo. A veces no lo consigo ni yo. Solo sé que ya no voy a volver a hacer algo solo porque sea lo que otros esperan que haga, ni para evitar rechazos por su parte. Sé que me quedan muchos pasos que dar, pero ese camino ya lo recorrí y no pienso retroceder

ahora—. Quiero irme a casa.

Deja caer los hombros y asiente compungido. Se levanta para ofrecerme su mano y ayudarme a incorporarme. Cuando me tiende el abrigo y veo que coge su chaqueta le aseguro que prefiero ir en metro. Me insiste tanto que casi cedo, aunque consigo convencerlo.

No es que no quiera estar con él o que me sienta violenta a su lado. Es que las ganas de llorar han vuelto a aparecer para ahogarme y aprisionarme el pecho.

No he hecho nada malo, y a pesar de todo, ahí está ese sentimiento de culpa, espeso y cruel, riéndose de mí, recordándome que estoy más rota de lo que me permito reconocerme.

He querido coger el metro porque quería irme a casa, pero no es hacia la mía a donde me encamino.

Rota

Víctor

BEBÉ MÓVIL
¿Estáis en casa?

Escribiendo...

Gabi ha salido, pero yo sí. ¿Ha pasado algo?

Hana me ha mandado ese mensaje hace veinte minutos y aún no me ha contestado, así que llevo veinte putos minutos dando vueltas por mi salón como un león enjaulado.

Cuando esta tarde ha salido enfurruñada del piso, se me han quitado todas las ganas de fiesta. Fuera está nevando. Es un enero jodidamente frío, y estoy seguro de que acabará cuajando. He pedido comida al chino de debajo de casa, he dejado mi paquete de Chester encima de la mesa y he sacado algún libro que pueda entretenerme un rato cuando me canse de ver la tele.

Gabi se ha negado a quedarse un sábado por la noche a oscuras en nuestro cuarto de estar viendo alguna serie de Netflix conmigo solo porque ella tenga una cita y esto a ninguno nos guste, a pesar de que nunca lo reconozcamos en voz alta. Dice que, si empezamos a dejar que cosas así nos afecten tanto, nunca vamos a conseguir que la gilipollez de que ninguno vemos a Hana como más que a una amiga se convierta en una realidad.

—O la convertimos en una más o esto va a terminar estallándonos en la cara, tío. —Recuerdo que Gabi ya lo supo ver cuando apenas había pasado un mes desde que la abordamos en el gimnasio.

Supongo que el primer día que la convencimos para tomar algo los tres no esperábamos descubrir a alguien... así. Imagino que ambos vimos la timidez que emanaba y pensamos que sería divertido comprobar cuál de los dos lograba camelarse antes a la chica dulce e inocente.

Lo que no vimos venir fue que escarbando un poquito, muy poquito, la superficie, había muchas más capas. La de mujer decidida que dejaba su

ciudad para perseguir un sueño. La de joven apasionada que defendía sus posturas con vehemencia en cada debate que iniciábamos Gabi o yo para sacarla de quicio. La de niña asustada que evitaba en lo posible las muestras de afecto menos cuando se trataba de nosotros.

Joder, y todas nos gustaron.

Dejamos la estupidez de ver quién de los dos era capaz de llevársela antes a la cama y comenzamos a actuar como si ambos hubiésemos encontrado en ella a una hermana pequeña a la que cuidar, a pesar de que nos sacase dos años.

Ya.

Solo puedo decir que, a base de no hablar de ello, ambos hemos acabado fingiendo bastante bien delante del otro. Esperamos que, de alguna manera, a base de pasar tiempo juntos, acabaremos acostumbrándonos a la idea de que es una amiga más. Una que está con nosotros a todas horas y a la que los dos miramos demasiado cuando creemos que el otro no está atento. Pero hacerlo así es mejor que pelearnos por algo que, probablemente, se acabaría esfumando en unos meses en cuanto uno de los dos lo consiguiese.

Y de verdad que la teoría me la sé. Pero todas las mierdas que llevo repitiéndome semanas se han ido por la taza en cuanto he recibido su mensaje y he empezado a comerme la cabeza por no saber si ella estará bien.

Cuando, además, ha aparecido en la puerta de casa empapada en lágrimas y con copos de nieve tiñendo de blanco su media melena avellana, yo mismo he tirado de la cadena para que se las tragase el desagüe.

—Lo voy a matar. No sé qué ha hecho, pero juro que lo mato. —Ahora mismo veo rojo. Cuando digo que me lo cargo, no es una manera de hablar. Como se le haya ocurrido ponerle un dedo encima sin que ella quisiera...

—Víctor, abrázame.

Dos palabras y consigue que toda la ira homicida se esfume, porque me necesita y eso es más importante que asesinar capullos.

Es tan pequeña que en cuando me rodea la cintura, se pierde entre mis brazos. Se permite enterrar la cara en mi pecho y comienza a llorar con desconsuelo. Y a mí me cuesta hablar sin que me tiemble la voz al verla así.

—Hana, por favor, dime qué ha pasado —consigo sonar más calmado de lo que realmente estoy—, porque estoy empezando a ponerme muy nervioso pensando en qué te ha hecho Baró para que estés así.

—No ha hecho nada, de verdad que no. Soy yo, que estoy mal. Estoy rota, Víctor. —Llora tanto que casi no consigo entenderla, y la pena con la que

habla de sí misma... Mierda... ¿qué te pasó, pequeña Hana?

—Eh, eh. No. No digas eso.

La alzo para poder sujetarla mejor y que sienta más seguro mi amarre, para que sepa que no dejaré que esté sola, que tiene un refugio a la que acudir cuando sienta que se hunde. Ella, como toda respuesta, me rodea la cintura con las piernas y hunde el rostro en el hueco de mi cuello. Siento sus lágrimas calientes empapándome la piel y tengo la necesidad de abrazarla tan fuerte que creo que podríamos fusionarnos.

La llevo hasta la cocina y la poso sobre la encimera para poder separarme de ella y limpiarle los surcos que han aparecido como ríos por sus mejillas. Es más una caricia que ninguna otra cosa, pero ahora mismo tengo tal necesidad de tocarla, de hacer algo para que se sienta mejor que no reprimo ese roce, aunque yo mismo esté algo perdido.

Cuando al fin consigo que levante la cabeza me doy cuenta de que debe llevar mucho rato llorando. Tiene el rímel corrido, manchas rojas por las mejillas debido a la llantina, la nariz algo húmeda y los labios hinchados. Y, aun así, detrás de aquel desastre, reconozco a Hana, la veo en sus ojos brillantes y algo asustados.

Solo entonces me percató de lo cerca que estamos y de lo oscuro que está el piso.

No sé si Hana ha sentido lo mismo que yo porque, de repente, inclina un poco la cabeza hasta que su boca queda a la misma altura que la mía y se pasa la manga del abrigo, que aún lleva puesto, por la cara en un vano intento de limpiarse.

Veó cómo descende la mirada hasta mis labios y sé qué va a hacer antes de que dé el paso. Y sé que debería pararla, porque estaría mal no hacerlo a tantos niveles que ni siquiera soy capaz de pensar en todos.

Ahora mismo está triste y vulnerable. Posiblemente, además, muy confundida.

Y Gabi se va a cabrear. Se va a cabrear de la hostia.

Y, aun así, cuando acerca su boca a la mía, soy yo quien recorre los últimos centímetros que nos separan buscando un beso que llevaba dándole meses sin que ella lo supiese.

No sé el rato que estamos perdidos el uno en el otro. Solo sé que me cuesta un mundo romper el contacto, tanto que aún no sé de dónde saco la voluntad para conseguirlo. Pero Hana no es una tía cualquiera. Y sé que ahora necesita a su amigo.

Apoyo mi frente en la suya y aspiro con fuerza, buscando el aire que ella se ha llevado en el beso. Me parece que su rostro se ha relajado y la paz que parece sentir después de perderse en mi boca me hace más difícil aún lo que sé que debo decir.

—Hana, esto no está bien. Ni siquiera me has dicho qué ha pasado ni qué es esa tontería de que estás rota. Bebé, estás haciendo esto porque estás mal y mañana te vas a arrepentir, y yo me voy a sentir fatal al ver que lo haces.

—Hoy no quiero hablar, Víctor. Hoy no, por favor.

—Hana, no me pidas que igno...

—Hoy solo te pido esto, nada más. Que me beses, que me abracés. Que me hagas sentir mejor.

Me aparto lo justo de ella como para poder razonar, aunque creo que no lo suficiente como para pensar con claridad, porque cuando vuelve a besarme la carga sobre mí y me dirijo a mi habitación.

Puto asco

Gabi

Llego a casa temprano.

Ayer terminé la noche en casa de una chica a la que conocí en el pub al que me arrastraron un par de amigos y donde me emborraché más de la cuenta para no pensar en que era posible que en esos momentos Hana estuviese gimiendo debajo de Baró.

Puto asco que te guste alguien que no sabe que existes como hombre.

Puto asco que te guste la misma tía que a tu mejor amigo.

Y puto asco que esa tía vaya camino de convertirse en tu mejor amiga.

¡Qué coño! Hana ya es mi mejor amiga. Y la de Víctor. Puede que, de hecho, sea la única chica que sea amiga nuestra de verdad.

Entro pensando en comer algo y volver a la cama porque apenas he dormido cuatro horas, y entonces veo algo que cambia la dirección de mis pasos.

El bolso de Hana está tirado en el suelo de la entrada.

¿Ha dormido aquí?

¿Y Jordi?

Aunque la noche no acabase en cama, es algo raro que viniese a nuestro piso y no se fuese a su casa.

Abro la puerta de la que ya es su habitación y me encuentro con la cama perfectamente hecha.

Una idea se me pasa por la cabeza, aunque la descarto.

Él no haría eso.

Preparo café y me sirvo una taza, pero no puedo apartar la vista del bolso de Hana. No tiene ningún sentido que esté ahí si ella no lo está.

¿Es posible que se lo dejase ayer aquí cuando vino a comer y no lo haya visto hasta ahora?

Me estoy poniendo de un humor regular y sé que si me marcho así a la cama no voy a ser capaz de dormir, así que me encamino a la habitación de Víctor. Me repito una y otra vez que solo voy a preguntarle si ella se pasó por aquí anoche y si está todo bien, pero creo que en el fondo sé que solo necesito confirmar lo que ya me espero encontrar dentro de ese cuarto.

La pierna desnuda de ella es lo primero que llama mi atención. Una camiseta de Víctor cubre la mayor parte de su cuerpo, aparte de los brazos de mi amigo, claro, que la rodean pegándola a su pecho desnudo. Él solo lleva unos *bóxers*.

No es una escena que me resulte particularmente reprobable. Los dos hemos dormido con ella así ya unas cuantas veces, aunque siempre en su habitación. Puede parecer una gilipollez, pero es como si ese espacio fuese un terreno neutral. No es su cama, ni la mía. Es, simplemente, la cama de los tres.

A pesar de ello, creo que hasta podría haber pasado por alto el hecho de que estuviesen durmiendo en la habitación de mi amigo. Lo que no me deja espacio para el autoengaño es ver la mirada de culpabilidad que Víctor, al que ya encuentro despierto al abrir la puerta, me dedica; ni el hecho de que intente separarse de ella como si de pronto su contacto le quemara.

Hana se remueve por la brusquedad del movimiento, gira sobre sí misma y abraza la almohada antes de seguir durmiendo plácidamente.

—Gabi...

—Luego, colega. Cuando se haya marchado.

Víctor asiente con cara de perro apaleado, y yo me encierro en mi cuarto con un portazo que espero que no le deje lugar a dudas sobre qué me parece lo que imagino que ha hecho.

Llevo tumbado en silencio cerca de una hora. Miro el móvil sin entrar en el WhatsApp para no aparecer en línea. No quiero que Víctor sepa que ya estoy despierto. Tampoco me decido a salir al salón, donde le oigo trastear con los cacharros de la cocina.

No sé qué va a decirme exactamente, aunque sé que no quiero escucharlo.

Me levanto y rezo porque al menos Hana haya decidido marcharse a su piso para ducharse y cambiarse de ropa. Si la veo dedicarle una puñetera caricia hoy a mi amigo, puede que acaben ganando las ganas que tengo de darle a él un par de hostias.

Paso enfrente de Víctor sin detenerme y entro al baño a mear y a tragarme un par de antiinflamatorios. Si tengo que mantener esta conversación, prefiero hacerlo sin que la resaca me martillee las sienes sin piedad.

Al salir, decido agarrar el toro por los cuernos.

—¿Hasta dónde llegaste ayer con ella? —Me mira y asiente. Entiende que

no quiero andarme por las ramas innecesariamente.

—No ha pasado nada, Gabi. Ella llegó a casa llorando. No sé qué pasó con Baró, aunque sí me ha dicho que él no le hizo nada, que es por algo que tiene que arreglar ella sobre sí misma. —Resopla y se revuelve el pelo con nerviosismo. Sé que le cuesta contármelo, pero no le voy a facilitar nada—. Estaba nerviosa, y la abracé para intentar que se sintiera mejor y, no sé cómo, acabamos besándonos. Yo... Ella... quería que le hiciese sentirse mejor. Juro que solo nos tumbamos en la cama y... bueno, eso... nos besamos un rato y nos quedamos dormidos. —Lleva un rato sin ser capaz de mirarme. Yo, sin embargo, podría atravesarle con los ojos ahora mismo.

—¿Y al levantaros?

—No entiendo —reconoce fijando la vista de nuevo en mí para estudiar mis reacciones.

—¿Qué va a pasar ahora con vosotros, Víctor?

—¡Nada! Oye, ni siquiera tenía que haber sucedido lo de ayer, tío. Lo sé. Y lo siento. Ella estaba triste, y yo me dejé llevar. Hoy nos hemos despertado, y todo era como siempre. De verdad. —Le creo, no porque me suene convincente, sino porque noto decepción en sus palabras. Sé que lo siente, pero él esperaba que para Hana lo de anoche hubiese significado algo más—. Me ha dado las gracias por entenderla y por consolarla. Hemos desayunado sin malos rollos ni silencios incómodos y se ha marchado a casa a por ropa. Seguramente volverá en un rato.

Muevo la cabeza despacio de arriba abajo.

Él se acerca a mí con cautela y un interrogante dibujado en la cara.

—Entonces... ¿todo bien?

—Sí, vale. Todo bien. Pero, en serio, Víctor, o ambos tenemos claro que Hana es terreno prohibido o vamos a acabar jodidos los tres.

—Lo sé. No volverá a pasar.

Acepto el abrazo que me tiende, aunque en el fondo una idea se repite con insistencia en mi cabeza, instalándose en un rincón que espero poder ignorar: «volverá a pasar, y puede ser él o puedo adelantarme y ser yo».

Dejarme llevar

Hana

Belén, la última novieta de Víctor es un poco más repelente incluso que la anterior. Y mira que pensé que eso era casi imposible. Pues no.

No sé qué le ha dado. En apenas cuatro meses ya ha intentado ennoviarse con tres chicas. Bueno, o con una en diferentes versiones, según cómo lo mires, porque las muchachas no podían parecerse más entre sí, tanto en lo físico como en la personalidad.

Gabi, por el contrario, ha decidido que en la variedad está el gusto. Eso sí, parece que cada vez se inclina más por compañeros de su mismo sexo. Creo que no le he visto con ninguna chica desde hace... ni sé. Salta de una cama a otra con una facilidad pasmosa.

A veces me dan un poco de envidia. Desde lo de Jordi no he sido capaz de estar con nadie más. Él se disculpó en todos los idiomas que se sabía; me pidió que saliésemos de nuevo, sin prisas, como amigos, como yo necesitase. Me dio pena decirle que no, aunque sé que no funcionaría. Me aterra pensar que volveré a entrar en pánico cuando quiera verme sin ropa.

Desde entonces, cada vez que tonto con un chico y él se decide a pedirme el número, sonrío con decisión dispuesta a empezar a recitarle dígitos hasta que pienso que una quedada llevará a otra y, esa, a otra y que, inevitablemente, en algún momento el sexo será parte de la ecuación. Y entonces decido callarme.

Joder, creo que los chicos hasta empezaron a creer que había sufrido algún tipo de episodio de abusos o algo así. Víctor me preguntaba a menudo sobre mi comentario acerca de que estoy rota. También me interrogaba con disimulo más frecuentemente que antes por mi padre. Solo tuve que sumar dos y dos.

Una tarde, hace unas semanas, los senté a ambos en el sofá de su casa y les expliqué que mi padre era un cabrón, pero que jamás me puso una mano encima. Quería que de verdad estuvieran tranquilos con eso, aunque les pedí que me dejaran a mí marcar los tiempos en los que quería compartir con ellos algunas cosas que me dolían.

Ambos lo aceptaron sin presionarme y me abrazaron mucho. Cuando Víctor lo hizo me permití flaquear por un momento y esconder de nuevo la cara en su

cuello, cerca del nacimiento de su pelo. Aspiré tan hondo que la piel se le puso de gallina y me apartó sin mirarme.

Me costó tragarme la sensación de pena y rabia.

Era capaz de acostarse con casi cualquier chica que se le pusiese delante, y a mí me rechazaba sistemáticamente después de unos simples besos. No creo que sea tan monstruosa como para merecer la cara de arrepentimiento que me mostró la mañana siguiente a mi desastrosa cita con Jordi. Vi tanta culpabilidad en su mirada que decidí ponérselo fácil y empezar yo con las frases manidas acerca de la poca importancia que había tenido lo que había pasado la noche anterior.

Aceptó tan rápido mis razonamientos sobre el error que supondría darle mayor importancia, que tuve que salir escopetada hacia mi piso para evitar echarme a llorar de nuevo y que ya no supiese cómo consolarme por miedo a que me lanzase a sus brazos otra vez.

Y no es que esté enamorada de Víctor ni nada por el estilo. Es solo que con Gabi y con él me siento tan segura y tan querida que creo que a veces me confundo.

Besarle fue algo tan natural para mí que en unos minutos me devolvió toda la paz que me había arrebatado lo vivido con Jordi.

Besarle me hizo sentir en casa.

A pesar de todo, sé que no me sirve de nada ir por ahí, porque es algo que solo sentí yo. Así que me concentro en seguir siendo su amiga y en dejar que me vayan conociendo de verdad poco a poco.

Quiero contarles qué me pasa y por qué a veces notan comportamientos extraños en mí, pero mi miedo a que piensen que tengo algo malo es muy real.

Julia me anima a que lo intente. Está segura de que no me van a juzgar, aunque a mí se me hace un mundo explicarles por qué para mí no es una exageración cuando aseguro que estoy llenísima cuando me como cinco galletas seguidas o que, de alguna manera, necesito comer únicamente frutas y verduras al día siguiente de haber visitado un burger.

Me vacilan a menudo con que soy una loca de la comida sana. Lo que no saben es la cantidad de sal que están echando en la herida cuando hacen bromas acerca de que si no como un poco más, nunca llegaré a la adolescencia y no me desarrollaré.

Hay algo que aprendí con el paso de los meses. Los complejos no desaparecen, solo se transforman.

Donde antes solo era capaz de ver michelines y grasa, ahora veo un cuerpo

sin curvas y demasiado infantil.

Necesito mantener un estilo de vida sano, y, sobre todo, equilibrado. En muchas de las sesiones con mi psicóloga seguimos incidiendo en la importancia de no obsesionarme por controlar lo que como, o por no angustiarme si no logro planificar a la perfección cualquier otro aspecto de mi vida. El control no siempre puede ser total, y no pasa nada. Sé que no puedo cambiar a mi antojo mi aspecto corporal, aunque sí puedo aprender a quererme y a aceptarme. Es algo en lo que trabajo cada día, a pesar de que me resulta de lo más complicado.

Belén me saca de mis cavilaciones agarrándome del brazo para llevarme hasta un nuevo mostrador de sujetadores llenos de encaje y transparencias que valen más que un mes de mi alquiler. Bueno, tanto no, pero ¿quién se gasta más de trescientos euros en un conjunto de ropa interior? Por Dios, si yo me cojo los packs de cinco braguitas que venden en Oysho y soy la mujer más feliz del mundo porque siempre hay tres ideales, aunque las otras dos sean una *sosada*.

Lo único bueno de todo esto es que los chicos han convencido a la novia de Víctor para ir a la tienda de La Perla que está en el Corte Inglés de Goya, así que Gabi me ha prometido que después me acompañará a la sección de librería para compensarme por el tormento que supone aguantar la charla insulsa de la rubiteñida.

La verdad es que no es mala chica, solo es un *muermazo*. No habla de otra cosa que no sea ropa, chicos, maquillaje, chicos, sexo y chicos. Es maja, y sé que intenta que nos llevemos bien, pero es que me aburre. Aun así, sonrío de nuevo ante un comentario sobre lo mucho que le gustaría que Víctor le arrancase no sé qué tanga con los dientes y miro a Gabi con súplica en los ojos, rogando porque tenga a bien venir en mi auxilio.

Parece que entiende mi cara de horror y se acerca a socorrerme. Me pasa el brazo por los hombros, y yo rodeo su cintura mientras me susurra maldades al oído sobre las marranadas que tendré que hacerle para agradecer el rescate. Belén tampoco es santo de su devoción.

Ante un comentario más cerdo que los demás no puedo evitar reírme en alto.

—¿Cuál es el chiste? —Víctor aparece a mi lado con cara de pocos amigos. Supongo que estar de tiendas agota rápido a la mayoría de los chicos.

—Nada, hablábamos de comidas —responde el otro con soltura, consiguiendo que yo me sonroje un poco cuando levanta las cejas, pero es que conmigo él es así. Me pica más que a cualquier otra persona, aunque luego le

pueda su lado tierno.

—¿Os apetece algo en concreto? —se une Belén mirando su reloj y comprobando que aún es algo pronto para cenar, sin pillar el doble sentido de las palabras de Gabi.

—A mí sí, aunque no sé si lo que quiero llevarme a la boca está en el menú —continúa él con la broma.

—Yo tengo antojo de chino —sigue ella como si nada.

—Yo de catalana. —Esta vez Gabi se gana un codazo, aunque no muy fuerte.

—¿Catalana? ¿Quieres butifarra y pan con tomate? —La cara de incompreensión de Belén consigue que ni Gabi ni yo contengamos más las carcajadas. El gesto de enfado de Víctor me indica que no le gusta demasiado que nos estemos riendo a costa de su chica, pero es que ya no era capaz de aguantarme.

Yo tengo derecho a estar más enfadada que él y aquí estoy, haciéndome amiguita de las tías por las que me hace de lado.

Menos mal que cuanto más se aleja Víctor, más se acerca Gabi porque, si no, volvería a sentirme un poco sola. Y es un sentimiento que odio.

Los finales están a solo un par de semanas, y yo estoy de los nervios.

Gabi ha salido a correr para despejarse un poco porque dice que el ritmo de estudio que tenemos Víctor y yo le agobia un poco. Así que el rubio y yo estamos solos en su casa repasando en voz alta la materia de la primera asignatura de la que nos evalúan.

—La correcta comprensión lectora en documentación periodística es fundamental para captar o percibir los significados esenciales del contenido documental. Siempre tenemos que tener en cuenta dos variables básicas: la del soporte, ya que el canal de transmisión y la materia en la que se plasma la información influyen en el tipo de lenguaje, y la... la... ¡Joder!

—La discursiva —me ayuda Víctor.

—¡Mierda! Dios, no lo voy a retener nunca. —Llevo dos horas recitando como un papagayo cada coma de los apuntes que tenemos apilados en la mesa del salón. Tengo la sensación de que dentro de poco voy a entrar en cortocircuito. Empiezo a no dar más de mí. Me muevo nerviosa hacia la cocina, echándome el pelo hacia un lado y bufando cada vez más fuerte.

—Bebé, te lo sabes al dedillo.

—Tengo la impresión de que voy a llegar al examen y me voy a quedar en blanco. —Abro la nevera y saco una cerveza. De dos tragos la he dejado mediada, pero lo necesitaba. Me subo en la encimera y dejo caer la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos y respiro hondo para intentar calmarme un poco.

—Venga. Respira. Creo que necesitamos un descanso.

Víctor se acerca a mí y me separa un poco las piernas para colarse en medio de ambas y frotarme los muslos en un gesto que trata de ser reconfortante, pero que resuelta demasiado íntimo para mis recuerdos.

Esa postura es tan parecida a la de aquella noche que los labios me hormiguean reclamando los suyos. Dejo caer una mano hasta posarla sobre una de las suyas y permito que la yema de mi pulgar dibuje círculos sobre su piel sin dejar de mirar el punto exacto donde nuestras pieles se reconocen.

Me perco de que sus hombros se han tensado y al levantar la vista, me topo con una mirada oscura que tiñe el azul que normalmente la inunda.

Sé el momento exacto en el que él evoca lo mismo que inunda cada rincón de mi cabeza porque la respiración se le acelera. A mí, sin embargo, se me corta de golpe cuando lo veo acercarse unos centímetros a mi cara. Despacio, calmado, irradiando una serenidad que solo parezco despertarle yo.

—¡Hola, chicos! —La voz de Gabi, acompañada por ruido de llaves y una puerta que se cierra, nos devuelve a la realidad y Víctor se separa de mí despacio, como si le costase—. Me he encontrado a Belén en el portal. ¿Queréis parar un rato y pedimos algo de comida y nos ponemos alguna peli de superhéroes?

Ambos entran en la cocina esperando una respuesta. Si se extrañan por vernos allí en vez de estudiando en el salón, o si notan lo enrarecido que está el ambiente, no dicen nada. Gabi palmea la espalda de su amigo y viene directo a por mí. Me da un beso rápido en la sien derecha y un libro de Altea Morgan que llevo semanas queriendo leer, aunque en el último mes apenas tengo tiempo para recrearme en páginas que no lleven la palabra ‘comunicación’ por algún sitio.

Le regalo una sonrisa sincera por el gesto, y él me responde alzándose de mi asiento y colocándose sobre su hombro como si fuera un saco de patatas. Me azota el culo y me lleva hasta el sofá, donde me arrincona en una esquina y ocupa el asiento contiguo.

Reconozco que consigue que olvide el momento tan extraño que acabamos de vivir Víctor y yo, aunque cuando pillo a este por tercera vez mirándome de

rejo desde el sillón orejero, las cosquillas de mi estómago vuelven con fuerza.

Me obligo a hacerlas desaparecer cuando Belén interrumpe nuestro contacto visual a base de besos en el cuello de mi amigo.

Los exámenes terminaron hace más de una semana. Con ello, aún no hemos salido a celebrarlo porque a Gabi le quedó Sociología y Víctor y yo nos solidarizamos con él. Le prometimos que le esperaríamos para agarrarnos la madre de todas las borracheras para brindar por dejar atrás el primer año de carrera.

Tampoco me quejo. Este tiempo de relax me ha venido bien para desconectar, aclarar un poco la cabeza, leer mucho y arreglarme un poco. No soy una chica de maquillaje excesivo, o de las que se dejan el dinero que no tienen en ropa, aunque sí que cuido mucho algunos otros aspectos de mi físico.

Procuro llevar siempre bien hechas las uñas, aunque la mitad del tiempo son de gel. Se me quiebran bastante.

Le pasa lo mismo a mi pelo. Tengo que hacerme tratamientos de keratina a menudo para fortalecerlo, porque durante una temporada se me caía a mechones.

También me gasto un poco más de lo habitual en cremas hidratantes, pero es que siento que lo necesito; que, si no, mi piel volverá a lucir apagada y seca.

Sé que todas estas manías son consecuencia de lo mismo, pero tampoco hago daño a nadie cuidando esos aspectos de mí misma un poco más de lo normal.

Ayer me quedé a dormir en casa de los chicos porque Gabi tiene hoy la recuperación y quería dormir conmigo. Dice que le calmo. Víctor no ha dudado en meterse con nosotros en la cama bromeando con que a él más bien le pongo nervioso, pero que no va a dejar que hagamos una fiesta de pijamas sin él.

Me hace mucha gracia ver lo distintos que son en el fondo estos dos. Aún me pregunto cómo encajarían tan bien de niños como para llegar a ser así de inseparables. Supongo que es porque ambos se escudan en el humor para llegar a las personas, aunque luego tengas que pasar mucho tiempo con ellos para darte cuenta de que no tocan nunca asuntos demasiado personales hasta tener confianza contigo.

Después, cuando profundizas un poco, empiezas a ver los detalles, las diferencias que están ahí pero que tienes que saber buscar.

Víctor, con sus poses de indiferencia, siempre pendiente de si estoy bien. Gabi, con sus chistes subidos de tono, que siempre acompaña con alguna caricia demasiado tierna para sus palabras.

El primero, un buenazo que se cubre con una máscara de tipo duro, y que no duda en llorar conmigo cuando las emociones le superan. El segundo, un romántico que, sin embargo, piensa que eso de expresar sentimientos está sobrevalorado.

Uno, un mujeriego al que las parejas le duran una media de tres meses y que no reconoce que siempre busca en cada chica ese «algo más». Otro, ferviente defensor del amor para toda la vida entre personas y no géneros, a pesar de que él suele echar a sus ligues de su cama en cuanto llega la mañana.

Supongo que en esto último influye mucho lo que han mamado siempre en sus hogares. Mientras Gabi ha tenido unos padres que han luchado con fiereza porque su amor no se marchitase con los años, Víctor creció en una casa en la que sus progenitores se dedicaban más atención para hablar de temas laborales que para profesarse algún mimo. Cada cual repite lo vivido, aunque no sea lo que de verdad desean en el fondo.

Cuando me despierto, estoy sola en la cama. Un zumo natural me espera en la cocina junto con una cafetera casi entera. Una nota al lado de una taza vacía me avisa de que Gabi ya se ha ido al examen y me recuerda que Víctor tiene entrenamiento de baloncesto.

Cojo mi ebook del bolso y me dispongo a buscar nueva lectura. Me paso más de media hora saltando de una recomendación a otra de mi dispositivo electrónico y leyendo sinopsis que descarto o apunto como posibles en las notas de mi móvil. Termino decantándome por la primera parte de una biología firmada por una autora novel que pinta muy bien, May Boeken. La siguiente hora y media desaparece de mi reloj sin que me dé cuenta mientras me sumerjo en la trama que envuelve a los protagonistas.

Abstraerme así del mundo tiene algo de mágico para mí. Por eso no me canso de acumular novelas en mis estanterías. Hay quien recopila sellos, relojes o perros de porcelana. Yo atesoro vidas ajenas, historias diferentes, mundos lejanos. Colecciono libros.

Estoy tan metida en la bronca descomunal que están teniendo esa loca con nombre de cerveza y el rockero bocazas más sexy que recuerdo, que no oigo la puerta.

Gabi salta sobre mí sin ningún cuidado y yo solo puedo quejarme cuando noto sus casi 75 kilos de peso derribarme y aplastarme contra el sofá. El inicio de cabreo se corta en el instante en que me percató de la botella de cava que sujeta en una mano y la sonrisa que inunda su cara.

Le ha ido bien.

Adiós, primero de carrera.

Víctor está borrachísimo.

Hemos empezado la noche en casa de los chicos, fumando, bebiendo cava, mezclándolo con copas e incluso algunos chupitos.

Yo me he controlado bastante, pero estos dos parece que querían acabar con todas las existencias de alcohol que hubiese por el piso, aunque a uno el alcohol le ha sentado peor que al otro.

Belén se ha apuntado a la celebración, y creo que en estos momentos debe de estar arrepintiéndose. Trata de sostener el cuerpo de su novio contra el suyo y parece que va a volcar de un momento a otro. Tampoco es raro teniendo en cuenta que es como ver a la Bruja Escarlata tratando de cargar a un Thor medio desnucado.

El rubio no para de canturrear la última canción de Maluma, dando unos pasos de baile ridículos que hacen que retroceda dos metros por cada uno que avanza, y eso solo provoca que Gabi y yo nos descojonemos mientras la otra se desespera por no poder controlarle.

Al final nos apiadamos de ella y nos pasamos los brazos de nuestro amigo al hombro para recorrer el trecho que nos queda hasta el apartamento desde la discoteca en la que decidimos terminar la noche. No está lejos de casa, así que preferimos caminar para intentar que Víctor se despejase un poco. Bueno, y el resto de paso, porque, aunque no llegamos a su nivel, vamos más que contentos.

En cuanto conseguimos empujarle contra su cama, trepa un poco por el colchón y se abraza a la almohada entre quejidos ininteligibles y los primeros amagos de ronquidos.

Dejamos a Belén intentando desnudarlo para meterlo entre las sábanas y nos dirigimos al salón, donde Gabi sirve otras dos copas sin preguntarme. Supongo que sabe que no me importa alargar un poco más la noche. Me lo he pasado muy bien, así que por qué no.

Pone algo de música y hablamos un rato de lo gracioso que estaba su compañero de piso así de ebrio. No es algo que ocurra a menudo. Con lo grande que es, Víctor tiene que beber una barbaridad para acabar así de mal. Estamos burlándonos sobre lo putas que lo va a pasar su chica para moverlo y conseguir hacerse un hueco en la cama cuando los primeros gemidos llegan altos y claros desde detrás de la puerta que acabamos de cerrar.

—Vaya, pues parece que ha sabido qué hacer para despejarle un poco la borrachera —bromea Gabi antes de dirigir la vista hacia mí y levantar las cejas en un gesto que pretende ser divertido. Cuando ve mi cara de disgusto, se detiene—. ¿Te incomoda?

—Bueno, un poco. Es raro escucharle hacer eso. —A los jadeos de Víctor se unen pequeños gritos de Belén que consiguen sonrojarme de forma vergonzante.

—¿Es porque es tu amigo o por algo más? —inquire, ceñudo, Gabi.

—¿Por qué más iba a ser?

—Porque te guste. —Puede que me quede callada más segundos de los que son recomendables en una situación como esa, que requiere de una negación clara y rotunda.

—¡Qué gilipollez, Gabi! Claro que no me gusta Víctor.

—¿Segura? —Me mira con tanta intensidad que me siento algo cohibida hablando de algo así con él.

—Sí —insisto.

—¿Entonces por qué le besaste?

¡Mierda!

No tenía ni idea de que le hubiese contado aquello.

Distingo curiosidad en la voz de Gabi, pero también algo de resquemor. Es normal, soy su mejor amiga y no se lo conté. No confié en él para compartir algo tan íntimo, pero me daba demasiada vergüenza admitir que me había gustado lo que había pasado entre nosotros y tener que explicarle, a continuación, que Víctor se había echado atrás antes incluso de haberse dormido a mi lado aquella noche.

—No sé. Supongo que surgió. Joder, Gabi, sois guapos, encantadores, me cuidáis, me hacéis reír... Claro que a veces pienso en dejar que tomen el control las hormonas, callar al sentido común a base de Jäger y dejarme llevar con vosotros.

—Has usado el plural. —Se acerca un poco a mí, y su olor invade mi espacio.

—¿Cómo?

—Has dicho vosotros. —Me agarra de la mano y se inclina hacia mí—. ¿También piensas a veces en mí de esta manera? —Me atrae hacia él y me sujeta con fuerza de la cintura, consiguiendo guiar mis movimientos y colocarme a horcajadas sobre él sin romper nuestro contacto visual, como si no quisiera romper la tensión que parece haberse despertado entre los dos.

—Sí —consigo susurrar con su cara demasiado cerca de la mía.

—Así que no pasaría nada si, por ejemplo, hoy nos volviésemos locos y, por poner, nos lo comiésemos todo el uno al otro. No significaría nada más allá de que somos unos amigos que se dejaron llevar, como tú dices, ¿verdad? —Trago con dificultad y asiento una sola vez. No sé si es el alcohol el que embota mis sentidos o la cercanía de mi amigo, en quien distingo un deseo que nunca me había tomado en serio antes—. ¿Quieres dejarte llevar, pequeña Hana?

Antes de que consiga contestar nada, siento la boca de Gabi abriéndose paso sobre mis labios, reclamando su espacio con la lengua enredándose con la mía. Me besa con furia y con ganas.

No conocía a este Gabriel.

Los sonidos amortiguados que nos llegan desde la otra habitación de pronto me encienden más que me violentan. Me muevo sobre el regazo de mi amigo, que gruñe en mi boca como toda respuesta, haciendo que note el eco de su excitación en mi garganta.

Me mueve con cuidado para poder levantarse. Sin mirarme directamente, sujeta mi mano y empieza a andar con seguridad hasta encerrarnos en su habitación.

En cuanto la intimidad, que nos proporcionan estas cuatro paredes, nos envuelve, tira de mi vestido hacia arriba y me deja en ropa interior en segundos. Cuando me tumba sobre la cama y acaricia mi cuerpo con cuidado me doy cuenta de que no me cohibe estar así frente a él. Soy consciente de que, ante Víctor y Gabi, mis inseguridades no me controlan a mí. La sensación de paz y respeto que me infunden encuentra su réplica cuando me tocan de aquella manera. No hay angustia, ni ganas de salir corriendo. Solo deseo.

Yo misma me quito el sujetador, y Gabi tira de mis braguitas hacia abajo y coloca su cara a la altura de mi sexo. Pasa la lengua con rapidez por él, consiguiendo que pegue un respingo y me eche un poco hacia atrás, sin saber canalizar el placer que me ha provocado que lo haga.

Él me agarra por los tobillos y tira de mí hasta tenerme lo bastante cerca

como para rodearse el cuello con mis piernas. Lame mi clítoris una y otra vez, soplando directamente sobre él, lamiendo a su alrededor cuando siente que no soy capaz de estarme quieta y controlar los espasmos que me provoca.

Cierro los ojos y me dejo arrastrar por las sensaciones que me está regalando. Así, a oscuras, percibo más los sonidos que nos rodean. Las blasfemias de Belén compitiendo con mis propios jadeos, cada vez más audibles; el ronroneo que escapa del interior de Gabi mientras me saborea; el sonido de una cremallera al bajarse, y el de la hebilla de un cinturón al chocar contra el suelo en su caída.

Miro de reojo a mi compañero y veo que se ha bajado los vaqueros y se está masturbando a la vez que me regala placer. Es rápido y algo violento. Necesita desahogarse ya y no le importa tener que hacerlo él mismo. Quiere que yo siga disfrutando antes de dar ningún paso más.

Verlo tan entregado me enciende. Echo de nuevo la cabeza hacia atrás y vuelvo a bajar los párpados cuando siento el calor en el bajo vientre. Toda yo palpito y me estremezco cuando un orgasmo demoledor me contrae los músculos del estómago.

Gabi no se aparta cuando lo nota, pero en cuanto siente que dejo de temblar, se yergue y continúa masturbándose deprisa, de forma casi frenética. En apenas un minuto se corre encima de mí, manchándome el pecho y parte de la barbilla.

Respiramos deprisa, mirándonos intentando comprender qué acaba de pasar entre nosotros. Estoy demasiado cansada para analizar nada ahora mismo, así que decido que lo que tengamos que hablar, puede esperar a mañana.

Me levanto y me encamino aún desnuda al baño. Me lavo lo mejor que puedo y vuelvo a la habitación. Él se ha quitado los vaqueros y se está metiendo en la cama en *bóxers* y camiseta. Al verme, se quita la parte de arriba y me la lanza para que la use a modo de pijama esa noche. El silencio parece pesar demasiado a nuestro alrededor.

Cuando ya empiezo a quedarme dormida, le oigo susurrar en mi oído.

—Hana, tú sabes lo que ha sido esto y lo que no ha sido, ¿no?

Vaya. Parece que no me hace falta esperar al día siguiente para saber que lo único que hemos hecho hoy ha sido, a fin de cuentas, dejarnos llevar.

Podría molestarme, pero la verdad es que no lo hace.

Compartir algo así con Gabi me resulta natural por motivos diferentes a cuando quise besar a Víctor. Claro que también me gusta Gabi, aunque esta

noche con él es una forma más de canalizar lo mucho que le quiero, todo lo que significa para mí.

Cuando estoy cerca de Víctor es... eléctrico. Hay algo que se enciende en mi interior, algo que no sé controlar, que me pone nerviosa, pero que me hace sonreír.

—Claro —le respondo.

Me giro buscando sus ojos y le sonrío de forma sincera, para tranquilizarlo.

Parece que funciona, porque poco después escucho su respiración pausada indicándome que se ha dormido.

Yo tardo un poco más en hacerlo.

Hermanos

Víctor

El sexo con Belén ha conseguido despejarme bastante. Lo suficiente como para darme cuenta de que si no me espabilo y me tomo un par de ibuprofenos y me regalo una ducha de agua fría, mañana me levantaré con una resaca que me dejará inutilizado el resto del día.

La luz de la mesilla del salón está encendida. Me imagino que Gabi se la dejó dada sin querer, así que me acerco a apagarla.

Y entonces la veo.

Hana sale de la habitación de mi amigo completamente desnuda.

Camina con calma hacia el baño, sin reparar en mí, que me he quedado tan inmóvil que podría pasar por un mueble más. Creo que ni siquiera respiro.

Me muevo con sigilo hasta el rincón más oscuro de la sala y espero.

Sé que es innecesario, pero quiero comprobar que ella vuelve a su lado.

Me fijo en su pecho desnudo cuando atraviesa el otro extremo del cuarto de estar de vuelta a su destino. En sus piernas perfectas, en su vientre liso, en la curva que se dibuja al final de su espalda.

He imaginado a Hana desnuda un millón de veces y al verla ahora solo he podido sentir rabia.

Diría que me despierto de muy mal humor a la mañana siguiente, aunque eso implicaría que he dormido algo.

El dolor de cabeza es más intenso incluso de lo que esperaba.

Belén se está vistiendo a mi lado, pero la despido desde la propia cama. No quiero salir de allí hasta que me asegure de que Hana se ha ido a su casa.

Doy vueltas y más vueltas. En algún momento indefinido del día oigo voces que se ríen desde la cocina. La bilis me sube por la garganta imaginando a Gabi con Hana.

Me parece que los minutos no pasan.

Cuando al fin percibo lo que me parece una despedida y el sonido de una llave girando, salgo al encuentro de mi compañero dejando que la ira que llevo reprimiendo parte del día bulla libre.

Gabi se gira en la propia entrada. No le doy tiempo ni a que me salude, ni a que se explique, ni a nada.

El primer puñetazo lo recibe en pleno pómulo izquierdo. El impulso del propio golpe hace que retroceda y rebote contra la puerta.

—¡Eres un hijo de puta! —las palabras me salen con una amargura que parece golpear más fuerte a mi amigo que mis actos.

—Víctor, lo siento, déjame que te expliq...

—¡No quiero oírlo! ¿Acaso crees que me apetece que me cuentes cómo te la tiraste ayer después de hacerme jurar que no me acercaría más a ella? Eres un cabronazo. Me hiciste sentir como el culo pensando que podía perder a mi hermano si no me alejaba de ella y lo único que has hecho tú estos meses es allanarte el terreno.

—No hemos llegado tan lejos, solo hem...

—¡Que no quiero escucharlo!

—Tío, sabes que para mí también eres como un hermano. Tienes todo el derecho a estar así, pero te juro que no he planeado nada de esto.

—Claro que no. Por eso hace cuatro meses que no te lías con una sola tía. Solo has estado con chicos, Gabi. ¿Te crees que no me he dado cuenta?

—Eso no lo he hecho para influir en ella. Simplemente ninguna era Hana, así que ¿para qué iba a estar con alguien que solo sería una sustituta? Víctor, tienes que creerme cuando te digo que ayer se me fue la cabeza, no pensé bien qué estaba haciendo cuando la desnudé per...

No le dejo seguir.

Me lanzo contra él con un alarido animal y cargo con rabia mi peso contra su estómago. Él intenta protegerse agarrándose a mi espalda y equilibrando los pies, aunque no puede evitar que le estelle contra la pared.

Cuando le suelto aún está algo aturdido y le encajo un derechazo en la mandíbula. Se repone pronto y veo la determinación en su mirada. Si no le voy a dejar hablar, no va a quedarse a ver cómo le doy una paliza.

Soltamos la frustración que sentimos a base de hostias. La rabia por querer lo mismo que el otro. El enfado por no ser capaces de cumplir las promesas que se hicieron hace meses dos hermanos. El miedo a no ser capaces de gestionar esto y que acabe con nosotros.

Ninguno sale bien parado. Él acierta un golpe en mi ceja izquierda, que empieza a sangrar casi de inmediato. Yo le respondo con un nuevo golpe cerca del pómulo que ya tenía magullado y puedo apreciar cómo empieza a hincharse. Cuando me pega una patada en la corva que logra tumbarme, aprovecha para subirse encima de mí e intenta inmovilizarme.

—Escúchame. —Me revuelvo debajo de él y sé que, si hago un poco más

de fuerza, podré deshacerme de su sujeción—. ¡Escúchame, joder!

Grita con tanta desesperación que consigue que pare. Lo miro con el ceño fruncido y el pecho subiéndome y bajándome a un ritmo que no controlo.

Es Gabi, por el amor de Dios. ¿Qué cojones estamos haciendo?

Al sentir que ceso en mi empeño por atacarle, va soltando el amarre poco a poco. Me retiro de debajo de sus piernas y me siento en el suelo, enfrente de él, que se mantiene de rodillas con aspecto derrotado.

Me revuelvo el pelo nervioso. Entierro la cara entre las rodillas y me atrevo a preguntarlo.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé —asume—. Víctor, a mí me gusta mucho, pero sé que a ti también. Ayer la cagué. No me voy a escudar en que iba borracho porque la verdad es que podría haber pasado igualmente de no ser así, porque en el fondo lo deseaba, pero no quiero que tener a Hana signifique perderte a ti.

—¿Ella quiere estar contigo? —Su respuesta me da tanto pánico que no soy capaz de mirarle mientras se lo planteo.

—No. —Suenan tan seguro que sé que es algo que no duda—. Sinceramente, creo que en el fondo ni ella sabe qué querría. Me parece que le gustamos los dos, y no sé en dónde nos deja esto.

—En la mierda, Gabi. Nos deja en la puta mierda. —Él se ríe ante mi comentario, y sé que nada tiene que cambiar entre nosotros si somos capaces de encauzar esto de nuevo—. Tiene que acabarse de verdad.

—Lo sé.

—Nunca más, Gabi. Nunca más.

—Lo prometo.

Es uno de los mayores problemas del ser humano. Tendemos a prometer muchas cosas que no sabemos si podremos mantener.

Nada más

Gabi

Después de la mañana que Hana y yo compartimos tras haber estado juntos, me quedaron claras tres cosas:

A Hana le gustaba yo.

A Hana le gustaba Víctor un poco más que yo.

Hana no estaba preparada para estar con ninguno de los dos.

No hizo falta que ella me dijese nada de esto. Habíamos pasado tanto tiempo con ella que aprendimos a leer entre líneas aquello que no era capaz aún de decirnos con palabras. Al despertarme a su lado, los dos medio desnudos y enredados, ella se echó a reír y dijo que no pensaba dejarme verla sin ropa al salir de la cama. Se vistió debajo de las sábanas y mientras desayunábamos se comportó exactamente igual que siempre. Supongo que era su manera de decirme que para ella no había cambiado nada, que seguíamos siendo nosotros, por mucho que yo ya no tuviese que imaginarme cómo sería saborearla cuando me masturbase en la soledad de mi habitación.

No tengo claro qué es lo que le pasó antes de llegar a Madrid, pero sí sé que todavía no ha hecho las paces con esa parte de sí misma que se quedó en Barcelona.

Así que decidí que lo mejor que podía hacer era acceder a no dar ningún paso más por el momento. Realmente no pensaba jugarme mi amistad con Víctor por algo que no estaba seguro de que pudiese ser.

Sé que, si Hana tuviese claro que me prefiere a mí, intentaría que él lo entendiese. Siempre había ejercido de hermano mayor conmigo, aunque tuviésemos la misma edad, así que estoy seguro de que habría acabado aceptando que me quedase a la chica. Tampoco es que a él ninguna le dure más de unos meses. Con el tiempo se olvidará de ella. Lo sé. Solo tengo que tener paciencia.

Explicarle a ella por qué cuando la vemos al día siguiente de la pelea, ambos tenemos la cara más morada que blanca, es un poco complicado.

Ninguno de los dos hemos pensado en una excusa. Somos así de simples. Ni siquiera habíamos caído en que parece que hemos estado practicando boxeo contra Mayweather.

—¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué os ha pasado?!

Parece realmente asustada por nosotros.

Acaba de cruzar el umbral de nuestra casa y se ha quedado paralizada a solo dos pasos de la puerta, que es donde estaba cuando ambos hemos levantado la cabeza para mirarla al oír el sonido de unas llaves. Sí, Hana tiene llaves de nuestro piso.

Alterna su mirada entre la ceja partida de Víctor y mi ojo medio cerrado, pero, sin pararse a pensarlo, encamina sus primeros pasos hacia él. Se sienta en el brazo del sofá y le acaricia la frente con cuidado y una actitud preocupada que despierta mis celos de inmediato.

Respiro hondo y me obligo a tragármelos.

—No es nada. Ayer por la tarde, después de irte, salimos a dar una vuelta y unos tíos intentaron atacarnos. Nos resistimos un poco, y este es el resultado de ser un par de imbéciles que creen que pueden plantar cara en una pelea de cuatro contra dos.

La mentira me sale de una forma tan natural que Víctor me mira un poco alucinado. Espero que reaccione pronto y me siga la corriente, pero se queda callado como un muerto.

—¡Qué horror! ¡Sois idiotas! Os podría haber pasado cualquier cosa. ¿Lo habéis denunciado? ¿Sabéis quiénes eran?

Uf. Demasiadas preguntas para una trola que acabo de elaborar.

—Déjalo, bebé. Al final no fue nada. —Víctor parece regresar del limbo y decide intervenir para cerrar el asunto—. Cuando vieron que nos resistíamos se marcharon sin llevarse nada. Imagino que no querían complicaciones, y nosotros tampoco, así que olvídale.

Ella no parece muy convencida, y después de un rato en el que todas sus propuestas chocan contra un muro, deja de insistir en ir a comisaría. Decidimos pedir algo de comida tailandesa porque ella tiene antojo y nos preparamos para una tarde tranquila de series y cervezas.

Las siguientes dos semanas pasan en una aparente normalidad, pero creo que tanto Víctor como yo somos conscientes de que ambos prestamos demasiada atención a los movimientos del otro con respecto a Hana.

Ella permanece ajena a la extraña tregua que estamos intentando levantar, demasiado centrada en preparar su viaje de vuelta a Barcelona para disfrutar del verano junto a su adorado mar y ponerse al día con su madre durante dos meses enteros.

Tenemos ocho semanas para acostumbrarnos a su ausencia y concienciarnos

de que Hana es nuestra mejor amiga. Y no puede ser nada más.

Ocho semanas después.

Segundo año de universidad.

Ridiculez

Víctor

Qué puta ridiculez.

Joder qué puta ridiculez.

Es Hana.

Solo estamos esperando a que Hana venga a casa. Tal y como hemos hecho otras doscientas veces antes. Solo que hace dos meses desde la última vez que la abracé. Aunque la haya llamado cada dos por tres este verano, a pesar de que odio hablar por teléfono.

Lo disimula bien, pero noto que Gabi está igual de alterado que yo porque no puede parar de mover el pie demasiado rápido. Si no lo deja ya creo que se lo corto.

Por supuesto que hemos estado hablando con ella durante estas semanas. Por Facetime, Skype y cualquier medio que nos permitiese pensar que no estábamos separados por más de 600 kilómetros. Aunque no es lo mismo.

Nosotros hemos estado todo el verano chupando asfalto. No nos hemos movido de nuestra ciudad ni de nuestra casa. Lo cierto es que tener alejada a Hana ha conseguido que nos tranquilicemos un poco y seamos capaces de mirar con madurez el inicio de este nuevo curso. Ambos estamos muy concienciados sobre la importancia de mantenernos alejados de ella en cualquier sentido que no sea el puramente amistoso.

Así que es una puta ridiculez que esté así de nervioso.

Pero lo estoy.

Reencuentros

Hana

Creo que este año no tengo una sola asignatura que me sea indiferente. O las odio, o me tienen enamorada.

Si tengo que dar una sola hora más de Derecho o Historia, voy a gritar. Economía, Estructura Institucional del Estado español y Teoría de la Información completan el *top five* de las que consiguen que parezca que sufro narcolepsia. Es llegar el profesor al aula y que me entren ganas de echarme una cabezadita.

Para compensar, parezco una niña de cinco años en la mañana de Navidad cada vez que tengo que entrar a Marketing, Políticas de la Información o Psicología de la Comunicación.

Este inicio de curso está siendo increíble. No paro de absorber todo lo que puedo. Es como si, además de enseñarnos cómo escribir correctamente una noticia, nos indicaran las pautas para poder pensar por nosotros mismos.

Nos animan a que leamos la misma información en varios medios diferentes, a que intentemos hallar los puntos clave que se repiten, distinguiendo entre lo que acaba convirtiéndose en datos sesgados y lo que es puramente informativo. Estoy aprendiendo a abrir mi mente, a no juzgar antes de recabar todas las pesquisas que me permita emitir un juicio de valor con peso. Y me encanta.

De hecho, ahora voy hacia una de esas clases, y Gabi se mueve a mi lado con pesadez. Dice que le pone nervioso que empiece las mañanas con tanta energía, pero es que estoy feliz.

Las vacaciones en Barcelona me sentaron de maravilla. Hablé mucho con mi madre. Pero mucho.

Creo que quería cerciorarse de que estaba bien, de que los meses que habíamos pasado alejadas no habían cambiado las cosas entre nosotras. Y es que, si bien es cierto que durante años ella fue una figura ausente en una casa que a mí se me echaba encima, en el tiempo en que estuve ingresada y en mi posterior recuperación, ella estuvo más presente que nunca.

Se empeñó en enmendar todos sus errores con atenciones y mimos, y a mí eso me dio la vida.

Así que desde entonces nuestra relación ha sido mucho más cercana. Ella se cogió todas las vacaciones que pudo en agosto y nos fuimos juntas unos días a recorrer las playas de Cataluña, con un coche, unos bikinis y muchas ganas de pasar tiempo juntas. Fue increíble.

Le conté de todo. No me guardé nada. Era mi manera de redimirme por haberle ocultado tantas cosas en el pasado, por haberle mentido tanto. Hablamos de Víctor y de Gabi, de lo que había compartido con ellos, del miedo que me daba que se acabasen dando cuenta de que no me necesitaban para seguir siendo un tándem perfecto.

Ellos habían pasado muchos años sin mí complicándoles la vida. No quería ponerme pesada acerca de lo que significaba que hubiese tenido algo con ambos, pero que nunca hablásemos de ello, aunque tenía bastante claro que sí lo habían hablado entre ellos.

Mi madre me aconsejó que lo dejase estar. Que, si ellos no querían sacar más el tema, sería porque la amistad que nos unía era más fuerte que la atracción que pudiese surgir a esas edades. También me juró y perjuró que ella veía obvio que esos chicos me querían en sus vidas, así que con la tranquilidad de saber que una madre siempre sabe lo que es mejor para ti, decidí hacerle caso.

Volví a Madrid tranquila y sin pretensiones de incomodar a mis chicos con charlas sobre noches de besos robados entre amigos.

Víctor ya había cambiado de chica dos veces desde que me fui. Parece que Belén quiso presentarle a sus padres... grave error. Y Gabi se ha descargado Tinder y Grindr. No creo que haga falta decir nada más al respecto, solo que procuro pasar más noches en mi piso que en el curso pasado porque las paredes de esa casa son algo finas y ellos muy poco silenciosos.

A mí siguen sin llamarme demasiado la atención los chicos en este aspecto. Creo que, simplemente, han dejado de interesarme definitivamente los hombres para un par de noches. Si no tengo una conexión con ellos que me haga sentirme cómoda a su lado, no tengo necesidad de meterme en sus camas.

Sí, tengo veintiún años y las hormonas algo descolocadas, pero no es algo a lo que no pueda hacer frente con algún juguete y mucha imaginación.

Estoy en un buen momento de mi vida.

Supongo que es cuestión de tiempo que llegue algún gilipollas a estropearlo.

Después de las vacaciones de verano tan maravillosas que pasé con mi madre, volver diez días por Navidad me parece un regalo. Las cosas entre nosotras siguen fluyendo con tanta naturalidad que ya han pasado cinco de esos días y casi ni me he dado cuenta.

Salimos juntas al cine, a pasear, a tomar un chocolate caliente o, como hoy, a hacer algunas compras de última hora para intercambiar regalos en Año Nuevo, ya que en cuanto empiece enero volveré a la capital para centrarme en estudiar y sacar bien los primeros exámenes de este curso.

El centro comercial está abarrotado. Supongo que es normal, no conozco a nadie que en julio piense «oh, voy a ir comprando los regalos de Reyes de este año para evitar colas infinitas en diciembre».

Estoy bastante ensimismada husmeando la sinopsis de un par de libros que me planteo regalar a Víctor este año cuando una sola palabra bloquea mi cerebro, que manda señales contradictorias a mis terminaciones nerviosas hasta conseguir que las manos me tiemblen tanto que las letras de la contraportada de la novela que sujeto se vuelvan borrosas.

—¿Hana? —Me giro sin saber muy bien qué he de hacer cuando ponga cara a esa voz, y él toma la decisión por mí. —¡Oh, Dios! ¡Joder, nena!

Me abraza tan fuerte que tengo la sensación de que Dani pensaba que debía estar en un psiquiátrico encerrada de por vida o tirada en alguna cuneta. Teniendo en cuenta que poco después de vernos por última vez yo misma había intentado matarme, tampoco me extraña.

Me suelta para mirarme la cara con detenimiento, como si buscara algún signo de respuesta lógica en mí, aunque no me da tiempo a emitir sonido alguno antes de enterrarme de nuevo entre sus brazos. Yo ni siquiera he hecho amago de devolverle el gesto, pero es que estoy algo noqueada ahora mismo. Es como si, de golpe, tuviese quince años otra vez.

Supongo que hay gente que logra causar ese efecto en ti, que provoca ese retroceso involuntario al pasado, convirtiéndote en la persona que fuiste y consiguiendo que dejes a un lado a la mujer con la que te estás reconciliando a base de esfuerzo y superación.

Distingo a mi madre a lo lejos, acercándose a nosotros con cierto recelo.

—Hola —saluda. —Perdona, creo que no nos conocemos. ¿Tú eres...?

—Disculpe. Soy Dani, un amigo de Hana. Usted debe de ser su madre.

Ella asiente despacio, aunque desvía disimuladamente la vista hacia mí para evaluar mi reacción. No sabe quién es él. Hay cosas de esa época que

decidí compartir solo con mi terapeuta porque pensé que a ella le harían demasiado daño. No creo que ninguna madre quiera escuchar de boca de su hija que hubo noches en las que se sintió tan vacía que se drogó hasta el punto de no recordar si llegó a acostarse con un chico cualquiera del que tiene recuerdos vagos o si solo se la chupó.

Existen días de mi adolescencia que prefiero olvidar, así que procuro no sacarlos a relucir demasiado para que así nadie pueda recordármelos.

—No sabes cuánto me alegro de verte así de bien, Hana.

El comentario de Dani hace que mi madre se envare un poco. Imagino que ha dado por sentado que, para decir algo así, él tiene que estar al corriente de lo que me pasó.

No sabe hasta qué punto está acertando con su suposición.

Nunca llegué a reconocer ante Dani que tuviese un problema, aunque él lo supo. Demasiadas noches compartidas como para no ver los cambios en mi cuerpo. Demasiadas horas discutiendo como para no saber que yo no estaba bien.

Me pide tomar un café juntos, y yo acepto, porque decirle que no a él nunca se me dio bien.

Mi madre nos deja solos y me pide que llegue a casa para cenar juntas. Intento tranquilizarla dándole un beso en la mejilla y asegurándole que no llegaré tarde.

Me enciendo un cigarro mientras nos encaminamos al local más cercano. Dani no deja de mirarme como si estuviese viendo una aparición, y yo empiezo a pensar si habrá sido buena idea quedarme a solas con él. Lo conozco. Sé que no evitará algunos temas.

—¿Qué te pasó, nena? Desapareciste.

No ha tardado ni dos minutos en hacerme la pregunta que no sé si estoy preparada para responder. Solo he hablado de ello con tres personas fuera de la clínica: mi madre y mis dos psicólogas. Todas me aconsejan que exteriorice parte de mi pasado más a menudo, que no me avergüence de él, que lo convierta en parte de quién soy para recordarme quién no quiero volver a ser. Así que decido hacerles caso en parte, aunque me ahorro detalles, no porque me abochorne decirlos en voz alta, sino porque creo que Dani no se lo merece.

Y no es que se portase bien conmigo, soy consciente, pero en la última etapa de mi enfermedad se preocupó realmente por mí. Puede que hasta me quisiera a su manera, no lo sé. Nunca me han querido lo suficientemente bien como para saber si la forma en la que me trataba Dani era su manera de

demostrarme que era importante para él, aunque ninguno supiésemos hacer las cosas mejor. Lo que sí sé es que muchas de sus palabras y de sus actos empeoraron mi situación. Creo que hasta que no perdí por completo el control de la situación, él no fue verdaderamente consciente de cómo las bromas y las burlas impactaban contra mí.

Pero estoy harta de vivir metida en un cascarón del que nunca me permito sacar más que la cabeza. Me agota callar más de lo que hablo, por miedo a que me juzguen, por no querer hacer menoscabo con mis palabras, así que le cuento por encima qué he vivido en los tres años en los que no nos hemos visto.

Él me escucha sin apenas respirar, absorbiendo toda la información que quiero compartir con él. Alarga la mano en un par de ocasiones para sujetar la mía y la aprieta cuando la voz se me quiebra en algunos momentos. Veo la pena en sus ojos, pero no me enfada porque sé que no es lástima, sino más bien, algo parecido a la comprensión.

De alguna manera, me vació ante él en aquel rincón oscuro de una cafetería cualquiera.

Reconocer en voz alta el daño que él me hizo no es un castigo para que se sienta culpable, solo una manera de limpiarme un poco más por dentro, de dejar atrás esa etapa en la que lavaba mi maquillaje a base de lágrimas.

Hablamos durante horas. Nos pedimos perdón por haber sido unos niños que jugaron a saberlo todo. Dejo de culparle por haber creído descubrir en él esa magia que anhelaba para acabar dándome cuenta, al acercarme y contemplarlo más de cerca, que todo se reducía a un truco.

Me marché de ahí con la promesa de quedar la próxima vez que vuelva a Barcelona y el corazón un poco más liviano.

Ese día decido que quiero compartir mi historia con las dos personas más importantes de mi vida en estos momentos. Necesito sentar a Víctor y a Gabi y mostrarles un poquito mejor quién es la verdadera Hana y de dónde vienen algunas de sus inseguridades.

Y sé que lo aceptarán y que no me juzgarán, que serán capaces de entender que nadie vive de verdad sin romperse. Que algunos de nuestros actos traen caídas que dejan cicatrices en nuestra piel, pero que esas marcas pueden acobardarnos o recordarnos que una vez tuvimos coraje y que mereció la pena. Esas heridas nos convierten en quienes somos hoy.

Más sabios.

Más valientes.

Más vivos.

Tenemos que hablar

Gabi

Los exámenes de enero pasan en un suspiro.

Llevo el año mucho mejor que el anterior. La verdad es que en primero me resultó algo complicado porque pasé poco por clase. Esta vez, Víctor y Hana me han obligado a ir con ellos en vez de acceder a pasarme luego sus apuntes sin más, y juro que es cierto que si prestas atención al profesor tendrás que estudiar la mitad una vez que te pongas frente a la materia. Al ponerme frente al temario en casa, era como si ya llevase aprendida media lección y espero que se vea reflejado en las notas.

Sin embargo, hay algo que nos tiene un poco mosqueados a Víctor y a mí. Desde que Hana volvió de Barcelona estas Navidades está rara de narices. Más pensativa y sumida en sí misma. Que ella ya es callada de normal, pero es que lo de las últimas dos semanas es demasiado.

La sorprendemos varias veces al día mirando al infinito, como si tuviese la cabeza en otra parte, y al rato está mirándonos a los dos con una intensidad que me agobia.

Estamos un poco acojonados por si de repente le da por sacar el tema de nosotros tres. Buenos, nosotros tres no como amigos sino como... eh... como lo que narices seamos.

No creo que los tiros vayan por ahí, porque hace meses que ambos somos muy precavidos en ese aspecto y no damos pie a las equivocaciones ni a situaciones que puedan provocar que queramos partirnos la cara el uno al otro. No de nuevo. Pero Víctor está francamente preocupado.

Dice que la conoce y que algo gordo le ronda la cabeza. Siempre que me viene con la cantinela me dan ganas de decirle que no es el único que la conoce, que también es mi mejor amiga y que sé cómo es ella tan bien como él. Y entonces tiene que llegar Hana a darle la razón una vez más, aun sin saberlo.

—Tenemos que hablar. —Nos lo suelta tan seria que me acojono.

—¿Vas a romper con nosotros?

El intento de mi compañero de piso por ser el Víctor despreocupado de siempre suena increíblemente falso. He notado el toque de nerviosismo en su

voz hasta yo.

Los dos cruzamos una mirada que entendemos sin necesidad de abrir la boca. Fuese lo que fuese lo que Hana se lleva guardando dentro los últimos días, va a ver la luz.

—Quiero explicaros lo que me pasó antes de llegar a Madrid. Por qué empecé la carrera dos años tarde. Por qué me cuesta a veces tanto relacionarme con chicos. Por qué en ocasiones necesito mi espacio o sentís que oculto algo. Quiero que conozcáis mi historia.

Parece que no quiere explicarnos lo que tiene dentro desde hacía unos días, sino desde hace años.

Asentimos como autómatas y nos sentamos en el sofá, esperando a que ella quiera empezar.

Que merezca la alegría

Hana

Me miran como si estuviese a punto de contarles el secreto de la vida eterna.

Supongo que ha sido demasiado tiempo esperando a que yo me decidiese. Es normal que tengan curiosidad.

Ellos han compartido conmigo todos los aspectos de su vida.

Gabi ha pasado muchas tardes hablándome de sus padres, de lo duro que fue para ellos sacar adelante a dos hijos con los escasos recursos con los que contaron durante años. Le acaricié el pelo mientras reconocía el miedo que pasó hace unos años cuando llegó a pensar que podrían divorciarse y le temblaba la voz al recordar lo duros que fueron para él los meses que su padre tardó en acostumbrarse a su condición sexual.

Víctor ha llorado conmigo por echar de menos a unos padres que nunca parecen extrañarlo a él. Nunca se ha avergonzado de derramar lágrimas delante de otras personas. Creo que entiende que el llanto solo es otra forma de expresarte cuando las palabras no alcanzan, cuando los sentimientos se desbordan. Yo le he secado con besos los surcos húmedos que se formaban en sus mejillas y he rezado para ser capaz algún día de desnudarme así con él.

Y finalmente ha llegado el momento.

—Soy anoréxica.

Lo digo en presente porque, aunque ahora mismo no rechace la comida, sí lo hice durante mucho tiempo, y cuando pasas por algo así nunca terminas de superarlo por completo.

Es como el exfumador que siempre huele un poco el aire cuando alguien que fuma la misma marca que él solía comprar, deja una estela de humo y ganas.

La flaqueza nunca te abandona del todo. Hay personas que cuando tienen una racha mala beben algunas cervezas de más. Otros fuman en exceso, o salen a ligar más que de costumbre para desfogar tensión encima del cuerpo de otro. Vas al gimnasio más a menudo cuando el estrés te vence, o sales a correr cinco días a la semana en vez de dos.

Quien ha tenido problemas con la comida, siente la tentación de dejar que

gane la voz que le dice que las cosas mejorarán si tiene el control absoluto sobre lo que entra en su cuerpo.

Así que no, nunca dejaré de ser anoréxica. Y lo tengo asumido. La lucha siempre será una pequeña parte de mí, y ganar cada vez que los pensamientos negativos planten batalla, me hará más fuerte.

—¿Cómo que anoréxica? Hana, yo te he visto comer. Vale, es verdad que cuidas lo que tomas, pero no... Quiero decir... ¿Cómo? No lo entiendo. ¿Por qué? Hana si eres preciosa, eres perfecta. ¿En serio me estás diciendo que tienes anorexia y ni siquiera nos hemos dado cuenta? ¿Somos así de idiotas? Oh, Dios mío, somos unos amigos de mierda. —Gabi me apabulla con decenas de preguntas que consiguen ponerme muy nerviosa. Me turba mucho responder a algunas de ellas. Siento que me hormiguean las manos, que a la vez están sudándose más que nunca.

—No, Gabi. Espera. Supongo que me entenderíais mejor si os dijera que fui anoréxica, pero es que esto no es algo que te deje así como así. La angustia, las dudas, el miedo... siempre están conmigo y ahora soy capaz de comer con normalidad sin sentirme culpable, aunque es como si una pequeña parte de mí tirase de vez en cuando en otra dirección, tentándome y jugando conmigo. No os lo sé explicar mejor. —Hablo de forma atropellada, rogando por dentro que ellos entiendan lo que intento hacerles ver.

Intuyo que Víctor se percata de mi ansiedad, y coloca una mano en el hombro de su amigo para que me dé tiempo para reordenar mis ideas.

—Bebé, cálmate. Cuéntanos solo aquello que quieras. Tómate el rato que necesites. No nos vamos a ninguna parte y no vamos a juzgarte. Solo queremos entenderte. —Me lo dice con un tono neutro, pero siento su preocupación. Se ha tensado, se le han humedecido los ojos, se le ha secado la boca.

Respiro hondo y empiezo por el principio, por Neus, por las burlas.

Les hablo de Dani, de lo que creí sentir por él.

De los otros chicos, del sexo vacío e insatisfactorio. De lo que me cuesta ahora estar con alguien. De cómo hui de Jordi por ello.

De Ana y de Mía. De los chats para adorarlas. De la obsesión y el malestar.

De cómo comía paupérrimamente y jugaba a competir de forma silenciosa con mis compañeras de instituto por comer menos que ninguna.

Les cuento cómo me acostumbré a vivir en un mundo de mentiras, lleno de trucos y excusas para evitar la comida.

No me atrevo a mirarlos cuando confieso lo perdida que llegué a sentirme, lo sola. Hasta el punto de intentar suicidarme porque ya no entendía nada.

Por primera vez pongo en palabras lo que viví durante el tiempo que estuve en la clínica en la que pasé los siguientes siete meses a ese horrible día en el que mi madre me encontró tirada en el suelo de mi habitación, inconsciente. Llora al recordar los días siguientes. Su angustia, su culpabilidad.

Les hablo de mi psiquiatra, de los nutricionistas, de los psicólogos. De lo que me resistí al principio, a pesar de saber que necesitaba estar entre esas paredes. De la medicación. Del limbo en el que viví. De lo lento que fue todo el proceso y lo duro que me resultó.

Del miedo que sentí cuando me marché de allí, porque no sabía si de verdad estaba preparada para el mundo exterior.

De las reticencias de mi madre a que viniera a Madrid a estudiar por miedo a que recayera. Del agobio que eso me producía, por verme como una inútil incapaz de hacer sola su vida.

Me vacío por dentro. Suelto todo lo que se me pasa por la cabeza.

Tengo que parar varias veces para tomar aire y calmar mi pulso, que siento desbocado en la boca, en las sienes y en la garganta.

No me avergüenzo ante ellos porque me tiemble la voz, por reconocermes como alguien que se equivocó, que se perdió mientras intentaba crecer.

Me dejan hablar hasta que están seguros de que ya no me queda nada por decir.

Sé que están algo abrumados. Es muy probable que se sientan mal por mí, pero no me compadecen. Solo me abrazan en silencio y me prometen que ellos cuidarán de mí.

Los tres permanecemos ahora callados, en un silencio cómodo.

La primera media hora después de terminar de compartir mi relato, ellos me hacen algunas preguntas que yo voy respondiendo con paciencia.

Durante otro rato más, estamos en un relativo silencio mientras ellos absorben toda la información que he vomitado esta tarde.

Después de eso, Víctor se levanta sin decir nada y aparece de nuevo en el salón unos minutos más tarde con dos *packs* de cervezas.

Gabi le imita, y cuando vuelve a sentarse lo hace con una bolsa de maría en una mano y mi paquete de cigarrillos en la otra. Él no fuma tabaco, pero es el que más hierba suele consumir, aunque en este momento a los tres nos parece buena idea que líe algunos porros.

Aspiramos y bebemos con parsimonia, sin molestarnos en encender la luz a pesar de que el sol ya ha empezado a esconderse y la habitación comienza a quedarse a oscuras.

Estamos tirados en el suelo, sobre algunos cojines que hemos esparcido por el *parquet*.

Gabi deja la lata que acaba de terminar a su lado y apoya la cabeza en el asiento del sofá. Cierra los ojos y se deja ir durante unos minutos.

—Me hubiese gustado conocer a la Hana de dieciséis años —termina admitiendo.

—Puede que no, puede que te hubiera caído como el culo. No era como soy hoy.

—¿Insinúas que no hubiésemos sido tus amigos si hubieses pesado más que ahora? —Víctor parece muy indignado, aunque es fácil jurar que tú no habrías hecho algo cuando jamás lo tendrás que respaldar con hechos.

—No. Digo que era una persona mucho más voluble e inestable. No es que ahora sea un dechado de seguridad, pero en aquel entonces me dejaba llevar demasiado por lo que opinasen los demás con tal de que me aceptasen.

—A mí a quien de verdad me gustaría conocer es al tal Dani. Ese tío pide a gritos una cara nueva —continúa él, ignorando mi respuesta.

—Él era otro crío que pensaba que la imagen y la popularidad definen quién eres, que no pensaba en nada que implicase de verdad un mañana. Lo he visto la última vez que he estado en casa y hemos hecho las paces.

—¿Lo dices en serio? —Gabi levanta la vista con la incredulidad reflejada en los ojos.

—Sí. Hablamos durante mucho rato. Me pidió perdón.

—¿Y ya está? ¿Viene con cara de pena y un ramo de flores y todo olvidado? —me instiga Víctor.

—No traje flores —me río yo, pero soy la única—. Chicos, es más complejo que todo eso. Yo... siento que necesito perdonarlo para seguir adelante, para no atascarme en un pasado que no se puede cambiar. Si sigo mirando hacia atrás no tardaré en tropezarme con alguna piedra del camino que no consiga ver por estar distraída en algo que no tiene solución.

Ambos permanecen callados, y yo espero que entiendan qué me motiva para seguir el rumbo que he decidido que quiero que tenga mi vida. No es que fuese a cambiar de idea respecto a Dani porque ellos opinasen que estoy equivocada, aunque me gustaría que estuviésemos en sintonía y que intentasen comprenderme.

—Te mereces a alguien mejor —acaba añadiendo Víctor.

—Sí, alguien que vea un futuro contigo —intercede Gabi—. Ya sabes, que te quiera de verdad tal y como eres y que quiera sentar la cabeza contigo en un tiempo.

—No quiero eso —digo muy segura.

—Ah, ¿no? ¿Y qué quiere Hana, si puede saberse? —Y el interés en la pregunta de Gabi y en el gesto de Víctor me parecen muy reales.

—No quiero un hombre que piense en sentar la cabeza conmigo, sino uno que no pueda evitar perderla por mí. Quiero besos de esos que te dejan sin respiración y que a la vez te insuflan aliento. Dejarme la vergüenza tirada al lado de mi ropa interior en una tarde de playa y cervezas. A alguien que me mire como si me observara por primera vez, aunque ya me tenga muy vista. Quiero que llegue quien merezca la alegría y no la pena.

Gabi sonrío ante mi discurso, y una curva se dibuja en mi cara como respuesta automática. Siento unos dedos que separan los míos para agarrarme de la mano y desvío la mirada para encontrarme con que Víctor no deja de contemplarme como si ahora reparase en mí de verdad.

—Nos lo pones muy difícil, bebé —le oigo susurrar.

—¿Cómo? —le he debido de entender mal porque no encuentro sentido a esa reflexión.

—Nada, bobadas de este —corta Gabi poniéndose de pie—. Voy a por algo más fuerte que esto para beber. ¿Os apuntáis?

—Claro. —Me levanto para echarle una mano sin dejar de notar los ojos de Víctor en mi espalda.

Servimos Jagër en tres vasos de sidra, le añadimos hielo y zumo de naranja y nos reubicamos en el sofá porque las espaldas ya empiezan a notar las horas que hemos pasado tirados de cualquier manera.

—Bueno, si aceptar el perdón del mastuerzo ese hace que la Hana de ahora esté mejor con la Hana de hace unos años, a mí ya me va bien—. Víctor intenta reconducir la conversación una vez que se sienta a mi otro lado, dejándome a mí en medio de ambos, como de costumbre.

—Sí que he estado más tranquila últimamente, la verdad. Aunque es una mierda no tener una máquina del tiempo para decirle algunas cosas a esa niña asustada que miraba la báscula como si dentro de ese aparato se escondiesen todos los monstruos que en su día abandonaron su armario.

—¿Te gustaría advertirle sobre Dani? —Gabi me besa cerca de la oreja y me reclina un poco contra él en un intento de mostrarme que me sujeta.

—Y sobre sí misma. Me encantaría poder decirle que ella será su peor enemiga si no aprende a quererse. Que no pierda el tiempo con gente que demostró no merecer si quiera su atención. Que por perder kilos no merece la pena perderse ella también. Que por obtener sonrisas de gente a la que no le importa, hará llorar más que nadie a su madre, que es la persona que más la querrá nunca en este mundo.

»Querría pedirle que luchase, que no se deje ir, que no compre esas pastillas. Que no esconda el dolor, porque si no eleva la voz nadie podrá escuchar su grito de auxilio. Le recordaría que sus miedos no son tonterías y que sus ideas no deberían ser menospreciadas.

»Me gustaría poderle hacer ver que a la gente no se la compra con halagos ni bajando la cabeza. Que el miedo solo le traerá odio, hacia sí misma y hacia los demás. Le juraría que va a hacer amigos por el camino que escogerá, y que la querrán de verdad.

»Que le gustará su vida, porque vosotros la llenasteis de cosas bonitas que recordar.

De repente me muero de la vergüenza por haber sido capaz de decirles eso último, así que para rebajar un poco la atmósfera tan intensa que hemos creado esta tarde en nuestro pequeño rincón de Madrid, me separo de ellos y enciendo la tele. Empiezo a pasar canales sin prestar demasiada atención a los programas que se suceden ante nosotros cuando me parece escuchar dos palabras que escapan de la boca de Gabi y por las que prefiero no preguntar.

—Muy difícil.

Seguimos jugando

Gabi

Entender mejor a Hana es jodido. No porque nos asustase lo que nos ha contado o porque de pronto la veamos diferente. Sigue siendo ella, simplemente ella.

Es jodido porque lo complica todo un poquito más.

Nuestro mutuo intento por fingir que no es una persona a la que tanto Víctor como yo queremos en nuestras vidas de todas las maneras posibles resulta patético.

Después de la tarde en la que nos contó todo acerca de su anorexia, los dos decidimos sentarnos a hablar largo y tendido sobre por qué no era una buena idea que Hana fuese algo más que una amiga para cualquiera de los dos. Bueno, más bien nos lo recordamos.

Es algo que Víctor y yo hemos decidido hacer cuando alguno de los dos flaquea.

Hacer como que el deseo no existiese es una gilipollez, más que nada porque ninguno se lo cree, así que preferimos plantear las cosas con madurez y reconocer que es el puñetero elefante rosa que siempre está en medio de nosotros tres.

Si somos capaces de hablarlo, podremos darnos toques de atención para no caer como bobos.

Así que tuvimos otra de nuestras charlas del tipo «hermanos antes que tías» y salimos a pillarnos el pedo del año.

Dejamos pasar el tiempo y las semanas dieron paso a los meses. Las aguas volvieron a su cauce.

Yo salí unas cuantas veces con una morena que solía ir a nadar a las mismas instalaciones que yo.

Víctor se tiró a media facultad y a parte de la de al lado.

Hana se centró en estudiar y en buscar algunas prácticas para ese verano.

Y seguimos jugando a que ninguno creía que fuese la mujer de nuestras vidas.

Es una mierda

Hana

Voy a trabajar. Bueno, más bien me van a explotar, aunque me da igual porque estoy eufórica.

He conseguido que un diario digital me deje hacer prácticas este verano en su redacción. No es un medio muy conocido, pero tampoco me importa. Solo quiero empezar a descubrir lo que me gusta y lo que no del periodismo. Comprobar si el mundo escrito es para mí me parece un primer paso muy importante.

Lo único malo es que voy a estar metida entre ordenadores y noticias todo julio, agosto y parte de septiembre. He hablado con la persona que se encargará de mí en este período y he conseguido reunir una semana entera seguida de vacaciones para poder ir a ver a mi madre, aunque eso me va a costar rachas de trece días seguidos trabajando sin una mísera jornada de descanso.

A pesar de todo, yo lo considero un notición digno de celebrar, así que he liado a los chicos para montar una fiesta este jueves aprovechando que es Semana Santa y que vamos a tener días de sobra para recuperarnos si nos pasamos con las *Jagër Bomb*.

Raúl, Jordi y un par de compañeros más del equipo de baloncesto de Víctor han venido esta tarde pronto a su casa para ayudarnos a decorar, preparar las bebidas y organizarlo todo. Estar tan cerca de Jordi aún es un poco raro a veces. De vez en cuando siento cómo me mira más rato de la cuenta, o cómo intenta acercarse disimuladamente para que estemos un poco más apartados del resto. No es que me sienta incómoda porque nunca se pone pesado, es solo que no quiero hacer nada que le lleve a pensar que me interesa en un plano sexual.

Creo que Gabi se ha dado cuenta y está procurando no dejarme sola, lo que agradezco un montón, porque no se me da nada bien rechazar abiertamente a la gente.

Cenamos unos sándwiches fríos bastante temprano y yo dejo caer en voz alta que, si no nos alimentamos mejor, nos vamos a emborrachar demasiado deprisa. Todos me llaman *mami* y pasan de mis consejos. A eso de las nueve

de la noche el piso empieza a llenarse de gente. A la mayoría los conozco, aunque hay personas que no me suenan de nada.

Madre mía, mira que la casa es grande, pero creo que se les ha ido un poco de las manos lo de invitar sin filtros. Aquí debe de haber venido hasta el vecino del peluquero de algunos de los de clase.

El ambiente es genial. Hay personas divididas por grupos jugando a diferentes cosas mientras beben. Los chupitos pasan de mano en mano sin miramientos y las copas consiguen que se me contagie ese aire de despreocupación que siempre parece flotar entre los amigos de Víctor y Gabi.

Cuando Jordi se acerca a bailar conmigo, busco en derredor la presencia de alguno de mis dos amigos. Y es cuando veo a Víctor apoyado contra una pared comiéndole la boca a una pelirroja que lo devora con ansia.

La felicidad que sentía hace unos momentos me cae a plomo en el estómago y siento un claro instinto asesino que decido hacer desaparecer a base de tequila. Me separo de Jordi sin molestarme en darle ninguna explicación a mi cambio repentino de humor y me encamino a la cocina.

Después de un cigarro y tres buenos tragos que doy directamente a la botella de José Cuervo, me doy cuenta de que la mezcla de lo que he metido en mi cuerpo está tardando poco en conseguir que se me olvide casi todo.

Vuelvo a la pequeña pista de baile que la gente ha improvisado en una zona del centro del salón que hemos despejado de muebles. Cierro los ojos y dejo que la música balancee mis caderas por su cuenta.

Noto unas manos trepando despacio por mi cintura. Me basta abrir los ojos y echar un vistazo para saber que quien se pega a mi espalda es Gabi. Aun así, giro ligeramente la cabeza para encontrarme con sus ojos nublados por la bebida. Me río como una tonta sin saber de qué exactamente. Supongo que los cubatas empiezan a pasar demasiada factura.

Él me dice algo que no logro escuchar, y me vuelvo para encararle y acercarme un poco mientras me lo repite. Y en este momento veo de nuevo a Víctor con la lengua perdida en el cuello de la pelirroja.

La risa se me corta de golpe, y Gabi intenta seguir la dirección de mi mirada. Al darse cuenta de qué es lo que ha captado mi atención, lo noto ponerse algo rígido.

Me mira con enfado, y noto sus dedos clavándose en mi muñeca.

—Siempre lo estás vigilando —me salta con un claro tono de reproche.

—¿Qué?! No es cierto. No lo vigilo es solo que estaba con otra hace tres días y, bueno, no creo que de...

No puedo terminar la frase porque de pronto siento la lengua de Gabi intentando abrirse paso en mi boca.

Tenso todos los músculos de mi cuerpo durante un par de segundos, que es lo que tardo en dejar la mente en blanco y corresponder a su invasión. Cuando él se da cuenta de que no lo aparto, empieza a moverse despacio sin dejar de besarme para terminar apoyándonos en la pared del pasillo que lleva a mi habitación.

No sé si estamos perdidos el uno en el otro dos minutos o dos horas. Solo sé que su saliva sabe a Brugal y que su mano ha empezado a subir por mi muslo para apartar un poco mi vestido cuando una voz nos interrumpe.

—¿Qué cojones estáis haciendo?

Separo los labios de los de Gabi con pereza y me giro hacia Víctor, que parece haber dejado de lado a la chica con la que estaba hace solo un momento y se ha acercado hasta nosotros, aunque solo mira a su amigo. Su tono suena enfadado y por cómo se encara con él, diría que es porque lo está.

Gabi frunce el ceño y baja un poco la cabeza, como si estuviera avergonzado, pero no suelta su amarre de mi cintura.

Y yo solo puedo mirarlos. A los dos. Tan guapos. Tan míos. Porque de alguna manera sé que lo son, míos. Lo siento oprimiéndome el pecho, expandiéndose y haciéndose grande, como una sensación de pertenencia.

En mi estado de embriaguez un sentimiento de culpa me atraviesa entera al acordarme de cómo Dani, en lo que ahora me parece otra vida, salía siempre de mi piso después de acostarnos reclamando ese derecho sobre mí. «Eres mía, Hana. No lo olvides». Pero esta emoción parece tan diferente... No pienso en ellos como algo que pueda reclamar, ni sobre lo que pueda decidir. Simplemente los siento míos en la misma medida en la que yo me siento suya. Esa percepción de que protegerías y cuidarías aquello que quieres porque forma parte de tu mundo, haciéndolo más bonito, más valioso. Que harías cualquier cosa que ellos necesitasen para ser un poco más felices, ya sea a tu lado o lejos de ti, porque verlos sonreír te alegra el día.

Y estoy harta de tener que fingir que no me gustan, que no me doy cuenta de la tensión que se respira a veces entre los tres cuando nos acercamos demasiado.

Sin pensar tan siquiera en lo que estoy haciendo, acerco a Víctor hasta mi costado y me pongo de puntillas para alcanzar su boca. Lo noto paralizado durante unos segundos, hasta que recorro su labio inferior con la lengua. Su barba, algo más larga de lo normal, me hace cosquillas.

Siento todo su cuerpo relajarse ante el contacto. Suelta una bocanada de aire retenido y me devuelve el beso con una intensidad, casi un alivio, que me coge por sorpresa.

Alza las manos hasta mi nuca y me doy cuenta de que Gabi ha retrocedido un paso. No quiero que se aleje, no quiero que se marche. Lo sujeto por un brazo cuando intuyo que comienza a darse la vuelta para irse y lo retengo a nuestro lado.

Freno el beso de Víctor, mirándolo con intensidad, esperando que lea en mis ojos y comprenda con mis gestos lo que les estoy pidiendo a ambos esta noche.

Con el recuerdo de él aún en mi paladar, regreso a la boca de Gabi. El regusto dulce del ron sigue ahí, aunque ahora se mezcla con el recuerdo del deje a tabaco en el sabor de Víctor. Y es increíble.

Pensé que pondría más resistencia, que podría enfrentarme a un rechazo, pero Gabi me abraza con las mismas ganas que hace unos momentos, acariciándome las mejillas mientras nuestras lenguas se enredan.

Oigo a Víctor respirar con brusquedad y algo acelerado en mi oído antes de sentir sus besos recorriendo mi cuello. Se separan de mí casi a la vez y es Gabi quien da un primer paso decidido hacia nuestra habitación sin soltarme de la mano.

Esquivamos personas que bailan en nuestro cuarto de estar entre saltos y copas derramadas hasta encerrarnos entre las cuatro paredes que de verdad se han convertido en nuestro hogar en este tiempo.

—Bebé, ¿estás segura de que es lo que quieres? Si no estás preparada, podemos parar.— La preocupación de Víctor me entenece muchísimo, pero como no sé explicarle con palabras la absoluta certeza que tengo de que esto es lo más correcto que he hecho en toda mi vida, solo asiento para que note mi tranquilidad.

Él me gira en cuanto cierra la puerta con llave para volver a reclamar mi boca y Gabi le deja hacer, interrumpiéndonos solo para deshacerse de mi vestido y poder así mordisquearme el cuello y jugar con mis pezones por encima de la tela del sujetador.

Me siento tan encendida que su caricia me despierta instintos que nunca tuve estando con otros. El sexo era algo casi automático hasta entonces según mi experiencia. Unos cuantos besos, un par de caricias estratégicas y un hombre empujando encima de mí hasta que él conseguía correrse y yo un rato de placer incompleto.

Pero con ellos es tan diferente...

Arqueo la espalda para pegarme más a Gabi, que gruñe al sentir la fricción que mis movimientos ejercen sobre su erección.

Me quita el sujetador, y Víctor se abalanza sobre mis pechos. Muerde uno mientras pellizca el otro con fuerza. Un ramalazo de dolor conecta directamente con mi entrepierna, que se humedece al instante. Y así me encuentra Gabi, mojada y excitada, cuando cuele la mano dentro de mis bragas.

—La hostia, Hana. Estás empapada.

Suena ronco. Y oscuro.

Gimo sin control cuando empieza a dibujar círculos alrededor de mi clítoris. Despacio, controlado.

Cierro los ojos y alargo la mano en un intento de devolverles algo de placer, y, al toparme con el vaquero de Víctor, me doy cuenta de que ellos aún no se han quitado nada de ropa.

—Desnudaos. —Suena más a una orden que a un ruego, y me infunde una confianza que solo crece al ver cómo ellos me obedecen sin dudarle ni un momento.

Los acerco a mí y los masturbo a la vez, mirando como jadean y echan las cabezas para atrás. Víctor me acerca más a él, dificultando las sacudidas de mi muñeca. Cuando voy a apartarlo un poco cuele dos dedos en mi interior y comienza a sacarlos y enterrarlos de nuevo en mí a un ritmo demencial.

Freno los movimientos que les estaba regalando porque no consigo concentrarme en nada que no sea el placer que siento ahora mismo. Emito unos ruidos que se aproximan a ser gimoteos, pero es que estoy tan cerca del orgasmo que todo en mi cabeza se apaga.

—Se va a correr. —Oigo que le advierte Gabi.

—Joder —consigue musitar el otro.

Hace tanto que no me abandono así que se me había olvidado lo increíble que puede ser.

Miento. Ni siquiera lo sabía.

El sexo con otros siempre había sido más mecánico. Menos para mí.

Con Víctor y Gabi me siento tan segura que me permito perderme. Me dejo ir y apago el raciocinio. Ahora mismo estoy tan excitada que ni siquiera me avergüenza el ruido que provoca Víctor al masturbarme. Al contrario, me parece erótico sentir que estoy tan húmeda por lo que ellos me provocan, que hasta pueden oírlo. Y pensando en ello, exploto.

No tengo tiempo de reponerme.

Gabi me coge en brazos, alejándome de las manos de Víctor, y me tumba sobre la cama. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo se ha colocado el preservativo.

Su cuela en mí despacio al sentirme cerrada, pero mi propio orgasmo le facilita que pueda moverse con más intensidad en apenas tres embestidas. Me eleva las rodillas para poder colarse más profundo y gruñe cada vez que hace tope contra mis caderas. Se mueve con calma, como conteniéndose.

Víctor se acerca, lamiéndose los dedos con los que me masturbaba hasta hace un minuto y masajeándose a sí mismo con una lentitud que me hace perder la poca cordura que me queda.

—Tócale tú —le pido a Gabi.

Víctor deja de acariciarse y Gabi frena los embates. Noto la duda en sus ojos, las preguntas sobre qué supondría cruzar esa línea, pero yo comienzo a moverme de nuevo debajo de Gabi y alargo la mano hasta alcanzar la erección de Víctor. Voy subiendo y bajando por ella, hasta que él da un pequeño paso en nuestra dirección. Se acerca muy lentamente, y ya no se detiene hasta estar a nuestra altura.

Veo la mirada de ambos empañada de algo que no identifico. Miedo, y también deseo. Estamos tan perdidos que dejamos de luchar por encontrar sentido a lo que estamos haciendo.

Nuestros actos se reducen al instinto más primario de los que dominarán jamás al ser humano. Solo buscamos dar y recibir placer.

Suelto la polla de Víctor y miro a Gabi, que parece dudar menos que su amigo.

Sale de mí para llegar hasta él y empezar a lamerle.

Cuando este le recibe con un gemido y los ojos cerrados, le mueve para colocarle en una posición que le permita seguir dándole fruición y enterrarse de nuevo en mí.

Creo que todos perdemos un poco el norte en este momento. Estamos tan jodidamente excitados que en la habitación solo se oyen jadeos, blasfemias y cuerpos chocando entre sí. Somos carne reconociendo otras pieles que no sabíamos que anhelábamos con tanta desesperación.

Me acelero al verlos así. Me excita muchísimo sentir cómo Gabi se abandona a la mamada que le está haciendo a Víctor, y como él le coloca una mano en la cabeza para profundizar sus movimientos.

Me corro de una forma tan brutal que Gabi no tarda en seguirme al sentir

cómo me cierro y aprieto sobre él. Mientras descarga en mi interior, Víctor aprovecha para ponerse un condón y se sienta en el borde de la cama. Me arrastra hasta su regazo y me coloca encima, con las piernas separadas y colgando a ambos lados de sus caderas.

Él marca el ritmo, clavándome los dedos en el culo y gruñendo sin control mientras lame uno de mis pezones. Lo hace fuerte y de una manera mucho más animal que Gabi. Se hunde en mi interior como si solo allí pudiese encontrar respuestas a preguntas que nadie ha formulado.

En unos cuantos embistes más, deja de contenerse y se vacía con fuerza, apoyando la cabeza contra mi pecho y jadeando pesadamente.

Cuando me despierto al día siguiente estoy sola en la cama.

Toda la casa huele a café y puedo imaginar a los chicos en la encimera de la cocina con una taza en una mano y una tostada en la otra, mirando en el móvil algún periódico deportivo o entrando en Instagram para repasar las noches de fiesta de sus amigos.

Las imágenes de ambos se suceden en mi cabeza. Sobre mí, detrás de mí, a mi lado... Sus besos, sus caricias, su forma de mirarme y jactarse.

No puedo evitar reírme al darme cuenta de que ahora los conozco incluso un poco mejor. Ya había pensado antes en lo diferentes que son en casi todos los aspectos, pero ahora describo en mi cabeza a la perfección qué son ellos para mí.

Son dos maneras distintas de correrme.

Gabi es un orgasmo goloso, de esos lentos, que llegan casi por sorpresa sin que esperes que estuviese tan cerca y que te inunda de un placer largo y pausado que consigue que cierres las piernas tratando de alargarlo.

Víctor es un orgasmo demoledor, que te arrasa, que sientes a través de todo el cuerpo porque se anuncia como un cosquilleo en la punta de los pies y, cuando te quieres dar cuenta, te ha recorrido la columna de arriba abajo y ha explotado caliente y arrollador en tu bajo vientre, llevándose gritos que no has conseguido retener en la garganta.

Querer a Gabi sería fácil, cómodo. Él es ese tipo de amor que llega para quedarse, sin muchos sobresaltos y haciéndote feliz de una forma calmada.

Querer a Víctor sería... supongo que la palabra que mejor lo definiría sería intenso, porque él no se enamora, aunque puede conseguir que cada una de tus

sonrisas lleven su nombre.

Me levanto y cojo unas de las camisetas que Víctor utiliza para jugar al baloncesto a modo de camisón. Me llega a mitad de muslo, pero tengo que ponerme el sujetador porque los laterales son demasiado abiertos como para mantener una conversación con los chicos que no sé cómo de incómoda será.

Lo cierto es que yo no me arrepiento en absoluto de lo que pasó. Me gustó, me gustó mucho estar con ellos así. Pero sé que quizás para ellos no resulte todo tan sencillo como admitir que les agrada lo que somos los tres juntos.

Entro en la cocina descalza, despeinada y sonriendo. Soy la única que lo hace allí.

—Oh, Dios. Esto pinta peor de lo que esperaba. Decidme que al menos vais a darme un café y a dejar que me encienda un *piti* antes de mandarme a casa con un «ha estado fenomenal, nena. Te llamamos un día de estos»—. Mi intento de chiste no consigue relajar el ambiente para nada y yo empiezo a preocuparme de verdad.

—Hana... —Mi nombre en la boca de Víctor suena hoy como un lamento y odio que sea tan diferente a cómo lo pronunciaba ayer entre gemidos. Suspira y juguetea con su taza de café, imagino que sin saber muy bien cómo empezar.

—¿Qué fue lo de anoche? —Me sorprende que sea Gabi quien tome la iniciativa.

—Tres personas que se gustan acostándose juntas —respondo muy segura mirándole a los ojos.

Es mentira.

No es amor. No lo creo. Pero no es solo eso.

Nos hemos resistido.

Dios, creo que solo nosotros tres sabemos lo que nos hemos llegado a resistir a admitir esto que flota siempre entre nosotros. Esa tensión, pesada, palpable.

Y solo ahora lo entiendo. Al fin comprendo que aquellos primeros besos con Víctor marcaron el principio de algo que creció con lo que compartí con Gabi.

No hablo de amor a tres bandas. Ni de una relación en la que estemos todos implicados. Pero... no sé. Ellos me gustan. Y yo les gusto a ellos. Porque no puedo no gustarles en ese sentido después de lo que sentí ayer entre nosotros, ¿verdad?

¿Cómo les explico que no veo esto como un juego? Que no es morbo, ni mera excitación. Que para mí eso hace mucho que no es una prioridad. Casi

desde que empecé a adelgazar tanto que dejé de acostarme con chicos, porque cuantos más kilos perdía, menor era mi confianza. Porque nunca bastaba, jamás fue suficiente.

La naturalidad con la que me tomé el sexo al principio de practicarlo para provocar los celos de alguien que no merecía mis atenciones se convirtió en vergüenza cuando entendí que distaba mucho de ser perfecta. Al enseñarme Ana los mandamientos que había de cumplir para ser digna de ella, mi mente empezó a gritarme que era imposible que gustase de verdad a todos esos chicos. Me obligué a cumplir sus deseos desterrando los míos. Me prostituí por halagos y cumplidos destinados a hacerme sentir lo que no existía en mí.

Me costó muchas sesiones de terapia entender aquello, aunque lo hice.

Sin embargo, Ana dejó en mí muchas más secuelas de las que se pueden ver a simple vista. Mi incapacidad para expresar algunas emociones o para identificar determinados estados de ánimo que me invaden es algo que no suelo explicar a muchas personas. El miedo sí que suelo reconocerlo, y el temor a que me tachen de loca es algo demasiado real como para ignorarlo.

No me acuesto con nadie desde hace casi tres años. Dani fue el último.

No les digo a Víctor y a Gabi lo mucho que me importan. Pero lo hacen.

Lo que ha pasado esta noche, es mi manera de intentar demostrárselo. El sexo dejó de ser para mí, hace tiempo, una mera forma de pasarlo bien. Es más. Es mi forma de expresar lo mucho que los quiero, lo que los necesito, lo que mejoran mi vida.

—¿Te gustamos los dos? —me pregunta Gabi igual de directo.

—Sí —y lo digo completamente convencida de ello.

—Joder... —Víctor rodea la isla y se revuelve el pelo nervioso mientras camina por el salón. —No podemos gustarte igual los dos, bebé.

—Y no lo hacéis. Me gustáis de formas muy diferentes, pero me gustáis los dos.

—Alguno te gustará más que el otro —y me lo dice con... ¿miedo?

—¿Me estás preguntando si quiero más a mamá o a papá? —Trato de sonreír. Creo que solo me sale una mueca extraña.

—Esto no es una broma, Hana. —La dureza en el tono con el que Gabi me reprocha mi actitud me desconcierta. Quiero destensar un poco el ambiente, pero ellos parecen tan serios...

—Ya lo sé. Es solo que no entiendo por qué tanto drama. Me gustáis los dos. Ayer nos acostamos. Los tres lo disfrutamos. ¿Dónde está el problema?

—Tienes razón. —Admite Gabi. —Si no va a repetirse, solo estamos

hablando de una noche de sexo de la hostia.

—¿Y por qué no puede repetirse? —El ceño se me arruga ante su comentario.

—Porque si de verdad te gustamos los dos, no queremos complicaciones, Hana. Somos amigos y queremos seguir siéndolo. Entre nosotros y tuyos. Estamos bastante más interesados en estar en tu vida que entre tus piernas. — El jodido Víctor, que me calienta el corazón con unas palabras que a la vez consiguen helarme las manos. —¿Lo entiendes?

Asiento despacio y me percato, por primera vez, de la tensión que nos envuelve. Es como una nube que nunca antes había estado ahí, ensuciando todo lo que hemos compartido hasta ahora, amenazándolo.

Yo también los quiero conmigo. Y no quiero elegir a uno de ellos, porque admitir que ya sé con quién querría amanecer abrazada cada mañana supondría arriesgarme a que el otro se alejase de mi lado. Así que avanzo hasta Víctor y le pido a Gabi con un gesto de la mano que se acerque hasta nosotros. Me cuelo entre ambos tal y como hemos hecho cientos de veces y nos abrazamos a nuestro modo, solo que con un poco más de anhelo, despidiéndonos de algo que ni siquiera ha llegado a pasar.

—De acuerdo, señoritas. Dejaos de sermones intensitos tan de buena mañana y pasadme ese café y un par de tostadas. Tengo un hambre de mil demonios.

—¿Por qué será? —Gabi trata de sumarse a mi intento de normalizar ese desayuno.

—Toma, trágate también este ibuprofeno con el café. Estoy casi seguro de que en un rato tendrás agujetas donde no sabías que podían tenerse. —Con un par de levantamientos de ceja, Víctor al fin consigue que los tres nos riamos. Y, de repente, todo es como siempre.

Aunque no del todo.

Porque ahora sé que querer a Gabi sería fácil.

Y que querer a Víctor sería intenso.

Pero ser consciente de que no puedo permitirme querer a ninguno de los dos, es una mierda.

Vuelta a empezar

Víctor

La conversación que tengo que mantener con Gabi es, sin lugar a dudas, lo más incómodo que he vivido en mis veinte años. Y estoy casi seguro de que en veinte años más seguiré pensando algo parecido.

Nunca, jamás, en mi puñetera existencia, pensé que tendría que hablar con él acerca de la noche en la que me la chupó mientras se tiraba a la tía por la que estoy colgado como un gilipollas.

Joder, si es que me cuesta hasta mirarle a la cara.

Llegamos a una conclusión clara después de muchos gritos susurrados para intentar no despertar a Hana: estamos haciendo como el culo esto de mantenernos alejados de ella. Así que, decididos probar a cambiar de estrategia. Que ella elija.

Pacto de caballeros. No podremos cabrearnos ni dejar que su decisión joda nuestra amistad, y si ella quiere estar con uno de los dos, tendremos que aceptarlo.

Y entonces llega Hana a jodernos los planes con un simple «me gustáis de formas muy diferentes, pero me gustáis los dos».

Así que vuelta a empezar.

A alejarnos, a fingir que aquí no ha pasado nada, que no nos hemos acostado los tres ni que a todos nos ha parecido el polvo más brutal de todos los tiempos.

A callar cosas que pueden resultar incómodas, a meternos en camas que nos llaman menos que la de ella, a actuar y a intentar creernos nuestro guion.

Esta vez nos cuesta más de lo normal. Durante las primeras semanas Gabi y yo nos alejamos un poco. No hablamos con la misma confianza de siempre. Creo que estamos algo resentidos el uno con el otro. Al menos yo lo estoy con él, no voy a mentir. Me siento culpable si me masturbo solo en la ducha pensando en Hana y luego me cabreo por no poder ir detrás de ella por lealtad a mi amigo.

Consigo ir desterrando poco a poco los sentimientos negativos y recuperar la relación de hermandad que siempre me ha unido a mi compañero de piso, pero con ella, las cosas no son igual de fáciles.

Sentimos que Hana está más distante y más taciturna y eso nos preocupa mucho, porque no sabemos si sabríamos recuperarla si ella decidiese alejarse de verdad.

Sin embargo, es ella la que empieza a acercarse de nuevo otra vez, poco a poco. Eso sí, procurando tocarnos mucho menos, racionando los abrazos y contando los besos. Es ella, pero no lo es. Está como más vacía, menos ella misma. O menos ella misma con nosotros y más la Hana que es con el resto del mundo.

Decidimos esperar porque no sabemos qué otra cosa hacer, y junio nos encuentra intentando aún hacernos a ese nuevo *status quo* que nos sabe a derrota.

Que las cosas no están bien queda más que claro cuando Hana suspende dos asignaturas, algo impensable hace un par de meses.

Las prácticas, las recuperaciones y el viaje para ver a su madre consiguen que le veamos el pelo lo justo y necesario. Y aunque esto hace que tanto la vida de Gabi como la mía se normalicen mucho, también nos permite darnos cuenta de lo que la echamos de menos como amiga.

Así que cuando llega septiembre nos proponemos volver a acercarnos a Hana como sea, porque de verdad la necesitamos con nosotros.

Controlado

Hana

Maldita *Economía Aplicada al Periodismo*. ¿Qué coño me importarán a mí los agregados macroeconómicos o la inflación del mercado? Pues parece que me van a tener que interesar más de lo que esperaba, porque en tercero me van a acompañar otra vez todo el año.

Cuando le dije a mi madre por videollamada que había suspendido dos, la boca se le abrió tanto que pensé que se iba a tragar el móvil. No me extraña. He sido un desastre en casi todos los aspectos de mi vida, pero los estudios siempre fueron mi fuerte. Y ahora resulta que además de horrenda, soy idiota.

Bien es cierto que las prácticas me quitaron un montón de horas de estudio, pero que de dos haya sido solo capaz de sacar adelante una asignatura, es para matarme.

Dios, ha sido un verano realmente horrible.

Casi no he tenido tiempo libre, he descubierto que el periodismo escrito es increíble, aunque no te permite vivir porque las horas de ocio no existen en una redacción, he visto poquísimo a mi madre y, encima, los chicos llevan meses evitándome.

Bueno, evitarnos, nos evitamos un poco los tres. Sé que no es maduro ni adulto dejar que una noche nos tenga tanto tiempo jugando al escondite, pero es que cada vez que veo el arrepentimiento en sus caras me entran ganas de zarandearlos y pegarles un buen tortazo.

No sé cómo pude equivocarme tanto cuando llegué a pensar que podía gustarles de verdad. Ingenua de mí.

En cuanto olieron cualquier tipo de complicación, salieron por patas. Ni que yo mereciese la pena.

Echo de menos poder hablar con ellos. Entrar en su piso sin avisar siquiera y tirarme en el sofá con cualquiera de ellos, o con los dos, a dejar pasar las horas sin hacer nada más que especular con teorías absurdas acerca de series que vemos o leer en silencio, sabiendo que no necesitamos llenarlo con palabras vacías.

Llevo un tiempo sintiendo que no soy capaz de influir en mi futuro, que las cosas van sucediendo a mi alrededor sin que yo pueda decidir sobre nada. Me

desespera ser una mera observadora de mi vida.

Hoy es un día particularmente malo. He llamado a Víctor y a Gabi para intentar quedar con ellos porque creo que los tres tenemos que hacer un esfuerzo por normalizarlo todo, y ambos me han dicho que no podían verme esta tarde. Víctor tiene partido de baloncesto y Gabi una cita. Excusas de mierda.

Además, me faltan solo dos días de prácticas y es verdad que he bajado mucho el ritmo en el trabajo, pero es que estoy agotada, física y anímicamente. Esto no ha impedido que mi supervisor me eche un rapapolvo de campeonato delante de otros tres periodistas, lo que ha conseguido que me sienta inútil y diminuta.

Cuando al fin cruzo el umbral de mi piso agradezco al cielo que mi compañera no esté. Veo una nota suya avisándome de que pasará la noche en casa de su chica.

No es que nos llevemos mal, es que simplemente no nos llevamos.

Me tumbo en la cama y dejo que el sueño me venza un poco. Me despierto de repente muerta del frío. Los escalofríos me sacuden el cuerpo con violencia y me doy cuenta rápido de que debo de tener fiebre. Mi cuerpo me grita que no lo he cuidado lo suficiente en los últimos tiempos y sus quejas llegan pronto en forma de arcadas.

No consigo controlar el vómito y tengo que girar sobre mí misma muy deprisa para que el poco contenido que aún retenía de mi comida no acabe ensuciando la colcha, aunque no puedo evitar manchar el suelo de mi cuarto.

Me levanto con la intención de llegar al baño antes de que otro acceso de náuseas me revuelva entera, pero al arrodillarme frente a la taza me doy cuenta de que estas no llegan. Y siento un poco de decepción.

No sé explicarlo bien, pero al vomitar he sentido algo de alivio. Es como si me hubiera vaciado por dentro en más sentidos que el literal.

Así que decido que debería asegurarme de que no queda nada mi estómago que pueda hacer que dentro de un rato me sienta peor. La sensación de repulsa que me provoca meter la mano en una boca manchada por esa masa de comida a medio digerir y saliva pegajosa, me es tremendamente familiar.

Al terminar, limpio la mancha que me espera al lado de la cama y me meto entre las sábanas con una extraña inquietud en el cuerpo.

Me repito una y otra vez que no he hecho nada malo, que solo estoy un poco enferma y que lo que acabo de hacer ha sido para mejorar más deprisa.

No tengo de qué preocuparme.

Todo está controlado.

Diciembre.

Tercer año de universidad.

Patética

Hana

Llego a Atocha con una sensación rara en el estómago.

Gabi y Víctor me dijeron que les esperase al bajar del tren, que vendrían a por mí.

Desde septiembre parece que las cosas han vuelto a su cauce entre nosotros tres, aunque yo sigo manteniendo un poco la distancia mínima de seguridad con ellos. No es que no quiera que las cosas sean como siempre entre nosotros. Es que no quiero que noten... algunas cosas que han vuelto a mi vida.

Decidí pasar el puente de la Constitución en casa y he aprovechado este descanso para pensar un poco en mí, en mi vida, y siempre llego a una misma conclusión. Cada vez, son ellos los que deciden qué he de hacer y qué no. Parece que nuestros días van pasando como un metraje en el que ellos siempre toman las decisiones que más le convienen a cada uno, a mí y a los tres como unidad.

Me beso con Víctor y él zanja que no ha significado nada para ninguno de los dos.

Gabi me practica sexo oral, pero no he tenido tiempo de limpiarme cuando él ya me ha recordado lo que es y lo que no es aquello.

Me acuesto con los dos y entre ambos me dan una charla sobre lo importante que es que no se repita para poder ser amigos.

Estudiamos en su casa.

Pasamos el rato en su piso.

Preparamos los exámenes al ritmo de estudio que ellos marcan.

Hasta eligen a qué discotecas y bares ir cuando salimos.

Sé que no lo hacen con mala intención, más bien todo lo contrario. Desde el principio yo les conferí el poder de decidir demasiadas cosas a las que tendría que haberme enfrentado por mí misma. En el momento en el que les hablé de mis problemas en el pasado, solo redoblaron sus esfuerzos por protegerme y cuidar de mí.

Yo les di pie a ello al mostrarme tan dispuesta a dejar que fueran ellos los que llevaran la batuta de nuestra amistad, pero lo cierto es que cuando llegué a

Madrid hace ya más dos años, tuve miedo. Miedo a haber corrido demasiado por temer no ser capaz de volver a andar sola.

Mi madre me repitió excesivas veces que no era bueno que me marchase de casa cuando tenía mi vida construida en Barcelona. Pero de lo que ella no se daba cuenta es de que allí me estaba ahogando, porque jamás se me permitía olvidar que había fallado, que había cometido errores, que se tenían que ocupar de mí porque no confiaban en que fuese capaz de valerme sola.

Soy una chica de veintitrés años a la que tratan como si tuviese cinco y pudiese romperse.

Hoy, echando la vista atrás, puede que tuviesen más razón de la que ahora mismo estoy dispuesta a admitir.

Localizo pronto a Víctor sobresaliendo entre todas las cabezas que se revuelven de un lado a otro a la espera de vislumbrar caras reconocibles entre una muchedumbre de cuerpos desconocidos.

En cuanto capto su atención con el movimiento de mi mano alzada, ambos corren hacia mí con una sonrisa iluminando sus rostros y la presión que siento en el estómago disminuye al momento.

Con ellos me siento en casa, aunque sé que algunas cosas tienen que cambiar si no quiero salir peor parada que hasta ahora.

Tengo que empezar a tomar las riendas de mi vida.

Me siento patética, allí tirada, en el suelo de un baño sucio cuya taza consigue que me den arcadas sin necesidad de inducirmelas.

¿Y todo por qué? Porque me he permitido salir a comer una pizza con mis amigos.

Soy débil y ridícula.

No quiero volver a Ana, pero me amparo en Mía para esconderme de ella. Porque no puedo seguir negándome que he vuelto a caer en algo muy parecido a todo contra lo que estuve luchando durante años.

Aquella primera vez me repetí una y otra vez que solo había sido una tontería que no volvería a cometer. Me lo dije tantas veces que me lo creí. Hasta que llegó la siguiente.

No vomito todo lo que como, ni el pensar en purgarme me obsesiona hasta el punto de afectar a mi vida normal, pero sé que, si no paro, no tardaré en llegar a ese estado.

Y han vuelto las mentiras y las excusas. Cada vez que Víctor me pregunta si me encuentro bien con cara de preocupación después de verme salir blanca del servicio, me entran ganas de llorar. Este sentimiento de culpabilidad también me golpea siempre que Gabi se ofrece a prepararme una bolsa de agua caliente que ha comprado para mí porque desde hace tres meses me escudo en dolores menstruales para explicar algunos de mis ataques.

Procuro no vomitar casi nunca cuando ellos están cerca. Desde que les conté toda mi historia sé que han estado más pendientes de lo que como, buscando algún indicio de que alguna época mala me haga recurrir de nuevo a privarme de alimento.

Sé que se preocupan por mí y no quiero que me descubran. No quiero que se culpen y que piensen que su rechazo ha provocado esto, porque no es así. Soy yo, que estoy rota. Se lo dije a Víctor hace mucho tiempo, pero no me quiso escuchar.

Me levanto de la fría loza y estudio el estropicio que el vómito ha causado en mi cara. Me lavo con agua helada y saco de mi bolso un cepillo de dientes y algo de maquillaje del bolso. Me he acostumbrado a llevar ambas cosas conmigo en los últimos tiempos, solo por si acaso.

Me cepillo con brío y cubro con una fina capa de base líquida las zonas más enrojecidas. Me aplico corrector alrededor de los ojos para disimular las ojeras que en los últimos meses se han instalado debajo de mi mirada y, cuando estoy satisfecha con el resultado, me decido a salir para encontrarme de nuevo con las dos parejitas.

Víctor y Gabi se han traído a cenar a sus ligues de turno: Patricia y Roberto. Son mejores que sus anteriores rollos, dos hermanas con voces agudas y risas de hiena que me hicieron el vacío durante las tres noches que mis dos amigos se empeñaron en compartir con ellas entre tapas y discotecas antes de cansarse de su histrionismo.

—¿Estás bien? —me pregunta Gabi con una mal disimulada inquietud. Odio que hagan eso, que se preocupen por mí como si fueran mis hermanos mayores o algo así. Los hermanos no hacen lo que ellos me hicieron a mí el curso pasado. Me sonrojo al recordar las manos de ambos recorriéndome entera, y mi amigo frunce el ceño, imagino que sin entender de dónde viene de repente mi vergüenza.

—Sí. Me llamó mi madre y he aprovechado para ponernos un poco al día. Ya sabes. —Asiente despacio, pero no me pasa desapercibida la mirada que cruza con Víctor antes de volver a prestar atención a su pareja actual.

Seguimos charlando de tonterías, y yo intento reírme de forma sincera para no pensar demasiado en que, a pesar de que me joda, los chicos vuelven a estar como siempre conmigo. El tedio que parecía estar siempre agachado y al acecho entre nosotros, esperando un comentario sacado de contexto para conseguir ruborizarme a mí e incomodarlos a ellos, ha desaparecido.

Vuelvo a ser su niña, su chica, su amiga del alma.

Y me molesta.

Para ser sincera, cada vez soy más consciente de que serlo para uno de ellos me molesta. Serlo para el otro, me mata.

—Oye, Hana. —La voz de Patricia hace que vuelva al local donde un camarero desgarbado y acneico nos retira ya los platos. Enfoco mi atención hacia el otro lado de la mesa para concentrarme en su mirada dulce. Si no fuese porque una de cada tres veces que la miro tiene metida la lengua dentro de la boca de Víctor, estoy segura de que podría llevarme muy bien con ella —. ¿Sales con alguien ahora?

—Eh... —Esa pregunta no me la esperaba—. No, no estoy con nadie.

—Es que, verás, ¿recuerdas a mi amigo Sebas? El chico moreno con el que nos cruzamos la última vez, el del acento andaluz —asiento para que sepa que sé de quién habla—, pues me ha pedido tu número. Me dijo que le pareciste guapísima y que le encantaría poder quedar a tomar algo contigo y conoceros un poco.

—No creo que Hana esté interesada, princesa. —Me repatea que Víctor se crea con derecho a rechazar a alguien por mí.

—¿Y por qué no lo voy a estar? —le rebato—. Lo recuerdo bastante atractivo y muy agradable. Puedes darle mi número sin problema, Patricia. Que me escriba y ya quedamos en cómo vernos.

—Bebé, no creo que estés... bueno, preparada para... ya sabes.

—Estoy de acuerdo con Víctor —se mete Gabi.

Oh, genial. Hemos dejado atrás la figura del hermano protector para sacar la vena paternalista. No creen que esté lista para acostarme con nadie. Pues no los oí quejarse cuando fueron ellos los que se metieron en mi cama.

—¿Y cuándo habéis cambiado de opinión? Porque hace ocho meses no pensabais así. —Es la primera vez desde que nos acostamos que alguno hace una referencia tan clara a la noche que compartimos. Gabi me mira con algo parecido al resentimiento en la mirada, y Víctor agacha la cabeza con hastío. Les jode pensar en ello. Hasta este punto se arrepienten—. Patricia, dame su móvil, que le escribo yo misma.

Ella, ajena a la tensión que se ha adueñado de pronto del ambiente, aplaude con entusiasmo y me recita los números emocionada.

Gilipollas

Gabi

Sebas es un gilipollas.

Jodido gilipollas

Víctor

Sebas es un jodido gilipollas.

Encanto

Hana

Sebas es un encanto.

Hemos salido unas cuantas veces y me ha sorprendido gratamente. No me había hecho demasiadas ilusiones, pensando que sería otro universitario cualquiera con ganas de presentarse a muchas chicas, aunque sin interés en conocer de verdad a ninguna. Pero me equivoqué.

Desde casi el principio me confesó que le gusté en el momento en que me vio y que le encantaría que lo intentásemos. Me prometió exclusividad y jamás se ha mostrado con prisas por meterse en mi cama, a pesar de llevar ya tres meses de besos cada vez más ansiosos y unas ganas que no puede disimular.

No es que me bloquee al estar juntos porque, la verdad, como me deja tanto espacio, sé que la decisión de dar el paso es solo mía y eso me calma sobremanera. El caso es que soy yo quien empieza a morirse de ganas por emprender este camino con él. Hace solo dos días estábamos tirados en la cama de su residencia, y fue Sebas el que nos acabó parando casi por inercia cuando las cosas empezaron a ponerse más calientes de lo habitual, y yo me di cuenta de que me había decepcionado que lo hiciese. Hubiese querido seguir.

Desde entonces no paro de darle vueltas a la cabeza y necesito hablarlo con alguien. Sé que es algo que podría comentar con Patri, que siendo chica igual puede sugerirme algo que me ayude, pero no me convence. Porque sí, Patricia se ha convertido en algo así como una amiga para mí.

Ya no está liada con Víctor. Su historia se terminó de mutuo acuerdo hace ya un par de meses, pero la intuición que me decía que era alguien con quien podría hacer migas no me falló. Es una tía legal y muy agradable, tanto que, a pesar de no estar acostándose con mi amigo, no dejó de verse con nosotros. El que yo estuviese empezando algo con un chico de su pandilla también ayudó a que no dejásemos de verla. Ni a ella, ni a algunos colegas más de su grupo de amistades. Ampliamos un poco nuestro pequeño círculo, y ella y yo empezamos a compartir momentos que, sumados a los ratos que pasaba con Sebas, consiguieron que terminase de habituarme a la nueva situación con Víctor y Gabi.

Ellos me habían dejado meridiano, con su actitud, que nosotros éramos

amigos y nada más que amigos. Al principio me costó aceptarlo más de lo que me gustaría admitir, pero llevo una racha muy buena en casi todos los aspectos de mi vida.

He encauzado mis estudios en buena parte debido a Sebas, que es otra rata de biblioteca como yo, además de un incansable devorador de libros, algo que me hace suspirar por las esquinas. Tengo nuevos amigos con los que despejarme de los dramas que yo sola me monto en la cabeza cuando no consigo controlar los celos que me asaltan aún a veces al ver a Víctor meter la mano debajo de la camiseta de cualquier chica o a algún nuevo ligue de Gabi saliendo a medio vestir de su habitación. Parece que el apetito sexual ha regresado a mi vida gracias a un chico que está loco por mí y que me proporciona tranquilidad y estabilidad en mi día a día. Y tengo completamente bajo control lo de purgarme de vez en cuando.

De verdad, de verdad que sí que lo tengo controlado. Solo lo hago como última medida cuando como demasiado y me duele el estómago o cuando alguna situación me sobrepasa y me pongo más nerviosa de la cuenta. Es como un bálsamo, como un tranquilizante, como si tomase valeriana para dormir. Algo puntual e inofensivo.

El caso, que quiero llegar hasta el final con Sebas y necesito comentarlo con alguien que me diga que no me estoy equivocando. Y los únicos que podrían llegar a entender del todo mis reticencias son Víctor y Gabi, así que aquí estoy, en su piso, viendo una película que ni sé de qué va porque no soy capaz de centrarme en ella. Habíamos hablado de ir al gimnasio, aunque ellos ya han ido tres veces esta semana y yo, aunque solo lo he pisado una, necesito un espacio en el que estemos solos para poder hablarles de...eso. Solo quiero sacar el tema de una vez y que ellos me animen a meter a Sebas en mi cama. Pero me da un poco de vergüenza hablar de sexo con ellos.

Son mis amigos. Solo son mis amigos, a ellos se la pela con quién me acueste. Como si retozan en mis sábanas la mitad del equipo de baloncesto de Víctor y dos mandriles de culo rojo.

Venga, a ello.

—Bebé, ¿te pasa algo? Tienes las orejas más rojas que mi camiseta.

Miro mi propio pecho, donde descansa el número 16 que Pau Gasol lucía en su día con los Chicago Bulls. Me encanta robarle prendas de baloncesto a Víctor cuando estamos en casa porque me las puedo poner de vestido sin ningún problema y son increíblemente cómodas. Él mismo suele sacarme alguna para que me cambie en cuanto cruzamos la puerta. Dice que le gusta

verme con ellas.

—Pues la verdad es que sí. Quería hablar de una cosa con vosotros, para ver si podéis aconsejarme.

Gabi suelta el plato de macarrones que se estaba metiendo entre pecho y espalda para merendar porque decía que se moría del hambre, y Víctor apaga el cigarro que tenía entre los dedos en el cenicero de la mesita que está a nuestros pies. Los tres estamos repantingados en el sofá, y noto que ellos se recolocan para girarse hacia mí y mirarme mientras hablamos. Gabi hasta baja el volumen de la tele.

—Tú dirás —me anima.

—He decidido acostarme con Sebas, pero no sé cómo hacerlo —suelto de corrido—. Bueno hacerlo sí que sé, ya lo sabéis. —Oh, Dios mío, no acabo de decirles eso... ¡No acabo de decirles eso! Noto cómo la cara me arde, debo de estar rojísima. ¿Por qué he tenido que usar esas palabras, joder?—. Quiero decir que... me sé la técnica y eso, que no es por lo que os pregunto. De lo que no tengo ni idea es de cómo empezar. —Me miran tan serios y tan en silencio que solo se me ocurre seguir hablando para ver si consigo que ellos abran la boca y terminen con mi suplicio—. Es que ya hemos estado muchas veces en su cuarto o el mío, enrollándonos y tal, medio desnudos, per...

—¡Demasiada información! ¡Demasiada información!! —grita Gabi con las manos en alto y levantándose del sofá.

—¡Eh! ¿A dónde vas? ¡Vuelve aquí que necesito que me digáis cómo hacerle entender que quiero llegar hasta el final con él!

—¿Estás de puta coña? —Estoy casi segura de que la mirada que me dedica Víctor podría deshacer hielo ahora mismo.

—No. Es en serio. Le he frenado tantas veces que ahora él mismo para antes de que pueda demostrarle que no necesito que lo haga.

—Me *cagüen* la puta. Que no es coña. —Víctor apoya la cabeza en el respaldo del sofá y se lleva las manos a la cara hasta taparse los ojos, que ya tenía cerrados—. Nos estás pidiendo de verdad que te aconsejemos cómo acostarte con otro tío.

—Hombre, con otro tío no. Con mi novio.

—¿Ese meapilas es ahora tu novio? —Gabi vuelve como un vendaval y le lanza una cerveza a Víctor mientras él le da un trago a la suya. *Joe*, me podía haber preguntado si yo también quería.

—A ver, pues llevamos tres meses pelando la pava, morreándonos como monos en celo y quedando cada día. Mi hermano pequeño no lo considero, la

verdad. —Ambos bufan como respuesta a mi comentario—. Sabíais que las tías también tienen libido, ¿no? Que llevo mucho sin darle una alegría al cuerpo, ya me lo empieza a pedir a voces.

—Pues mira que he dormido noches pegado a él y no lo había oído quejarse. Haberlo dicho, que los amigos se hacen favores, mujer —me suelta Víctor en un tono que no termina de gustarme.

—No necesito que ningún amigo —y resalto bien la palabra al pronunciarla — me haga favores porque ya tengo un novio más que dispuesto a follarme hasta que mi cuerpo esté afónico de gritar. Solo quería que me dijeseis cómo hacerle entender que la próxima vez que estemos tumbados en una cama no quiero que se vista cuando llegue el momento, sino que me desnude.

—Por favor, Hana ¿puedes dejar de hablar de ti misma medio desnuda o desnuda por completo? —Gabi aprieta tan fuerte la lata que tiene entre las manos que la deforma un poco.

—¡Joder! Vosotros habláis continuamente de las personas con las que lo hacéis, y yo no digo ni mu. Solo quería una recomendación. —Me sale un tonillo lastimero que odio, porque me hace parecer una niña. Normal que siempre me traten como a la pequeña del grupo a pesar de sacarles dos años.

—Vale, vale. Tienes razón. Somos tus amigos y los amigos, hablan de estas cosas y se aconsejan cuando lo necesitan. —Siento el suspiro de Víctor, aunque no lo vea por seguir con la mirada fija en Gabi, y me parece que lo siguiente lo dice con algo de pesar en la voz—. Deberías, simplemente, pedirle que no se detenga. Él llevará puesto el freno porque creará que es lo que tú deseas, no porque no se muera de ganas.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque es gilipollas, pero no puede serlo tanto.

—¡Oye! —protesto, pero él se yergue y se encamina a su habitación.

—Creo que al final sí que necesito pasarme un rato por el *gym*. Quiero soltar algo de energía. ¿Venís?

Gabi se mete en su habitación y sale al cabo de un minuto con la bolsa de deporte bajo el brazo, así que me resigno a vencer la pereza y recojo mi propio equipo, que casi siempre tengo aquí porque, total, cada vez que voy a hacer deporte, acabo yendo con ellos.

No vuelven a sacar el tema en toda la tarde, así que me conformo con la sugerencia de Víctor y escribo a Sebas antes de meterme en la cama esa noche para ver si quiere que nos veamos al día siguiente. Las manos me sudan un montón mientras tecleo, aunque cuando le doy a enviar, no tengo ninguna duda

de que es lo que quiero hacer.

Estoy depilada, duchada, hidratada, peinada y maquillada. Y como no se me ocurre ningún «ada» más que pueda prepararme mejor para lo que planeo que pase en unas horas, me planteo elegir vestuario, que es la parte que menos me gusta. Siempre dudo muchísimo en esta parte de las citas porque con nada me veo especialmente bien. No tengo alma de *it girl*.

Necesito subirme un poco el ánimo, así que cojo el móvil y selecciono una canción de la larga lista de música que guardo en él. Esa que me acompañó tantas veces al salir de la clínica, que se convirtió en un himno para mí y que canté con rabia y lágrimas en los ojos cuando no conseguía creérmela, aunque lo necesitase más que el aire en algunos momentos.

Bebe inunda la habitación y yo dejo que las primeras frases calen en mi interior, elevando el vello de mi cuerpo, llegando allí donde solo la música nos alcanza. Cuando ya no quiero resistirlo más me lanzo a cantar, a cantarme, a repetirme esas palabras que podría tatuarme en la piel por ser tan verdad y por permitirme ser libre cuando en un momento de mi vida me creí esclava de algo que ni siquiera controlaba de verdad.

*Hoy vas a ser la mujer que te dé la gana de ser
Hoy te vas a querer como nadie, te has sabido querer
Hoy vas a mirar pa'lante, que pa'atrás ya te dolió bastante
Una mujer valiente, una mujer sonriente
Mira cómo pasa, ¡ja!*

*Hoy no ha sido la mujer perfecta que esperaban
Ha roto sin pudores las reglas marcadas
Hoy ha calzado tacones para hacer sonar sus pasos
Hoy sabe que su vida nunca más será un fracaso*

Con la subida de endorfinas aún saltándome por las venas, me decanto por un sujetador *push up* negro con algo de encaje y unas braguitas a juego con las que me hice esta semana jurando mantenerle el *secreto* a *Victoria*. Cubro el conjunto protagonista de esta noche con un vestidito sencillo sin medias, porque, aunque sea marzo y aún haga un frío que pela, en casa tengo la

calefacción a tope. Pongo el horno a calentar para que cuando llegue Sebas tenga lista la cena que he cogido en una tienda de comida casera que tengo debajo del apartamento.

Apenas he llegado a meter las bandejas con la ternera a la jardinera y las patatas asadas cuando suena el timbre. Mi compañera de piso duerme fuera, me aseguré de ello antes de montar todo esto, así que me apresuro a ir a abrirle la puerta.

Está muy guapo. Se ha afeitado la barba de tres días que lucía ayer y puedo verle mejor el mentón. Puede parecer una tontería, pero tiene una barbilla cuadrada que a mí me resulta muy atractiva, más aún combinada con esas gafas de pasta negras y el pelo algo largo por delante, que le cae en un rizo indomable por la frente. Me recuerda a un Clark Kent algo delgaducho y adorable.

Me besa despacio, con calma. Con Sebas las cosas siempre son algo bucólicas. Es de esas personas a las que parece pesarle un poco el mundo, pero a mí ese aire de dramaturgo atormentado me pone muy tonta.

Cenamos con una conversación cómoda de fondo. Él me cuenta qué tal lleva un par de asignaturas que se le resisten de Filología Clásica, y yo lo escucho, paseando la comida de un lado a otro de mi plato. Estoy nerviosa y tengo el estómago algo cerrado. Él me urge a que mastique la ternera y deje de torearla, así que engullo unos cuantos bocados para que no note que estoy inquieta.

Al terminar de cenar me propone ver una peli, y yo le pido que nos movamos mejor a mi dormitorio. Levanta las cejas y dibuja una sonrisilla en la cara que procura borrar de prisa, pero la he visto. Puede que sí que sea verdad que él tiene más ganas que yo de que pase esto.

Nos descalzamos y tumbamos como hemos hecho decenas de veces estos meses. Yo, con la espalda sobre el colchón. Él, con medio cuerpo encima de mí y dejando que sus manos campen libres por los costados de mi cintura. Cuando lo noto bajar un poco hasta mis caderas, elevo la rodilla para que el vestido se escurra por mis muslos y dejar así algo más de piel al descubierto. Me sigue besando con tiento y resbala las yemas de sus dedos por dentro de mi ropa.

La respiración se me agita y curvo un poco la espalda, como invitándole a seguir. Los sonidos que surgen de él empiezan a ser algo erráticos y quiero dejarme arrastrar por ellos, pero Sebas toma la iniciativa y me levanta el vestido para dejar un reguero de besos en mi vientre y yo... desconecto. Me

pierdo. La humedad que comenzaba a sentir entre las piernas se evapora entre dudas. Dejo de sentirme excitada y dentro de mí solo queda espacio para la paranoia, porque no puedo dejar de preguntarme si notará mi barriga demasiado hinchada por lo que acabo de cenar.

Intento volver a conectar con sus caricias, que, aunque precavidas, siento más desmedidas que otras veces. Cierro los ojos e intento gemir un poco, para animarle a continuar. No funciona. Estoy seca, completamente y él aún no lo ha notado porque no se ha decidido a internarse más allá de mi ropa interior, aunque quiero que lo haga y tengo que ser capaz de disfrutar de ello.

Pongo las manos sobre su pecho para empujarle un poco y le pido con suavidad que me dé un minuto. Necesito ir al baño a lavarme los dientes y asearme un poco.

Mentira.

Otra más. Ni siquiera me detengo al pensarlo. Me da lo mismo. Esta noche me da igual ser capaz de engañarme o reconocermé débil. Solo quiero, no... necesito vomitar y sentir que mi vientre vuelve a estar plano y que le voy a resultar atractiva a Sebas cuando me desnude. Lo suficiente como para elegirme siempre. Tanto como para que se quede a mi lado. Lo bastante para que no quiera, de pronto, ser solo mi amigo.

Giro el mando del agua caliente del lavabo y me vacío dentro de la taza. Dejo allí mi cena, mis miedos y puede que parte de mi alma, pero, tras lavarme los dientes, me deshago del vestido, que abandono en el suelo de baldosines, y regreso a la habitación más segura y sin intención de dormir sola esta noche.

Veo tragar a Sebas con fuerza cuando traspaso el umbral de mi habitación solo con la ropa interior aún puesta. Me acerco a él, que se ha sentado contra la pared a la que está pegada la cama, y me subo a horcajadas. No hay palabras subidas de tono ni preguntas para cerciorarse de que va a pasar. Ambos sabemos que va a ser así.

Le quito la camiseta, y él a mí el sujetador. Lame un poco mis pechos hasta que los pezones responden a sus atenciones y se me endurecen contra su lengua. Me incorporo sobre las rodillas para deshacerme de las braguitas y él aprovecha para desabrocharse el vaquero y empezar a bajárselo. Yo misma termino de desprender de él y me siento de nuevo sobre sus calzoncillos. Cuela la mano entre mis piernas y me acaricia entre los labios, buscando el punto exacto. Le voy guiando con gemidos y, al sentir cómo me roza el clítoris por primera vez, cierro los ojos y aprieto un poco los muslos para hacerle

entender que es ahí donde debe entretenerse.

Es algo torpe al principio, pero se ayuda de tres dedos para conseguir fricción en una zona más amplia y poco a poco va consiguiendo que me moje. Tanto como para dejar un rastro de mi propia humedad en su mano y en sus *bóxers*. Gruñe cuando yo me restriego de forma inconsciente contra su polla y me tumba bocarriba en un movimiento tan rápido que hasta reboto un poco contra el colchón.

Se saca a zarpazos la poca ropa que le quedaba a medio poner y coge un preservativo del bolsillo trasero de sus pantalones. Que lo llevase allí me hace pensar que él estaba esperando esto tanto como yo y me anima a seguir, a pesar de que continúo nerviosa, porque la excitación va ganando la batalla por mucho hasta ahora.

Se detiene un momento justo antes de penetrarme y me mira a los ojos. Asiento en un gesto pequeño, animándole a continuar, y él se entierra en mí de una forma tortuosamente lenta. Sebas me folla despacio, controlado, jadeando mucho y enterrando la cabeza en mi hombro. Le agarro la cara para que me mire, pero tiene los ojos cerrados, así que le dejo hacer, centrándome en mi propio placer.

Disfruto de esta primera vez con él encima de mí, aunque cuando Sebas se desploma sobre mi cuerpo con tres convulsiones más profundas, yo no he conseguido correrme. Procuro no darle mayor importancia. No puedes entenderte a la perfección en la cama con todas tus parejas desde el principio. A veces no habrá fuegos artificiales, pero he conseguido acostarme con un chico que no sea Dani, o Víctor o Gabi, y ha sido bonito.

Dicen que la práctica hace al maestro. Así que a practicar se ha dicho.

Tensión no resuelta

Víctor

Sebas es un pusilánime de los que quedan pocos.

No. Es el puto rey de los pusilánimes. Es un pan sin sal. Un «viendo la vida pasar».

Y, sin embargo, ahí está el muy idiota, sobándole el interior del muslo a Hana por debajo de la falda como si nadie más en la mesa nos hubiésemos dado cuenta de que le está metiendo mano. Se pensará que es disimulado el muy gilipollas.

¡Que hay más gente comiendo contigo, colega!

Lo peor de todo es que llevo aguantando escenitas parecidas dos putos meses, desde que se acostaron.

Pensar en Hana debajo de él aún hace que se me revuelva el estómago.

Encima el tío no es que sea tonto, solo se lo hace.

Va de niño bueno que no ha roto un plato en su vida, aunque no hace más que azuzar a Hana para que pase menos tiempo con Gabi y conmigo. No es que lo consiga a menudo, pero le araña muchas citas en las que se empeña en no incluir a nadie más, como si ella fuese suya y a los demás solo nos correspondiesen las migajas que él desaprovecha.

Entre esta obsesión suya porque nadie distraiga a Hana de sus encantos, y que follan como conejos, mi compañero de piso y yo hemos notado un montón la disminución del número de noches que ella pasa con nosotros en nuestro apartamento.

Y la echamos de menos.

Es una mierda tener que reconocerlo, pero la echamos mucho de menos como amiga. Sé que a veces nos portamos como imbéciles con ella porque no conseguimos gestionar bien lo que nos pasa cuando está cerca, pero la queremos muchísimo. Hana se ha convertido en una parte fundamental de mi vida. Es con quien puedo hablar de todo, absolutamente de todo. Bueno, menos de lo que no hablamos nunca, aunque siempre esté flotando en el aire cuando me arrimo a su cuerpo.

Sé que Gabi es mi mejor amigo, se lo ha ganado por antigüedad y lealtad, pero Hana... no sé, con ella es diferente. Es en ella en quien pienso en cuanto

me pasa algo bueno, o algo malo. A quien quiero acudir corriendo para contarle cualquier tontería que me haya pasado en el día. Con quien quiero reírme de la última chorrada que he visto por Internet. Con quien quiero llorar de pura rabia cuando mi padre se equivoca de nuevo de fecha al felicitarme por mi cumpleaños. O con quien quiero pasar horas en silencio, con sus piernas encima de mí, en el sofá, leyendo mientras le acaricio el gemelo.

Ella sabe cuándo meterme caña, cuándo decirme que no, cuándo animarme a intentar un imposible que solo resulta ser un improbable la mayor parte de las veces, o cuándo estar a mi lado sin que haga falta decir nada.

No lo sé explicar mejor. Ella me... entiende. Me completa. Me da paz y me hace querer saltar. Todo a la vez.

Y ahora me estoy perdiendo un montón de estos momentos gracias a SúperSebas.

Intentamos disimular lo mal que nos cae, porque cuanto más clara es la hostilidad entre nosotros, menos quiere juntarnos Hana con él. Y claro, no compartir momentos con Sebas es perderlos con ella, así que Gabi y yo nos colocamos la sonrisa más falsa que tenemos en nuestro repertorio de muecas y le palmeamos la espalda un poquito más fuerte de lo necesario cada vez que quedamos con ellos.

Sé que le intimidamos. Es poco más alto que Gabi, pero ocupa la mitad que él. Y una cuarta parte que yo. Y puede ser que sea un poco cabrón por lo que voy a decir, pero me gusta que no baje las alarmas cuando estamos cerca. Si él me siente como una amenaza será porque ve algo que no le gusta. La tensión que existe con Hana no ha desaparecido, y hasta él puede notarlo.

¿Lo malo? Que se queda en tensión no resuelta. No sé si sexual o sentimental. De verdad que ya ni lo sé. Procuro ignorarla la mayor parte del tiempo, porque sé que no existe solo conmigo, así que sigue siendo un tema tabú que un día conseguirá que me coloquen una camisa de fuerza, aunque no puedo hacerla desaparecer.

Dejo de divagar y centro otra vez mi atención en la gente que está con nosotros. Patri está contándole algo a Baró y a Hana, aunque me parece que esta le presta poca atención.

Está perdida en su mundo. Conozco esa mirada. Algo le preocupa, o le incomoda. La encuentro demasiado concentrada en la mesa, con la cabeza gacha y la mirada algo perdida.

Le doy un codazo a Gabi, sentado a mi lado, para que deje la conversación con Raúl y me haga caso. Cuando me mira, dirijo su atención hacia Hana con

un movimiento leve del mentón y enseguida veo cómo mi amigo la observa un minuto y frunce el ceño.

A él también le parece que está rara.

Chisto en su dirección para que ella me mire, pero sacude la cabeza en un movimiento involuntario y se escuda en una sonrisa que le sale demasiado fría.

Se excusa asegurando que necesita ir al baño y se escabulle hacia la puerta que hay al final del bar en el que estamos.

Esto no me gusta.

¿Qué cojones estás haciendo?

Gabi

¿Que quizás somos demasiado protectores con Hana?

No lo niego. No me voy a molestar. ¿Para qué? Sé que es verdad. Y también sé que eso a veces le agobia, pero es que no podemos evitarlo. Al menos yo.

Víctor procura darle mucho más espacio. Dice que ella se cree débil porque cayó en una enfermedad que no consiguió controlar, pero que lo que no ve de sí misma es que también salió de ella. Y puede que tenga razón y que Hana tenga una fortaleza que ni ella misma es consciente de poseer, aunque yo la veo tan pequeña, tan dulce, tan... tan, que querría liarme a puñetazos con cualquiera que le haga llorar.

Curioso, porque estoy seguro de que Víctor y yo le hicimos llorar unas cuantas veces durante el verano pasado.

Joder, lo que nos está costando normalizar esta amistad.

Solo que ella lo merece.

Hoy no estoy prestándole demasiada atención, porque estoy casi seguro de que si la miro mucho rato solo conseguiré una perspectiva perfecta de Sebas tocándola todo lo que pueda con un disimulo pésimo o la lengua del muy subnormal metida hasta la campanilla de mi amiga. Están en esa época de la relación en la que nunca sobas lo suficiente a tu chica, como si ella tuviese un imán que te impide alejarte lo suficiente como para que el aire corra entre vosotros.

Asco de tío.

En ese momento Víctor me hace un gesto para que le preste atención a Hana, y lo que veo no me gusta.

Está blanca y perdida. Se ha ido a su mundo, ese al que viaja cuando lo que hay a su alrededor le sobrepasa o cuando algo le preocupa tanto como para abstraerse de todo lo demás. La veo mover la mandíbula, rechinando los dientes, y ladear los labios en un gesto de disconformidad.

A veces pagaría dinero por meterme en su cabeza. Verla cuando está así es como mirar una máquina que empieza a sobrecalentarse. Casi podría dibujar los engranajes de su cabeza, girando más deprisa de lo que su maquinaria

requiere para funcionar correctamente.

Se levanta de golpe y da una excusa de mierda para ir al baño. Puede que solo necesite tomar aire, pero yo me propongo seguirla.

Sí, sobreprotección. Lo sé.

Espero un minuto antes de susurrarle a Víctor que avise de que sale a fumar y yo anuncio que voy con él para respirar un poco porque allí dentro hace mucho calor. Aprovechamos para encasquetarle a Sebas la misión de pedir otra ronda de cañas y unas bravas, para que no siga el mismo camino que nosotros.

Cuando llegamos al servicio de las chicas nos quedamos esperando fuera, hasta que oímos un sonido que a mí me pone en alerta. El quejido de una garganta soportando una arcada llega a nosotros de forma muy clara. Y luego toses, y una aspiración profunda que trata de recuperar aire, y otra arcada.

Llamo a la puerta con violencia.

—Hana. ¡Hana! ¿qué cojones estás haciendo? Abre la puerta.

Silencio. Una sordina que cae a plomo en este habitáculo mal iluminado y que solo se rompe al escuchar el ruido del expendedor de papel higiénico chirriar y una cadena que no consigue absorber la preocupación que refleja la cara de Víctor y que, imagino, encuentra réplica en la mía propia.

El chasquido del pestillo nos hace dar un paso atrás para dejarle espacio para salir. Pero no retrocedemos más.

Ella se queda allí quieta, con un brazo extendido, acariciándose con la otra mano, que tiene en ángulo recto tapando su estómago con el antebrazo. No nos mira a los ojos.

—Repito, Hana. ¿Qué cojones estabas haciendo?

Caos

Hana

La cabeza me va casi tan rápido como el corazón.

Tengo que encontrar una excusa creíble y ser lo suficientemente convincente como para que no queden dudas en sus mentes, como para que no empiecen a estar pendientes de mí, porque si lo hacen, tendré que intentar verlos incluso menos que ahora, y esa idea me espanta.

Levanto la barbilla y pongo mi mejor cara de pena.

—Jo, Gabi, ¿por qué te enfadas conmigo? Estaba fatal. Me dolía un montón el estómago desde hace mucho rato y cuando he notado que se me acumulaba demasiada saliva en la boca, he tenido que venir corriendo o iba a dejar un regalo a la camarera al lado de nuestra mesa que a ella iba a asquearle y a nosotros nos iba a joder la comida.

Hablo mucho y demasiado rápido. Tengo que tranquilizarme.

Paso entre ambos para llegar al lavabo, aclararme la boca y enjabonarme las manos, que no he conseguido dejar completamente limpias con el papel.

Siento cómo me miran a través del espejo y cuando alzo la cara entiendo por qué. Tengo algunos mechones pegados a las mejillas por el resto del vómito y los ojos demasiado rojos. Me apresuro a adecentar mi aspecto y a ensayar mi mejor cara de enferma.

—Bebé, ¿estás segura de que solo es eso? ¿No hay nada más que quieras comentar con nosotros? —Niego ante la pregunta de Víctor—. ¿Hay algo que vaya mal? ¿En clase, con Sebas, con tu madre? —Niego de nuevo. Y él suspira con resignación.

—Sabes que puedes contarnos cualquier cosa, ¿verdad? No vamos a juzgarte —añade Gabi.

El problema es que sé que sí lo harán. No intencionadamente, puede que ellos piensen que ni siquiera como algo malo. Pero decidirán que necesito ayuda y que ellos son los indicados para dármela. Y no es verdad. No necesito ayuda porque no estoy enferma de nuevo. Tengo todo controlado. Todo.

Mis estudios.

Mi vida amorosa.

Y hasta la manera en la que suelto estrés cuando el sexo o el deporte no

alcanzan.

—Claro que lo sé. —Curvo mis labios hasta conseguir mostrarles una sonrisa dulce que no sé si se tragan—. Pero es que estoy perfectamente. Llevo unos días revuelta y en cuanto como algo un poco aceitoso me sienta mal. Creo que es porque estoy hinchada y me tiene que venir la regla. Siempre estoy un poco más sensible a ciertos alimentos cuando me va a bajar.

Siguen sin moverse de su sitio, así que les apremio con un par de golpes en el hombro para que me dejen salir y luego los abrazo y los beso para agradecerles que siempre estén pendientes de que me encuentre bien. Los llamo paranoicos y bromeo con el día que dejen preñada a alguna ilusa, porque lo van a pasar fatal como les toque una niña.

La idea aún ronda por mi cabeza cuando nos volvemos a sentar a la mesa y me doy cuenta de que no les he mentado tanto, porque es cierto que me toca que me baje el período en estos días y eso siempre me deja mal cuerpo.

De hecho... ¿qué día es hoy?

Empiezo a hacer cálculos mentales y a contar con los dedos.

No me salen las cuentas.

Cuento de nuevo.

Y me empiezo a preocupar de verdad.

Ha pasado una semana entera desde que me di cuenta de que tenía un retraso de seis días.

Estoy bloqueada. No sé qué hacer. Me da pánico admitir en voz alta que podría estar embarazada, porque entonces tendría que hacerme una prueba y, si saliese positiva, me muero.

¿No quería control en mi vida? Pues toma taza y media de caos.

Encima Víctor y Gabi me acosan. No es un decir. Los tengo día y noche vigilándome y comprobando que actúo con normalidad, lo que es imposible porque no me siento nada normal en estos momentos.

Necesito hablarlo con alguien. Y, curiosamente, ellos están muy por encima de mi novio y posible padre de un hijo no deseado en la lista de gente a la que quiero confesar mi estado perpetuo de histerismo.

He ido a su casa con un montón de comida china y la intención de engañarlos para ver en Netflix *A todos los chicos de los que me enamoré*, pero ni siquiera Noah Centineo consigue que me centre en los problemas de

Lara Jean y olvide los míos propios.

Cuando no llevamos vistos más de 20 minutos de película, Víctor da al *pause* y se enfrenta directamente a mí.

—Vale, ya está. ¿Qué te pasa? Llevas desde que has llegado a casa como medio ida. Y no es solo hoy. Estás rara de pelotas, bebé.

Quiero contestarle alguna fresca como que no me conoce tanto como él cree, pero, para mi vergüenza, en cuanto abro la boca rompo a llorar como una niña pequeña. Me sale un llanto nervioso y desconsolado con el que expulso la angustia que he acumulado todos estos días.

Los chicos se quedan paralizados durante medio segundo, hasta que ambos se abalanzan sobre mí para abrazarme y acariciarme el pelo, susurrando palabras reconfortantes que no saben qué están dirigidas a consolar.

—Eh, eh... Vale, ya está, bebé. Estamos aquí, ¿vale? Sea lo que sea, estamos aquí.

—¿A quién tenemos que matar? Solo dilo. Yo me hago con la pala y Víctor inventa la coartada.

Ni siquiera los chistes malos de Gabi consiguen calmar mi lamento. Sé que empiezan a ponerse nerviosos porque no saben qué me pasa, pero es que no puedo parar.

Después de unos minutos de lágrimas un tanto catárticas, logro balbucear unas palabras que consiguen que las manos que me están sosteniendo se vuelvan frías al instante.

—Tengo un retraso de dos semanas. No sé si estoy embarazada.

Creo que, si ahora mismo se cayese un alfiler al suelo en el piso de abajo, podríamos oírlo. Juro que hasta puedo ver el pulso de Víctor a través de su cuello, golpeando fuerte y acelerado, y sentir un ligero temblor en las manos de Gabi, que aún me sujetan por el brazo.

—¿Qué? —Este parece que aún no consigue reaccionar.

—Que creo que podría estar embarazada.

—Ya, ya. Ya te he oído.

—Y, entonces, ¿por qué preguntas otra vez? —Me pongo nerviosa y empiezo a llorar de nuevo, pero en esta ocasión ellos siguen paralizados—. ¡Decidme algo!

—¿Estás...estás segura? —Víctor mantiene la vista fija en algún punto indeterminado de la pared que tiene enfrente y aprieta la mandíbula esperando mi respuesta.

—No. No me he atrevido a hacerme una prueba. Estoy muerta del miedo.

Necesito que me acompañéis.

—¿Nosotros? ¿Esto no deberías hacerlo con Sebas? —Suenas enfadado, y eso me pone a mí de mal humor. Debería tranquilizarme, no acusarme de nada.

—No se lo he dicho.

—Hana, ¿estás de coña? Si estás... si tú... él sería el padre. Tiene derecho a saberlo.

—Primero tendré que saber si hay algo que decir, ¿no? Por favor, no quiero hacerlo sola y no lo voy a hacer con él.

Víctor se levanta de repente del sofá resoplando y pasándose las manos por el pelo una y otra vez.

—Joder. Joder ¡Joder! ¡¡Joder!!

—Vale, vamos a calmarnos todos un poco y a no adelantarnos. Puede que no sea más que un susto —intercede Gabi.

—Sí, o puede que por eso estuviese vomitando el otro día y haya tenido un humor raro desde hace semanas. —Me siento fatal dejando que Víctor crea que mis escapadas furtivas al baño después de comer puedan ser por algo así, aunque tampoco se lo niego.

—Venga, vamos a la farmacia. Los tres sabemos que vamos a hacer esto juntos, así que mejor no retrasarlo. —Y sin decir una palabra más, Gabi se encamina a la entrada mucho más serio de lo que le he visto en mi vida.

Creo que el farmacéutico flipa un poco cuando nos ve a los tres plantados delante de su mostrador pidiendo una prueba de embarazo mientras yo dejo caer lágrimas en silencio, flaqueada por dos chavales de veintiún años con aspecto derrotado.

Mientras esperamos los cuatro minutos que indica el prospecto que debemos dar al palito para saber si mi vida tal y como la he conocido hasta ahora ha llegado o no a su fin, ellos no intercambian ni una palabra.

Están casi igual de nerviosos que yo. Ninguno lo decimos en voz alta, pero todos sabemos que esta sería una cagada de las grandes. No estoy preparada para tener un hijo. No con veintitrés años, sin haber terminado la carrera y con alguien a quien no quiero. Porque después de la semana que he pasado ya ni me engaño. Llevo cinco meses con Sebas, pero no estoy enamorada. Al pensar en él como el padre de mi bebé, solo he sentido angustia, porque no es el hombre con quien querría pasar el resto de mis días. No quiero que algo tan grande nos una para siempre.

Gabi mira su móvil una vez más y vemos que el cronómetro ya pasa de los cuatro minutos y medio.

—Unos segundos más, por si acaso —me atrevo a pedir.

Cuento mentalmente hasta treinta y cojo aire con fuerza. Extiendo la mano para coger el test, pero me tiembla tanto que Víctor se apiada de mí y me la baja antes de que alcance la mesita baja del salón donde hemos dejado la prueba mientras aguardábamos en el sofá.

Sé lo que va a decir en cuanto veo su expresión.

—Positivo.

Oigo a Gabi susurrar un «hostias» y lo veo colar la cabeza entre las rodillas. Y a Víctor ponerse de pie con una rabia mal contenida sacudiéndole el cuerpo que trata de liberar lanzando un cenicero contra la pared. El ruido del metal desconchando el yeso ni siquiera me hace girar la cabeza, estoy demasiado concentrada en no permitir que el corazón se me salga por la garganta. No lo logro.

Corro hasta el baño y vomito con violencia sin conseguir contenerme. Los nervios ganan la batalla y salen de mi cuerpo con una virulencia que parece reírse de mí. Y juro que esta vez no encuentro ningún consuelo en esta purga.

Han pasado dos días.

Sé que tengo que hablar con Sebas, pero no sé ni cómo empezar esta conversación.

Ni sé cómo se lo va a tomar, ni si quiero estar con él como pareja si decidiese tener este niño, ni si quiero tener este niño... Creo que ahora mismo no sé nada de nada.

Falta un mes para los exámenes finales y me he refugiado en los estudios para no afrontar las cosas. Llevaba el curso francamente bien y quiero terminar al menos tercero, por lo que pueda pasar el año que viene.

Víctor y Gabi procuran no agobiarme, pero me insisten mucho en que hable con Sebas, que él debe saber esto y tomar una decisión conjunta. Así que al final les hago caso y quedo con él esta noche en mi piso aprovechando que mi compañera vuelve a dormir con su chica.

Últimamente parece que no vive nadie en esta casa.

Llega puntual y me regala un beso largo y húmedo en cuanto le abro la puerta.

—Qué ganas tenía de verte, preciosa. Me parece que hace como un siglo que no te toco. —Sí, ese es el problema, que últimamente nos hemos tocado

demasiado.

—Sebas, espera, tengo que contarte algo. —Detiene el camino que estaba empezando a trazar con su lengua por mi garganta y me mira con una ceja un poco alzada.

—Eso suena fatal. ¿Qué ha pasado? —La expresión de mi cara le obliga a ponerse serio y me coge de la mano para dirigirnos a mi habitación y sentarnos en la cama—. Hana, me estoy asustando un poco. Parece que vas a echarme a llorar de un momento a otro.

Y eso es exactamente lo que hago. En los últimos días me parece que no hago otra cosa.

Él se queda donde está, como una estatua, esperando a que le dé una explicación a mi acceso repentino de enajenación.

—Estoy embarazada.

—¿Cómo?

—Me he hecho una prueba hace dos días y me ha salido positiva. Estoy embarazada, Sebas. —Permanecemos unos minutos en un silencio solo roto por unos ruidos muy poco elegantes que salen de mi laringe al absorber, tratando de contener las flemas que se acumulan en la nariz.

—¿Estás segura de que es mío?

—¿Qué has dicho? —Esperaba muchas posibles reacciones por su parte. Muchísimas. Ninguna era negar su parte de culpa.

—¿Solo has estado conmigo?

—¿De verdad me estás preguntando eso?

—No me estás contestando.

—No lo veo necesario.

—Oye, solo estoy diciendo que pasas tanto tiempo con Víctor y con Gabi como conmigo, y yo no sé qué hacéis cuando estáis solos, pero sí sé cómo te miran ellos.

—Esto es increíble. —Me lo digo más para mí misma que como parte de la conversación que estamos teniendo, porque esa quiero cortarla ya. Aquí y ahora. Le cerraría la puerta en las narices y le pediría que se fuese a la mierda corriendo mejor que andando.

—Oye, no me parece tan descabellado preguntar. Tú y yo siempre hemos usado protección.

Se ha levantado y apoya el cuerpo contra la pared más lejana a mí, interponiendo distancia entre los dos. Me estudia con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud defensiva, listo para encarar cualquier ataque que

salga de mi boca. Lucha contra mí, no conmigo. Y me deja ver un Sebas que no había conocido aún en estos meses. Uno al que detesto al momento.

—¡Los condones fallan, campeón!

—Lo sé. Ya lo sé, pero... mira, da igual. Vale. Estás embarazada. Ok. No voy a cuestionarme más esto. Puedo correr con la mitad de los gastos. ¿Has pedido ya cita? —Lo miro sin comprender.

—¿Cita para qué?

—Para interrumpirlo, por supuesto.

Por supuesto.

Ni siquiera me ha preguntado cómo me siento yo. Qué opino. Qué quiero.

Da por entendido que es la única salida. Puede que sea porque es la única en la que él estaría dispuesto a participar de alguna manera.

Me llevo las manos a la cara y aprieto los lacrimales con fuerza, inspirando hondo, buscando un poco de calma para no pegarle a Sebas el guantazo que el cuerpo entero me pide que le suelte.

—No he decidido nada aún. —No sé ni por qué le explico nada, pero quiero cerrar el tema y no tener que volver a sacarlo con él.

—¿No estarás pensándote el tenerlo?

—¿Y si fuera así? —Quiero todas las cartas sobre la mesa.

—No voy a cargar con un bebé que me arruine la vida y del que ni siquiera puedo asegurar que es mío.

Ahí está.

Ya tengo todas las respuestas que necesitaba.

—Perfecto. Olvídate de esta conversación. No ha existido para ti. Y ahora, fuera de mi casa. Tú y yo no tenemos absolutamente nada más de lo que hablar.

—Y una mierda. Quiero saber qué vas a hacer.

—No te incumbe.

—¿Cómo que no? Soy el padre.

—A ver si te aclaras, Sebas, porque te veo un poquito volátil.

—Hana, no me vaciles.

—No tengo intención. Te he pedido que te vayas de mi casa.

—Mejor nos calmamos, y te llamo en un par de días. Pero no seas idiota. No estamos preparados para esto. No tenemos una carrera, ni un trabajo, ni...

—Ni amor, ni respeto siquiera —termino por él—. Márchate y no me llames. Yo me ocupo de mis cosas. Mías, no nuestras.

Sale dando un portazo atronador que reverbera por todo el piso, y yo me paso las siguientes horas pensando qué narices voy a hacer de ahora en

adelante.

El amanecer me encuentra tirada en la cama con las manos encima de mi vientre y sin ser capaz de tomar una decisión en firme.

Tres días más que se me escapan entre los dedos sin que me atreva a llamar al médico para empezar a hacerme algunas pruebas.

Y es que no quiero. No puedo.

—Hana, no puedes seguir retrasando esto.

—Es que no sé qué hacer, Gabi.

—Sí que lo sabes. En el fondo lo sabes. Cuando piensas en ti misma sujetando a ese bebé... ¿qué sientes?

Cierro los ojos y me visualizo con una barriga de siete u ocho meses. Enorme, gorda.

Aprieto los ojos con fuerza y viajo unos meses más allá en mi futuro. Una cuna al fondo de la habitación de mi casa de Barcelona, porque allí he tenido que volver para poder sacar adelante a ese niño.

Yo, hinchada y flácida, con una personita en miniatura colgada de mi pecho que mama con ansia.

Los apuntes de la carrera desperdigados por la mesa, sin orden, manchados de una especie de papilla blanca que huele ácida y me contrae el estómago, aún abultado y horrendo.

Un llanto agudo e incesante que no tengo ni idea de cómo calmar.

El pulso se me acelera. Me cosquillean los dedos de las manos. Siento que intento coger aire y que este no llega a entrar en mi cuerpo.

No puedo abrir los ojos, porque estoy segura de que, aunque lo haga, seguiré viendo todo negro a mi alrededor.

Me mareo, me agobio.

Abro la boca para intentar llenar mis pulmones, pero creo que jadeo más que respiro.

Oh, Dios Mío. Me voy a morir.

Me estoy muriendo.

—Hana, eh, Hana, vale. Tranquila. Respira. Estás respirando, ¿vale?
¡Víctor! ¡¡Víctor!!

—¿Qué pas...?

—Creo que está sufriendo un ataque de pánico.

Los oigo interactuar entre ellos, aunque sigo negándome a levantar los párpados.

—Hana, por favor, mírame. Eh, bebé, vamos, mírame a mí, ¿sí? —Víctor coge mi mano y se la posa en el pecho, donde siento su resuello fuerte, subiendo y bajando. Despacio, uniforme—. Céntrate en cómo lo hago. Eso es. Inspira. Expira. Inspira. Expira. Con calma. El aire está entrando, Hana. Mírame, bebé.

Abro lo ojos poco a poco. La sonrisa preocupada de Víctor lo llena todo. Me fijo en su barba, un poco más larga de lo habitual, y en las arrugas que le surcan la frente. Recorro su cara con la vista, estudiándola, intentando dejar la mente en blanco. Y poco a poco imito el ritmo de su respiración.

—Eso es, muy bien. Lo estás haciendo muy bien, bebé.

Asiento como puedo, aún nerviosa, con el pulso martilleándome dentro de la caja torácica, y busco a Gabi.

—No quiero. No quiero tenerlo.

Y esa certeza me alivia y me aterra por partes iguales.

Cuando al día siguiente Gabi se ofrece a llamar por mí a mi médico de cabecera para pedir cita y ver qué podemos hacer, me tranquiliza muchísimo que use el plural para todo.

Sebas me ha llamado mucho estos días, pero no se lo he cogido.

Ha sido una niñería, porque le basta con presentarse en mi facultad al final de esta misma mañana para propiciar un encuentro que yo veo absurdo. Ya me dejó todo más que claro.

En cuanto los chicos lo ven acercarse, se colocan frente a mí, haciendo de barrera entre mi exnovio y yo.

—Largo. —Víctor no le deja ni abrir la boca.

—Hana, ¿podemos hablar sin tus gorilas particulares? —Este chico no ve el peligro cuando lo tiene delante.

—¡Largo! —repite Víctor en un tono que hasta a mí me hace encogerme un poco.

—Nena, quiero hablar cont...

—Tú quieres marcharte hoy de aquí con una cara nueva, ¿no? —Gabi se acerca un paso a Sebas, y decido intervenir antes de que la sangre llegue al río. No necesito que nadie se parta los dientes en mi nombre.

Me cuelo entre los cuerpos de mis dos mejores amigos y miro a Sebas con hartazgo.

—¿Qué quieres, Sebastián? —Él arruga el ceño al escuchar su nombre

completo. Nunca le ha gustado. Mira a mis flancos y cuando entiende que nadie se va a mover de mi lado, suspira con cansancio y claudica.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya te dije que no es asunto tuyo. Ya no. Quedas liberado de todas tus obligaciones como padre. No como posible padre, como padre. Porque como solo he follado contigo en los últimos cinco meses, este bebé es tan tuyo como mío. Bueno, era. Estás exento de responsabilidades. Ahora, pírate.

—Hana, no me jodas. Quiero saber si piensas tenerlo.

—¡Que no te importa! —exploto—. ¡¡Que lo que yo haga con este lío en el que me he metido es cosa mía y nada más que mía, gilipollas!! Grábatelo como politono si te apetece, Sebas. No quiero volver a verte la jeta. Me das asc...

No consigo terminar la frase porque un dolor penetrante me atraviesa el bajo vientre.

Es como si me hubiesen clavado un palo de hierro ardiendo debajo del ombligo y hubiese salido por mi espalda.

Me pilla tan desprevenida que consigue doblarme. No me caigo al suelo porque Gabi y Sebas me alcanzan a tiempo. Abro la boca para gritar, pero solo consigo boquear, dejando escapar un quejido quejumbroso que me abre muchísimo los ojos y me hace apretar con una fuerza excesiva el brazo de mi amigo.

Veo a Víctor, incapaz de mover un músculo, observándome con algo que identifico como miedo. Sigo la dirección de su mirada y pronto descubro por qué.

—Llama a una ambulancia. —No reacciona—. Víctor, estoy sangrando. Por favor, ¡llama a una maldita ambulancia!

Lo llaman embarazo molar.

Parece ser que la placenta no se estaba desarrollando correctamente, sino como una masa de pequeños quistes que impiden que el bebé reciba nutrientes y oxígeno. Supuestamente no debería haberme ocurrido. No estoy en el grupo de riesgo por edad, por poco, pero no lo estoy. Y tampoco es demasiado frecuente.

No dejo de pensar que quizás el desear tanto no tener a este bebé es lo que lo ha provocado.

Programan un legrado para extraer todo el tejido molar y evitar futuros

riesgos.

Salgo de allí sin estar embarazada, tal y como yo quería. Y no consigo identificar bien cómo me hace sentir eso.

Sebas insiste en que le permita acompañarme a casa y dormir conmigo. No quiere dejarme sola, pero es que no lo quiero cerca.

Víctor y Gabi ignoran mis súplicas para que me dejen descansar en mi casa esta noche y me arrastran a la suya. Respetan que no me apetezca hablar y que me marche sin ellos a mi habitación, aunque cuando llevo un rato llorando en silencio, los siento entrar.

No dicen nada, solo se colocan a ambos lados de mi cuerpo y se tumban conmigo, sin rozarme. Esperan a que sea yo quien busque abrigo en su calor.

Cuando me dejo vencer por el desasosiego, se pegan más a mí y me cubren, dejando que suelte un dolor que no debería estar ahí, porque ni siquiera deseaba tener a ese niño.

Los días siguientes son más duros de lo que esperaba, pero faltan poco más de dos semanas para que se nos eche encima el primer examen de junio, y dos más para tratar de pasar limpios el tercer año de universidad.

Paso más horas de las necesarias delante de mis apuntes, memorizando, subrayando, haciendo resúmenes que escribo casi de memoria. Como de forma mecánica y vomito cuando siento que me pierdo demasiado en la pena. No me molesto en disimular delante de los chicos, creo que prefieren pensar que mis cada vez más frecuentes incursiones en el baño son producto de los nervios y mi evidente malestar.

Consigo unas notas envidiables en mayo, y, en cuanto terminamos de examinarnos de la última asignatura, Víctor y Gabi rompen la tregua que me estaban concediendo.

—Tienes que hablarle a tu psicóloga de lo que te ha pasado.

Casi suena más a orden que a sugerencia cuando Gabi me lo deja caer. Y si no me rebelo y le mando a la mierda es porque sé que tiene razón.

Pido una cita extraordinaria con Julia esta semana, ya que no tenía pensado verla. En época de finales siempre es más laxa con nuestros encuentros.

Le cuento todo lo que me ha pasado desde que caí en que tenía un retraso en mi periodo. El miedo que sentí, la forma en que no supe afrontarlo, la reacción de Sebas, lo poco que me dolió despedirme de él como pareja, el deseo de perder el bebé, y la culpabilidad que sentí cuando lo hice.

Intento explicarme lo mejor que puedo, aunque no sé si ella comprende del todo las contradicciones permanentes que pasan por mi cabeza. Es como si

hubiese dos Hanas que no terminan nunca de ponerse de acuerdo. Una que cree que no debería alegrarse por haber sufrido un aborto y otra a la que el miedo le puede más que los remordimientos y se repite a sí misma que es lo mejor que podía haber pasado.

—Bueno, Hana, es normal que te asustaras. Quedarse embarazada a tu edad no es algo para lo que nadie esté preparado. Pero imagino que esto te hace pensar en el futuro y en lo que podría haber sido. ¿Tú te imaginas siendo madre en unos años?

—Nunca me lo había planteado en serio, la verdad. No sé si quiero niños.

—¿Por qué?

Porque no quiero engordar.

La idea pasa como un fogonazo por mi cabeza e intento apartarla lo más rápido que puedo, pero no lo consigo, porque ha sido un pensamiento real. El primer instinto al pensar en críos ha sido el rechazo.

Sé que no es un tema que haya planeado nunca seriamente. No sé si de verdad querría tener hijos en unos años, pero me aterra darme cuenta de que, ahora mismo, no baso mi futuro como madre en las ganas que tendría de criar o no a un niño, sino en el hecho de que tenerlo implicaría estar embarazada, y estarlo conllevaría que engordase.

Y entonces caigo en la cuenta de que estos días de incertidumbre he estado más agobiada por pensar en el posible embarazo en sí que en lo que vendría después. Al pensar en cómo sería mi vida si no abortaba, prácticamente siempre me imaginaba con barriga, o intentando perderla una vez hubiese parido.

Me ha angustiado más el hecho de ganar kilos durante nueve meses que el tener un bebé a los veintitrés años con un hombre al que no quiero y que no pensaba responder por su hijo.

—He empezado a vomitar otra vez.

Las palabras salen de mi boca sin que les dé permiso.

Julia no me riñe. Casi ni cambia de gesto. Solo hace lo que lleva haciendo conmigo desde hace ya tres años. Me ayuda a ayudarme.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Bien, averigüémoslo.

—Yo... lo siento.

—A mí no me haces daño, Hana.

—Lo sé. Es solo que me siento como si...

—¿Cómo si qué?

—Como si hubiese fallado.

—¿Es así como te sientes?

—Sí.

Julia abre el primer cajón de su escritorio y saca un bonito papel crema con ribetes negros. Agarra una pluma que siempre descansa sobre su mesa y escribe algo que no alcanzo a ver.

Lo dobla, me lo tiende y espera.

Cuando lo abro veo solo unas pocas palabras acompañadas de un nombre.

Lo intentaste.

Fracasaste.

Prueba otra vez.

Fracasa otra vez.

Fracasa mejor.

Samuel Beckett

—Solucionémoslo.

Me sabe a promesa

Gabi

No era el embarazo.

No eran las hormonas.

Hana se está provocando el vómito otra vez.

Nos lo confiesa un par de días después de volver de la sesión con su terapeuta.

Jura que no ha llegado a los extremos de la otra vez y que no va a permitir que su enfermedad siga ganando terreno. Pero estoy acojonado.

Nos pide ir al día siguiente a una cita con su psicóloga. Ella quiere conocernos y pedirnos que seamos los bastones sobre los que se pueda apoyar Hana al emprender este camino.

Claro que le decimos que sí, que la cuidaremos, que estaremos pendientes de ella. Que la haremos hablar sobre cómo se siente o lo que le pasa por la cabeza.

Pero, Dios. Esto me queda enorme.

No sé cómo ayudarla.

Quiero chasquear los dedos y conseguir que nada malo le pase nunca.

Me siento impotente cuando la veo abstraerse en su mundo, cuando no la alcanzo.

Y odio que Víctor la traiga de vuelta con tanta facilidad. Se sienta a su lado mientras ella mira al infinito y con ponerle un libro entre las manos y pedirle que le lea en voz alta, se gana su sonrisa.

Ellos se entienden de una manera que yo no logro concebir.

Así que intento ser útil de otra manera. La espío con disimulo cuando se levanta justo después de cenar, o vigilo lo que come y a lo que solo da vueltas en el plato. Aunque creo que tampoco soy un experto en disimular mi inquietud porque ella ya me ha pillado haciendo algunas de esas cosas un par de veces y procura no enfadarse, porque es consciente de que solo lo hago porque me preocupo, aunque sé que en el fondo la agobio y le hago creer que no la veo capaz.

Este año pasamos julio en Madrid.

Hana se muere por ver el mar, pero le contó lo que le pasaba a su madre y

esta puso el grito en el cielo.

Puede que por eso se acerque tanto a Víctor últimamente, porque es el único que demuestra confiar en su palabra sobre su reparo por haberlo hecho mal y en su promesa de ponerle solución.

El caso es que le juró a su madre que, como este año no ha buscado prácticas, pasará todo agosto en Barcelona con ella, pero solo si le dejaba un poco de libertad para moverse por allí sola y si prometía que no estaría encima de ella como si fuese su carcelera.

Me angustia bastante pensar en ella un mes entero sin vigilancia.

Joder, soy peor que su madre.

Pero cada vez que pienso en ella haciéndose daño, sintiéndose mal, pequeña, sola o angustiada... se me parte el pecho en dos.

Apenas queda ya una semana para que llegue el día en que Hana se marche a su ciudad y el ambiente en casa está algo sombrío.

Estas semanas hemos procurado salir a menudo, hacer planes diferentes para conseguir que se distrajera. Y ha sido la hostia. Como nuestro primer año. Antes de acostarnos. Antes de los problemas. Antes de Sebas.

Solo los tres, siendo nosotros. Queriéndonos sin pretender que eso signifique nada más.

Ha habido momentos durante este curso que he echado mucho de menos eso y me da miedo que ahora Hana se marche y cuando vuelva todo haya cambiado de nuevo. Y es que tener a una persona solo a medias es más jodido aún que no tenerla en absoluto; y a ella, a la Hana de verdad, no la hemos tenido ninguno de nosotros en los últimos meses.

Por eso mismo quiero incluso un poquito más a mi amigo por lo que hace esta tarde.

—Mamá, es solo una puñetera excursión a Castelldefels. —Oímos los gritos acercándose antes de que su menudo cuerpo haga acto de presencia en nuestro apartamento.

—...

—¡¡Que no te estoy pidiendo permiso, te estoy diciendo que voy a ir!!

—...

—¡¡Que tengo veintitrés años, joder!!

Víctor le roba el móvil de las manos a Hana antes de que consiga dejarnos sordos del todo y de que a ella le estalle alguna vena de la frente.

—Hola, Lourdes.

En estas semanas hemos hablado tanto con la madre de Hana que ya es

como si la conociéramos de siempre.

Mi compañero de piso pasa de la mirada asesina que le lanza la dueña del teléfono y se encierra en su habitación a hablar. Ella bufa un par de veces y aprovecha su ausencia en el salón para insultarle a gusto. Y sé que está mal, pero yo me río un poco porque me gusta que por una vez el que parezca cagarla con ella sea Víctor.

Se enciende un pitillo y busca una canción en su móvil mientras esperamos a que nuestro amigo termine de hablar por teléfono. Le paso la bolsa de pipas que tengo entre las manos y ella, a cambio, me cede uno de sus cascos. *Stronger* resuena con fuerza en mi oído izquierdo. Hana escucha mucho esta canción últimamente y siempre sonríe cuando lo hace, así que estoy cogiéndole el gusto a Kelly Clarkson.

Cuando Víctor sale de su escondrijo, ella se lanza contra él como una exhalación, llevándose por el camino el auricular que tengo incrustado en la oreja.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿El qué? ¿Salvarte de unas vacaciones de mierda en Alcatraz? —Ambos le miramos sin comprender a qué se refiere, pero él fija su atención en mí—
¿Tienes algo que hacer el próximo mes?

—Cocerme de calor y rogar a mis padres que se compren una piscina.

—Pues mejor avísales de que nos guarden los *tuppers* de agosto. Diles que no podremos pasar a por ellos porque Barcelona nos pilla un poco a desmano.

Me doy cuenta del momento justo en que Hana entiende lo que Víctor nos está queriendo decir, porque sus ojos se iluminan. La sonrisa le ocupa toda la cara. Y a mí esa curva en su rostro me sabe a promesa.

Está preciosa.

—¿En serio?!

—Dice tu madre que ya está preparando un cuarto para nosotros y que da el visto bueno a todas las salidas que quieras organizar mientras nos lleves de polizontes.

Ella pega tal grito que casi nos deja sordos y, a continuación, comienza a recorrer todo el salón a saltitos. Se lanza contra la espalda de Víctor y empieza a darle pequeños y rápidos besos por todo el pelo, la frente y el cuello mientras él ríe y la sujeta de los muslos para cargarla a caballito.

Son como críos.

Apenas resisto un par de minutos sin unirme a ellos.

Aparto a Hana del abrazo de mi colega y la cargo hasta su habitación para

tirlarla encima de la cama y subirme a ella para saltar sobre el colchón. Víctor me imita y la pobre Hana acaba atrapada en posición fetal entre cuatro pies que parecen a punto de aplastarla.

Esa noche dormimos juntos, como en los viejos tiempos, celebrando que nos espera un mes entero para perdernos en un mundo propio que inventaremos para los tres.

Me dejé la vergüenza olvidada

Hana

Tenerlos en mi casa se me hace muy, muy raro.

Es como si, sin saberlo, siempre hubiesen existido dos mundos para mí. El que me vio caer y en el que conseguí volver a ponerme de pie. Barcelona y Madrid. Adolescencia y... bueno, lo que sea que estoy viviendo ahora.

Hasta este agosto siempre había pensado que me gustaba más el segundo porque allí es donde volví a sentirme yo misma. Donde los conocí a ellos, donde conseguí entender lo que es ser feliz de verdad. Pero desde hace unos días empiezo a pensar que no necesito un trozo de tierra a la que llamar casa, solo estar con las personas con las que siento que ese sitio es un hogar.

Poder compartir con ellos dos mi mar es absolutamente increíble.

Durante las dos primeras semanas casi no los dejo ni dormir. En cuanto amanece, los levanto de sus camas y nos vamos a desayunar, siempre fuera, siempre buscando algún rincón nuevo que llenar de recuerdos con ellos.

Quiero que toda Barcelona acabe oliendo como Gabi. Que en todas sus calles pueda escuchar la risa de Víctor cuando ya no esté. Que, desde ese momento, Barna sea un poco más nuestra y algo menos mía.

Entre cafés y tostadas, buscamos en Google playas a las que aún no hayamos ido. Cada mañana escogemos una al azar y nos aventuramos hasta allí sin leer demasiado sobre ninguna. Así nos pasa la mitad de las veces, que acabamos en calas llenas de piedras donde es imposible extender una toalla sin terminar con una arista de roca clavada en el culo.

O como ayer, que cogimos el cercanías hasta Sitges para descubrir un rinconcito que prometía un Edén escondido. Lo que pasa es que allí había mucho Adán desnudo y casi ninguna Eva. Qué apuro pasé y lo que se descojonaron a mi costa los dos capullos que tengo por amigos intentando que me despelotara y me diese un baño en esas aguas tan turquesas... Apenas pasamos una hora en la Platja de L'Home Mort. Fue todo lo que aguanté antes de ponerme roja como un tomate cuando dos chicos guapísimos y desnudísimos se acercaron a preguntarles a Víctor y a Gabi si querían ir a darse un baño con ellos algo menos vestidos. Me entró una risa nerviosa que no supe controlar, como si tuviese doce años. Creo que hasta sudé tratando de

salir airosa de esa tarde. Pero cómo disfruté.

Hoy nos toca día de turismo clásico. Los señoritos se quejan cada dos por tres por no haberles llevado aún a ver la Sagrada Familia o el Parque Güell y de verdad que a mí Gaudí me deja tonta, pero es que es tan de domingueros, que me repele un poco ese tipo de salidas. A pesar de todo les doy el gusto, porque perderte por las calles de esta ciudad también tiene un encanto especial, aunque sea para recorrer zonas tan manidas como Las Ramblas, la Boquería o el barrio gótico.

También nos regalo una tarde para pasear por Gracia y sucumbir a ese encanto especial que se respira por sus callejuelas; otra para disfrutar desde las alturas en Montjuic y para dejarnos caer después por la Casa Milá y alucinar con esas paredes que parecen derretirse.

Una horchata en Tío Ché, en Pueblo Nuevo. Patatas bravas en el bar Tomás, en Sarrià. Un cóctel en el antiguo Gimlet, en el Born, que ha cambiado de nombre desde que me fui, pero sigue gustándome tanto como a mis diecisiete años.

No me dejo nada. Me empapo durante otros tantos días más de la tranquilidad de compartir con ellos una tarde tirados en el parque del laberinto de Horta, donde tardamos media hora en conseguir salir de ese lío de cruces verdes que te pierden sin remedio.

Un día más para permitirnos volver a ser niños, corriendo entre las atracciones del Tibidabo, disfrutando sin filtros, ignorando a quienes nos miran como si estuviésemos locos sin darse cuenta de que la única locura es no permitirte reír así cada día.

Les convenzo para subir a los bunkers del Carmelo. Casi me dejan tirada a mitad de la excursión, después de sufrir calambres por segunda vez en los gemelos por culpa de las cuestas imposibles del barrio, aunque se quedan sin palabras suficientes para agradecerme que insistiese en arrastrarlos hasta allí cuando se encuentran con toda Barcelona a sus pies, inmensa y eterna.

Y volvemos a las playas, a mi mar, a ese elemento en el que me encuentro más Hana que en cualquier otra parte del mundo. Porque yo no soy tierra, soy agua. Agua donde diluirme, donde ahogarme y salir de nuevo a respirar. Soy sal y gotas que resbalan hasta volver a formar parte de algo más grande, de algo tan inmenso que cualquier otra cosa parece diminuta, insignificante.

Jamás he conseguido sentir esa paz en ningún otro sitio.

Lo conseguiré en unos meses, no muy lejos de aquí, acurrucada en unos brazos que fueron casa y ruinas para mí.

Pero yo eso aún no lo sabía.

Faltan solo un par de días para que el asfalto de Madrid vuelva a atraparnos para escupirnos en una realidad que ahora se me antoja poco apetecible.

Barcelona con Víctor y Gabi tiñéndola de conversaciones absurdas, de tonterías, de vida, ha sido lo mejor que he experimentado nunca.

Sé que las siguientes tardes las tendremos que dedicar a estar con mamá, a despedirnos y a hacer maletas; así que hoy me olvido de todo lo demás y decido que el mundo es nuestro y de nadie más.

Con las llaves del coche de mi madre en la mano, despierto a los chicos cuando el sol aún está levantándose. Se quejan, refunfuñan y hasta me insultan en un arameo inventado, pero se meten en la ducha y cogen sus toallas cuando les meto prisa.

Me siento detrás del volante antes de que puedan decir nada, armada con un café del tamaño de mi antebrazo. Ellos van aún tan dormidos que ni siquiera se quejan por no dejarles conducir. Tan solo se colocan en sus sitios y empiezan a adormilarse cuando solo llevamos diez minutos de camino.

Mejor, porque Begur no pilla demasiado cerca. Tenemos casi dos horas de carretera hasta Girona, pero la Platja Fonda bien merece hacer unos kilómetros por autopista.

He preparado una neverita con comida y bebida para todo el día, porque la pequeña cala a la que me dirijo ni siquiera tiene duchas o chiringuito. Además, el parking del que dispone es tan pequeño que, o vas a primera hora, o puede que no encuentres dónde dejar tu vehículo.

Poco después de que el reloj del salpicadero marque las nueve de la mañana, apago el motor y me giro hacia Víctor, que descansa medio recostado en el asiento del copiloto. Nunca se sienta en la parte trasera con la excusa de que es el más alto y necesita más espacio para estirar las piernas.

Gabi está detrás de mi asiento, con la cabeza ladeada y la boca algo abierta.

No sé a quién tengo que dar gracias por haberlos puesto en mi vida, pero no dejaría de hacerlo nunca.

Doy un par de palmadas fuertes y subo el volumen de la radio. Me río muchísimo cuando los dos pegan un brinco que casi les hace golpearse la

cabeza contra el techo del viejo Opel Corsa.

Se desabrochan los cinturones de seguridad y alucinan cuando ven la hora que es.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué no nos has despertado antes? Que te has hecho un montón de kilómetros sola —me riñe Gabi mientras se frota un ojo con pereza.

—Me gusta conducir en silencio con la música como compañía, tranquilos. Pero id despejándoos y coged los bultos del maletero, que el acceso a este paraíso parece un poquito una prueba del Gran Prix.

No les miento.

Creo que esta playa es tan tranquila precisamente porque para llegar a ella hay que atravesar medio bosque y bajar una escalinata que te ahorraría dos días de gimnasio.

Pero es que lo que te espera al final del camino compensa con creces el esfuerzo.

Y es que quien diga que el mar es azul o es muy corto de miras o jamás se ha parado a observarlo de verdad. Allí, en Fonda, es imposible no hacerlo.

Hay turquesas entrelazándose con los marinos, que llegan a confundirse a retazos con marrones que reflejan la arena que cubren las aguas de ese pequeño oasis. El blanco que las olas crean al romper se extiende hasta donde te alcanza la vista, y los tramos que se intuyen más verdes que índigos encajan a la perfección con los árboles que te rodean. Porque Fonda no es solo mar. Las rocas que trepan, indómitas y negras, alrededor de una arena más oscura de lo normal, te esconden del resto del mundo. Allí uno va a perderse, aunque sea base de encontrarse mejor que en cualquier otro lugar.

Mis amigos miran a su alrededor algo alucinados y yo me siento muy orgullosa de haberles podido prestar ese pedazo de cielo.

Disfrutamos del día cuanto podemos. Víctor se burla de Gabi y de mí porque el sol nos ha aclarado las pecas y parecemos dos quinceañeros. Nosotros le sacamos la lengua consiguiendo que sus carcajadas resuenen por cada rincón de la cala. Leemos, tomamos el sol, nos bañamos, nos reímos —mucho— y hablamos de todo y de nada, de esa forma que solo nosotros comprendemos, divagando sobre gilipolleces que dejan de serlo solo porque las compartimos los tres.

Comemos bocadillos de tortilla de patata con el pan rebosante de tomate. Bebemos un par de cervezas y muchos refrescos, porque tenemos que conducir de vuelta. Soltamos alguna tontería cuando vemos a alguien encaminarse muy

decidido al agua para meterse solo hasta la cintura un minuto y volver luego a la toalla, aunque nosotros también tengamos que hacerlo un rato después porque allí no existen los baños. Me cargan sobre sus hombros para lanzarme al mar cuando me abstraigo demasiado entre las páginas de la novela que he llevado. Nos untamos de crema hasta que llevamos las espaldas más blancas que rojas. Enterramos las piernas de Gabi con arena. Pisamos una figura horrible que Víctor trata de construir en la orilla con arena mojada. Y dejamos que las horas pasen sin que ninguno proponga marcharse de allí, porque aquel momento es demasiado perfecto como para renunciar a él sin arañarle un ratito más.

Cuando el atardecer nos pilla sentados mirando cómo tiñe todo de naranjas, rosas y violetas, una canción acude a mi cabeza sin ser invitada.

Me dejé la vergüenza olvidada en el fondo del vaso en el último bar.

La mirada perdida, la voz oxidada. Despierto en tu cama y me da por cantar.

Dame el tiempo que no te haga falta y prometo invertirlo en caricias en tu espalda.

Aquí, en este momento, con *Despistaos* invadiendo mi mente, me doy cuenta de que ellos son las personas con las que ser yo, con las que perder la cabeza, con quienes disfrutar de unas cervezas en una playa desierta con la vergüenza y el bikini sobrándome. Ellos son quienes merecen siempre mi alegría.

Así que los miro antes de levantarme y dejar un beso en la coronilla de ambos.

Y a continuación me desnudo y me encamino al agua.

Cuando las olas me cubren hasta la cintura me giro para invitarlos a unirse con un simple gesto de mi cabeza. Y sé que me entienden, que no ven mi arrebato como una invitación a meterse entre mis piernas.

Simplemente veo el cariño en su mirada. La alegría por poder compartir algo así los tres, sabiendo que nunca lo haría con nadie más, porque solo con ellos puedo dejarme la vergüenza olvidada en cualquier lugar. A ellos les daré siempre todo mi tiempo.

Aún quedan algunas personas desperdigadas por la arena, pero nadie nos presta demasiada atención.

Nos dejamos mecer por el ir y venir del mar, viendo desaparecer el sol por

un horizonte que se queda grabado en mis retinas. Y me besan mucho. En la cabeza, en las mejillas, en los ojos, en la nariz. Me cogen de la mano al salir a por nuestra ropa y me abrazan con fuerza antes de emprender el camino hacia el coche.

Víctor se coloca en el sitio del conductor sin decir nada, y Gabi se sienta a su lado.

Me coloco en el medio de los dos, en la parte de atrás, y dejo que lo que lleva dándome vueltas por la cabeza toda la tarde se torne en palabras.

—Os quiero. Os quiero más de lo sé explicar.

Ellos me miran a través del espejo retrovisor y me sonríen.

A veces los besos son solo una manera de expresar lo que no alcanzamos a saber decir. Una forma de exteriorizar ese ‘algo’ que te calienta el cuerpo cuando estás cerca de alguien que es importante en tu mundo. Todos los besos son de amor, pero no todo el amor es igual.

Y en ese momento las ganas que tengo de besarles a los dos me cortan la respiración.

Pero cuando pienso en uno de ellos, sé que ese sentimiento es solo eso, una forma de manifestar un cariño infinito.

Con el otro... Con el otro es algo que no me cansaría de hacer durante todas las vidas de las que dispusiera.

Como un kamikaze

Víctor

Septiembre llega más rápido de lo que a ninguno de nosotros nos gustaría.

Hacemos las maletas callados, porque no hay nada que decir.

Estas vacaciones han sido una especie de catarsis para los tres. Un comienzo, la intuición de que vienen tiempos mejores, porque ella ha estado más feliz que en todo el tiempo que ha pasado desde que la conocemos.

Durante estas semanas hemos hablado mucho de su enfermedad, de cómo se siente respecto a ella. Ha sido tan franca y tan clara que no he podido evitar admirarla un poco más. Estoy absolutamente orgulloso de ella. De la fuerza que está demostrando de nuevo, de la madurez con la que lo está afrontando. Hasta Lourdes ha tenido que reconocer que está siguiendo los pasos adecuados para reponerse más rápido en esta ocasión.

Nos ha pedido a Gabi y a mí que no le quitemos el ojo de encima por si acaso, pero quiero confiar en que Hana será capaz de volver a pedirnos ayuda cuando flaquee; que lo hará, porque somos conscientes de que falta mucho por hacer y que el que ella quiera estar bien no significa que baste para que lo logre.

Nos marchamos de Barcelona más unidos que nunca y con demasiados pensamientos que no queremos materializar para no estropear lo que aún conseguimos mantener en pie a base de guardarnos cosas.

Y es que en este viaje he constatado algo que, en el fondo, ya sabía.

Me han bastado treinta días.

O puede que ni eso. Puede que haya sido suficiente esa tarde en la playa en la que Hana se desnudó de nuevo para nosotros, en todos los sentidos.

Solo eso para reconocer ante mí mismo que estoy enamorado de ella. De esa Hana que es libre y que sonrío al mirar al mar.

De la que levanta la cabeza para disfrutar de los últimos rayos de un sol naranja que desaparece a orillas de la playa, con los ojos cerrados y los brazos abiertos.

De esa que lee medio desnuda tirada en el sofá, dejándose arrastrar a otras vidas que cree mejores sin darse cuenta de que es ella quien hace la mía especial.

De la chica que llora por fallar a la gente a la que quiere por hacerse daño, pero que sale adelante una y otra vez, apartando sus temores a manotazos; reconociendo que tiene miedo, y que se enfrenta a él.

Me enamoro de Hana como no esperaba hacerlo. Como un idiota, como un kamikaze dispuesto a inmolarsse si ella me lo pidiera.

Y cómo me duele hacerlo.

Porque soy un imbécil enamorado, pero hasta yo me doy cuenta de que la persona a la que quiero no necesita eso en su vida ahora mismo.

Ella tiene que centrarse en otras cosas. Superar obstáculos que son más grandes que lo que pueda yo sentir. Tiene que aprender a quererse ella para permitir que otro la ame como merece. Sin dudas, sin complejos, sin inseguridades ni recelos.

Así que me pongo el disfraz de perfecto amigo, de hombre en el que apoyarse; de hombre que la acompaña en la vida, pero que no puede permitirse serlo de la suya.

Y me callo.

Puede que me calle durante demasiado tiempo.

Primer mes de curso.

Cuarto año de universidad.

Segundas oportunidades

Hana

Víctor quiere hacer un máster en periodismo deportivo.

Gabi ha resuelto que lo suyo podría ser el diseño gráfico.

¿Y yo?

Yo no me decido entre tailandés o italiano para comer hoy.

Ay, Dios mío, ¡qué desastre!

Pero ¿qué estoy haciendo con mi vida? ¡Que me faltan nueve meses para terminar la carrera y no tengo ni pajolera idea de qué hacer después!

Y encima no sé dónde pretenden seguir estudiando ellos dos. Quiero decir, ¿se van a quedar en Madrid? ¿Tienen intención de estudiar lo que quieran en la misma ciudad? ¿Ellos solos? ¿Sin mí?

Vale. Respira. Tengo que respirar y tranquilizarme.

Primero, debería pensar en a qué quiero dedicar mi vida cuando haya conseguido aprobar el último examen de la universidad. Lo demás se irá viendo.

Sé que no me tira demasiado el periodismo convencional. Los medios escritos me agobian un poco y la televisión ni siquiera me la planteo como opción.

¿Radio, quizás?

A ver, concéntrate. Visualízate dentro de diez años.

¿Qué quieres que rodee tu vida?

Víctor y Gabi.

Joder, qué obsesión, coña.

¿Qué quiero para mí misma?

¿Qué me hace sentir siempre bien?

Esa es fácil. Los libros.

—¿Por qué no miras un poco las posibilidades que hay para hacerte editora? —me propone Gabi la vigésimo tercera tarde seguida que les pongo la cabeza como un bombo sobre la incertidumbre de mi hastiado futuro.

Y esa idea me enamora.

Descubrir historias que aún no han visto la luz. Ayudar a personas que crearon a otras a que el mundo se emocione a través de tinta e imaginación. Sería un sueño.

Dejo a esos dos pegados a la *Play* y me entretengo durante más de dos horas en buscar opciones de másteres, cursos y postgrados que me permitan ejercer como editora en el futuro. Hay miles y no sé cuál sería mejor opción... porque no sé dónde quiero estudiarlo. Sé que mis decisiones no deben basarse en lo que harán ellos en unos meses, en lo que elegirán para sentirse plenos en sus vidas, pero cada vez que pienso en separarme de Víctor y Gabi, un cosquilleo molesto se instala en la parte posterior de mi nariz, amenazando con aguar mis ojos.

Intento centrarme de nuevo en la pantalla del portátil de Víctor cuando veo que mi móvil se ilumina.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo va todo?

—Bien, muy bien.

—¿Seguro?

—Sí, mamá. Te lo prometo. Estoy tranquila, no he visto a Sebas. No tengo ansiedad ni ganas de vomitar. —Sé que tengo que ser así de clara con ella para que no se agobie. Lleva mal lo de habernos separado de nuevo después de que recayese, así que no me importa que llame algo más de lo normal y que siempre me pregunte de forma velada si me mantengo lejos de pensamientos autodestructivos.

—Eso es genial, mi niña. Yo... verás... te llamaba por una cosa en concreto. —Su titubeo me pone en alerta.

—¿Qué pasa, mamá? Suéltalo.

—Quiero que quedes con tu padre. —Mi cerebro ha debido de entrar en cortocircuito y no la he escuchado bien. Es lo único que tiene sentido

—Perdona, ¿qué?

—Sergi vive en Madrid desde hace siete años.

—¿Y tú cómo coño sabes eso?

Víctor y Gabi han soltado los mandos de la consola y me miran preocupados. Creo que he subido la voz más de lo recomendable para poder aparentar calma.

Mi madre me explica que lleva sabiendo de Sergi desde hace una puta década. No hablan demasiado ni de forma muy amigable, pero tuvieron que verse a menudo dos años después de que él se marchase de casa para solucionar algunos temas del divorcio.

Ni siquiera lo había pensado. Qué absurdo. Sabía que habían firmado los papeles, y ni siquiera pensé en la posibilidad de que se viesen en la misma

sala cuando llegase el momento de hacer que la separación fuese legalmente efectiva.

Parece ser que él le pidió a Lourdes que le contara de vez en cuando cosas sobre mí, lo que fuese, porque quería sentir de alguna manera que formaba parte de mi vida, aunque eligiese no hacerlo.

Pero ella se lo concedió. Le mantuvo al día de todo por lo que pasé. Se apoyó en él en los peores momentos y encontró en Sergi un consuelo que nadie más podía ofrecerle, porque a nadie yo le dolía tanto. Así que siguió dándole partes sobre mi vida sin que yo lo supiera, incluido el último episodio sobre la telenovela que parece a veces mi vida.

Desde que supo lo del embarazo que no llegó a término y mi reincidencia en el mundo de Mía, ha estado insistiendo a su exmujer para que me convenza sobre un posible acercamiento. Imagino que el cabrón se lo ha vendido como una forma de tenerme más vigilada, y ella no ha podido resistirse.

No es una charla agradable. Yo grito, ella llora, luego también me grita, nos echamos mierda encima, nos pedimos perdón y acabo prometiéndole que me lo pensaré, aunque ya lo esté descartando en el mismo momento en que aprieto el botón de colgar.

Gabi se acerca despacio a mí cuando le pego la primera patada a la espalda del sofá. Me coge de la mano y me sienta en medio de ellos dos, pidiéndome con la mirada que les explique qué me pasa. Y lo hago, como siempre, porque con ellos no hay nada que no me apetezca hablar.

Me desespero narrando cómo odié a mi padre a los doce años. Cuánto deseé que nunca llegase a ser feliz de nuevo. Lo mucho que detestaba ver sufrir a mi madre, que se convertía cada día más en una extraña que solo sabía dormir y lamentarse. Lloro mucho entre los brazos de Víctor, que derrama dos lágrimas por mí que no intenta ocultar en ningún momento.

Es otra de las cosas que adoro de él. Siente las emociones de aquellos que quiere como propias. Lloro de pena, de alegría, de rabia y de impotencia. Lloro cuando un sentimiento le desborda, libre y sin vergüenza, porque entiende que llorar no es de débiles, sino de humanos.

Me escuchan sin interrumpirme y me dejan soltar todo lo que necesito sacar de dentro, para que pese un poco menos, para que no siga lastrándome.

Cuando termino, siento que no están de acuerdo con mi decisión de no verlo. He aprendido a interpretar sus gestos, sus posturas, hasta sus silencios. Y todo ello me grita ahora mismo que no ven bien lo que estoy haciendo.

—¿Vosotros estáis de acuerdo con mi madre? ¿Creéis que debería pasar

todo por alto y quedar con ese hijo de puta?!

—No es eso, bebé. —Víctor se muerde el labio al responderme y sé que es exactamente eso.

—¿Entonces?

—Mira, Hana —interviene Gabi—, lo único que creemos es que tener cerca a gente que te quiere te hace bien. Lo hemos visto. Y tu padre habrá sido un gilipollas, porque no podemos decirte lo contrario, pero es tu padre y se preocupa por ti.

—¿Y por compartir sangre se lo tengo que perdonar todo sin más?

—No —me calma—. No decimos que finjas que es el padre del año y que le pidas que te lleve al parque y a por helado. Solo... no sé, podías intentar conocerle un poco ahora. De adulto a adulto. Ni siquiera tienes que tratarle como a un padre, porque es verdad que hace años que no ejerce como tal, pero puede ser un amigo.

—No le quiero en mi vida. No lo merece.

Víctor suspira con cansancio y me suelta una sola frase antes de girarse de nuevo hacia el plasma para seguir guiando a Geralt de Rivia por Novigrado.

—Yo solo te pido que pienses en cuántas segundas oportunidades te has concedido a ti misma. No en si las merecías o no. Ni en si era lo correcto. Solo en cuántas veces te has caído y has decidido que querías volver a intentarlo. Todos tenemos derecho a fallar, y también a tratar de solucionarlo cuando nos damos cuenta de que fuimos demasiado cobardes.

El individuo que tengo delante no se parece demasiado a la imagen que yo guardaba de mi padre. El Sergi que cerró la puerta tras de sí hace más de una década era un hombre que ya había cumplido los cuarenta y dos, tierno aunque muy serio. Calculo que la persona que me mira con recelo parado frente a la puerta de una pequeña cafetería de la plaza donde viven Víctor y Gabi debe tener cincuenta y cuatro.

Y una mujer de treinta y siete. Y un hijo de doce. La misma edad que yo tenía cuando él se fue.

El enfado vuelve a mí con fuerza.

Se nota que está tanteándome, comprobando de qué humor estoy. No debe de interpretar muy bien mi lenguaje corporal, porque se lanza a abrazarme sin contemplaciones. Yo me quedo rígida recibiendo esa muestra de cariño de

quien considero un extraño a día de hoy.

Se separa de mi cuerpo algo avergonzado pero increíblemente sonriente. Me mira con una intensidad que llega a incomodarme.

—Perdona, perdona. Es que... hacía tanto que no te veía —se justifica.

—Ya, es lo que tiene abandonar a tu familia, que dejas de verla.

Víctor carraspea detrás de mí, intentando llamarme al orden, y oigo cómo Gabi suelta un pequeño bufido contenido que me indica que le hace gracia que no pretenda ponerle las cosas fáciles a mi padre.

Ambos me acompañan esta tarde. Ha sido condición *sine qua non* para que me preste a esta pantomima. La insistencia de mi madre consiguió socavar mis reticencias, aunque no sé qué esperar de este encuentro ahora que tengo delante a Sergi. Me jode reconocerlo, pero estoy nerviosa.

No quiero oír lo que tenga que decirme, pero a la vez necesito que tenga alguna excusa que me ayude a entender por qué se marchó.

Gabi siempre me dice que soy una contradicción con patas. Yo suelo responderle que no lo suavice, que puede decirme que estoy algo loca. Y entonces Víctor siempre me regala un «bendita locura» que me hace sentir un poquito especial.

Sergi me pide que tome asiento, y un camarero se nos acerca enseguida para tomarnos nota. Me percató de que mi padre curva un poco el labio hacia arriba cuando pido un trozo de tarta de zanahoria para acompañar mi café.

—Como bien, y mantengo lo que ingiero dentro de mi cuerpo. Si eso es por lo que estás aquí, puedes librarte de falsas culpas o preocupaciones. Cuido bien de mí.

—Lo sé. —Curiosamente, la media sonrisa no ha abandonado su cara. Parece que venía preparado para unos cuantos reproches—. Tu madre me ha hablado de todo lo que has conseguido, y de tus amigos. Os agradezco muchísimo todo lo que habéis hecho por ella. —Los mira a los ojos al dirigirse a ellos.

—Queremos a Hana. No hay nada que agradecer, es normal que estemos a su lado. Cuando quieres a alguien, no lo dejas. —A pesar de que Víctor me ha animado a verme con mi padre, internamente aplaudo por la pulla que acaba de soltarle.

Eso es, Sergi.

Hablemos, pero no venimos a regalarte nada.

—Au. —El aludido recoge el guante con elegancia, llevándose una mano al pecho como si acabasen de dispararle—. Entendido. Supongo que me lo

merezco. No hice bien las cosas hace muchos años. Si hay algo que quieras decirme, lo aguantaré, pequeña.

—No soy tu pequeña. Perdiste el derecho de llamarme así hace mucho tiempo—le respondo asqueada. Miro con disimulo hacia mis lados para asegurarme de que mi tono cabreado no ha disgustado a Gabi o a Víctor. Sé que quieren que esto salga bien para mí, pero hay cosas que no pienso tolerar. Compruebo que ellos observan con dureza a mi padre y que sus caras no reflejan más amabilidad que la mía, así que me relajo y me dispongo a hacer la única pregunta que realmente no para de repetirse en mi cabeza, aunque el suspiro en el que la pronuncio no me sale tan frío como pretendía—. ¿Por qué?

Tenía preparadas cientos de frases ingeniosas y sarcásticas que le diesen a entender a Sergi que me era completamente indiferente que él no hubiese estado a mi lado la mitad de mi vida. A lo largo de los años, había ideado un montón de maneras para demostrarle que su presencia me era indiferente si llegaba a darse este caso, que no lo había necesitado, que era quien era con y sin él. Y cuando llega la hora de la verdad, solo soy capaz de pronunciar una interrogación suplicante que muestra toda mi vulnerabilidad como si aquella niña de doce años aún estuviese en algún rincón de mi cabeza, de pie, frente a la puerta de su antigua casa, esperando a que su padre vuelva junto a ella.

—Porque me enamoré como un imbécil de una mujer que me enseñó que yo era más de lo que nunca pensé. No puedo decirte otra cosa, Hana. Pensé que quería a tu madre, pero cuando conocí a Paula... —Odio darme cuenta de cómo se le ilumina la mirada al pensar en ella, comprobar que, con solo decir su nombre, las comisuras de sus labios se estiran.

—Sergi —al oír su nombre de mi boca, en lugar del habitual «papá», su rictus se torna un poco más serio—, no voy a cuestionar lo que pudieses sentir por esa mujer. No soy tonta. Me dolió que mamá y tú os separaseis, claro que sí, pero sé que a veces el amor se termina. No es eso lo que me cuesta perdonar. Son las formas.

»¿Te enamoraste de otra? Puedo aceptarlo, vale ¿Era necesario destrozarnos por el camino? Ella estaba embarazada cuando te fuiste. ¿Cuánto duró el engaño? ¿Las mentiras? ¿Cuánto hacía que pensabas en dejarnos tiradas sin dar ninguna explicación?

Me he ido inclinando tanto hacia él con cada acusación que le escupo que me he levantado de mi asiento sin darme cuenta. Gabi me sujeta de la muñeca y me devuelve con suavidad a mi sitio. Sentir su agarre me devuelve un poco a la tierra.

Miro a ambos lados y veo las miradas preocupadas de los dos. Y en mitad de todo el odio y la confusión que se fragua en mi pecho, me siento de pronto afortunada. Tenerlos como amigos es lo mejor que me pasará jamás. Que me enseñasen que existe este tipo de amor, tan puro e incondicional, será algo que nunca podré agradecerles lo suficiente.

—Cuando se quedó embarazada llevábamos viéndonos algo más de un mes. —La cruda realidad de mi padre me obliga a fijar mi atención de nuevo en él —. Dos semanas después, hablé con tu madre para contárselo todo y decirle que quería estar con Paula. Me pidió que me fuera de casa y no volviese. Lo acepté, no esperaba otra contestación. Le pedí verte un par de días más tarde. Tú te negaste. Ya siempre te negaste.

»Durante semanas intenté que Lourdes te convenciese de que me dejases hablar contigo, pero te cerraste en banda. Te posicionaste del lado de tu madre, y no pude pedirte perdón. Y lo vi normal, porque yo era el único responsable de lo que había pasado, por no saber hacerlo mejor, por no romper antes con algo que ya no funcionaba. Por permitirme perderte por no atreverme a afrontar lo que me pasó.

»No voy a venderte lo que no era. Solo quería disculparme, hacerte ver que yo elegía a Paula por encima de tu madre, pero no por encima de ti. Que quería seguir formando parte de tu vida. Cuando pasaron cuatro meses y no tuve ni una sola noticia tuya, me rendí. Fui un cobarde que optó por no seguir amargando a su nueva mujer durante su primer embarazo antes que luchar más por recuperarte. No puedo decirte más que me arrepentí durante años. Lo sigo haciendo. Merecías que hubiera tenido más cojones, que me hubiese plantado en tu colegio, o en casa, aunque eso hubiese acarreado gritos o insultos. Pero me centré en la felicidad que me prometían Paula y Aarón.

—¿Aarón? —Es lo único que puedo decir después de su discurso, porque estaba preparada para muchas cosas, aunque no para que se mostrase así de sincero. Esperaba excusas, culpas repartidas, lo que fuese. Nunca que admitiese que la cagó así. Que, por cobarde, me perdió.

—Es tu hermano. Bueno, el mediano. Tienes otro más. Ángel, el pequeño. Tiene nueve años. Tienen muchísimas ganas de conocerte. Les hablo mucho de ti.

Siento la mano de Víctor sobre mi rodilla, apretándola con cuidado, aunque no puedo prestarle atención. Sé que la mujer por la que nos abandonó mi padre estaba embarazada, pero jamás me había parado a pensar que eso significaba que el bebé que nació de ella era mi hermano.

Tengo un hermano.

No. Dos.

Tengo dos hermanos.

—Hana, sé que no puedo llegar de la nada y obligarte a que me aceptes de nuevo en tu vida, yo... bueno... sé por lo que has pasado estos últimos años y... me preocupo por ti. No te voy a decir qué tienes o no que hacer, sé que eres mayor y que no me necesitas, pero me encantaría poder formar parte de tu vida de alguna manera. Como tú quisieras. Pones las normas. Aceptaré tus condiciones. Solo... ¿querrías que nos viésemos alguna vez? Para charlar y tal. Quizás no te importaría conocer a tus hermanos. Ellos se mueren por verte. ¿Crees que sería posible?

Pasa un minuto en el que los tres hombres que se sientan a la mesa conmigo esperan alguna reacción por mi parte que no llega. La cabeza me va a mil por hora, me cuesta tragar. Pienso en todo lo que podría salir mal, en el daño que podría volver a hacerme. En lo horrible que sería encariñarme con esos dos niños y que luego desapareciesen también de mi vida, igual que se esfuma todo.

Me centro en lo negativo que podría resultar para mí permitirme confiar en Sergi. En el dolor por su marcha, en su ausencia mientras me hundía con Ana. En lo negro, en lo oscuro, en lo frío.

Pero cuando lo miro, solo soy capaz de pronunciar una palabra.

—Sí.

Cambios

Gabi

—¿Estáis seguros de que esto les va a gustar?

Juro que me hace muchísima gracia ver a Hana así de nerviosa por la opinión de dos chicos. No creo que, ni por asomo, le cueste tanto elegir los regalos que cada año nos hace a Víctor y a mí en Navidades.

—Que sí, bebé. Que la última vez que estuvimos en su casa me fijé y les molan los dibujos de las últimas generaciones. Hazme caso y coge el *Civil War* de McNive, que no lo tienen y la peli está genial, pero no hace honor al cómic.

Acaba haciéndole caso a mi amigo y pide que se lo envuelvan para regalo.

Pasado mañana vamos a casa de Sergi para ver a los enanos y llevarles algunas tonterías que les hemos comprado por Reyes.

La relación de Hana y su padre sigue sin ser demasiado típica. Él intenta ir de amigo para compensar los años de ausencia, y a Hana se le ve a la legua que esa actitud le disgusta un poco, pero le deja hacer porque él parece más feliz, Lourdes está más tranquila porque su hija tenga a algún adulto velando por su bienestar y sus nuevos hermanos se han enamorado por completo de ella. Bueno, y de nosotros, que siempre la acompañamos a verlos y estoy seguro de que nos admiran un huevo, porque Víctor y yo somos la hostia.

Al final nosotros también nos llevamos un par de cómics y Hana se empeña en pasar a mirar algún libro por *Tuuu Librería*, un pequeño espacio que descubrió al lado de nuestro piso y que le encanta porque allí los libros se reciclan, se donan y se comparten. La idea de que les den una segunda vida a lecturas que alguien puede estar pensando en tirar como basura, le fascina.

Llevamos allí encerrados como una hora y ni Víctor ni ella muestran interés en marcharse en breve. A veces me desesperan cuando se juntan. Tienen ya apartadas como siete novelas diferentes y siguen mirando. ¡Venga ya! No tienen tiempo material para leer todo eso.

El móvil de mi colega empieza a vibrar y deja en la estantería una obra con una portada oscura que da miedo solo de sostenerla. El identificador de llamadas muestra un número larguísimo y él pasa de descolgar pensando que será alguien proponiéndole cambiar de compañía telefónica.

Cuando al cabo de diez minutos vuelve a notar un zumbido en su bolsillo,

se rinde y decide atenderlo, aunque solo sea para rechazar educadamente la oferta y que dejen de molestarle en mitad de un sábado por la mañana.

—¿Al final cogiste ropa para toda la semana? —Intento distraer un poco a Hana a ver si se olvida ya de los libros y podemos irnos a tomar una caña por ahí con unas bravas bien picantes.

—Solo para tres o cuatro días.

—No sé por qué sigues haciendo eso. Los tres sabemos que al final nos tocará acercarte con el coche de mis padres para que pilles algo limpio y puedas quedarte en casa hasta el *finde* que viene.

—Gabi, no vivo en vuestro apartamento. Tengo que dormir de vez en cuando en el mío.

—Ya, pero hace dos semanas que no nos vemos y aún no hemos celebrado el Año Nuevo en condiciones. —La abrazo con mimo, haciéndome un poco niño enterrando la cara en su melena, que está algo más larga de lo que suele lucirla. Siempre la extraño demasiado cuando vuelve a casa de su madre por Navidad.

—Ni lo vamos a celebrar. Los exámenes empiezan en una semana. Nos esperan días largos y aburridos entre apuntes y cafeína. —Deja escapar el aire con fuerza al recordar lo que se nos viene encima, pero ya es el último empujón. Un semestre más y la facultad será historia.

Me muero por ver qué haremos después.

Víctor vuelve a entrar sorteando las pilas de libros que se acumulan con gracia por los pasillos de la librería. Hasta que no está casi a nuestra altura no aparto los ojos de las pecas de Hana para fijarme en que está algo pálido.

Aún tiene el móvil de la mano, ya apagado, y lo mira como si no entendiese qué es eso que sujeta con fuerza.

—Eh, colega, ¿está todo bien?

—Me la han concedido. —En serio, porque sé que Víctor no le da a las pastillas, porque si no, pensaría que se ha tomado algo.

—¿Qué te han concedido, Víctor? ¿Es bueno o...? —Hana le pasa una mano por delante de los ojos para ver si reacciona, pero sigue mirando al infinito con cara de lelo.

—La plaza en el máster de periodismo deportivo. En la puta cuna del baloncesto. Dios, ni de coña pensé que me la fueran a conceder. Ofertan poquísimos huecos. No sé si el patán de mi padre habrá movido algunos hilos o si ha sido a golpe de talonario, pero es mía. —Está tan alucinado que ni siquiera noto el tono de asco que suele acompañar a cualquier mención de sus

padres por su parte. Y es que no me extraña, esos dos hacen méritos cada año para ser los progenitores más ausentes del siglo. Creo que hace más de tres meses que ni los ve.

—¡Eso es genial, cariño! —Hana se lanza a sus brazos y él parece regresar de su mundo de pronto. Empieza a reírse con nerviosismo y gira en derredor sujetando a Hana en el aire—. ¿Y es aquí, en Madrid? ¿O tenemos que empezar a mirar másteres y a echar currículums en otras ciudades?

Intenta parecer serena, aunque le traiciona el tono. Eso y que la conocemos demasiado.

Tiene una sonrisa rara en la cara, forzada. Casi una mueca.

Le preocupa que él se vaya. Y yo siento una punzada de celos mientras me pregunto si esa angustia la sentiría también si yo tuviese que irme lejos de su lado.

El sentimiento se disipa de golpe por el vacío que dejan las siguientes palabras de mi mejor amigo.

—Es en Los Ángeles.

Raro

Víctor

Mañana volvemos a la rutina de clases, estudios, clases, más estudios y poco más. Nos jugamos tres asignaturas este enero y a ninguno nos apetece tener que recuperarlas en julio.

Enrique Urquijo canta bajito a una mujer cuyo nombre se inventó, los vasos de café se acumulan desordenados por la casa y un par de *tuppers* se descongelan despacio en la pila de la cocina.

Estamos tirados por el suelo de nuestro salón con un millón de apuntes dispersados por todos sitios. Hana es increíblemente caótica estudiando. Saca un millón de rotuladores con los que colorea sus hojas hasta que parece que podrían brillar en la oscuridad. Cada folio que repasa lo hace a un lado sin molestarse en apilarlo en un orden concreto, así que pasa casi el mismo tiempo recogiendo y recolocando el material de las asignaturas que estudiándolo.

Anota cosas ininteligibles para nadie que no sea ella en los márgenes de las páginas y luego utiliza el mismo lápiz para recogerse el pelo en un moño pequeño en lo alto de la coronilla. Gabi y yo nos reímos mucho de ella cada vez que se le olvida que lo lleva ahí y se pasa diez minutos bufando porque no encuentra nada con lo que escribir una nueva regla nemotécnica que ha desarrollado para memorizar las longitudes de onda utilizadas en radio.

Es jodidamente tierna.

Dios, lo que la voy a extrañar en unos meses...

Desde que me confirmaron que el próximo curso podré pasarme dos años enteros en California perfeccionando mis conocimientos sobre mi pasión, aprendiendo inglés y viviendo una de las experiencias más alucinantes que podré disfrutar en mi vida, estoy raro.

Y raro es la palabra con la que mejor puedo describir cómo me siento de verdad, porque por una parte me muerdo de ganas por hacer ya mismo las maletas y pirarme a descubrir qué me ofrece Los Ángeles, pero por otra... por otra dejo aquí a Gabi y a Hana y eso duele como si me estuviesen arrancando una parte de lo que soy.

Después de la tarde en la que les cuento que me pienso marchar, los tres lo celebramos a lo grande, lo que en nuestro idioma se traduce en *Jäger Bombs*,

cava y mucha pizza. Bailamos encima del sofá, saltamos por la cama de Gabi, miramos vuelos para escandalizarnos por lo caros que son —aunque prometemos que encontraremos la manera de hacernos con unos billetes para que puedan visitarme— y acabamos llorando abrazados sobre el colchón de Hana; ella hipando y nosotros intentando mantener el tipo.

Después de eso, aparcamos el tema por el momento y nos centramos en sacar adelante los controles que nos esperan a la vuelta de la esquina. Creo que a ninguno le apetece demasiado pensar que nos faltan solo unos meses para dejar de compartirlo todo.

—Aún no me creo la potra que tienes, cabrón.

Baró se acerca a la barra para ayudarme a cargar con las cervezas que hemos pedido para todos los del equipo y me saca de nuevo el tema de mi próximo viaje. Estamos en el bar de enfrente de la facultad, como siempre, pero casi todos nuestros amigos andan pegando bandazos a las barras del fútbolín.

Hace ya rato que les dije que me tomaba la última y me piraba porque Hana y Gabi me están esperando para ir al cine, pero al final me han liado para apuntarme a otra ronda y los he avisado para que se vengán y dejemos la película para mañana. Total, aún estamos a principios abril y falta más de mes y medio para que tengamos que volver a agobiarnos por jugaros todo nuestro futuro a un examen. Podemos permitirnos unas cuantas tardes libres.

Mientras esperamos a que el camarero termine de servirnos, la risa de Hana hace que me gire de forma instintiva para buscarla. La veo quitarse el abrigo y saludar a un par de compañeros antes de venir a mi encuentro.

—Hola, guapos. —La muy boba se sonroja un poco por el piropo. Adorable de verdad—. ¿Nos pedís un par más a Gabi y a mí?

—Claro —le prometo mientras me señalo la mejilla con el índice para que me regale un beso. Vuelvo a notar el arrebol en su cara al hacerlo y estoy tentado de cargármela sobre un hombro y sacarla de aquí a toda hostia para hacerle un millón de cosas indecentes.

Se marcha contenta a recuperar su hueco en la cabecera del fútbolín hasta que varios de los chicos insisten en que se ponga de portera con uno de ellos. La pobre se queja sin mucha convicción y sé que acabarán convenciéndola para que juegue.

—¿No se lo vas a decir nunca? —me pregunta de pronto Baró, aunque cuando dirijo mi atención hacia mi colega me doy cuenta de que él sigue con la suya sobre Hana.

—¿El qué?

—Que te mueres por ella.

—¿Qué?! ¿De dónde coño te sacas eso? ¡Qué gilipollez, tío! ¡Qué soberana gilipollez! —El tembleque de mi voz, o más bien de mi grito, no ayuda a demostrar mi indignación por esa acusación.

—Dime al menos que sabes de sobra que no es mentira, porque si de verdad te lo crees, tu estado de negación es más profundo de lo que me creía.

—El cabrón se lleva el botellín a la boca sin dejar de sonreír de medio lado.

—Me atrae Hana —acabo reconociendo, porque parece que no tiene sentido que no lo haga con lo seguro que él parece acerca de lo que dice—, pero es mi mejor amiga. Y de eso a que me muera por ella...

—Joder, Garrido, llevas loco por ella desde primero. Cuando le pedí aquella cita pensé que me arrancarías un brazo.

—No exageres.

—Tío, orbitas a su alrededor. Te mueves cuando ella lo hace. Siempre sabes dónde está. Sonríes cuando te habla. Sonríes mucho cuando te toca. —Remarca ese ‘mucho’ y no puedo evitar dejar escapar un poco de aire en forma de risa a través de mis dientes. ¿Es tan obvio desde fuera?

—¿Es tan obvio desde fuera?

—Te cambia la cara cuando ella está cerca. Es como si estuvieses... feliz.

Suspiro, pensando si dejar salir una parte de lo que me pasa cuando pienso en ella.

—Puede ser que algunas de las cosas que dices sean verdad, pero...

—Pero ¿qué?

—Gabi. —No sé si es necesario añadir algo más. No tengo ni idea de si lo que mi amigo siente por Hana es igual de visible para el resto como lo es lo que siento yo.

—A Gabi le atrae, también es obvio para cualquiera que tenga ojos. Aunque no es lo mismo. A él le gusta. Tú... no sé, tío. Tú la miras como si pudiera revolver tu mundo. —¿La miro así? Puede ser, porque Hana no revuelve mi mundo, lo pone del revés. Y a sus pies. Y le da sentido—. Además, ella es diferente contigo.

—¿En qué sentido? —Odio parecer tan desesperado porque alguien me asegure que yo soy más para Hana. Más que otros. Más que él.

—No sé, es como si siempre estuviera esperando a que dejaseis de contaros mentiras.

Y sé a qué se refiere, porque yo le oculto la verdad cada día. Esa que podría mejorarlo todo o dejarme sin nada.

Solos

Hana

—¿Cómo te hace sentir que tu madre tenga pareja?

Julia espera mi respuesta con calma, sin presionarme para que le diga algo sin meditar sobre ello. Las sesiones con mi psicóloga se han convertido en uno de mis momentos favoritos de la semana. No tener que guardarme nada para mí por miedo a ser juzgada es un alivio que no sé cómo agradecerle a ella.

La consulta de Julia se ha convertido en mi lugar seguro.

—Pues me pilló un poco de sopetón, pero porque creo que van un poco rápido.

Mamá se ha echado un novio trece años mayor que ella. Han venido a Madrid el fin de semana pasado aprovechando el puente del primer día de mayo para que yo lo conociera porque, por lo visto, Mikel, el susodicho, quería presentarse oficialmente y declararme sus buenas intenciones con mi madre. Casi me caigo de culo cuando me lo dijo así, tal cual.

Es un buen hombre, pero estos días han sido un poco demasiado.

Resultó que la feliz pareja quería cenar un día con Sergi, Paula y los dos enanos. Ver a mis padres sentados a la misma mesa, tratándose con cordialidad, sin gritos de por medio, fue... lo más extraño y lo más bonito que he vivido en la última década.

Cuando eres niño deseas con todo tu corazón tener a tus padres contigo, queriéndose, enseñándote que hay amores que sí pueden con todo, que querer a alguien toda una vida hace que esta te llene un poco más.

Cuando creces te das cuenta de que las relaciones deben entenderlas solo dos personas. Que cada amor es diferente, y no por ello mejor ni peor. Que se puede querer con toda el alma, pero no todas las veces pueden ser un para siempre. Y no pasa nada porque, al final, lo que hará que tu corazón vuelva a latir con fuerza es ver a tus padres felices. Y ellos, ahora, lo son.

Mi madre se derritió viendo cómo Aarón y Ángel intentaban llamar mi atención y me imitaban con un poco de adoración. Esos mocosos han llenado un hueco que no sabía que existía en mí. Al juntarme con ellos es como si todo fuese más simple, como si quisiera ser mejor para que ellos nunca dejen de mirarme como lo hacen, como si fuera una superheroína que es capaz de cualquier cosa.

El día que comprendí que ellos algún día sabrían los problemas que tuve con la comida y el calvario que pasé, tuve que llamar a Julia con urgencia para que me calmara por teléfono. Odié pensar que me verían como un ser débil, que perderían el respeto que pudieran tenerme; hasta que mi psicóloga me hizo entender que podía darle la vuelta a ese sentimiento y convertirlo en un faro que no me permitiese desviarme de nuevo y consiguiese que mis hermanos aprendiesen que, aunque la vida a veces te tumba a base de golpes, has de saber ponerte de nuevo en pie y luchar por lo que merece la pena.

Las ganas que sentí de encerrarme en el baño a vomitar para calmar la ansiedad desaparecieron después de mi charla con ella.

Esa es otra de las cosas que Julia me ha ayudado a entender.

Cuando me refugié en Ana, yo no era feliz. Mi vida pasaba con días mejores o peores, pero había interiorizado tanto las burlas y los insultos que llegué a pensar que era normal que mis compañeros me vejase de esa forma. Hasta que dejaron de hacerlo y vi la promesa de algo mejor. Me obsesioné, me cegué... Me destruí.

Y conseguí salir de aquello.

Cuando empecé a vomitar de nuevo, me gustaba todo lo que me rodeaba. Mi carrera, mis amigos, incluso la relación con mi madre. Pero dejé de controlar algunos aspectos de mi vida que hasta entonces habían ido bien, y la paranoia por pensar que, si no era capaz de lograr que las cosas fuesen como yo quería, todo lo malo volvería para desordenar mi vida y derrumbarme de nuevo, me obcecó.

Recurrir a Mía no fue un medio para sentirme más bonita, más delgada o más perfecta. Fue la única manera que encontré de ser quien manejase por completo algún aspecto de mi día a día.

Cuando conseguí ser consciente de eso, empezar a ponerle remedio fue más fácil.

—¿Crees que tu madre puede estar equivocándose? —Julia me trae de vuelta a la realidad de su despacho.

—No. Supongo que los años te dejan ver más claro lo que quieres y lo que rechazas en una pareja. Solo...

—¿Sí? —me anima a continuar.

—No quiero que vuelvan a hacerle daño. No soportaría verla de nuevo como cuando Sergi se marchó.

—Sabes que no es tu responsabilidad cuidarla, ¿verdad? Tú no puedes evitarle el dolor que pueda encontrar en su camino. Nadie puede, a veces ni

siquiera ella.

—Ya, ya. Aceptar, relativizar, seguir adelante. Lo sé. Pero es mi madre. Quiero que esté bien.

Seguimos hablando un rato más y salgo de allí con el convencimiento de que Mikel es bueno para Lourdes. Mi madre está más feliz que en años, trabaja menos y hasta parece un poco más joven; así que yo no soy quién para sembrar dudas en cómo lleva su recién estrenada relación, incluso si eso me deja sin verla durante el verano.

La parejita feliz se marcha un mes entero a recorrer la Toscana. Me pareció un topicazo tan grande cuando me lo contaron que tuve que disimular mi acceso de risa con un mal fingido ataque de tos. Pero ella está tan eufórica preparándolo todo que lo demás resulta ridículo. Me parece maravilloso que se dedique a ser feliz mientras los demás critican algo que solo dos entienden.

En julio, mientras ellos beben vinos y se emborrachan a besos, Víctor, Gabi y yo pensamos descubrir cada rincón de la Costa Brava.

Víctor se tiene que marchar a finales de ese mismo mes para conocer la residencia en la que vivirá durante, al menos, dos años; el curso de diseño gráfico, retoque fotográfico y autoedición que Gabi ha decidido empezar online comienza con septiembre; y el máster en edición de la Universidad Autónoma de Barcelona, que yo cursaré en breve, da la bienvenida a los nuevos alumnos apenas una semana antes.

Los meses han pasado tan deprisa que apenas he podido asimilar que en una semana empiezan los exámenes y, después, tendré que empezar a despedirme de las dos personas más importantes de mi vida.

Al ser el último año, las fechas para examinarnos se han adelantado un par de semanas, de forma que el 5 de junio podríamos estar licenciados en periodismo. Confío en que los tres pasemos limpios y tengamos tiempo de sobra para preparar bien nuestra escapada.

Llevamos emocionados con el tema desde hace meses. Se le ocurrió a Gabi en marzo y, desde entonces, hemos impreso tantas páginas con calas que queremos disfrutar, chiringuitos en los que pensamos comer, discotecas en las que podemos bailar hasta amanecer y carreteras en las que perdernos, que estoy segura de que estamos perfectamente capacitados para hacer nuestra propia guía de viaje.

Tres semanas para disfrutar de mis chicos.

Tres semanas para construir recuerdos que me ayuden a superar los momentos en los que su ausencia asfixie.

Tres semanas para decir adiós a mi mejor amigo.
Tres semanas para despedirme del amor de mi vida.

Ahora sí, al fin somos periodistas. O al menos eso dice un papel que tendremos que recoger dentro de unos meses y que firma el rey.

Gabi suspendió documentación, la asignatura más tocha, aburrida y tediosa de todo cuarto curso; así que Víctor y yo nos apiadamos de él y estuvimos ayudándole a estudiar toda una quincena. Pero todas las horas invertidas merecen la pena cuando nuestro amigo llega hasta nosotros dando saltos como un loco, con el móvil de la mano e, imagino, la web de la universidad abierta en la pantalla, y se tira encima de nosotros haciendo que el sofá cruja como en un lamento.

Víctor tiene una lata abierta de Coca-Cola en la mano que se vuelca peligrosamente cerca del portátil que descansa en sus rodillas y mi ejemplar de *La princesa prometida* casi sufre un baño de burbujas mortal por el camino. Mortal para Gabi, porque si llega a estropeármelo, lo asesino lentamente.

—¡Un 7,2, chavales! ¡Soy el puto amo!

Nos olvidamos de la mancha de refresco que lucen ahora los cojines sobre los que estamos sentados, del cenicero que Gabi ha volcado de una patada llenando todo el suelo de ceniza y colillas, y hasta de los treinta y cuatro grados que marca el termómetro y que nos convierten en cucarachas andantes y sedientas de sombra antes de las ocho de la tarde.

Nos ponemos lo primero que pillamos y nos escapamos a almorzar como señores, o lo que es lo mismo, nos pedimos unos pinchos de tortilla con cebolla caramelizada en la *Makkila*. Como estamos que tiramos la casa por la ventana, los maridamos con cuatro vinos cada uno que nos dejan un poco tontos pero muy sonrientes.

Al llegar de nuevo al piso sacamos el dossier que hemos ido haciendo a lo largo de los últimos meses para ir elaborando una ruta que nos permita conocer cada secreto de la Costa Brava. Estamos discutiendo sobre si de verdad nos merece la pena desviarnos hasta Calella de Palafrugell cuando el móvil de Gabi empieza a vibrar con insistencia.

—Hola, mamá. Adivina. —La boca de Gabi se curva tanto hacia arriba que estoy segura de que hasta le tira, pero da igual. Está exultante. Aunque el

estado de euforia le dura apenas unos segundos. No sé qué le está diciendo su madre, pero antes de que responda ya prevemos noticias que no van a gustarnos.

—¿Qué?! ¿Está bien? ¿Dónde estáis?

Gabi se pone de pie aún con el teléfono en la mano y permanece en silencio un tiempo que a mí se me hace eterno. Se va hasta la cocina y vuelve hasta donde estamos nosotros, mirándole vagar por la casa con cara pesarosa y contagiándonos de su extraño estado de ánimo.

—Sí, lo entiendo. Me paso mañana por casa a comer y lo miramos con calma, no te preocupes.

—...

—Tranquila. No pasa nada. Te quiero.

Cuelga y se lleva una mano a la cara, frotándose los ojos con fuerza y permitiéndose soltar con brusquedad el aire que estaba reteniendo.

—Cariño, ¿qué pasa? —Me levanto y voy a su encuentro porque me parece que necesita muchísimo un abrazo ahora mismo. La presión que ejerce al devolvérmelo me indica que no me equivoco.

—Mi padre y Rober han tenido un accidente con la furgoneta de reparto. Están más o menos bien, aunque Roberto va a estar de baja uno o dos meses porque se ha fracturado la pierna por varios sitios y va a tener que operarse. Tiene pinta de que va a ser una intervención y una recuperación jodida. Joder, pobre chaval. —Una tristeza de lo más real tiñe su voz. Rober es el chico que ayuda en la panadería. Lo conoce desde hace años y sé que sus padres le quieren como a un hijo. Apenas le saca siete años a Gabi.

—¿Y tu padre? ¿Cómo está? —Víctor se ha colocado a nuestro lado y le posa a su amigo una mano en el hombro como muestra de apoyo. Él sigue sin soltar mi cintura y le noto suspirar cerca de mi frente. Me tenso un poco esperando la respuesta, aunque ya nos haya dicho que no parece que haya que lamentar daños muy graves.

—Él ha salido mejor parado, y, aun así, le han tenido que escayolar el brazo derecho y le duele todo el cuerpo. Debe de tener bastantes contusiones, pero no le han dejado ingresado.

—Joder, menos mal. —Víctor se acerca hasta el sillón que tiene más cerca y se deja caer en él. Es obvio que le invade un alivio enorme al escuchar a Gabi. A veces se me olvida que el hombre del que estamos hablando ha ejercido más de padre para Víctor que el suyo propio durante casi toda la vida del rubio—. ¿Te importa si mañana voy contigo a verlo?

—Claro que no, pero... eh... hay algo más.

—¿Qué? —Por un momento me convierto en Lemony Snicket y por mi cabeza comienzan a desfilar sin fin una serie de catastróficas desdichas. Pienso en mil escenarios horribles a la vez: la furgoneta no tiene seguro, Roberto quiere denunciarlos, no tienen dinero para contratar a dos personas más y van a tener que cerrar...

—Me quedo en tierra. —¿Cómo?—. No puedo ir al viaje. Mi madre va a echar más horas que nunca en la panadería, pero mi padre no va a poder hacer nada, y sin Rober... ella no puede con todo. Mi hermana se ha ofrecido a ayudar, pero solo tiene 16 años. Ni siquiera sería legal que despachase.

El peso de lo que este accidente significa para nuestros planes de verano empieza a caer sobre nosotros como una losa muy pesada.

—¿Y si lo retrasamos un par de semanas? Aún quedan diez días antes de irnos. Podemos esperar a mediados de julio y acortarlo un poco. Que dure doce días y no veintiuno. —Intento buscar soluciones con desesperación porque los tres somos muy conscientes de que no van a valer. Una operación como la de Rober y la posterior rehabilitación que requerirá puede tenerle sin poder trabajar cerca de tres meses, y tenemos que estar de vuelta en Madrid el 20 de julio para que a Víctor le dé tiempo a ultimar todo en apenas una semana antes de marcharse.

—Hana... sabes que no va a poder ser. Si se lo comento a mis padres me van a animar a que me vaya, a pesar de que ellos estarían muy jodidos en la panadería. No darían abasto y no es justo que les deje tirados.

Me muerdo el labio inferior hasta que me duele.

No quiero dejar colgado a Gabi, pero los tres sabemos que llevamos demasiado tiempo planeando esta despedida y que el que Víctor y yo nos quedásemos en Madrid a nuestro amigo no iba a servirle de demasiada ayuda. A pesar de ello, se lo decimos, proponemos cancelar el viaje por si podemos ser útiles de alguna manera en el negocio de sus padres, y lo hacemos de corazón, porque no soportamos la idea de fallar a Gabi cuando nos necesita, ni de dejarlo aquí solo tan triste.

—No seáis idiotas. Si no os piráis y disfrutáis el doble por mí, os ahogo.

No nos deja insistir. Se vuelve a sentar donde estaba hasta hace media hora y recoge del suelo la información que tenemos impresa sobre Tossa de Mar para buscar en Google Maps el mejor acceso por carretera.

Intenta sonar alegre mientras nos da las indicaciones que le muestra el navegador, pero sus ojos han dejado de brillar.

Y así, de repente, nuestros planes cambian.
Víctor y yo nos vamos solos.

La quiero para mí

Gabi

Llevo despierto más de media hora sin apenas poder moverme. Si doy demasiadas vueltas, despertaré a Hana, que está amarrada a mi espalda como un pequeño koala. De verdad que no entiendo que siga pagando el alquiler de su piso cuando prácticamente no pasa por allí.

Llevamos durmiendo los tres juntos en su cama desde hace más de una semana. Aún me río de ella cuando se pone colorada porque alguno de nosotros se despierta empalmado por la mañana. Como para no, durmiendo ella en camiseta de tirantes y bragas. Que vale que llevamos dos años perfeccionando eso de ser solo amigos, pero somos humanos. Bueno, y que seguimos sin verla como a una hermana por mucho que lo digamos a menudo en voz alta. Ambos lo sabemos. Y ambos nos callamos.

Estamos tan pegados que no paro de sudar. Hace demasiado calor para que tres personas compartamos una cama de metro treinta y cinco, aunque la verdad es que no nos importa. Ni Víctor ni yo renunciaríamos a esto por dormir algo más frescos.

Cuando me harto de mirar la pared que tengo enfrente opto por levantarme con cuidado de no despertarles a ninguno.

Los papeles en los que hemos ido apuntando destinos, albergues, playas y planes siguen en la mesa del salón. Unas ganas malsanas de cogerlos todos y partirlos en mil pedazos se adueñan de mí durante un rato. Como sé que esa no es una opción y que tampoco solucionaría nada, me dirijo a la nevera para coger una cerveza fría y me siento delante de la televisión. No creo que haya nada que pueda distraerme lo suficiente a estas horas, así que conecto Netflix directamente y dejo que *Daredevil* me arrastre a su infierno mientras trato de evadirme del mío.

Víctor y Hana se marchan solos veintiún días.

He pasado toda la tarde intentando disimular delante de ellos, pero esto me mata. Imaginarlos a ellos juntos, sin mí, bailando, bebiendo... besándose.

Sé que no tiene por qué pasar. Víctor y yo nos hemos jurado demasiadas veces que Hana es terreno prohibido. Pero yo lo intentaría. No tengo por costumbre engañarme, y sé que lo haría. Porque la quiero para mí, por mucho que le prometa a él que no.

Me termino lo que queda de botellín de un solo trago y me acerco a por otro. Con un poco de suerte, con un par más podré dormir algo esta noche.

El sitio de mi recreo

Hana

Después de una espera eterna en Barajas, un vuelo de hora y media, una cola de otra media para conseguir alquilar un coche en el mismo aeropuerto de El Prat, dos horas y media de camino hasta Cadaqués con parada incluida para comer y casi treinta minutos más de regalo dando vueltas hasta encontrar el hotelito, al fin, podemos dar por iniciadas de verdad nuestras vacaciones.

Recogemos la llave de la única habitación que hemos reservado. Lo hemos ido hablando durante el trayecto por la autopista y a ambos nos parece una gilipollez gastar más dinero en coger dos espacios individuales cuando llevamos durmiendo juntos a ratos, y con una persona más en una sola cama, más de cuatro años.

En cuanto colocamos las maletas en una esquina de la habitación, vamos directos al balcón del cuartito como polillas atraídas por una bombilla. Aún nos quedan algunas horas de luz, así que abandonamos la pequeña terraza, desde donde el olor a mar consigue que se me erice el vello de la nuca, y nos lanzamos a recorrer algunas de las calles más cercanas en busca de un buen café y algún rincón por descubrir.

Terminamos callejeando sin sentido por decenas de vías blancas, estrechas, llenas de piedras grises y flores de todos los colores, algo enamorados ya de ese pueblo de pescadores que parece que alguien pintó y plasmó en mitad de aquella nada en la que me gustaría perderme para siempre. Llegamos a un mirador que nos deja ver cómo cientos de barcas se mecen con suavidad entre el bamboleo de las olas del Mediterráneo. Los tejados rojizos y anaranjados contrastan tanto con la claridad de todas las casitas de la zona que parece que el atardecer allí arriba fuese un poco más de fuego.

Me apoyo en la barandilla que tengo frente a mí y suspiro despacio, dejando que el sentimiento de paz que tan a menudo me invade al mirar hacia la enormidad del mar, me cale hasta los huesos. El ronroneo de las olas rompiendo contra las rocas lo llena todo, como una banda sonora perfecta, y al sentir a Víctor a mi lado, dejo caer la cabeza hacia un lado para apoyarla sobre su hombro.

Nos quedamos en silencio un rato, sabiéndonos cómodos así, compartiendo aquello y sabiendo que será un recuerdo que mantendremos a salvo siempre

sin necesidad de verbalizarlo.

Después de lo que no podría decir si son minutos u horas, me coge de la mano y descendemos el camino hecho hace un rato para encontrar un sitio donde cenar alguno de esos pescados frescos que solo puedes disfrutar en zonas donde el mar lo inunda todo e irnos a la cama poco después.

Víctor se duerme antes que yo y, en cuanto su respiración se vuelve pesada y regular, se gira buscando mi cuerpo. Me abraza y deja que su pecho se acople a mi espalda. Y entonces, sí, cierro los ojos y me dejo arrastrar a ese mundo onírico donde puedo permitirme pensar que me encantaría pasar cada noche de mi vida así con él.

Las playas de Cadaqués acaban conquistándonos por su pureza y tranquilidad, pero el día que nos acercamos hasta Cap de Creus llego a pensar que podría quedarme a vivir allí. Lo indómito y aislado de sus calas me pilla por sorpresa, igual que el faro que parece iluminarlas a todas desde las alturas y que te hace pensar que has llegado al fin del mundo conocido.

Dedicamos dos días más a bañarnos en esta costa lapislázuli, recorrer el paseo marítimo hasta sabernos los nombres de algunas de las embarcaciones que siempre localizamos allí atracadas, beber cervezas en las diminutas terrazas que salen a nuestro encuentro en cada callecita empedrada e hipnotizarnos contemplando los destellos que el sol deja sobre las aguas de la playa cuando empieza a descender.

Al llegar a Roses de Cadaqués dedicamos dos días más a untarnos crema y deleitarnos en aquel oasis donde el sol parece brillar más. Contratamos un velero en nuestra primera tarde y compensamos el exceso en la segunda, pegándonos una paliza a caminar para encontrar alguna de las minúsculas y perfectas calas que esconden las rocas de aquel agreste paraje, llevando tan solo un par de bocadillos, mucha agua y más ganas aún de divertirnos.

Me doy cuenta de que Víctor parece más relajado que en mucho tiempo durante estos primeros días. Supongo que para Gabi y para él tampoco ha sido demasiado fácil a veces seguir a mi lado como amigos después de todo lo que hemos vivido. Yo me esfuerzo mucho en que ninguno note que las manos me sudan un poco cuando es mi compañero de aventuras actual quien me mesa el pelo distraído viendo una película, o que el corazón me galopa con más fuerza en el pecho si él deja un beso rápido demasiado cerca de mi boca. Sé lo que

no puedo permitirme sentir por él, pero a pesar de mis esfuerzos, hay cosas que no me puedo negar a mí misma. Él se va en apenas unas semanas a miles de kilómetros, y sé que puedo vivir sin él, pero cómo me gustaría no tener que hacerlo...

Esa mañana despertamos con pereza, sabiendo que tenemos que hacer la maleta por tercera vez en apenas unos días para dirigirnos a Empuriabrava. Sacamos un par de bañadores y otro par de prendas frescas y empujamos de nuevo todo lo demás dentro de las valijas. No aspiramos a llevar nada que parezca mínimamente planchado en las próximas dos semanas.

Cuando llegamos a *la Venecia de Costa Brava*, Víctor no para de repetir en todo el trayecto que cualquier sitio que sea «el algo de otro algo» va a ser una decepción.

—Si quiero ver Venecia, me voy a Venecia, joder —insiste casi ofendido.

Yo me paso todo el día vacilándole porque parece un abuelo refunfuñón y él me persigue por media playa de Can Comes haciéndome cosquillas y cargándome sobre un hombro para lanzarme al agua, de donde siempre salgo con todo el pelo echado sobre la cara como si fuera la niña de *The Ring*.

Víctor me da la mano para que trepe por su cuerpo cuando el nivel del mar empieza a cubrirme demasiado y a él apenas le llega al estómago. Creo que pretende que lo haga a caballito, pero no lo entiendo así de entrada y me lanzo a abrazarme a él de frente. No sé si la proximidad de nuestras caras le pone nervioso, porque lo noto tensarse aun sin haberme rodeado la cintura con los brazos. Intento ignorarlo para que la situación no se vuelva incómoda y un día tan increíble se torne algo oscuro, así que le retiro el pelo mojado de la frente en una caricia y bajo un poco la vista, sabiendo que el calor que siento en las orejas solo puede significar que se me han debido de teñir de un rojo bastante llamativo.

—Mañana podemos acercarnos a los canales a dar un paseo en barca. Sé que es un poco más de guiris, pero me hace ilusión —confieso.

—Si me lo pides así, ¿cómo voy a negarme? —Siento la sonrisa en su respuesta, aunque no lo esté mirando, y ese gesto se imita en mi cara sin remedio. Me gusta verlo contento.

—¡Genial! —Me decido a mirarlo de nuevo y el azul de sus ojos, oscuro y salpicado de motas marrones, me distrae unos segundos. Una de mis manos resbala por su cuello y noto palpar con fuerza el punto exacto que roza mi yema. Intento pensar en algo rápido para no parecer una adolescente estúpida delante de un chico que le provoca cosquillas por todo el cuerpo— Pues

podemos ir recogiendo las toallas y pensar en un sitio tranquilo para cenar y planificarlo un poco. ¿Quieres que llamamos a Gabi desde el coche con el manos libres mientras volvemos al hotel? Que no le he escrito en todo el día y tengo como cuarenta mensajes suyos preguntando qué estamos haciendo y prohibiéndonos disfrutar demasiado sin él.

La mención a nuestro amigo provoca un cambio en Víctor. Lo siento de forma clara y absoluta. La curva que forman sus labios tiembla, aunque la recupera rápido, aunque al fijarme me parece una mueca más forzada. Suelta mis muslos, que ha empezado a acariciar despacio, y me sujeta de la cadera para que deshaga el amarre de mis piernas en torno a él.

Susurra un conato de «claro» y me indica con un gesto de la cabeza que nademos hacia la orilla. Lo sigo por pura inercia, pero el sentimiento de haber fastidiado un momento bonito con Víctor me acompaña el resto del día y no logro entender por qué.

Todo el día siguiente continúa siendo más artificial que hasta ahora. Tengo la sensación de que Víctor mantiene un poco las distancias conmigo, que me toca menos, que está algo más frío. Las ganas de llorar que se me instalan en la garganta y detrás de los ojos, en forma de ese constante cosquilleo molesto y húmedo que amenaza infatigablemente con desbordarse ante cualquier gesto por parte de él que yo interpreto como desdén, no me abandonan en toda la mañana.

Cuando al acostarnos en la cama compruebo que su actitud esquiva también nos alcanza allí, decido que quiero dejar ya atrás Empuriabrava. No asocio casi nada bueno a ese lugar.

—Víctor —Le toco el hombro con cuidado, intentando que se gire, ya que en cuanto se ha metido entre las sábanas me ha dado la espalda con un escueto «que descanses» y ya no ha hecho amago de retomar las charlas que llevábamos compartiendo durante cinco noches en las que nos contábamos tonterías hasta caer rendidos.

Como respuesta a mi llamada de atención, él emite un sonido gutural que, sin llegar a ser una palabra, a mí me suena a pregunta.

—Oye, ¿crees que podríamos irnos mañana ya a L'Estartit? No me apetece demasiado ir a ver el parque natural de Aiguamolls, prefiero algo de playa y descanso, me estoy malacostumbrando. —Intento bromear, pero cuando solo consigo un encogimiento de hombros por su parte y una especie de «pues vale» mal pronunciado, me doy la vuelta con algo de brusquedad, llevándome la mitad de la sábana conmigo en mi arrebató y dándole la espalda a un Víctor

que siento dudar, aunque parece que mi evidente malestar no es suficiente para que se arrepienta por completo de la actitud de mierda que ha tenido el último día y medio y que no sé de dónde ha venido.

—Señorita, ¿seguro que se encuentra bien?

El monitor de submarinismo me mira preocupado, probablemente porque estoy tan blanca como el papel de fumar. Creo que empiezo a arrepentirme de haber querido participar en esto.

Cuando los chicos plantearon que sería una pasada contemplar el fondo del mar en las increíbles y cristalinas aguas de las Islas Medes, me emocioné hasta el punto de acabar pareciendo que era idea mía descender a no sé cuántos metros de profundidad con una botella de oxígeno atada a la espalda. Pero es que llevo mucho rato escuchando a un hombre hablarnos de las precauciones que debemos tomar para evitar cualquier complicación y ya no estoy tan segura de que no vaya a morir en las aguas que tanto amo.

Pero ya no puedo echarme atrás.

Llevamos una mañana de mierda. Tardamos casi dos horas en recorrer los cuarenta y cinco kilómetros que separan Empuriabrava de L'Estartit porque nos topamos con un accidente de tráfico que cortaba media carretera. Cuando al fin llegamos, los tres primeros hostales en los que entramos a intentar conseguir una habitación estaban llenos, así que gastamos una hora más en conseguir un sitio donde dormir. Al llegar a la playa y empezar a preguntar por empresas que nos prepararan la excursión al fondo del mar al más puro estilo de *La Sirenita*, tuvimos que comernos un cursillo para principiantes que casi consigue que me eche a temblar. Y aquí estoy ahora, aguantando el tipo porque Víctor al fin vuelve a estar feliz ante la posibilidad de sumergirse en el turquesa que nos rodea por absolutamente todos sitios.

Solo he visto cuatro de los once pueblos que tenemos planeado recorrer en estas vacaciones, pero ya me he dado cuenta de una cosa. Aunque en un primer vistazo, muchos lugares de la Costa Brava pueden parecerse, ninguno tiene el mismo tono de azul en sus calas. Una persona que se fijase bien podría discernir en qué pueblo de la costa se encuentra solo con mirar un rato al mar. L'Estartit es, sin lugar a dudas, turquesa. Y ver la sonrisa que ese color le devuelve a Víctor me imposibilita plantearme siquiera no lanzarme de espaldas al frío del Mediterráneo.

Ruedo sobre mi espalda sin darme demasiado tiempo a pensar en nada. Es una costumbre vital en mí. No pensar, no plantearme las cosas, dejar que vayan pasando, que me encuentren... Nunca he sabido enfrentarme bien a los problemas, así que procuro no hacerles demasiado caso y, básicamente, seguir adelante. Un paso tras otro. Un día, y otro, y otro más. Sin molestarme en prestar atención a los sentimientos molestos que a veces aún habitan en mí.

No creo que sea el mejor momento para ponerme a filosofar, si no estoy atenta, puede morderme algún bicho. Me centro y aparto, una vez más, los sentimientos negativos que me invaden en ocasiones de forma abrupta. Las poblaciones de algas, las praderas de posidonias, los corales, los cangrejos y los colores de los peces que pasan rodeándonos por centenares pronto consiguen que mi mente se llene de imágenes mucho más dignas de estudiar.

Amo el mar, pero nunca había descendido tanto dentro de él, y es la experiencia más maravillosa de mi vida. Allí abajo la sensación de inmensidad no mengua, pero sí que lo hace la gravedad del cuerpo. Es como si levitase, como si pudiese dejarme arrastrar por la corriente hasta un mundo más especial.

Cuando regresamos a la arena de la playa y nos despedimos del grupo, Víctor me toma de la mano y se encamina a uno de los chiringuitos que más a mano nos queda. Es pequeñito y todo de madera. Tiene una plataforma algo alejada de la barra con apenas cuatro o cinco mesas bajas y unos cuantos cojines alrededor. Un par de altavoces algo ajados reproducen música española de los 90 en un tono lo suficientemente bajo como para poder hablar con calma.

Nos sentamos en la mesita más alejada de la gente y pedimos unos mojitos. Él me habla sin parar de lo muchísimo que ha disfrutado y sé que, fuese lo que fuese lo que el otro día se le cruzó por la cabeza, no es necesario hablarlo porque todo vuelve a estar bien entre nosotros. Con él las cosas son así. Pase lo que pase, siempre acaba estando para mí. Y yo para él. Simple y llanamente, porque queremos tenernos el uno al otro.

Estoy concentrada en el sonido de la risa de Víctor cuando un par de frases de una canción llaman mi atención, provocándome un escalofrío que comienza en mis pies y se lanza a recorrerme entera hasta salir por el vello de mis brazos, erizándolo a su paso.

*Donde se creó la primera luz
Germinó la semilla del cielo azul*

Volveré a ese lugar donde nací.

*De sol, espiga y deseo
Son sus manos en mi pelo
De nieve, huracán y abismos
El sitio de mi recreo*

La voz de Antonio Vega me habla de momentos que llevo años esforzándome por borrar.

Oigo a Víctor más lejos, como un murmullo que me arropa, complementado el arrullo de las olas al llegar a la orilla, pero que no escucho realmente. Cuando él se da cuenta de que los ojos se me vuelven algo vidriosos y que mi mirada desciende sin permiso hasta su boca, se queda en silencio.

—¿Qué pasa, bebé? —Me doy cuenta de que ha bajado la voz. Me habla en un susurro que parece más acorde a la intimidad que hemos creado allí, rodeados de tanta gente y tan solos a la vez.

—La canción —consigo ofrecerle como única respuesta justo cuando ésta llega a su fin.

*Silencio brisa y cordura
Dan aliento a mi locura
Hay nieve, hay fuego, hay deseo
Allí donde me recreo*

Víctor me mira con el ceño fruncido y una intensidad que me intimida un poco. Sé que no entiende qué le quiero decir, pero a mí me da miedo hablar y decirle demasiado.

—¿Recuerdas aquel día, en nuestro primer curso? Nevaba y yo... yo solo veía negro a pesar de que alrededor todo lo que me rodease se estuviera tiñendo de blanco. —Sé por la fuerza con la que traga que se acuerda de esa noche. De nuestro primer beso—. Cuando me levantaste y pude hundir las manos entre tus mechones, un destello amarillo iluminó esa oscuridad que me envolvía. Al permitirme mirarte a los ojos, el azul apartó un poquito más esa imagen azabache que ennegrecía mi mente. El rosa exacto de tus labios no lo olvidaré ni aunque un día no pueda volver a ver jamás. Fuiste color, Víctor. Fuiste color, refugio, fuego, y deseo. Siempre lo eres.

Lo dejo todo de lado

Víctor

Dos días enteros fustigándome por permitirme actuar durante estas vacaciones como si al llegar a casa hubiese otra posibilidad que no fuese alejarme de ella en un avión; como si estar tan cerca de Hana, entrelazar sus dedos como por descuido, abrazarla cada noche como si pudiera fusionarme con ella, o besarla más que en meses, fuese algo que no me va a hacer daño cuando ya no esté; como si él no existiese hasta que ella lo nombró.

Dos días enteros castigándome por permitirme cerrar los ojos y soñar, y ella me lleva directo al cielo, sonrojada pero valiente, con una confesión que yo nunca me he atrevido a hacerle.

Dejo de lado las dudas, los mañanas, los imposibles y al amigo al que no sabré explicarle esto después. Lo dejo todo de lado porque ahora mismo solo me cabe Hana en el cuerpo y en la mente.

Me acerco a ella para alcanzar a sujetarle la nuca con la diestra mientras que con la zurda la rodeo por la cintura y la alzo para sentarla sobre mí. Abandono su cuello para acariciarle la mandíbula y pasar después a rozar sus mejillas con el pulgar sin perderme un detalle de sus reacciones. Notar cómo su respiración se acelera provoca un efecto similar en mí.

Casi había olvidado el nerviosismo previo a un beso. No a un beso cualquiera. Solo a ese tipo de besos que te hormiguean en los labios incluso antes de darlo. Los que te cierran la boca del estómago hasta que sientes la lengua de la otra persona luchando ansiosa con la tuya, justo cuando ese primer contacto te permite volver a tomar aire como si hasta ese momento hubieses estado respirando mal.

La saboreo durante lo que podrían ser horas o minutos. No lo sé. Sé que ese único beso que pensaba darle nos da para que Serrat cante a su Mediterráneo con nuestras lenguas aún enredadas; para que el sol empiece a calentar un poco menos y para que nuestros cuerpos se enciendan un poco más; para que Hana se ría contra mi boca y algo en mi estómago me sacuda entero; ese beso me da para pensar que querría besarla el resto de mi vida.

No tengo claro cómo llegamos al hotel, solo recuerdo tramos de paseo con ella entre mis brazos, caricias ansiosas que me queman desde hace años en las manos, cuerpos que se juntan muy rápido, reconociéndose después de tanto

tiempo.

Nos desnudamos sin ceremonias, pero tampoco con prisas. Estamos demasiado pendientes de no separar nuestras bocas más de lo necesario para que las camisetas y los bañadores desaparezcan. El sabor a sal se adhiere a mi paladar en cuanto lamo el estómago de Hana en sentido descendente. Desde esa tarde me enamoro irremediabilmente del mar.

Antes de conseguir alcanzar la unión de sus piernas, ella tira con suavidad de mi brazo para que eleve la vista. Niega despacio, con una mirada tan lasciva que la polla me palpita de anticipación.

—Te quiero a ti. Te necesito dentro.

Repto por su cuerpo, deteniéndome solo unos segundos para jugar un poco con esos pezones que me vuelven loco. Me hundo en ella despacio, sintiendo lo mojada que está, conteniendo un grito que se torna en jadeo por el esfuerzo de no dejarlo salir.

Intento ir despacio porque tengo una necesidad imperiosa de alargar aquello lo máximo posible, aunque a la vez necesite descargar con desesperación. Cuando a la tercera penetración Hana levanta las caderas y empuja la pelvis contra mí con brusquedad, abandono el comedimiento. Un envite seco. Y otro, y uno más. Ella gime cada vez más fuerte y yo entierro la nariz en el arco de su cuello, aspirando hondo y llevándome su olor conmigo, sintiendo sus latidos acelerados en los labios que tengo apoyados sobre su piel.

Salgo de Hana para colocarme de rodillas, elevar una de sus piernas en vertical sobre mi hombro y darme mejor impulso. Las embestidas se vuelven más violentas. El sonido de nuestras caderas chocando reverbera por toda la habitación, pero ella solo me pide más con voz entrecortada.

Siento cómo se aprieta en torno a mí y la veo cerrar los ojos.

—Víctor, me corro. Oh, joder, me corro.

Frunce los labios, se arquea y sus jadeos se convierten en blasfemias. Me agarra el antebrazo con tanta fuerza que sus dedos aún se dibujan marcados en blanco sobre él cuando empieza a relajarse y apoya la espalda de nuevo sobre el colchón.

Freno el ritmo durante unos segundos, dejando que se recupere, pero en cuanto me mira de reojo y sonrío de medio lado, dándome permiso para continuar, la giro y la coloco a cuatro patas sobre la cama. Tanteo su entrada, jugando con ella, que eleva el culo y emite un pequeño quejido, pidiéndome sin palabras que siga follándola.

Me cuelo en su interior de un solo golpe, gruñendo al sentir de nuevo el calor que emana. Su orgasmo me facilita que resbale dentro y fuera con facilidad. Empujo con fuerza, provocando que ella se impulse a ratos hacia delante, pero la sujeto con fuerza de las caderas y me inclino sobre ella para morderle el hombro.

—Dios, sigue, sigue. Me encanta notar el peso de tu cuerpo, Víctor.

Me corro con fuerza. Me vacío en Hana, abrazado a Hana, con su sabor, su olor y su calor llenándolo todo. Veo cómo el semen resbala por sus piernas, pero a los dos nos da igual que las sábanas se manchen. Nos tumbamos perdidos en el otro, con los ojos cerrados, dejando que nuestras respiraciones se regulen. Ella se apoya en mi pecho y yo no lucho ni un poco por evitar que el sueño me venza.

Los siguientes días son un amasijo de lenguas que despiertan al encontrarse, mordiscos suaves y gemidos fuertes, risas ahogadas entre olas y roces casuales que nos hacen ronronear.

Pals, Begur, y Calella de Palafrugell son testigos de tardes que nos pillan sin haber hecho nada más que besarnos respirando salitre y promesas que no nos permitimos decir en voz alta.

La noche antes de salir hacia Palamós la idea de que solo me queda una semana para que la burbuja que hemos construido los dos se pinche, me agobia hasta el punto de no dejarme apenas dormir.

Ambos estamos de acuerdo en no decir nada a Gabi acerca del cambio que se ha producido en nuestra relación, pero no hemos profundizado sobre qué es esto que estamos viviendo o sobre si no se lo estamos contando a nuestro amigo ahora pero sí lo haremos al volver. Puede que sea porque ninguno tiene claro si una vez que el asfalto de Madrid vuelva a estar bajo nuestros pies, habrá algo que contar.

No tengo ni idea de si esto para Hana es una aventura que añadir a sus idílicas vacaciones, algo que ya no podía reprimir o una forma de despedirse de mí.

A fin de cuentas, yo me marchó a miles de kilómetros en unos días.

Porque... aún quiero marcharme, ¿no?

La fea realidad

Hana

Abandonamos la playa de la Fosca a última hora de la tarde. Mientras nos encaminamos al hotel descubrimos un pequeño mercadillo en el paseo marítimo de Palamós. Irremediablemente, me detengo en busca de puestos donde los vendedores apilen sin cuidado ninguno libros con las tapas algo gastadas y las páginas ya amarillentas.

Rebuscando entre tesoros abandonados, acabo encontrando un viejo ejemplar de *Las edades de Lulú* que no dudo en llevarme y que Víctor me lee esa noche sentado en una pequeña banqueta que coloca cerca de la bañera donde yo me relajo completamente desnuda. Nos encanta hacer eso, leer el uno para el otro, pero en esa ocasión no conseguimos pasar de unas pocas páginas antes de que él termine dentro del agua conmigo, sin haberse molestado ni en quitarse la ropa interior, demasiado perdido en el hambre y las ganas.

Al día siguiente me despierto antes que él y me dedico a acariciar con mimo el flequillo que siempre le cae de medio lado cuando está tumbado sobre su costado. Al bajar de nuevo la vista hasta sus ojos, los descubro ya abiertos.

Si yo pongo esa cara de idiota que tiene él ahora mismo al observarme, creo que deberían matarnos ahora para evitar que acabemos convirtiéndonos en unos ñoños de manual.

Nos quedamos un rato así, en silencio, con los rostros tan juntos que su imagen se vuelve un tanto borrosa al tratar de enfocarla. Unos besos que comenzaron siendo calmados y perezosos se tornan deprisa en jadeos y cuerpos sudando enredados. Es como si tuviésemos que recuperar demasiadas mañanas sin tocarnos. Él besa mis pecas al acabar y yo recorro las líneas que surcan su cara alrededor de la nariz y la barbilla, como tratando de memorizar sus rasgos.

Creo que haber caído así con Víctor puede hacerme mucho daño cuando la realidad nos alcance de nuevo, pero no he podido evitarlo. Cuando comprobé que él tenía las mismas ganas de volver a besarme que yo a él... simplemente me di por perdida. Estaríamos juntos en la manera en la que él quisiera, y si me tocaba llorar al decirle adiós, ya me secaría las lágrimas cuando llegase el momento y seguiría adelante, como había hecho siempre, como estaba

dispuesta a volver a hacer a cambio de unos días más a su lado.

No me atrevo nunca a preguntarle qué siente por mí de verdad. Me da pánico que me diga que esto es solo un entretenimiento para él. Que las miradas, el pulso acelerado al tocarnos y los celos al verle con otras han sido solo cosas con las que he tenido que convivir yo durante estos cuatro años.

Pero casi me da más miedo que me diga lo contrario.

Víctor se va a ir, es algo que tengo asumido y que quiero que pase.

Cuando Ana se hizo con el control de mi vida luché muy duro para salir a flote de nuevo. Y marcharme a Madrid fue una de las mejores decisiones que jamás tomé. Vivirlo todo, salir de mi zona de confort, arriesgarme, aprender a valerme sola, viajar... nunca podré arrepentirme de todo eso. Y jamás le arrebataría a Víctor su oportunidad para experimentar lo mismo.

Los Ángeles es su gran oportunidad, y no pienso ser una piedra en el camino. No para él.

Así que como me da pánico cualquier posible futuro, me dedico a vivir el presente y a ser más feliz de lo que en mis veinticuatro años había sido nunca.

No me dejo ni un solo beso por dar, ni una carcajada por permitir salir, ni una caricia por regalarle. Quiero que los dos podamos recordar estos días dentro de muchos años y estar seguros de que no nos quedó nada por darnos.

Llegamos a Tossa de Mar el día 17 poco antes de comer. Pensábamos madrugar y aprovechar el día, pero últimamente nuestro concepto de una mañana bien gastada difiere bastante del que teníamos hasta hace algo más de una semana.

Doy gracias al cielo por haber empezado a tomar la píldora después de lo mal que lo pasé por el embarazo molar, porque a mí ni se me pasó por la cabeza traer condones, y a estas alturas habríamos gastado con creces la reserva de preservativos que Víctor hubiese podido meter en la maleta.

Buscamos durante un rato algún sitio donde dormir. Esta vez tenemos suerte y no nos lleva más de tres intentos preguntando en hostales, hoteles y albergues más cercanos a la costa.

Entro al baño corriendo mientras él coloca un poco la maleta y abre las ventanas para que el olor a playa inunde la habitación.

Salimos a la búsqueda de algún restaurante pequeñito que nos ofrezca algo con lo que calmar el rugido de las tripas de mi chico y empezamos a mirar qué

podemos hacer esa tarde. Hay un trencito que te acerca hasta el faro de la localidad, así que cedemos a la pereza y nos subimos en él para conocer un poco mejor aquel pintoresco pueblo al más puro estilo turistas.

Al día siguiente contratamos una barca a motor que nos acerca hasta la cala Sa Futadera, un arenal de apenas cien metros de largo y diez de ancho donde puedes ver el fondo del mar solo asomándote al borde de la embarcación. No he visto unas aguas más cristalinas en mi vida.

El acceso es hartó complicado, aunque Víctor se ha emperrado en que vengamos porque es una playa nudista y el tenerme desnuda todo el día parece ser algo que le pone de demasiado buen humor como para perder la oportunidad. Apenas hay otras diez personas por allí, pero a mí me da bastante vergüenza que él me acaricie el vientre o me lama el cuello, por muy inocente que él asegure que es el gesto, porque estoy segura de que es evidente que me excita con solo rozarme. Bueno, en mí es evidente... en él es más que obvio. El pobre solo consigue tomar el sol de espaldas, pero asegura que le merece la pena.

Nos reímos todo el día como dos idiotas hormonados. Y es un día increíble.

Dedicamos la mañana siguiente a remolonear hasta tarde enredados en cuerpos calientes, a desayunar tanto y tan tarde que casi lo consideramos ya una comida temprana, y a pasear por rincones ocultos de aquella villa que parece sacada de esas postales que mandabas a tus amigos en tu adolescencia cuando os separabais durante tres meses en verano.

Es el penúltimo día de vacaciones. No sé si Víctor lo piensa mucho, aunque sí que me doy cuenta de que es un tema que procuramos no tocar. Seguimos huyendo de la realidad a marchas forzadas, creyéndonos más rápidos, pensando que podemos bordearla siempre. Hasta que ella nos encuentra de golpe.

—Hola, mongolo.

—Hola, preciosa.

Acabamos de instalarnos en un hotel algo más caro de lo normal en Tossa de Mar, pero es que no queríamos perder mucho tiempo recorriendo el pueblo en busca de alojamiento. Solo vamos a estar aquí un día antes de salir hacia Blanes para despedirnos allí de la Costa Brava.

Íbamos a salir a por el segundo café del día y a mirar planes que hacer por aquí cuando nos ha llamado Gabi por FaceTime. Cada vez que lo ha hecho en las últimas dos semanas he procurado enfocar la cámara del móvil hacia mí

casi todo el tiempo porque la incomodidad de Víctor ante ciertos comentarios de nuestro amigo es difícil de disimular.

—¿Hoy habéis conseguido madrugar o al último rollito del señor se le han vuelto a pegar las sábanas? —Hace un par de días nos llamó temprano, y Víctor respondió a la videollamada sin pensar. Cuando se quiso dar cuenta de que yo estaba a su lado, sin nada de ropa ni una triste sábana que me cubriese un poco la cara, giró tan deprisa sobre sí mismo para sacarme de plano que consiguió que Gabi solo distinguiese una melena castaña a su vera y una espalda muy desnuda, pero le costó una hostia importante contra el suelo. Gabi estuvo riéndose de él un rato larguísimo por darse semejante leche solo por no despertar al ligue de turno—. Mi pobre Hana. Seguro que estás echando muchísimo de menos poder usarme de almohada.

Creo que, si presta atención, hasta Gabi puede escuchar rechinar los dientes de Víctor.

—Pues yo no la he oído quejarse —suelta al fin sin conseguir contenerse.

—¿Qué ha dicho ese mamón? —pregunta Gabi con un tono que pretende ser divertido, a pesar de que su ceja alzada indica que no le gusta lo que le ha parecido escuchar.

—Que vayas a pajearte. —Según termino de decirlo siento cómo me pongo roja por momentos. No sé si ha estado fuera de lugar, pero es lo primero que me ha venido a la cabeza y me parece algo con lo que podrían vacilarse normalmente estos dos.

Me fijo en las caras de estupefacción con las que me miran. Víctor con los ojos como platos y Gabi pestañeando muy rápido y con el entrecejo algo fruncido, como decidiendo si cree la versión que le acabo de dar.

Al cabo de unos segundos, ambos estallan en carcajadas y yo respiro tranquila.

—Joder, bebé... —Víctor aún se ríe, meneando la cabeza y tapándose los ojos con el índice y el pulgar, y alza la vista para dedicarme una mirada de agradecimiento, dándome a entender que he solucionado bastante bien la cagada que él mismo ha provocado.

—No me distraigas con tu boca sucia, niña. Que os llamo para algo serio —insiste el otro—. A mi padre le quitan hoy la escayola y parece que Rober va a recuperarse un poco antes de lo previsto. Tendré que ayudar aquí durante algunas semanas más aún, pero para cuando Hana quiera empezar con la mudanza a Barcelona, ya estaré libre.

—¿Y esa es la gran noticia para ti? ¿Qué vas a poder ayudarme a llenar y

cerrar cajas? Gabi, debes estar aburridísimo, cariño —me río de él.

—No, pequeña. La gran noticia es que tú podrás ayudarme a llenar y cerrar las mías. ¿Crees que nos dará tiempo a buscar un apartamento con dos habitaciones antes de irnos?

El significado de las palabras de Gabi no cobra sentido en mi mente hasta pasados unos momentos.

Se viene conmigo.

Víctor se marcha, pero Gabi se viene conmigo a Barcelona.

Empiezo a gritar como una jodida loca, hasta se me escurren por las mejillas un par de lágrimas.

Que él empiece a mi lado esta nueva etapa es algo con lo que ni me atrevía a soñar. Me he pasado meses haciéndome a la idea de que a partir del próximo curso ellos serían unas imágenes en el fondo de la pantalla de mi ordenador, unos nombres al lado de un botón verde en mi móvil, unas voces lejanas que a veces se acordarían de mí y me contarían lo felices que eran.

—¿Es en serio?! ¿Gabi, vienes de verdad?!

—Pues claro. He hablado con mis padres. Puedo hacer el curso donde yo quiera, es *online*. Y hay muchísimas empresas de diseño gráfico en Barcelona. Es un sitio cojonudo para empezar a labrarme un futuro. Además, ¿te creías de verdad que te iba a dejar sola y desamparada en una ciudad tan grande?

—Oh, Dios mío. No sé ni qué decirte. Estoy tan contenta...

—Venga anda, id a disfrutar de un poco más de playa. Que estáis como conguitos, cabrones. Dale un abrazo a Víctor, que no sé ni dónde se ha metido, no lo veo por la habitación. Quería hablar un poco con él, pero tengo que volver ya a atender la panadería. —Asiento aún emocionada—. Lo vamos mirando todo con calma pasado mañana cuando ya te tenga de vuelta en casa, ¿vale?

—Claro.

Nos mandamos unos besos y después de un par de despedidas más, colgamos de verdad.

Al girarme me topo con un Víctor con el semblante demasiado serio y la cabeza gacha. Está apoyado en el marco de la puerta del baño, y sé que se ha colocado allí para que Gabi no pudiese ver su expresión al oír la noticia. No estoy segura de si está contento o enfadado. Puede que un poco ambas cosas.

—Vaya. Es genial. —Su timbre es tan neutro que, por primera vez en mucho tiempo, no sé interpretar lo que le pasa por la cabeza.

—Sí que lo es —reconozco, porque yo estoy feliz por tener a Gabi a mi

lado los próximos meses—. ¿Te molesta que él y yo sigamos viviendo juntos sin ti? —pruebo.

—No. O sí. No lo sé, ¡joder! —La frustración es patente en su voz y yo me esfuerzo por entenderlo. Me acerco hasta él, que me ha dado la espalda, y lo encaro.

—¿Qué te pasa, Víctor?

—¿Él te gusta?

—Sí. —Solo obtengo un bufido como respuesta y un intento por esquivarme para alcanzar la puerta, aunque lo detengo a tiempo—. Os lo dije hace mucho, y te lo repito ahora. Me gustáis los dos, pero no de la misma forma.

—Solo hay una forma en la que alguien puede gustarte, Hana. —Su tono es duro, y prefiero ignorarlo.

—No, eso es mentira. Gabi me gusta como amigo, como persona. Claro que es guapo y que podría liarme con él. Ya lo he hecho, pero él no...

—Él no, ¿qué?

—Él no es... Él no eres... joder. Víctor, ¿estás seguro de que quieres mantener esta conversación ahora?

Duda. Duda tanto como yo, porque tenemos miedo, porque ninguna respuesta es la buena. Porque lo hagamos como lo hagamos, perdemos.

—No. No quiero discutir ahora. Nos quedan dos días. Quiero que sean nuestros. De nadie más.

—Hecho.

Salimos a recorrer Lloret. Bajamos hasta la playa, aunque ni siquiera hemos cogido los bañadores y la toalla.

Nos sentamos en la arena y vemos romper las olas en silencio. Durante ese día hablamos poco, pero nos abrazamos mucho. Un aura de tristeza parece empañar un poco cada gesto que nos dedicamos, pero lo combatimos callando y besándonos en esa oscuridad autoimpuesta.

Antes de que atardezca volvemos al hotel y nos acostamos de una forma algo más lenta de lo que es normal en nosotros. La melancolía se ha instalado entre ambos como una invitada molesta a la que no conseguimos echar del todo, y aunque intentamos sonreír con cada beso que deslizamos por la piel del otro, la sensación de pérdida prematura es demasiado fuerte.

Blanes es nuestro último destino. Lo planeamos así para poder disfrutar del festival de fuegos artificiales que empieza esta noche. Nos pareció una manera bonita de despedirnos antes de volver a la fea realidad.

Intento bromear durante todo el día, y hasta lo lanzo vestido al agua desde

un embarcadero que encontramos cerca del paseo marítimo cuando él intenta atraparme para hacerme cosquillas. Él también pone de su parte para que el día sea digno de recordar. Conseguimos que la risa sea auténtica. Y es que eso es lo mejor de Víctor, que, con él, hasta de lo malo te puedes reír.

Al llegar a la Roca de Sa Palomera ya hay muchísimas personas esperando que comiencen lo que allí siempre llaman *Els Focs*. Cuando el primer chispazo de azules y amarillos cruza el cielo, él me abraza por detrás y reposa su barbilla en mi nuca.

Lo oigo coger aire con fuerza mientras los dos permanecemos atentos al impresionante espectáculo que tenemos ante nosotros.

Un mar que se tornaba negro en esta noche de verano de pronto destella en decenas de colores que se mezclan en el horizonte.

Siento cómo Víctor me aprieta con fuerza y a mí el pecho se me llena de una angustia que no estoy segura de saber manejar.

—¿Qué va a pasar ahora, bebé?

—Que nos vamos a ir a la habitación y me vas a hacer el amor. —Emite un sonido a mitad de camino entre una risa y un suspiro.

—¿Y después?

—No sé qué quieres que conteste a eso.

—Ya... yo tampoco.

—Víctor, hay cosas que no te voy a decir, porque creo que solo lo complicaría todo. Tú te marchas en unos días.

—¿Y si ya no estoy seguro de querer irme?

Ahí está. La pregunta que hemos estado evitando, pero que los dos necesitábamos dejar salir.

Le cojo de la mano y empiezo a caminar para salir del bullicio. Enfilo en dirección al hostel sin decir una palabra hasta que Víctor rompe el silencio.

—Hana, ¿me has escuch...?

—Primero sexo. Luego ya podemos pelearnos a gusto. —Rompe a reír tan fuerte que el corazón me salta un poco en el pecho.

—¿Cuándo hemos cambiado las personalidades?

—Cállate, sabiondo.

No sé si el saber que esta es la última noche que podríamos pasar juntos hace que las ganas de separarnos sean absolutamente nulas o es que

pretendemos retrasar la inevitable conversación lo máximo posible, el caso es que el amanecer nos encuentra aún enmarañados en nuestro cuarto asalto. Nos hemos duchado dos veces, hemos dormitado a ratos cuando no éramos capaces de mantener los ojos abiertos más tiempo, hemos lamido, mordido, arañado y chupado cada parte del cuerpo del otro... y hemos llorado.

Los dos nos hemos escondido del otro por primera vez para hacerlo, pero sé que la pena nos ha podido por momentos.

—Hana, tenemos que salir hacia Barcelona en un par de horas si no queremos perder el avión. Creo que es el momento de dejar algunas cosas claras. —Es el primero en abordar el tema. Siempre fue más valiente que yo, aunque él siempre repita lo contrario.

—Te vas a marchar.

—Pero no sé si...

—Víctor, tienes veintidós años y un futuro profesional increíble por delante. Te toca crecer, descubrirte, intentar cosas, equivocarte y descubrir que te da igual, porque puedes probar de nuevo. No te voy a arrebatarse eso porque ahora mismo nos muramos por estar juntos.

—¿Te mueres por estar conmigo? —Una sonrisa se ladea en su cara, haciendo que una arruga profunda en forma de ‘c’ se dibuje en la comisura de boca, y yo me muero por acariciarla.

—Deja de quedarte solo con las partes de la conversación que te interesan.

—Es que esa parte me interesa mucho —dice mientras recorre mis muslos en sentido ascendente y levanta las cejas unas cuantas veces. Es incorregible. Y lo adoro.

—Víctor, hablo en serio. ¿Qué pasará cuando en dos años, cuatro años, diez, no nos quede amor para darnos a pesar de la amistad, y tú te arrepientas de haber dejado pasar esta oportunidad?

—¿Por qué das por sentado que acabará mal?

—¿Por qué das por sentado que acabará bien?

Nos miramos durante un rato demasiado largo, intentando gestionar lo que despertamos en nosotros, la pena por saber que separarnos es el camino correcto para él, la rabia por desear que uno de los dos renunciase a una parte importante de su vida por el otro.

—¿No quieres estar conmigo?

—Esa no es la cuestión, Víctor. No me dejes ser la única mala en esto, por favor.

—No lo pretendo, bebé. Es que tengo la sensación de que tú has decidido

por mí y no te importa lo que tenga que decir.

—Nunca decidiré por ti. Te respeto demasiado para eso. Si renunciar a tu sueño y mudarte a Barcelona es lo que realmente quieres, yo estoy dispuesta a intentarlo, aunque te advierto que lo haré con miedo a que dentro de un tiempo te despiertes una mañana y me culpes de no poder estar haciendo aquello que te apasiona. Pero te juro que lucharía porque funcionase, porque... porque creo que podrías ser lo más bonito que jamás me pasará. Pero creo que te estás dejando llevar por un puñado de sentimientos que nos superan y que no estás pensando con claridad.

Como toda respuesta, Víctor me lanza una mirada tan triste que solo me nace acercarme a él, sentarlo en la cama y subirme a su regazo para regarle el rostro de pequeños besos. Rodeo su cuello y entierro la cara en su cuello. Él coloca sus manos en torno a mi cintura y las siento heladas. Permanezco allí sin intención de moverme hasta que un par de gotas húmedas aterrizan en mis piernas.

Me separo del calor que desprende la curva de su clavícula y lo obligo a levantar la cara para poder secarle las lágrimas con cuidado.

—No quiero separarme de ti —me confiesa.

—Lo sé.

—Y no quiero renunciar a Los Ángeles.

—Lo sé.

—Esto es una puta mierda, bebé.

—Lo...

—Como digas otra vez lo sé, te tiro al mar de camino a Barcelona.

Sacamos fuerzas para reírnos sin ganas.

Sin decir nada más, recogemos las maletas y las cargamos en el coche.

Es un camino de vuelta a casa demasiado silencioso.

Poco antes de aterrizar en Madrid, me atrevo a preguntar lo obvio.

—¿Qué vamos a hacer los cuatro días que te quedan aquí?

—No he dicho que me vaya a ir seguro —responde un poco a la defensiva.

—No con palabras, pero no estarías así de jodido si no creyese que en el fondo te va a tocar despedirte de nosotros.

—Nosotros... joder, ¿qué le vamos a contar a Gabi?

—La verdad, ¿no? ¿Qué hay de malo?

—Yo... es complicado. Creo que por ahora preferiría que se quedase como algo entre tú y yo. ¿Podrías no contarle?

No comprendo eso demasiado. ¿Por qué tengo que ocultarle algo así a mi

mejor amigo? Es que Víctor... ¿se avergüenza? ¿Me vende que no está seguro de querer marcharse, pero ya empieza a arrepentirse?

—De acuerdo —accedo no muy convencida. No entiendo qué acaba de pasar, pero sé que no me gusta.

Seré lo que tú quieras que sea

Víctor

Estoy agobiado, agotado y asqueado. Llevo dos días empaquetando toda mi vida con la ayuda de Diana, Gabi y Hana.

Hana...

Estamos rarísimos. Por primera vez en mi vida, no sé cómo comportarme con ella. Ni siquiera cuando nos acostamos los tres estuve tan perdido los siguientes días. Pero es que entonces todos sabíamos lo que había y cómo teníamos que comportarnos para intentar solucionarlo.

Ahora, Gabi está todo el día encima de ella, hablando de lo genial que va a ser que se instalen juntos en Barcelona. Y a mí me hierve la sangre cada vez que le escucho reír y abrazarla como si nada.

En cuanto llegué a casa mi madre pidió a Diana que fuese ella la que me ayudase a preparar las maletas y organizarlo todo con la empresa de mudanzas. Como si no supiésemos ya todos que mis padres no iban a mover un dedo.

No encontré ninguna excusa que justificase retrasar mi partida, así que dejé que lo empezasen a organizar todo.

No sé qué esperaba. Puede que en el fondo solo pretendiese que Hana se acercase y me pidiese que no me fuera, aunque ella parece cada vez más enfadada conmigo. Creo que no le gusta que no haya querido contarle a Gabi que hemos estado juntos este viaje, pero no encuentro sentido a hacerlo si ella me va a rechazar.

Cuando me aseguró que no iba a tomar por mí la decisión de estar o no juntos, me mató. Estoy hecho un putito lío y solo quería que ella me dijese qué tenía que hacer. Pero Hana, además de la valiente, siempre fue la más lista de los tres, y ella ya sabía que esa decisión solo me concernía a mí.

Lo malo es que lo quiero todo. Y que estoy cagado del miedo. Porque sí, yo quiero a Hana, y ¿ella me quiere a mí? ¿O solo le gusto? ¿Voy a dejar pasar California por alguien que no está segura de que lo nuestro vaya a salir bien?

Me acribillo a preguntas todo el día.

Una hora estoy convencido de que ella es la mujer de mi vida y que lo tendría que mandar todo a la mierda para mudarme con ella a una casita a la orilla del mar.

Dos horas después me enfado conmigo mismo por ser un crío que no sabe lo que quiere de verdad y por pensar en arruinar mi futuro por una chica.

Pero no es una chica. Es Hana.

Pero durante cuatro años ella nunca se ha decidido entre Gabi o yo.

¡¡Aaaahh!! ¡¡Joder!!

Me voy a volver loco.

Si Gabi nos nota distintos, no dice nada, aunque creo que es realmente imposible no sentir la tensión entre nosotros.

La última noche antes de mi vuelo la pasamos los tres juntos en nuestro piso, bebiendo hasta las mil y recordando los últimos cuatro años. Yo lloro mucho, y Gabi se burla de mí por hacerlo, aunque no me importa. Voy a echar de menos que se meta conmigo por ello. Pensarlo me hace llorar más y, al final, hasta él se levanta con disimulo para encerrarse en el baño para controlar las emociones.

Hana se ríe con la cara empapada, y yo me la quedo mirando como un bobo.

—¿Qué? —me pregunta divertida, apartando las lágrimas de sus mejillas.

—Solo estaba pensando que estás igual de bonita que aquella noche que viniste a buscarme después de tu cita con Baró. —La noto sonrojarse y bajar las defensas, y a pesar de que sé que Gabi estará a punto de volver, no puedo evitar preguntárselo—. ¿Habrá un futuro para nosotros, bebé?

—No quiero prometerte nada que pueda estropearlo lo que tienes que vivir allí, Víctor.

—Joder, a veces me gustaría que fueras un poco más visceral, de verdad, bebé.

—Alguien tiene que mantener la cabeza fría, ¿no? —me contesta algo enfadada—. No puedo jurarte que te voy a esperar, ni ser tan egoísta como para pedirte que en algún momento vuelvas a por mí. Porque ahora me jurarás que lo harías, y luego puedes enamorarte perdidamente de alguna animadora americana que hará que te quedes allí toda la vida, y yo me quedaré destrozada.

—Hana, voy a volver. Mi casa está con vosotros.

—Con estas cosas uno sabe cuándo se marcha, pero no cuándo regresa. No me prometas que estaremos dos años separados y que después regresarás para que retomemos esto que ni siquiera has querido que le contemos a Gabi porque, si te despistas, esta historia se convertirá en cuento, y si lo estiras demasiado acabará siendo chino.

—No entiendo por qué estás tan cabreada conmigo.

—Porque quiero que te quedes. Y que te vayas. Y que me prometas la puta luna, pero luego me mata pensar que no volverás para dármele. —El llanto vuelve a enrojecer sus ojos y yo siento que me muero un poco por dentro.

Gabi elige ese momento para regresar y, al ver así a Hana, confunde su desesperación con pena por mi marcha y la arrulla mientras le susurra que él siempre estará ahí para ella.

Las ganas de pegarle una hostia son tan grandes en ese momento, que me avergüenzo de pensar así sobre mi mejor amigo.

Cuando él se levanta a por otra tanda de cervezas solo puedo susurrarle algo a ella que no puedo quitarme de la cabeza.

—Seré lo que tú quieras que sea. Si no quieres promesas, no las haré. Pero te voy a esperar hasta que tú me des una señal clara de que quieres que deje de hacerlo. Y, aun así, quiero que no te quepa duda de que pienso volver. Sé que en Los Ángeles me espera una oportunidad increíble, pero mi futuro siempre lo tendré aquí. —No retira la mano cuando se la sostengo con fuerza, y eso me da algo de esperanza.

Estoy sentado en el avión esperando a que los últimos pasajeros embarquen.

Acabo de despedirme de las dos personas más importantes de mi vida siendo testigo de cómo ambas se echaban a temblar cuando nos hemos abrazado por última vez.

Tengo ganas, muchas ganas, de atreverme a tomar este camino por mí mismo. Comprobar a dónde puedo llegar, descubrir tantas cosas que aún me quedan por aprender... Aunque algo pesado y angustioso sigue instalado en mis entrañas, repitiéndome que la mayor aventura que voy a vivir en mi vida también puede ser la peor decisión que jamás tomaré.

Cojo el móvil y, antes de apagarlo por orden del piloto, busco la canción. Esa melodía lleva sonando en mi cabeza desde que volvimos de la Costa Brava. Sé que ella está tan confusa como yo, que está enfadada, triste, contenta por mí y segura de que este viaje me hará bien, aunque no creo que lo esté tanto de cómo le afectará a ella. Gabi me ha prometido que la vigilará, que me avisará si nota comportamientos extraños de nuevo y que se asegurará que no deja las sesiones con su antigua psicóloga en Barcelona, pero no puedo evitar

marcharme un poco preocupado.

Escucho la letra que Morat parece haber escrito para que yo se la susurre a ella y le doy a enviar esperando... no sé ni qué espero conseguir, pero necesito decírselo una última vez, que sueño con ella, que la quiero conmigo.

Soñé un verano que se hiciera eterno desde el momento en que vi tu mirada.

Me derretiste con esa mirada.

Pero el verano se volvió un invierno cuando vi que otros brazos te esperaban.

Me congelé mientras yo te esperaba.

*Y ahora entiendo cuál es mi papel. Nos queremos cuando nadie ve.
Las balas perdidas de este amor prefiero no verlas en mi piel.*

Si me preguntan por ti, diré que es mentira que toda una vida he soñado contigo.

Yo sueño contigo.

Si me preguntan por ti, diré que no es cierto que duele por dentro que no estés conmigo.

Te quiero conmigo.

Te miro, me miras y el mundo no gira. Todo parece mentira.

Tú sigues, yo sigo. Es nuestro castigo, fingir que somos amigos.

Y cuando no haya testigos, mi vida entera te daré cuando nadie ve.

La pantalla de mi teléfono se torna negra antes de que el doble check azul aparezca.

Doce horas después, en el aeropuerto internacional de Los Ángeles, esperando de pie en la cinta transportadora por la que debe salir mi maleta, mi móvil sigue devolviéndome un silencio atronador.

Lo que pasó cuando solo fuimos dos.

En tierra de nadie

Gabi

Fui ruin. Y absurdo. Y hasta un poco imbécil.

Cuando Víctor se marchó pensé que al fin había llegado mi oportunidad.

No comprendí que jamás la tuve y que conformarme con una Hana que solo tenía para ofrecerme un cariño que ella podía llegar a confundir con amor a ratos, era engañarla a ella y menospreciarme a mí.

Entendí tarde y mal que yo nunca sería para ella más que uno de los apoyos más importantes de su vida.

Ya ves. Algo tan grande y yo no supe apreciarlo.

Joder.

Cuando decidí hacer aquel curso *online*, yo ya sabía que me marcharía donde ella estuviese. No podía renunciar a los dos a la vez.

Mis padres no vieron con buenos ojos que corriese detrás de Hana, pero es que quedarme solo en Madrid no era una opción para mí. La especialidad que quería desarrollar me permitía trabajar en muchas partes del país, y la Ciudad Condal me parecía una tan buena como cualquier otra para empezar.

Nos mudamos a Barcelona ilusionados y con ganas de comernos el mundo. Echando de menos ser tres, pero acostumbrándonos como podíamos a los números pares. Y es que una cosa es que yo supiera que lo mío con Hana nunca podría ser mientras Víctor estuviera cerca, y otra muy distinta que me alegrase de su marcha.

Lo echaba tanto de menos que ni siquiera me permitía reconocerlo en voz alta.

Nos instalamos en un apartamento bastante decente en la zona de Gracia que podíamos permitirnos porque la cocina y el baño tenían más años que Hana y yo juntos, y porque no había ascensor a pesar de ser un cuarto. Combatimos el olor a antiguo con manos y manos de pintura blanca y algo de papel decorativo, e hicimos aquel espacio un poco más nuestro a base de tardes de películas y cervezas.

Tuve paciencia. Conocí a gente, me acosté con algunos chicos, le presenté a Hana a algunas amigas. Viví.

Víctor llamaba a menudo al principio, y yo le mantenía al día de todo lo que nos iba pasando. Él se mostraba entusiasmado con todo lo que estaba

descubriendo en California, y cuanto menos parecía él echar de menos España, más distante se mostraba Hana a través de la pantalla del ordenador o por el móvil.

Nunca llegué a entender del todo lo que pasó entre ellos. Quiero decir, no soy imbécil. Sé que ese verano algo cambió. Lo noté cuando volvieron. Se miraban de una forma... diferente. Pero ellos no dijeron nunca nada y yo no pregunté por si no me gustaba la respuesta. Solo sé que él estaba confuso y que ella estaba dolida, y yo a menudo azuzaba ese sentimiento, comentando lo feliz que parecía mi amigo lejos de nosotros.

Lo cierto es que la distancia me puso las cosas fáciles. Las llamadas cada vez se espaciaban más en el tiempo. Las diferencias horarias conseguían arañar minutos a las charlas que manteníamos los tres por Skype. Víctor empezó a dejar caer nombres de chicas en las conversaciones y cuando terminó su primer año en el extranjero nuestro contacto se reducía a audios frecuentes a través de *wasaps* que nos permitían mantener una apariencia de normalidad, aunque en realidad casi nunca nos contáramos nada relevante.

Mi curso terminó tres meses después de su inicio, así que empecé a moverme pronto como *freelance* en el mundo del diseño gráfico y no me fue mal. Me iban saliendo trabajos bien pagados en revistas y algunas webs, y Hana consiguió que una editorial pequeñita se fijase en ella un tiempo después de finalizar el máster que eligió y que le hizo pisar la Universidad Autónoma de Barcelona por primera vez hacía ya más de un año.

El día que firmó el contrato con ellos, salimos a celebrarlo. Llevábamos más de catorce meses en tierra de nadie, siendo nosotros, entendiéndonos como siempre lo habíamos hecho, queriéndonos y necesitándonos, pero sin llegar nunca a ser aquello que yo quería. Así que esa noche me propuse cambiarlo.

Llegamos al piso algo más tocados por el vino de lo que había pensado, aunque no quise pensar que ella se dejó llevar solo por eso.

Cuando se fue a su habitación la seguí. Creo que supo ver mis intenciones antes de que le diese el primer beso, así que no se sorprendió cuando me acerqué a sus labios.

Es como si lo aceptase. Estaba tranquila y ella misma se desnudó para mí esa noche.

Lo hicimos despacio, mirándonos mucho, gimiendo aún más. Hana se durmió apoyada en mi pecho, acariciándome la línea de vello que bajaba desde mi ombligo.

Al día siguiente ni siquiera hablamos de qué había significado eso. Ambos supimos que esta vez había sido diferente a aquellas compartidas unos años atrás.

Empezamos a dormir juntos cada noche. Nos besábamos a cada rato que teníamos oportunidad. La llevaba de la mano por cada rincón de Barcelona. Y me sentí ganador cuando me di cuenta de que las llamadas de Víctor se espaciaron un poco más los meses siguientes a decirle que estaba saliendo con Hana.

Creo que por entonces ellos hablaron más a menudo, dejándome a mí al margen. Más de una noche escuché el móvil de Hana vibrar de madrugada. Si ella no se despertaba, a veces miraba disimuladamente quién le escribía tan tarde. Siempre era él, con canciones que no quería ni saber qué decían, con un simple «te echo de menos» que yo me encargaba de borrar para que ella nunca llegase a leerlo, con palabras que podrían hacerla dudar. Interceptaba cuantos podía, como un gilipollas que se piensa que, por no tener competencia, puede aspirar al premio.

El problema es que la felicidad que creía que sentiría cuando al fin consiguiese que ella estuviese conmigo, no llegó. Y no lo hizo porque la mujer en la que me hundía cada anochecer entre sábanas revueltas y orgasmos compartidos no era mi Hana.

Sonreía a menudo, hablaba con pasión de su nuevo trabajo, proponía planes y me besaba con cariño. Pero faltaba algo. Le faltaba luz.

Me costó ocho meses aceptar que Hana no me quería. No al menos como yo la quería a ella.

El día que me atreví a sentarla para hablar de ello, se echó a llorar en cuanto le pregunté qué podía hacer para llegar a ella, para darle lo que necesitaba.

—Tú no tienes que hacer nada, Gabi. Eres increíble, eres... maravilloso. Habría que estar loca o loco para no enamorarse de ti sin medidas ni barreras —me soltó sollozando.

—Pero tú no me quieres así.

Solo conseguí por su parte un llanto que nos partió el corazón a los dos. Ella balbuceaba «lo siento» como si fuera un mantra que pudiera devolverle algo de calma. Y yo trataba de no temblar como lo hacía al abrazarla porque sabía que, si queríamos seguir siendo nosotros, no podía permitirme flaquear.

Fueron meses extraños, en los que tuvimos que volver a marcar los límites y aprender a tocarnos sin que un abrazo resultase incómodo. Pero era Hana,

por Dios santo. Claro que no iba a desaparecer de su vida porque no se hubiese enamorado de mí como lo hizo de Víctor.

Porque ella nunca me lo dijo claramente, aunque yo sabía que lo nuestro no podía ser no porque ella no pudiese amarme, sino porque ya le había dado a otro todo lo que podía ofrecer.

Nuestra ruptura coincidió con el final del segundo año del máster de Víctor. Aún no había decidido cómo contarle a mi mejor amigo que lo mío con Hana no había funcionado cuando él nos llamó para decirnos que se iba a quedar, al menos, un año más allí. Una cadena de televisión le había ofrecido una oportunidad como becario y no tuvo ni que pensárselo.

Retrasé mi noticia a propósito. No sé bien por qué. Puede que me diese miedo que, de saber que ella estaba libre, volviese para recuperarla. Y si ellos estaban juntos, no sabía dónde me quedaba yo.

Sé que él jamás me echó en cara que tuviese algo con Hana cuando se fue. Supongo que era algo que el fondo se esperaba, como lo hice yo. Pero que me indultase lo que yo sentía como una traición hacia él, no implicó que yo me perdonase igual de rápido. A veces me reprochaba ser tan idiota, porque que ellos habían estado juntos antes que nosotros era un secreto a voces, pero de alguna manera sentía que yo me había aprovechado de lo que fuese que los llevó a distanciarse al volver de la Costa Brava.

No quería reconocer ante él que el haberme jugado nuestra amistad por una chica hubiese acabado conmigo hecho una mierda y con Hana más taciturna que nunca.

Y a pesar de todo, la vida siguió. Y las aguas se calmaron.

Acabé reconociéndole a Víctor que Hana y yo no estábamos ya juntos. Él no preguntó demasiado, puede que prefiriese no saber, y sé que quiso llamarla, aunque no se atrevió.

Ellos ya solo hablaban cuando los tres nos sentábamos frente al ordenador, lo que ocurría cada vez con menos frecuencia. Y en una de esas tardes de Skype y cafés a distancia, me di cuenta de que los quería de verdad. A los dos. Solo como amigos, solo como dos personas a las que quieres ver felices. A las que necesitas ver felices.

Y me di cuenta de ello porque ahora no lo eran.

Los dos eran desgraciados lejos del otro. Trabajaban, reían, salían y follaban. Pero se extrañaban demasiado como para sentirse completos.

Y me juré ayudarles a solucionarlo antes o después.

Tercera parte

Mi vida

Cuatro años después de que él tomase aquel avión.

Leer da sueños

Hana

—Malena, voy pillada con un trabajo pendiente que me ha encargado la editorial. ¿Te puedes ocupar tú hoy de cerrar?

—Claro, jefa. No hay problema. ¿Sigues en pie lo de mañana?

—Sí, sí. Hablo yo con Gabi, y que se lo recuerde a tu hermano. A las nueve en casa.

—Perfecto. Mañana nos vemos, *cuore*.

Salgo de mi pequeña librería a toda prisa para llegar rápido al apartamento y poder empezar pronto con la redacción del informe de lectura que me ha pedido mi superior y que tengo que tener listo antes del lunes. Teniendo en cuenta que es viernes y que mañana mi compañero de piso ha organizado una inocente cena que, con toda probabilidad, acabará en un desfase épico, prefiero dejarlo todo listo esta misma noche, no vaya a ser que el domingo no pueda moverme del sofá o sacar la cabeza de la taza del váter.

Al pensar en vomitar, un escalofrío me recorre el cuerpo. Odio emborracharme de más por si mi cuerpo rechaza el alcohol en forma de arcada. Demasiado tiempo soportando el sabor amargo que pasaba de la laringe a la nariz, la irritación de garganta y el regusto a bilis cuando intentaba expulsar hasta la comida que ni siquiera tenía ya en el estómago.

Durante los últimos cuatro años, he luchado en un par de ocasiones con las ganas de dejar de comer para tratar de conseguir un poco de paz. Después de la ruptura con Gabi, doblé mis sesiones con la psicóloga. Pensar que podía haberle hecho daño en mi intento por olvidar a Víctor, por mandarle la señal que sabía que él necesitaba para seguir adelante, por intentar hacerlo yo, me destrozaba. Hubiese matado a cualquiera que osase hacer daño a mi mejor amigo, y acabé siendo yo la que más lágrimas consiguió arrancarle. Cada vez que notaba que le costaba mirarme cuando nos cruzábamos en el salón durante las semanas posteriores a la ruptura, me habría abofeteado a mí misma.

Juro que nunca pretendí herirlo. Pensé de verdad que lo nuestro podría ir bien. ¿Cómo no iba a ser así si yo lo adoraba? El problema es que confundí mi manera de quererlo. Gabi nunca, jamás, dejará de importarme, pero de ningún modo despertará en mí lo que consigue provocar una caricia de Víctor.

Gracias a Dios, él decidió pelear por nuestra amistad tanto como yo, así

que en ningún momento se nos pasó por la cabeza dejar de vivir juntos, o renunciar a contarnos casi todo, o evitar abrazarnos cuando alguno lo necesitaba, incluso si el otro era el causante de la pena que arrastrábamos ese día.

Seis meses después de vivir a su lado una de las peores tardes de mi vida, Gabi se sentó de nuevo a mi lado para acariciarme el pelo mientras le confesaba que la editorial para la que trabajaba iba a cerrar. Me encontraba perdida, rota y sola. Y era horrible reconocer que esa soledad se debía, únicamente, a que él no estaba conmigo; a que Gabi me consolaba con todo el amor del mundo mientras yo solo podía pensar en que necesitaba que fuera él quien me jurase que todo iba a salir bien. Dejé prácticamente de comer durante cuatro días, hasta que Gabi me cogió de la mano una vez más y me llevó a ver a mi madre, que lloró nerviosa pensando que la pesadilla volvía.

Ver derramar lágrimas a la gente que quiero por mi culpa se había convertido en uno de los remedios más eficaces para que dejase de ser tan gilipollas en la mayoría de las ocasiones.

Doblé los ejercicios de reafirmación que mi psicóloga me había pautado en tantas ocasiones, me obligué a comer siempre delante de alguien para no buscar excusas que me permitiesen mentirme a mí misma sobre por qué no había podido ingerir nada ese día, hablé sobre cómo me sentía mucho más que de costumbre, y me levanté una vez más cuando Ana quiso visitarme de nuevo.

Vuela.

Cae.

Levántate.

Sigue.

Y seguí. Seguí intentando ser feliz.

Empecé por ofrecerme como editora independiente para empresas pequeñas. Conseguí que en un par de ellas me ofreciesen algunos trabajos para revisar obras que me enviaban. Era algo que podía hacer desde mi casa, ajustando mis propios horarios, así que tenía bastantes horas libres al día. Y las empecé a gastar en pensar demasiado en algo que siempre había dado vueltas por mi cabeza pero que me había asegurado de no dejar salir a menudo, porque hay cosas con las que no me atrevía a soñar demasiado; por si nunca llegaban, por si no lograba a alcanzar, por si dolía demasiado que nunca se convirtiesen en realidad.

Y un día me cansé de ser cobarde. De dejar que la vida me viviera a mí, teniendo cuidado de pasar siempre de puntillas por ella.

—Quiero abrir mi propia librería.

Gabi estaba enfrascado en la pantalla de su ordenador, pero levantó la vista y me sonrió.

Ni siquiera me preguntó de dónde había salido aquella idea tan peregrina, ni me tomó por loca por plantearme montar mi propio negocio en los tiempos que corrían.

Solo sonrió.

Al día siguiente apareció con unos cuantos papeles de la mano. Documentación sobre las librerías que había en la zona y que podrían ser competencia directa, números sobre el coste de alquilar un local, un par de contactos de personas que trabajaban en bancos y que podrían facilitarnos que pidiera un crédito para empezar... Esa tarde deseé poder amarlo con todas mis fuerzas. Quise quererlo como no supe hacerlo ocho meses atrás, cuando se volvió a meter en mi cama por primera vez desde que llegamos a Barcelona. Qué injusto es a veces el amor y qué ciego el corazón.

Sé que empezar aquella relación con Gabi fue una manera inconsciente de dejarle claro a Víctor que los dos debíamos seguir adelante. Me enfadé de más cuando finalmente se marchó, pero no pude gestionarlo todo. Mi cabeza me decía que yo misma le había animado a hacerlo, porque sabía que era lo correcto, que era lo que necesitaba hacer; y entonces otra parte de mí, más oscura y menos amable me repetía sin cesar que, una vez más, yo no había sido suficiente, que él no me había elegido a mí por encima de sus sueños.

Intentaba acallar ese pensamiento cada vez que me asaltaba. Sabía que era egoísta, irracional e infantil, pero a pesar de todo, no se iba por completo.

Cabrearme fue mi medio de autodefensa. Cuando, además, Víctor empezó a hablar de personas que conocía allí, y me di cuenta de que el número de nombres femeninos triplicaba al de los masculinos, empecé a repetirme a diario que lo que vivimos en Costa Brava fue un espejismo, algo propiciado por las vacaciones y el estar solos tantos días.

Que lo que había existido entre nosotros durante tanto tiempo había sido una atracción muy fuerte, pero que no era amor. No al menos por su parte.

Fuimos un ‘yo’ que quise confundir con un ‘nosotros’.

Me había engañado a mí misma.

Es algo que la gente hace cada día.

Cuando algo te duele demasiado, buscas excusas que justifiquen que hayas sido demasiado tonta como para creerte palabras de amor que nunca fueron refutadas con hechos.

No lo intentó porque tenía miedo a perderme si no funcionaba.

Se marchó porque yo misma le obligué, prácticamente, a hacerlo.

Me quiere. Es solo que está asustado porque nunca ha tenido una relación seria.

Volverá... o no. O igual se queda allí para siempre con una rubia con tetas postizas.

En aquella época escuché tantas veces el *De haberlo sabido* de Quique González y Rebeca Jiménez que hasta Gabi lo tataraba sin querer en la ducha.

Estaba enfadada y estarlo me hacía sentir ridícula y cruel. Así que lo afronté de la única manera que creí correcta.

Me decidí a olvidarlo, porque nos hacíamos daño. Porque le quería demasiado para aceptar que con él tenía que ser o todo o nada. Esperé alcanzar un punto intermedio que creí, equivocadamente, que podría pasar por Gabi.

Cuando se enteró de que estábamos juntos, los mensajes de madrugada empezaron a sucederse demasiado a menudo. Textos en los que podía intuir a un Víctor que había bebido demasiado, que no encontraba su voz y me susurraba cosas a través de las letras de Funambulista y su *Ya verás*, audios vacíos que se enviaban sin que él hubiese tenido valor de decirme aquello que no le dejaba dormir tranquilo.

Cómo me dolió Víctor en aquella época. Y cuánto me jodió no poder enamorarme de Gabi por mucho que lo intentase.

Quise odiarlo por no quedarse, pero no supe. Así que me rendí y me resigné a quererlo, aunque tuviese la sensación de que ya lo había perdido un poco.

Después de la ruptura con Gabi, decidí que era hora de pensar en mí, de vivir mi vida fuera de ellos. Me centré en encontrarme, en conseguir sueños que solo yo había soñado... En ser Hana a secas, sin que Víctor y Gabi fuesen dos nombres que siempre debían acompañar al mío en cualquier cosa que hiciese.

Hablé con mi madre y con Sergi. Este insistió en darme una buena cantidad de dinero para que pudiera arrancar el proyecto de mi negocio y hasta se ofreció a avalarme para poder pedir un préstamo al banco. Mi relación con él seguía sin ser la típica entre un padre y una hija, pero seguía esforzándose de verdad. Hasta había traído a mis hermanos a Barcelona unas cuantas veces para poder vernos.

Trabajé a destajo durante cinco meses para montar la librería que a mí me

hubiese encantado encontrar paseando por Barna en mi adolescencia. *Leer da sueños* abrió sus puertas como un espacio en el que perderte durante horas si así lo querías. El local era lo suficientemente grande como para habilitar dos espacios diferenciados. El primero de ellos lo decoré con un mimo especial, repartiendo los libros que teníamos a la venta de forma que ninguno pareciese apilado de cualquier manera o colocado allí al azar. Evité llenar mi tienda de estanterías gigantes e impersonales que impidiesen ver las últimas baldas, o que diesen la sensación de haber entrado en una gran superficie más.

La habitación a la que accedías a través de unas pequeñas puertas giratorias de madera, al estilo de los salones del antiguo oeste, te daba acceso a un saloncito con un sofá, un par de sillones, una cafetera y unos cuantos libros de segunda mano en buen estado que cualquiera podía disfrutar durante un rato allí mismo. No eran títulos que hubiesen salido muy recientemente, pero sí que había obras realmente interesantes que los clientes podían disfrutar de forma gratuita con una taza de café y buena compañía. La idea era invitar a todo el que quisiera a dejar allí algunas novelas que tuviera por casa y que pensase que eran dignas de compartir.

Siempre he creído que la literatura ha de ser un ente vivo. Los libros se marchitan en las repisas si nadie los abre a menudo. Los personajes que viven en ellos necesitan contar sus historias y, si permanecen cerrados durante demasiado tiempo, acabarán muriendo de pena.

He de reconocer que la idea funcionó bastante bien desde el principio, tanto que un par de meses después de abrir empecé a pensar en ceder ese espacio un par de días al mes para montar clubs de lectura y presentaciones de autores noveles que intentaban hacerse un hueco en un mercado sobresaturado y muy complicado.

Necesité ayuda para llegar a todo poco después, y así es como Malena llegó a mi vida y, con ella, su hermano Marc irrumpió en la de Gabi.

A ella la contraté hace casi un año y se ha convertido en un pilar fundamental para mí en muy poco tiempo. Supongo que pasar tantas horas al día juntas en un espacio pequeño ha hecho que intimemos mucho. Muchísimo. Le he contado acerca de Ana, de Víctor, de Gabi, de Sebas, de mí... le he hablado hasta de mi padre y mis dos hermanos y de lo mucho que los echo de menos, a pesar de que cuando me mudé de nuevo a mi ciudad natal me parecía imposible que eso llegase a pasar.

Ella escucha, aunque no habla demasiado. Bueno, no es del todo así. Habla por los codos, por eso nos llevamos bien. Pero siempre tengo la sensación de

que casi nunca dice nada. No sé si me explico.

Malena es extrovertida, algo loca y muy divertida. Si no te fijas, puedes tener la sensación de que te ha contado su vida en apenas media hora desde el primer momento en que la ves, aunque si te paras un momento te darás cuenta de que apenas conoces relaciones pasadas tuyas, amigos habituales o qué le gusta hacer además de leer, escribir y salir con Gabi, conmigo y con su hermano.

Su hermano. Marc... Es cinco años mayor que ella y que yo. Es decir, siete más que Gabi. Acaba de hacer los treinta y tres, pero a veces parece que es el abuelo de todos. Cuida mucho a su hermana, es bastante serio y más bueno que un trozo de pan.

En este último año los cuatro hemos formado una pandilla bastante bien avenida, aunque el hecho de que Gabi y Marc se lícen cada vez más a menudo sin terminar de definir si son o no una pareja nos deja en situaciones algo tensas de vez en cuando. Pero, por lo general, han conseguido que mis días vuelvan a ser bonitos y calmados.

Lástima que la tranquilidad no parezca hecha para mí.

Incompleto

Víctor

—¿Seguro que no le has contado nada?

—¡Que no! Joder, qué pesado estás.

—Es que quiero que sea una sorpresa.

—Pues con lo que habéis hablado el último año estoy todavía por ver si va a ser una buena o una pésima.

Yo mismo llevo una semana con la misma idea en la cabeza, así que no puedo contestarle nada a Gabi para tranquilizarlo a él y, de paso, a mí mismo.

Sé que recuperar lo que tuvimos antes de que me marchase no va a ser fácil, pero nada que merezca la pena lo es. Decido que el primer paso para lograrlo es hablar claro.

—Gabi... ¿Qué pasó entre vosotros? —Lo veo tomar aire, despacio, sin apartar la mirada de la carretera. Aún nos queda un trecho hasta llegar a su piso desde el aeropuerto, así que este es un momento tan bueno como cualquier otro para hurgar en algunas heridas que necesito saber cerradas.

—Que lo intentamos y fracasamos. Confundimos el cariño con amor y cuando nos dimos cuenta de que no sabíamos vivir el uno sin el otro, pero sí que podíamos hacerlo sin meternos juntos en la cama, decidimos dejarlo ahí antes de estropear algo que sí que podría durar una vida entera.

—¿Lo decidisteis o lo decidió? —Sé que la pregunta le hace daño, pero llevamos demasiado tiempo siendo cobardes, y esta vez Hana merece a alguien que luche por ella.

—Creo que sabes la respuesta a esa pregunta. —El silencio se instala entre los dos. Ambos nos perdemos durante unos minutos en recuerdos que nunca compartiremos con el otro, porque somos demasiado amigos como para admitir algunas verdades que sabemos que dolerían—. ¿Alguna vez me contaréis qué pasó de verdad en ese viaje?

—Creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta. —Sonríe ante mi réplica y noto cómo se le forman unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Está contento de verdad. No parece enfadado y eso me alivia de una forma brutal.

—¿Os enamorasteis?

—No puedo contestar por ella. Ojalá pudiera, supongo que todo lo que pueda venir en los próximos meses sería más fácil de sobrellevar entonces —

pienso en alto, adelantándome a un posible rechazo por parte de mi mejor amiga—. Yo... yo solo puedo decirte que en esas semanas descubrí que hay algo más grande que cualquier cosa que conociese hasta entonces. No... joder, no es nada que sepa explicar.

—¿Y fueron suficientes tres semanas para saberlo?

—No fue suficiente. Fue más. Fue todo.

—¿Y por qué te marchaste? —Ahí está, la pregunta que sé que me hará tener que matar monstruos por ella.

—Porque necesitaba vivir esto, Gabi. Tenía que construirme una vida, ser alguien por mí mismo, conseguir estar orgulloso de la persona en la que me convertiría. Hana me hizo querer llegar lejos, me dio alas para conseguirlo. Ya sé que puede parecer que se enfadó conmigo por alejarme, pero estoy seguro de que en el fondo se alegra de que me atreviese a intentarlo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —Desvía la vista de la autopista durante un par de segundos para mirarme con los ojos algo achicados y más serio de lo normal. No quiere que le haga daño, y me lo está recordando a su manera.

—Dejar de guardarme para mí promesas que quiero cumplir con ella.

Llegamos al piso que comparten en Gracia poco antes de la hora de comer.

Gabi me ha puesto al día de forma mucho más detallada que en nuestras sesiones de Skype de la rutina que tienen instaurada en sus vidas. Me habla de Malena y de Marc. Más de él. Creo que es su manera de decirme sin palabras que le parece bien lo que quiero intentar con Hana, que él ya no es parte de ese juego.

Dejo la maleta en su habitación. El resto de mis cosas se enviaron hace unos días a la casa de mis padres, en Madrid, a la espera de que encuentre un apartamento al que mandarlo todo antes de final de mes. En dos semanas empiezo a trabajar en una revista deportiva mensual bastante conocida, y su sede está en Barcelona.

Ni siquiera me planteé buscar trabajo lejos de ellos. Estar más tiempo separado de ella no era una opción.

Tengo mirados algunos pisos que tendré que visitar en los próximos días para comenzar cuanto antes con la mudanza, pero ese punto está muy por debajo de otros en mi lista de prioridades.

Salgo por la puerta sin apenas despedirme de Gabi y me encamino hacia

Carrer de Vallfogona siguiendo las instrucciones de Google Maps, que me asegura que estoy a apenas doce minutos caminando desde mi ubicación.

Distingo su librería aún antes de ver el nombre en el rótulo de la puerta. Todo lo que rodea aquella puerta grita su nombre. Los *palets* decorados como si alguien hubiese rociado la pintura a brochazos sobre ellos, colocados a modo de estanterías exteriores, con casi tantos libros como plantas. El color azul de la puerta, salpicado de manchas más claras que te hacen pensar en las olas al romper en el mar. Las fotos en blanco y negro de gente leyendo en posturas imposibles, colocadas entre las novelas abiertas en el escaparate. Ese espacio es tan ella que puedo imaginarla detrás del mostrador antes de poner un pie dentro.

Estoy más nervioso de lo que lo he estado en toda mi vida.

No sé si tengo que prepararme para la hostia del siglo o para un par de besos educados.

Me suda todo el cuerpo. Y, aun así, las ganas son más fuertes que cualquier otro sentimiento.

Me duelen las manos de no tocarla.

Me duele el alma de no tenerla.

Cuatro años, joder. Cuatro años sin sentirla; sin poder escuchar de verdad su risa, reverberando en mis oídos al explotar cuando ella está a centímetros de mi cuello; sin hundir el dedo en esos pequeños agujeros simétricos que descansan al final de su espalda; sin sentir el peso de su cabeza contra mi pecho cuando se queda dormida antes que yo; sin observarla sin que ella sea consciente mientras frunce la boca al leer algo que le pone nerviosa.

Este viaje ha sido increíble. He aprendido más sobre mi profesión y sobre mí mismo de lo que nunca imaginé que podría. He descubierto sitios maravillosos. He encontrado personas que me llevo para toda la vida conmigo. He crecido. Pero jamás, en todo este tiempo, he dejado de sentirme incompleto.

Atravieso la puerta de la tiendecita con algo de miedo y el corazón en la garganta.

Ella aún tiene la vista fija en algo que reposa sobre una mesa cercana, aunque está de frente a mí. Se ha cortado el pelo. Lo lleva justo por encima de los hombros. Me invade una alegría desconcertante al darme cuenta de que ha ganados algunos kilos. Sonríe mientras estudia algo que sujeta entre las manos, y ese gesto me prende el pecho.

Está preciosa.

—Hola, bebé.

Prometo que la veo paralizarse como si alguien hubiese ralentizado el tiempo a nuestro alrededor.

Suelta los papeles que sostenía a la vez que comienza a levantar la cabeza despacio, con los ojos muy abiertos. Puede que demasiado. No consigo averiguar si lo que hay detrás de ellos es sorpresa o rabia.

Pruebo a dar un paso hacia ella, pero me detengo al ver cómo se le humedece la mirada y se lleva una mano a la boca, que se niega a cerrarse por completo.

Antes de que me dé tiempo a procesar qué está pasando, Hana recorta el espacio que nos separa en cuatro zancadas y se lanza a mis brazos, apretándome tan fuerte que tengo la sensación de que es ella quien me sujeta a mí y no al revés.

Hundo la cara en el espacio que siempre dibujaba con mi nariz entre su oreja y su cuello, y rezo por poder quedarme ahí a vivir, justo ahí.

Su esencia lo llena todo. No es su champú de coco, ni siquiera la colonia que use en este momento, si es que lleva alguna. Hana huele a Hana, simplemente. Por encima de cualquier aroma artificial la distingo a ella. Recién levantada, pegando su piel a la mía, regalándome ese olor que distinguiría sobre cualquier otro, porque nada se le parece.

Y por primera vez en cuatro años, siento que no me falta nada.

Amigo con derecho a orgasmos

Hana

No me da tiempo a pensar en si debía o no abrazarlo así. No manda la cabeza, solo reacciona el cuerpo. Y la piel me pide encontrarlo, reconocerlo de nuevo.

Me separo de él con la respiración demasiado rápida y la sonrisa dolorosamente amplia. Él no me ayuda a tranquilizarme cuando se queda mirando mi boca unos segundos de más. O quizás son de menos.

Lo he extrañado y negarlo es ridículo. Víctor es mucho más que alguien de quien me enamoré.

Marc suele repetirme a menudo que el amor puede con todo. Supongo que siempre se olvida de decir que esa es una verdad más grande de lo que insinúa; porque sí, puede con todo. Puede derribar todo lo malo, pero también arrasar con todo lo bueno. Te puede dejar rota, vacía y rabiosa.

Cuando él se marchó hubo demasiadas mañanas grises, aunque nunca dejé de sentir que era alguien importante en mi vida. Jamás deseé no volverlo a ver, no poder compartir de nuevo mis días a su lado.

Lo quise durante años. Supongo que a ratos hasta sin saber que de verdad era así. No sé echar la vista atrás y señalar el momento exacto en que me enamoré de Víctor. Durante mucho tiempo fue mi mejor amigo, solo eso. Un lado de un triángulo perfecto. Nunca vi la imperfección en el número tres. Hasta que noté que un beso de Gabi me hacía cosquillas en los labios, mientras que uno de Víctor me hormigueaba por todo el cuerpo.

Y a pesar de pasarme casi el mismo tiempo acostumbrándome a verlo con otras mujeres, a aprender a sentirlo como un amigo, pero a no verlo como un hombre, nunca dejé de creer que era una parte fundamental en mi vida. Y el haberme decepcionado cuando se alejó no significa que haya dejado de sentirlo como tal.

Me separo un poco del calor que emana su pecho y lo golpeo en el brazo en un gesto amistoso. Empiezo a hablar sin parar, muy deprisa, enseñándole toda la librería, preguntándole qué hace allí, sonsacándole información sobre hasta cuándo se queda.

—No me marchó. —Estudia mi reacción cuando deja caer semejante bomba—. Gabi ya lo sabe, le pedí que me guardara el secreto, quería

sorprenderte. No hemos hablado demasiado en los últimos tiempos y quería ser yo quien te dijera que vuelvo para quedarme.

—¿Y eso? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Te dije que lo haría.

Lo hizo, y yo no lo creí. Preferí prepararme para el peor de los escenarios por si acaso la película de mi vida resultaba ser un drama y no una comedia. Se me olvidaba que Víctor nunca me mintió.

Me propone ir a tomar un café, pero al confesarme que se va a quedar unos días en casa hasta que encuentre algo mejor que la cama de Gabi o nuestro sofá, le animo a subir para juntarnos los tres y emular los años de facultad. Parece algo decepcionado, aunque acepta con una sonrisa dibujada en el rostro. Creo que entiende que no me quiero quedar demasiado tiempo a solas con él. No es que me sienta incómoda, es que creo que habrá conversaciones que querrá mantener y para las que yo no sé si estoy preparada.

Paseamos tranquilos hasta el portal de mi piso, y, antes de entrar, me retiene por el codo un momento y me obliga a girarme para mirarlo.

—En algún momento vamos a tener que hablarlo, Hana. —Mierda.

—Lo sé. Es que no sé qué quieres tú —me atrevo a confesar.

—Quiero lo que tuvimos allí. Quiero recuperar eso.

Lo que tuvimos allí.

Risas, complicidad y mucha cama.

Unas vacaciones.

Diversión.

Víctor habla de un charco mientras yo albergo el mar dentro del pecho.

—Creo que eso es complicarnos mucho las cosas ahora mismo. Acabas de regresar. Igual tenemos que volver a aprender a ser amigos antes de lanzarnos a follar sin más. El sexo sin ataduras es muy divertido, pero no quiero que estropee nada. Ya he hecho mucho daño a Gabi. A ti sentí que te perdí de alguna manera hace años. Prefiero estar segura de que acostarme contigo no implica que te vuelvas a alejar.

Lo veo fruncir las cejas un segundo. Se recompone rápido y procura cambiar la expresión de sus ojos, que me escrutan como si no terminaran de entender lo que le digo, pero lo he notado. Se ha molestado por mis palabras. No entiendo el motivo. Puede que pensase que según aterrizase iba a abrirme de piernas para él, pero esto no funciona así.

Tengo que prepararme, estar segura de que no me destrozará dormirme entre sus brazos algunas noches y tener que verlo con otras un par de días

después.

Me suelta el brazo con calma y pasa por mi lado para alcanzar el ascensor antes que yo. Me sujeta la puerta para que entre sin decir nada más hasta que Gabi nos recibe entre abrazos al cruzar el umbral y apenas tardamos media hora en vaciar un par de cervezas cada uno, sentados en el sitio del sofá que cada cual solía ocupar cuatro años atrás en aquel piso de Alonso Martínez que fue nuestro hogar.

Solo han pasado un par de semanas desde que Víctor aterrizó en Barcelona, pero hoy tenía que incorporarse ya a la plantilla de la revista en la que va a currar. Gabi y yo estamos esperándole para cenar. Por lo que nos ha contado, su jornada no se extenderá tanto habitualmente ni por asomo, es solo que, al ser su primer día, algunos compañeros le han insistido para ir a tomar algo después de trabajar y así empezar a conocerse mejor.

Cuando al fin llega, pasa directo a la habitación de Gabi, donde tiene la mitad del contenido de su inmensa maleta desperdigado por sillas y suelo, y se coloca una camiseta algo gastada y unos pantalones de chándal para estar por casa. No desentona con el pantalón de pijama que lleva su amigo ni con mis mallas viejas y mi camiseta de *Pepsi* del año la pera.

Antes de haberse sentado siquiera a la mesa del salón ya se ha pasado las manos por el pelo tantas veces que parece que se acabase de despertar. Al llevarlo un poco más largo de lo que recordaba, se le dispara con facilidad hacia todos lados.

La barba le ha crecido considerablemente.

Parece más mayor.

Saca una Coca-Cola de la nevera mientras Gabi me sirve agua y atacamos las alitas de pollo sin piedad mientras Víctor nos habla de las primeras impresiones que le ha producido su nuevo trabajo. Parece emocionado y no tarda en contagiarnos su alegría.

Sigue contándonos lo buen tío que parece el fotógrafo que le han asignado para su primer reportaje cuando decidimos pasarnos al sofá para elegir alguna película a la que acabaremos haciendo el mínimo caso porque estaremos más entretenidos hablando entre nosotros que escuchando los diálogos de otros.

Sin necesidad de comentarlo, cada uno coge posiciones ante la tele. Gabi se recuesta en el sillón balancín que trajimos de Ikea hace unos meses, y

Víctor se retrepa en un lateral del sofá y coloca un cojín en su regazo sin dejar de mirar a su colega, que le habla de un proyecto que tiene entre manos para una revista de anime y que le trae por la calle de la amargura. Cuando me tiro en mi hueco, al lado de Víctor, este me rodea los hombros para empujarme con suavidad hacia un lado hasta que quedo tumbada con la cabeza apoyada sobre el almohadón que tiene en las piernas. En cuanto estoy en posición, hunde los dedos en mi pelo y empieza a acariciarlo sin prestar apenas atención al gesto. De vez en cuando deja que las yemas lleguen hasta mi cuello, regalándome algún pequeño escalofrío que me arranca sonrisas insolentes.

No es algo que hagamos conscientemente, pero Víctor y yo nos buscamos. Nos tocamos con excusas bobas; repasamos partes de nuestra piel que quedan expuestas al tumbarnos cerca, como si fuesen roces inocentes; nos besamos en la frente, en la sien, en la mandíbula... en cualquier parte que nos permita engañar por un momento a nuestros cerebros, creando la falsa apariencia de una cercanía que parece un abismo, porque los dos sabemos que queríamos más.

Él no ha mirado ni un solo apartamento. Gabi me lo confesó hace solo dos noches, mientras se quejaba por tener que compartir su cama de matrimonio con él.

—Si no le vamos a echar de aquí ni con agua caliente por tu culpa, lo mínimo es que invada tu espacio y no el mío. Total, si tú te mueres por joder los muelles del colchón con él.

Y tiene toda la razón. Quiero acostarme con Víctor. Voy por la vida como una quinceañera hormonada todo el día. Pero me sigo poniendo frenos absurdos. A veces pienso que me sería más fácil lanzarme a follar con él como una loca si estuviese completamente segura de que eso es lo único que va a haber entre nosotros, si algo me asegurase que él nunca me habla de amor al referirse a nosotros. Necesito saber que no me he pasado cuatro años olvidándolo para tener que recordar en un par de meses cómo hacerlo de nuevo.

Afortunadamente, o para mi desgracia, la señal que necesito no tarda en llegar.

Me despierto de la siesta algo desorientada. Miro el reloj de mi móvil y compruebo que he estado durmiendo más de dos horas.

Joder. Puñeteros e improductivos sábados dedicados a no hacer nada más que reptar de la cama al sofá y de ahí al frigorífico.

Me levanto algo amodorrada y escucho a Gabi y a Víctor trastear con la *Play* en el salón. Empiezo a ponerme algo de ropa con cierta prisa porque necesito vaciar la vejiga con urgencia.

—¿Saltamos entonces en Pisos Picados?

—No, tira hacia Chiringuito Chatarra, que me queda por hacer ahí un desafío semanal.

Están tan metidos en el juego que ni siquiera me oyen salir de la habitación para llegar al servicio. Voy con tanta prisa, y ellos están tan absortos que ni siquiera me molesto en cerrar la puerta del todo. Total, voy a terminar antes de que a ellos les dé tiempo a levantarse del sofá. Aprovecho para lavarme los dientes, la cara y peinarme un poco.

—¿Has hablado esta semana con Yaima?

—Aún no. Pensaba conectarme mañana para verla un rato y poder charlar tranquilos, con tiempo. La echo de menos.

El cepillo se queda a mitad de recorrido en el nacimiento de mi pelo.

¿Víctor extraña a una mujer de la que nunca he oído hablar?

Sé que no debería, pero a la mierda. Me acerco a la puerta y la abro un poco para que sus voces me lleguen más nítidas.

—No lo dejes pasar. Se va a mosquear contigo como de repente pases de ella, que han sido más de tres años viéndoos casi a diario. Y estoy seguro de que ya lo pasó bastante mal cuando le dijiste que volvías.

—Ni me lo recuerdes. Cada vez que me acuerdo de cómo lloraba se me parte el alma, tío. —Incluso separada de él por una habitación puedo sentir la pena en el tono de Víctor. Le tuvo que doler de verdad abandonar a esa chica en Los Ángeles.

—Es normal. Has sido alguien importante de verdad para ella estos años.

—Y ella para mí. A veces verla era lo único que me sacaba una sonrisa en las semanas malas.

No quiero seguir escuchándolos a escondidas. Tampoco me hace falta.

Durante demasiado tiempo me he preguntado si mientras yo intentaba superarle a él, aun a costa de engañarme y engañar a Gabi, Víctor se acordaría a veces de mí o si tendría a alguien a quien abrazar por las noches, alguien que le hiciera sentir especial.

Ya tengo la respuesta.

«Han sido más de tres años».

Tardó apenas unos meses en sustituirme. Ni siquiera me habló de ella ni una sola vez.

Me meto en la ducha para serenarme un poco. Dejo que la cascada de agua que cae sobre mi cabeza me embote los sentidos, hasta que solo oigo un zumbido sordo a mi alrededor y puedo, al fin, dejar la mente en blanco.

Cuando me seco el pelo y salgo, luciendo tan solo una toalla, me encuentro de cara con Víctor.

—Eh... esto... venía a decirte que... uummmh —Me mira tanto rato el pecho y las piernas desnudas que hasta me hace gracia. Cuando se moja los labios, y noto cómo se le enturbia la mirada, se me corta la risa—. Gabi se ha marchado. Le han llamado y ha salido escopetado. Me ha parecido escuchar a Marc al otro lado de la línea, así que imagino que hoy no dormirá en casa. Algún día va a tener que explicarme bien qué se trae con ese tío, no pillo bien qué tienen...

Sigue hablando mientras se gira para dirigirse al salón a por su teléfono y preguntarme a gritos si prefiero japonés o italiano para cenar.

Y yo solo puedo pensar en que quiero besarlo. Existe una Yaima, sí, pero está en Estados Unidos. Y él está aquí. No me quiere, no tiene por qué ser complicado, ni doloroso. Solo tengo que dejarme llevar una vez más. Y no volver a confundirme. Víctor es mi amigo. Solo eso. Pero puede ser un amigo con derecho a orgasmos.

Dejo caer la toalla en mitad del pequeño pasillo que lleva hasta las habitaciones y me encamino al cuarto de estar. El sol hace rato que se ha puesto y los chicos miraban la pantalla de la televisión solo alumbrados por una lámpara de pie que colocamos junto al sofá. La habitación está un poco en penumbra y las sombras juegan a esconder los rasgos de Víctor, que recoge las latas y las colillas que se han acumulado en la mesa a lo largo de la tarde.

Espero a que él mismo se percate de mi presencia. Quizás debería haberme acercado con cuidado, porque cuando levanta la cabeza y me ve, deja caer el cenicero que sostiene en la mano derecha y un estallido de ceniza impregna el sillón favorito de Gabi.

—Joder...

Se queda inmóvil durante lo que a mí me parece una eternidad, observándome de una forma casi hierática.

Doy un par de pasos en su dirección y lo siento temblar levemente. Ese estremecimiento me hace sentir más poderosa que en toda mi vida.

Llego hasta él, que sigue en la misma posición, con dos botellines de

cerveza aún sujetos en su mano derecha. Se los quito y los poso en el mismo sitio de donde los ha recogido hace un minuto. Sin dejar de sostenerle la mirada, le levanto la camiseta hasta sacársela por la cabeza y la lanzo sobre mi hombro. Meto las manos por los laterales de su pantalón de deporte y se los bajo con cuidado, llevándome su ropa interior con la caricia. Sonríó acuclillada desde abajo al ver su erección salir disparada del *bóxer*.

Le sujeto la polla con firmeza y lamo el glande en sentido circular. En el mismo momento en que le oigo expirar de una forma increíblemente ronca y sonora, me la meto lo más profundo que puedo, provocándome una arcada. Repito el movimiento y elevo un poco la mirada para fijarme en la expresión de Víctor, que parece perdido en el placer, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Cuando acelero el movimiento, abandona su particular ascenso al cielo para fijarse en lo que hago. Lo veo tan expuesto, tan mío, que no puedo evitar un amago de sonrisa.

—No hagas eso. No sonrías así mientras me la chupas o te juro que no respondo.

Sus palabras conectan directamente con mi entrepierna, que se humedece de anticipación.

Me concentro en lo que estoy haciendo, dejando que él marque el ritmo sujetándome por el pelo sin ejercer demasiada presión. La saliva empieza a acumularse en la boca y algunos mechones que escapan del agarre de Víctor se me pegan a la cara, pero no me detengo. Mis muslos empiezan a quejarse por la postura. Los ignoro y me sujeto al culo de Víctor con la mano derecha para poder mantener mejor el equilibrio mientras con la zurda le masajeo los testículos.

Sus jadeos comienzan a tornarse un tanto erráticos y lo siento palpar mientras lo lamo desde la base hasta el glande, dejando que los dientes dejen un reguero en el que dolor y placer se confunden al jugar a marcar los límites justo antes de volver a devorarlo.

—Para. —Intenta apartarse, pero refuerzo mi agarre en su trasero y succiono más fuerte—. Hana, en serio, para.

Que su orden me suene a ruego me anima a seguir.

Lo oigo blasfemar en el mismo momento en que el primer chorro de semen impacta en mi paladar. Intento tragar, pero no abarco las dos últimas descargas de Víctor, que aciertan en mi pecho y mi estómago al inclinarme hacia atrás. Cuando estoy segura de que se ha vaciado por completo, vuelvo a metérmela

entera en la boca, limpiándolo con mi saliva. Él ignora mis atenciones y se retira para sujetarme con fuerza por las axilas. Me eleva en el aire como si fuese una muñeca diminuta y enrosca mis piernas por su cintura.

Se mancha el torso con los restos de su orgasmo que aún no me había limpiado, pero no parece molestarle. Solo se concentra en besarme con desesperación, y cuando lo hace, me doy cuenta de que es la primera vez que lo hace desde que me planté desnuda ante él.

Empieza a andar cargando aún conmigo, sin separar nuestras bocas. No quiero abrir los ojos por si se rompe este espejismo, aunque imagino que está llevándome a mi habitación. Tropezamos un par de veces antes de llegar, lo que me hace pensar que él tampoco es capaz de mantener la vista enfocada por completo cuando se pierde en mis labios.

Me posa sobre un colchón y me gira hasta dejarme de espaldas a él, de rodillas. Empieza a jugar con su pulgar, arrastrándolo por mi sexo. Lo escucho gruñir al comprobar lo mojada que me deja hacerle una mamada. Tantea arriba y abajo hasta que nota mi clítoris hinchado y lo fricciona con fuerza, consiguiendo que las piernas me fallen por un momento. Me sostiene por la cintura para evitar que me desplome sobre la cama y pega mi espalda a su pecho. Al sentir su erección presionando contra la cara interna de mi muslo, me giro a mirarlo con sorpresa.

—Nunca tengo suficiente de ti, bebé. Siempre quiero más. Siempre voy a querer más.

Sin añadir nada, dobla una pierna hasta apoyar un pie en la colcha, aún erguido detrás de mí, y se agacha ligeramente para colarse de golpe en mi interior. Estoy a punto de derrumbarme de nuevo por la acometida, pero él no me suelta y empieza a marcar un ritmo frenético conmigo rebotando entre sus brazos.

Grito más que gimo.

—¿Quieres que pare? —me pregunta con tiento.

—No, Dios, no. Sigue. Más fuerte. Te siento en todas partes.

Y es verdad, es como si lo notase en la parte de atrás del estómago, caliente, vibrante. Apoya la barbilla en mi hombro y resopla en mi oído. Sus jadeos conectan directamente con mi entrepierna y me pone la piel de gallina.

Comienzo a notar su piel húmeda, caliente. Deja caer una mano hasta el vértice de mis piernas y hunde los dedos en busca del punto exacto que sabe que conseguirá hacer que me corra más deprisa. El otro brazo asciende por mi cuerpo hasta sujetarme por el pecho. Estira la palma hasta dar con uno de mis

pezones. Me lo pellizca sin cuidado y eso me enciende aún más.

El orgasmo llega como todo lo que tiene que ver con Víctor, sin avisar. Me pilla por sorpresa, sin cosquillas en el bajo vientre que lo anuncien, ni siquiera un hormigueo cerca del clítoris. Solo estalla, contrayéndome, apretándome.

En vez de disminuir el ritmo al sentirlo, Víctor acelera los empellones, follándome casi con rabia. Apenas tarda unas cuantas embestidas más en correrse. Sentirlo vaciarse en mi interior me excita de una forma casi vergonzosa.

Me suelta y al fin caigo doblada sobre la cama, sujetando mi peso ayudándome de los brazos. Él se mantiene unos segundos en silencio, recuperando el resuello.

—Espero que no te arrepientas de esto, bebé, porque yo ya no voy a poder parar.

No tengo claro si me suena a amenaza o a promesa.

Deja de dar cosas por sentadas

Gabi

Tengo que hablar con ellos. O comprarme tapones para los oídos.

Otra puta noche sin apenas pegar ojo. Y va más de un mes. Víctor ni se ha molestado en fingir que está buscando piso. ¿Para qué? Si ya tiene habitación. La de Hana.

Y, coño, que una cosa es que haya aceptado que esos dos tienen que estar juntos y otra que no me escueza un poquito escucharla a ella gritar el nombre de mi mejor amigo a intervalos de tres horas mientras intento conciliar el sueño. A ver, que estoy a gusto con mis escarceos y que, para qué negarlo, cada vez me gusta más Marc, aunque sacarme por completo a Hana del sistema es difícil.

Al menos no andan besándose como adolescentes en mi cara. Porque esa es otra. Follan como conejos, y en cuanto llega la hora del café, como si fuesen dos amebas asexuadas, oye. Ni se tocan.

He de reconocer que Víctor está siendo listo. No la presiona, le da espacio, deja que sea ella quien marque los ritmos, aunque creo que no se da cuenta de que, si no da un paso al frente, Hana puede tirarse así otros cuatro años. Dejar que las cosas pasen sin más es una de sus especialidades.

—Ey, pequeñaja —puede que no sea mala idea que les eche una mano. Quizás así pueda empezar a librarme yo mismo de algunas cargas—, ven aquí, que quiero hablar un minuto contigo. —Le señalo el hueco que hay a mi lado en el sofá.

—Pero rápido, que tengo que abrir la librería en media hora.

—Pues avisa a Malena y que se adelante ella, que ni siquiera has desayunado en condiciones.

—Joe, Gabi, qué control con lo de no saltarme comidas.

—No te controlo. Es que nos conocemos. Luego te lías con el inventario que te espera hoy en la tienda y no te llevas nada a la boca hasta casi la hora de cenar. —Gruñe, pero coge una taza de café y un par de bollos que Víctor ha subido al volver de su rutina de *running*. No quiero ni calcular a qué hora se tiene que levantar para poder hacer ejercicio diario y salir pitando a la redacción tan temprano como lo hace. Y casi sin dormir. Si yo hago eso, sería más zombi que persona.

—¿Qué te pasa? —me pregunta una vez acomodada a mi vera y con media napolitana en un carrillo.

—Primero, no hables mientras masticas, anda. —Como toda respuesta abre la boca y me enseña una masa informe y babeada—. ¡Qué cerda eres, tía!

—Venga, Gabi, que no tengo todo el día.

—Lo siento.

—¿Qué? —Creo que se pensaba que le iba a reñir por la actitud que ha tomado con Víctor. No va desencaminada, pero antes hay un par de cosas que quiero dejar claras.

—Cuando en primero de carrera me enteré de que Víctor y tú os habíais enrollado, le pedí que no volviera a hacerlo. Por entonces ya nos gustabas a los dos. Le vendí la moto de que solo deberíamos ser amigos los tres y, en cuanto se relajó, te entré en aquella fiesta. Me merecí las hostias que me soltó. —La veo mirarme algo incrédula, puede que esté recordando la tarde en que aparecimos por casa con la cara llena de golpes—. Después... no sé. Creo que me di cuenta de que vosotros os mirabais de forma diferente, pero nunca quise admitirlo, porque hacerlo significaba renunciar a ti y entonces era un niño que no estaba dispuesto a que le quitasen su juguete favorito. Todo se complicó cuando supimos lo de tu anorexia, cuando apareció Sebas, cuando...

—Aborté. —Siempre me ha costado decirlo tan claro. Pensar en Hana en aquella época me sigue doliendo demasiado.

—Sí. —Miro hacia abajo, intentando encontrar ánimos para continuar. Hana alarga el brazo y me sujeta la mano. Sigue aquí, conmigo, y siempre seguirá. Lo sé—. Hana, sé que Víctor se enamoró de ti, como un imbécil, además. Seguramente te quiso bastante más de lo que lo hice yo. O al menos te quiso mejor.

»Él nunca pensó en ti como algo sin lo que no pudiese vivir, sino como alguien con quien siempre querría estar a pesar de no tener por qué hacerlo. Se marchó para que los dos crecieseis sabiendo quiénes erais y qué podíais llegar a alcanzar, pero para él siempre has sido tú.

—¿Por qué me dices esto, Gabi? —La voz le tiembla ligeramente al salir y le acaricio despacio los dedos que aún tiene enlazados con los míos para captar su atención.

—Porque os quiero a los dos. Porque hace años le pedí que se alejase de ti. Porque me mata pensar que en parte es culpa mía que no confíes en él. Y porque, pequeña, si sigues ignorando lo que sentís, al final corres el riesgo de que llegue a desaparecer.

—Él no me quiere, Gabi. Te estás confundiendo. Sé que le gusto, pero no pasa de ahí. Os oí hablar de Yaima. Si hubiese estado enamorado de mí, no habría tardado dos suspiros en encontrar a alguien así de importante para él.

—Me muerdo la lengua para no soltar alguna barbaridad. No me corresponde a mí hablarle de ella a Hana.

—Pregúntale. Deja de dar cosas por sentadas. Deja de callarte todo. Víctor repite continuamente que eres la que más cojones ha tenido siempre de nosotros. Demuéstranos a los tres que tiene razón.

Me pongo de pie y le doy un beso en la sien antes de dirigirme hacia mi cuarto para vestirme y marcharme a trabajar. Cuando cierro la puerta de la entrada, Hana sigue sentada en el cuarto de estar con la mirada opacada y la cabeza perdida en busca de respuestas.

Yaima

Hana

Ha pasado una semana entera desde que Gabi me soltase la charla en plan padre preocupado y aún no he encontrado el momento para enfrentarme a la conversación que sé que tengo pendiente con Víctor.

Esta noche iba a quedar con Malena, pero lo ha anulado hace un rato. No me ha dicho por qué, aunque la he notado algo preocupada. Sé que Marc lleva un par de días algo alicaído, así que puede que tenga que ver con eso. También sé que Gabi ha quedado para salir de copas con una chica que ha conocido por una de las aplicaciones de ligues que tiene. Solo espero que Marc no esté jodido por eso. Si no van a saber llevar esa especie de relación abierta que tienen, va a ser mejor que lo dejen como está antes de que se hagan daño de verdad.

Mañana hablaré con Gabi de eso. Sí, mañana.

Hoy solo tengo la concentración justa para encenderme otro cigarro y esperar a que el ruido de las llaves de Víctor en la cerradura me anuncie que ya está en casa.

Cuando lo escucho atravesar el umbral, me envaró en mi sitio del sofá. Al verme, me dedica una sonrisa que se le queda bailando helada en el rostro en cuanto me lanzo a preguntar.

—¿Quién es Yaima?

Se detiene un instante, con la chaqueta aún en la mano.

Supongo que intenta detectar enfado o reproche en mi voz, pero solo hay curiosidad. Nunca he sido amiga de la dramatización como forma de vida. Lloro a menudo, pero sin grandes aspavientos ni ataques histéricos. Sé que acepto lo que llegue a mi vida con excesiva normalidad, como si me diese igual. No es así, es simplemente que no creo que me ayude en nada exagerar las desgracias o adornar mi tristeza. Solo pretendo saber, no para resignarme, sino para interiorizar la realidad y continuar avanzando.

Se marcha hasta la habitación y aparece de nuevo ante mí unos minutos después, con ropa de andar por casa. Ha debido pasar por la cocina, porque trae dos cervezas y una bolsa de Doritos. Se mete tres triángulos en la boca a la vez, bebe un trago de su botellín y me roba un pitillo. Después de dos caladas profundas, empieza a hablar.

—¿De dónde has sacado ese nombre?

—Os escuché una tarde a Gabi y a ti hablando de ella. Me dio la sensación de que era alguien a quien echas de menos. —Víctor asiente despacio mientras se lleva de nuevo el cigarrillo a los labios.

—Yaima es una chica cubana que conocí a los cinco meses de estar en Los Ángeles. Se convirtió muy deprisa en alguien importante para mí. Ella me repite a menudo que la ayudé más de lo que jamás sabrá expresar. Yo siempre le respondo que, sin ella, mis dos primeros años en California hubiesen sido más infierno que paraíso. Me recordó mucho a ti. Puede que por eso me acercase a ella —No sé si cree que eso debería halagarme, pero solo me cabrea. Escucharlo me hace daño, aunque permanezco callada, porque necesito saber. Siempre saber, para no vivir engañada, para conocer a qué me enfrento—. Cuando llegué a California estaba muy ilusionado, pero te extrañaba tantísimo, Hana... Me preguntaba a diario si entenderías de verdad que nunca te había dicho adiós porque jamás pensé que ese viaje fuese una despedida; si pensarías en mí tanto como yo me acordaba de ti; si alguien estaría consolándote a base de unos besos que yo sentía que solo eran míos; si estarías bien, sana...comiendo.

»Ese último pensamiento era el que más me atormentaba. Odiaba pensar en la posibilidad de que sintieses la necesidad de dejar de alimentarte de nuevo o de vomitar. Cada día me amargaba más la culpa, así que una tarde hice algo sin pensar demasiado. Busqué en Internet centros de ayuda para personas con trastornos alimenticios. Había uno como a veinte minutos en coche del bloque de edificios donde me alojaba. Me planté allí en quince. Fue como una necesidad, como si aquel sitio tirase de mí. Como si pudiera acercarme de alguna forma un poquito a ti. —Insisto en mi mutismo, pero ya no tiene nada que ver con el deseo insano de oír cómo se enamoró de otra persona estando lejos de mí. Su historia me tiene encandilada más allá de la realidad, como si estuviese escuchando un cuento que está creando para mí.

»Me presenté en la recepción y me ofrecí como voluntario para ayudar en lo que pudiese. No tenía ni idea de cómo funcionaba aquel lugar o de si me dejarían pasar tiempo por allí, aunque fuese lavando platos en la cocina. —Su risa provoca un efecto espejo en mis labios, que se curvan sin querer—. Me recibieron con los brazos abiertos cuando les conté algunas de las cosas que has compartido con Gabi y conmigo estos años. No sé si tenía derecho a hacerlo...tampoco sentí que te traicionase al contar tu historia. No pretendía vender un secreto importante para ti, solo ayudar a gente que lo necesitase, que

se sintiese perdida.

»Una de las psicólogas de la asociación me invitó a repetir mis palabras en una reunión que celebraban un rato después. Me senté delante de una sala llena de adolescentes con aspecto malhumorado y les hablé de ti. Me pasé cerca de una hora divagando sobre lo perdida que me pareciste estar la tarde en la que nos explicaste quién es Ana, lo que significó en tu vida; les confesé que tuve mucho miedo por ti, por no saber cómo ayudarte ni hacerte entender lo perfecta que eras para mí; lloré cuando recordé el día que nos revelaste que habías empezado a vomitar otra vez. Dios... estaba tan acojonado, bebé. Recuerdo que te abracé cuando nos pediste que te acompañásemos a ver a Julia, aunque solo quería zarandearte y gritarte que no comprendía en qué coño pensabas. No te entendía, y, a pesar de todo, quería estar para ti. —Estira una mano y me limpia una lágrima que no sabía que había descendido por mi mejilla.

»Mientras hablaba y hablaba, perdido en nuestros recuerdos, me fijé en una chica que no tendría más de quince o dieciséis años. Me miraba como viéndome de verdad. Sentí que comprendía de qué hablaba. Era morena y tenía los ojos de un color parecido al tuyo, aunque más pequeños. Arrugaba una naricilla salpicada de pecas y fruncía la boca en un gesto de preocupación. Cuando terminó aquella sesión, me acerqué a ella y le pregunté su nombre.

—Yaima —deduzco yo, dándome cuenta de mi error al sacar conclusiones precipitadas tras oírle hablar con Gabi.

—Yaima —me confirma él con una sonrisa de anhelo en la cara—. Me preocupé acerca de por qué parecía tan triste y reconoció que le recordaba a su hermano Jairo. Es un crío estupendo de trece años que ha decidido que su misión en la vida es cuidar de su hermana. Parece ser que la veía un poco bebé a pesar de ser un par de años mayor que él. Lo entendí demasiado bien. —En esta ocasión, ambos sonreímos abiertamente—. Se derrumbó delante de mí, explicándome lo mucho que habían sufrido por su enfermedad. Ella empezó a vomitar con once años. Con trece llegó a pesar 35 kilos. La ingresaron en una clínica, pero se escapó. Unos meses después, la internaron de nuevo, y se intentó suicidar. —Trago con dificultad. Recordar algunas cosas es demasiado doloroso. Entender esa necesidad de desaparecer... también—. Sus padres se desesperaban a diario, sin saber qué hacer para ayudarla. Lo único que se llevó de esos centros fue amigas que la animaban a seguir en su lucha contra la comida. Hasta que una de ellas murió.

Cierro los ojos, tratando que la angustia que se extiende por mi pecho deje

de rugir.

Saber que ese podía haber sido un desenlace para mí, me hace sentir estúpida.

Eso es lo que hace Ana.

No te ofrece la perfección. Solo lágrimas. Y dolor. Y ausencia.

—Esa chica tenía solo catorce años, bebé. Y murió. Le falló el corazón. — Siento la incredulidad en el tono de Víctor. Es difícil entender cómo una persona puede dejarse morir así, porque es lo que la anorexia provoca: una muerte en vida, una carrera hacia la autodestrucción—. Yaima se abrió a mí esa tarde de una forma tan desgarradora que ya no pude dejar de verla varios días a la semana. En esos momentos ya no estaba interna en ningún centro. Tras la muerte de esa niña reaccionó y empezó a dejarse ayudar. Ir a esa asociación de forma voluntaria era una de las maneras que tenía de vencer la necesidad de ayunar constantemente. Aún le costaba sobremanera no caer en la tentación de purgarse después de cada comida, así que intentaba hablar con ella a menudo.

»Han pasado más de tres años y medio desde aquello. Lo pasé realmente mal cuando tuve que decirle que volvía a España, pero lo entendió. Le había contado demasiadas cosas sobre ti como para que ella no fuese consciente de que algún día yo querría recuperar a quien considero mi hogar. —Dejo de respirar durante unos segundos, a pesar de que él sigue hablando, sin querer darle importancia a lo que acaba de dejar caer—. Ahora está mucho mejor. En un par de días cumple diecinueve. ¿Sabes qué me ha pedido de regalo? — Niego, tratando de recordar aún cómo meter aire en mis pulmones—. Conocerte.

—¿A mí? —Me sorprende pensar que esa idea me hace ilusión.

—Claro. No lo reconoce, aunque sé que la idea le pone un poco ansiosa.

—Me gustaría muchísimo.

—¿En serio? —La cara de ilusión que me regala Víctor merecería hasta un paseo sobre brasas ardiendo.

—Claro.

—Espera. —Se levanta con tanto ímpetu que empuja la bolsa que aún mantiene entre sus piernas y a la que apenas ha hecho caso desde que empezó a hablarme de Yaima. Un par de Doritos aterrizan en el sofá y los recojo para mordisquearlos—. Voy a por el portátil y le mando un mensaje para que se conecte a Skype.

Lo veo trastear con el ordenador durante un rato hasta que lo posa sobre la

mesita central del cuarto de estar, con la *cam* apuntándonos directamente. El icono con el teléfono verde vibrando me indica que estamos esperando a que Yaima descuelgue al otro lado del mundo.

Unas pecas más marcadas que las mías y unos dientes que mordisquean con nerviosismo los labios más bonitos que he visto en mi vida inundan la pantalla de pronto. Veo a una chica de aspecto añorado y vulnerable dar un par de pasos hacia atrás hasta que su posición nos permite distinguirla por completo.

De pronto entiendo mejor la necesidad de Víctor por ayudarla. Aún no ha hablado, y ya quiero protegerla de alguna manera.

Sonríe, pero se la ve... triste. Me pregunto si yo sería como ella a su edad.

—Hola, renacuaja.

—Hola. —Nos regala una sonrisa tímida al escuchar a Víctor a través del micrófono, pero sus ojos enseguida se desvían hacia mí y me percato de que los labios se le curvan un poquito más hacia arriba—. Hola —repite—, soy Yaima. ¿Tú eres Hana?

Asiento despacio y sigo observándola. Tiene un aspecto sano, aunque los pómulos se le marcan de forma muy acentuada, y las clavículas le sobresalen más de lo habitual.

Es muy guapa, pero, probablemente, ella ni siquiera lo sepa.

—Vaya... eres preciosa.

Emito una risita ante su comentario.

—Gracias, aunque un pelo castaño y unos ojos marrones no dejan de ser algo del montón. Demasiado común, para mi gusto. Tu melena negra sí que es una gozada.

—¿Lo dices en serio? Eres guapísima. No me extraña que Víctor se pasase el día hablando de ti sin parar.

—Gracias por eso, Yaima —se queja mi amigo, aunque no suena a un verdadero reproche.

—Es que me parece ridículo que no vea que está buenísima. —Empiezo a pensar que quizás me he equivocado total y absolutamente al imaginarme que a Yaima le podía gustar Víctor. O quizás es solo alguna muestra de admiración hacia una persona que ha pasado por lo mismo que ella.

—Supongo que eso es culpa de Ana. Ya sabes que la muy zorra sabe cómo hacerte sentir fea e imperfecta. —Su mirada se torna turbia. Baja los ojos y mueve un poco la cabeza, dándome la razón en silencio—. Víctor me ha dicho que hace tiempo que intentas comer bien y que no vomitas.

—Sí. Estoy bastante bien. Tuve unos días un poco peores hace un par de

meses —mira a Víctor de reajo. Está aludiendo a las fechas en las que él se marchó y no le quiere hacer sentir culpable—, pero los supe manejar.

—Me alegro mucho de oírte decir eso. Es difícil mantenerlas a raya. A Ana y a Mía. Es como si siempre supiesen cuándo hablarte cuando estás baja de ánimo.

—¡Sí! —Le alegra encontrar a alguien que la entienda—. Es... no sé. Como si nunca se fuesen del todo, incluso cuando llevas mucho tiempo bien.

—Es que nunca se marchan, Yaima. —Suspira pesadamente.

—Tú hace muchos años que no tienes que ingresar o que no estás mal...

—No, cariño. Yo hace muchos años que no recaigo, aunque la lucha me acompañará siempre. No es algo que tenga que ponerte triste o que tenga que tentarte a tirar la toalla. Al revés. Aférrate a ello para continuar de pie. Has ganado muchas veces, puedes vencer un día más.

—Así que, ¿nunca se marchan por completo? Ana y Mía, ¿nunca te abandonan? —Escucho el ruego en su tono, la súplica silenciosa que me pide que le prometa que, algún día, las inseguridades, las ganas de dejarlas que se hagan de nuevo con el control, el miedo... se irán. Pero no la voy a mentir, porque no es lo que necesita.

—No. Esperan siempre, acechando, como unas hijas de puta que aguardan a que estés en tu peor momento para rematarte. Pero al menos, ya las conocemos. Sabemos que no son nuestras amigas, que no quieren que seamos perfectas, solo débiles.

»Cariño, no sé si querías hablar conmigo para que te jurase que llegará un momento en el que no existirán días malos, o pensamientos feos, pero no puedo hacer eso. Lo que sí puedo es asegurarte que esos días serán los de menos. Que te querrás, que te verás bonita, que sonreirás y que te gustará tu vida. Mucho.

»Que salir de compras se convertirá en un juego divertido, que ir a comer con gente a la que quieres dejará de ser un castigo para convertirse en un placer, que cuando un hombre te acaricie el vientre no sentirás repulsa, sino deseo.

»Te prometo que no siempre te sentirás perdida, porque habrá gente increíble que te tenderá la mano para ayudarte a seguir adelante. Pero recuerda también que, aceptar ayuda es bueno; depender de los demás, algo que no debes dejar que pase.

—Suena a una buena vida —reconoce.

—Porque lo es. Es una vida de la hostia.

Las dos nos reímos con ganas y Yaima empieza a hacerme algunas preguntas que yo estoy encantada de responder. Durante media hora nos olvidamos del pobre Víctor, que no se queja ni una sola vez de que estemos ignorándole descaradamente.

Hablamos de miedos, de sueños, de pesadillas pasadas y de futuros deseados.

Le doy mi número y le insisto para que me llame o me escriba cuando necesite hablar. Le hago prometer que no dejará de ir al psicólogo, porque tiene dudas sobre si las sesiones con él le están ayudando.

Me menciona a un chico. Uno de los buenos, de los que suman cosas bonitas y solo resta lágrimas en tu vida.

Yo no digo ningún nombre, pero ella ve a Víctor acariciar mi muslo con calma durante todo el tiempo en el que las dos charlamos, y sonrío.

Cuando nos despedimos, lo hacemos más contentas y un poco más ligeras, porque dejar salir los miedos y las miserias los convierte en algo menos pesado.

—Gracias por esto, bebé. —Me giro hacia Víctor y me lo encuentro observándome con una fijeza casi intimidante.

—Gracias a ti por presentármela. Es...

—Especial.

—Sí.

—Ya te dije que me recordaba a ti.

La habitación se ha llenado de algo que no sé controlar. El pulso se me acelera, aunque no sé por qué.

O sí.

Es esa manera de mirarme, como si me necesitase. Como si yo fuese algo inevitable en su vida. Aquello que no controla, porque no está en su mano. O puede que él no esté pensando en nada de eso y sea solo cosa mía, porque lo siento a él así.

No elijo querer a Víctor. Simplemente, no sé no hacerlo.

Me giro para encaminarme a la cocina y romper esa tensión que se ha instalado entre ambos, con tantas cosas sin decir que se me acumulan en la garganta y mueren sin encontrar voz.

—Hana. —Me detengo de espaldas a él, esperando que tenga más valor que yo y temiendo a la vez que sea así—. Que no te lo diga no significa que no lo sienta. Lo sabes, ¿verdad? —Me giro con tiento.

—Víctor, no quiero farsas ni excusas. No lo dices y no lo digo. Será porque

hacerlo sería mentirnos, y nosotros siempre hemos sido sinceros el uno con el otro.

Le escucho tomar aire y soltarlo despacio, ofuscado. Se revuelve el pelo con fuerza y me mira con los ojos entrecerrados.

—De verdad espero que un día dejes de mentirme, que entiendas que levantando muros a tu alrededor no consigues evitar que nadie te dañe, solo aislarte de quien te quiere. Que puede que muchas veces te hayas decepcionado, pero es que las cosas no siempre salen como uno quiere. Para nadie. Y a pesar de ello, los demás seguimos luchando para ser felices, Hana. Y es una mierda que el amor a veces haga daño en más sitios que en la boca, que es en el único lugar donde yo querría dolerte, de tanto besarte y hacerte reír, pero yo no cambio ni uno de los días que hemos pasado juntos, porque secar tus lágrimas también me ha hecho conocerte mejor.

»Dios... —Resopla ofuscado y me mira con tristeza—. Leía en ti mejor que nadie. Y ahora estoy jodidamente perdido contigo. Te lo dije una vez y te lo repetiré hasta que me creas: voy a ser lo que tú necesites que sea, bebé. Pero voy a ciegas, porque no tengo ni puta idea de qué significa para ti ahora mismo, o qué puedo llegar a ser. Solo sé que ya sé estar sin ti, aunque me muero por no tener que hacerlo, porque te he querido como no sabía que se podía querer.

Estoy algo abrumada.

Intento retener todo lo que acaba de decirme, de entender la magnitud de sus palabras. Pero una sola idea grita una y otra vez en mi mente, opacando todas las demás.

No lo sentí solo yo.

—¿Me quisiste? —Necesito asegurarme.

—Joder si te quise...

Y lo dice con una desesperación que me hace imposible no creerlo.

Me pinzo el labio con fuerza, intentando retener un llanto nervioso que me trepa por la garganta.

Ha sido demasiado tiempo convenciéndome de que lo nuestro nunca llegaría a ser. Que hace cuatro años viví un sueño que guardaría para siempre en mi memoria, pero que no se volvería a repetir. Que Víctor podía tenerme en su cama, pero que no lo dejaría volver a entrar en mi corazón para que quebrase las costuras que tanto me costaron zurcir cuando se marchó.

Y al verlo allí, enfrente de mí, con los hombros caídos y la pena tiñendo su voz, me doy cuenta de que estoy cansada. No quiero vivir sintiendo que me

duele el cuello de mirar hacia atrás. Estoy harta de que parezca que el único tiempo que sabemos conjugar juntos sea el perdido.

Hoy digo no al miedo y sí a arriesgarme.

Nunca fue suficiente

Víctor

A veces se me olvida que Hana ha vivido la mayor parte de su vida con miedo.

Miedo al rechazo, a expresarse y recibir burlas por ello, a no ser lo suficientemente buena.

Se me olvida porque no concibo que la imperfección tan perfecta que es ella no pueda enamorar a cualquiera.

No me doy cuenta, por simple o por obtuso, de que ella siempre sale adelante, aunque a veces solo consigue hacerlo a rastras. Porque continuamente tiene una mano que tender a todo el mundo, pero se olvida de pedir ayuda cuando necesita que alguien la sujete.

Cuando me marché, la dejé atrás. Yo no quise frenarme. Ella me pidió que no lo hiciera. Pero le dolió, porque sintió que le tocaba perder de nuevo. Y ahora no sé si he conseguido que entienda, en estos meses que llevo ya a su lado, que he vuelto para quedarme. Que ella no es el camino, que es el destino.

Nunca fue suficiente, porque siempre fue más.

En esta vida corremos a pedir perdón a quienes hacemos daño sin dudarlo ni un momento, y nos olvidamos de disculparnos con nosotros mismos. Dejamos pasar las veces que debimos recordarnos que tendríamos que haber confiado más en nuestro criterio. Ignoramos las voces que nos recuerdan que somos valiosos, que somos fuertes, que nos está permitido fallar, que podemos quejarnos y permitir que nos mimen.

Hana siempre se exigió más que al resto y se olvidó de pedirse perdón por no haberse sabido querer. Al no hacerlo, nunca se absolvió. Y nunca creyó merecer otro amor más grande que el que ella misma se concedió.

Cuando me pregunta con la duda tiñendo su voz si de verdad la quise, me desespero. Qué mal lo he tenido que hacer para que ella no se dé cuenta de que solo soy un puto tarado que perdió la cabeza por ella la primera vez que me besó.

Me levanto del sofá y voy a su encuentro.

Nuestros cuerpos chocan antes que nuestras bocas.

La devoro. Me deshago de la medida, del cuidado y de las incertidumbres de los dos. Intento que con un solo beso se olvide de lo que pudo ser, pero no

llegó nunca. Le digo sin palabras que no me conformo con ser las cenizas que quedaron. Quiero ser el fuego que prenda todo a su paso.

La desnudo, la muerdo, me inundo de ella.

Me arranca la ropa y nos tumbamos en el suelo del salón, sin saber llegar más lejos. Necesito sentirla entera.

Dios, está muy excitada, y eso me excita muchísimo a mí.

Me hundo en ella y la siento caliente y mojada.

Nos giro, buscando que ella se quede encima de mí para poder contemplar cómo me folla, con los ojos cerrados, la boca algo abierta y el pelo cayéndole por un hombro perlado de sudor.

Gime sin control, balanceándose hacia delante y hacia atrás, cada vez más rápido.

Aprieto los dientes cuando me impulso hacia arriba. Empujo con toda la fuerza que puedo y ella responde elevándose y dejándose caer de golpe, absorbiéndome entero de nuevo.

Grita e hinca las uñas en mi pecho. Estoy casi seguro de que se tiene que estar haciendo daño en las rodillas contra el *parquet*, pero no se detiene.

La veo cambiar el gesto, regalándome esa imagen que me vuelve loco; esa mueca a medio camino entre el placer y el dolor, como si estuviese sufriendo el más dulce de los tormentos. Se va a correr. Noto los primeros espasmos apretándome la polla y antes de que ella explote, lo hago yo.

La sujeto por las caderas y me hundo lo más profundo que puedo en su interior. Cuando ella comienza a contraer el estómago involuntariamente, me lanzo a acariciarle el clítoris, esperando alargar su orgasmo.

—¡Oh, joder!

Pega un pequeño brinco por la sorpresa e intenta cerrar los muslos, pero mi cuerpo se lo impide. Sus piernas me atrapan entre sacudidas y los pezones se le endurecen tanto que no puedo evitar incorporarme para llevarme uno de ellos a la boca.

Nos quedamos unos momentos allí sentados, en el suelo, sin mostrar ninguna intención de movernos. Conmigo aún dentro de ella.

—Te he mentado.

Mi confesión aún suena como un jadeo a media voz. Intento regular mi respiración, sin separar todavía mi frente de su pecho.

Me separo del olor de su piel, de la droga que es su cuerpo, para decirle aquello mirándole a los ojos.

—No te quise, Hana. Te quiero. Nunca dejé de hacerlo.

La sombra de la duda le cruza la mirada. La conozco. Sé que, dentro de ella, late la ilusión, la esperanza de que, esta vez sí, por fin nos toque ser felices juntos.

—Víctor, yo te quiero, pero no sé si esto es buena idea. Puede salir mal, podemos hacernos daño, podemos perdernos como amigos por no saber ser una pareja, podemos dejarnos ganar por el miedo, y por las dudas, y por...

—Dale la vuelta.

—¿Qué? —La veo tan perdida ante mi interrupción que no puedo evitar sonreír un poco.

—Dale la vuelta para entenderme a mí.

—No sé qu...

—No sé si esto es buena idea —empiezo a repetir sus palabras—. Puede salir mal, podemos hacernos daño, podemos perdernos como amigos por no saber ser una pareja, podemos dejarnos ganar por el miedo y por las dudas... Pero te quiero, Hana. Y eso es más fuerte que todo lo demás junto.

Epílogo

Siete meses después

Hana. 29 años

—Tranquila, bebé. Lo vas a hacer fenomenal.

La confianza ciega que tiene Víctor en mí no calma ni un poquito la ansiedad que me acompaña desde primera hora de la mañana.

Sus besos sí que consiguen distraerme un poco, la verdad. Todavía siento que se me hincha el pecho cuando me muerde con cuidado los labios, como si respirase más profundo cuando está cerca.

Decirle que le quiero me suena ridículo, porque esas palabras suenan tan pequeñas cuando quiero explicarle lo que él es en mi vida... No lo comprendo. Por mucho que lo intente, no consigo entender cómo puede algo tan inmenso caberme en el cuerpo. Dejé de intentar ponerle palabras a lo que él despierta en mí hace tiempo. Nunca le hablo del calor que siento cuando lo miro adormilado a mi lado en el sofá; o de la sonrisa que se me dispara cuando me acaricia distraído al pararme a su lado mientras habla con alguien; ni siquiera de los escalofríos que me provoca cuando siento su aliento en la nuca al apretarse contra mi espalda cada noche. No le hablo de nada eso, pero sé que lo siente, porque yo noto lo que despierto en él.

Acostumbrarme a esto ha sido tan fácil que hasta me asusta un poco a veces. Los últimos meses a su lado han sido como una feria de mimos y sexo desenfrenado. De hecho, la semana pasada nos sentamos a hablar seriamente sobre la posibilidad de mudarnos a algún apartamento cerca del que tenemos ahora, para no alejarnos mucho de Gabi, y poder tener nuestra intimidad. O para poder follar tranquilos en el salón o en el baño sin que nuestro compañero de piso nos interrumpa entre gritos e insultos por no saber lo que es una cama y para qué se puede usar además de para dormir.

—Vamos, enana. Te toca. Que les duelan las palmas de aplaudir.

Gabi me coge de la mano para guiarme hasta la mesita donde me espera Mayte, una compañera de la editorial en la que sigo trabajando como colaboradora.

—Buenos días y gracias a todos por haber venido a acompañar en un día tan especial a Hana.

Empieza a hablar acerca de lo que le gustó la idea que le propuse cuando aparecí en su despacho, cuatro meses atrás, con un borrador de mi bebé; pero yo ya no la oigo. Solo puedo mirar la portada del libro que tengo frente a mí, en la que mi nombre se distingue en una letra cursiva y delicada en la parte

superior.

Dos días después de conocer a Yaima por primera vez a través de una pantalla, me di cuenta de que una idea llevaba rondándome la mente desde que pulsé el botón de colgar en el portátil.

Esa niña de diecinueve años estaba perdida. Estaba mucho mejor que hacía unos años, pero seguía asustada, con dudas, con necesidad de entender algunas cosas que se le pasaban por la cabeza.

Y la entendía.

La vergüenza que acompaña a esta enfermedad rara vez se deja ver. Te guardas algunos pensamientos oscuros y muy feos que durante años te asedian, te intentan tumbar. Y lo haces porque crees que estás sola en esto, que nadie te entenderá, que te juzgarán, que pensarán que eres una estúpida por haber podido caer en algo así.

Pero no es verdad. No eres la única que pasó por ello.

Esa tarde, hace siete meses, quise tenderle una mano a Yaima y a todas las personas a las que alguna vez las fuerzas les fallaron en su lucha contra Ana y Mía. Pensé que pelear contra ellas sola era muy complicado, lo sabía por experiencia; pero podía intentar hacer ver a otros que hay gente que siempre presentará batalla a tu lado.

Y así nació mi historia. La que plasmé en un par de cientos de hojas de papel, en la que me sumergí durante horas, días y semanas sin descanso. Fui cruda, realista y brutalmente sincera. Escribí como si nadie fuese a leerme jamás, como si aquello fuese solo para mí.

Me vacié delante de un ordenador.

No debí de hacerlo del todo mal, porque Mayte tardó solo tres días en decirme que ese escrito vería la luz.

Lo pulimos, lo corregimos, lo acortamos, lo volvimos a corregir, lo maquetamos y lo corregimos un poco más.

Y hoy estoy en mi pequeña librería, abarrotada, delante de personas a las que no conozco de nada, con las manos sudadas, el corazón acelerado y la mirada algo borrosa.

Miro a mi madre, que me observa orgullosa desde la primera fila, con la cabeza apoyada en el hombro de Mikel y los ojos algo acuosos. A su lado, mi padre sujeta la mano de Paula y asiente levemente, dándome ánimos en silencio. Cuando carraspeo para aclararme la garganta y empezar a responder a algunas preguntas, no puedo evitar una carcajada ante los aplausos nada pudorosos que me dedican mis hermanos. Gabi y Víctor no tardan en unírseles,

y Malena y Marc los corean desde la segunda fila.

Todos ellos me quieren y quieren que lo sepa.

Ellos también han recorrido parte del camino que se abrió ante mí hace más de una década. Han cambiado conmigo. Me han acompañado, me han ayudado a levantarme cada vez que he caído y han contribuido a que sea la mujer que soy ahora, tan distinta de aquella niña a la que todo le daba miedo y reparo.

Hoy soy más feliz de lo que recuerdo haber sido nunca. Y quiero gritar a todas las personas que alguna vez se sintieron tan miserables como yo lo hice en esa habitación de mi adolescencia, con dieciocho años, mucha angustia y un puñado de antidepresivos en una mano, que ellos también pueden serlo.

Para explicárselo, decido empezar por el principio.

—Mi profesor de Educación Física me grita una vez más al pasar de nuevo por la línea de salida mientras mis compañeros se ríen de mí sin tratar ya de disimular siquiera.

»Solo he conseguido dar doce vueltas y mis jadeos y la horrible capa de sudor que cubre cada poro de mi cuerpo me advierten que no voy a ser capaz de mantener mucho más el pésimo ritmo que he aguantado hasta el momento.

»Odio al señor Sagarra. Odio la gimnasia. Odio el test de Cooper. Pero, sobre todo, odio mi cuerpo.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer a todos aquellos que decidieron darle una oportunidad a Hana, a Víctor y a Gabi.

Cuando pensé en escribir esta historia tuve claro desde el principio que sería autopublicada. Sé que elegir esta opción es enfrentarse a algunos prejuicios que aún flotan en el ambiente de la romántica y de la literatura en general, así que gracias por llegar hasta ella sin condicionarte y muchas, muchas gracias si decides hablar un poco de ella con otras personas si la disfrutaste.

La historia de Hana ha sido especial para mí, porque investigar su mundo resultó un poco demoledor. Me moví entre webs, chats y testimonios que me encogieron el corazón por momentos. Odié de verdad a todos los *Danis* del mundo y quise gritar de frustración muchas veces. Había cosas que no comprendía, pero Álvaro López de la Rosa me ayudó a entender muchas de ellas. Gracias por la paciencia, los textos infinitos y las aclaraciones cada vez que las necesité. Entrar en la mente de Hana fue mucho más fácil teniéndote a ti explicándome todos esos aspectos psicológicos.

A todas las personas que alguna vez os habéis sentido atrapadas por Ana y por Mía... este libro es un enorme gracias a todas vosotras. Sois fuertes y valéis muchísimo. Vuestras experiencias me enseñaron tanto que no puedo plasmarlo solo con palabras. Os aplaudiría hasta que me doliesen las manos.

Muchísimas gracias a Ana Draghia, que además de ser la dulzura personificada, es un ejemplo de constancia, superación y profesionalidad. Yo de mayor quiero ser como tú, pequeña Ana. Perdona por todos los spoilers, pero eran necesarios para mantener a Gabi a salvo...

Un gracias igual de grande a May Boeken, que consigue arrancarme carcajadas hasta sin un café en el cuerpo. Yo no sé si mi risa consigue que en el curro te miren como a una loca, pero mis compañeros dudan seriamente de mi estabilidad mental gracias a ti.

Gracias también a Altea Morgan, mi chica de los peros y las estas. Santa paciencia que has tenido conmigo y con mi amor por los demostrativos, hija mía. Qué bonito ha sido conocerte más gracias a ellos tres (y a Doug Marcaida, no le restemos mérito).

Vosotras tres conocisteis a mis chicos antes que nadie. No sabéis lo bonito

que fue verlos con vuestros ojos. Contar con vuestras opiniones y consejos hace mucho más bonito este camino de aprendizaje que empecé a recorrer cuando me lancé a este mundo de letras, teclados y locura. Sin vuestros audios, risas e historias, mis días serían mucho más aburridos.

No sé si os habréis enamorado de la portada de esta novela tanto como lo he hecho yo. Si es así, deberíais saber que fue Lorena Pacheco la que hizo reales a Hana, Víctor y Gabi. Niña, ha sido genial trabajar contigo. Eres una artista, un encanto y una profesional como la copa de un pino. La serie Somos Agua también es un poco tuya.

Los que me seguís por redes me habréis oído decir a menudo que una de las cosas más bonitas que me ha regalado esto de escribir es la gente que he ido conociendo mientras lo hacía. A algunas ya os he desvirtualizado. A otras espero no tardar en hacerlo.

Maru, Anna, Pilar, Patri, Carmen, Nieves, Toñi, Aileen, Sara, Eli, Sandry... Gracias. Gracias de corazón por los ánimos, por el apoyo, por darme ganas de seguir haciendo de altavoz para todas las voces que tengo en la cabeza ??

Gracias a todos los que me escribís por Twitter, por Instagram o por Facebook para decirme que Jota os llegó al corazón de alguna manera, que tenéis ganas de volver a leerme, que queréis nuevos libros. No sabéis lo mucho que me hacen sonreír cada una de vuestras palabras.

Y por último, y como siempre, gracias a Miguel. Te podría que agradecer tantas cosas que tendría que hacerte un libro entero. Me conformaré con darte las gracias por corregir con tanto cuidado todo lo que escribo, incluso aunque no sea el género que elegirías por placer para leer; por creer en mí y animarme siempre a que escriba con el corazón; por mostrarme que estás orgulloso de lo que estoy intentando conseguir; y por darme cada día inspiración para intentar explicar que el hogar se encuentra en unos brazos que te sujetan con fuerza tirados en la cama un domingo cualquiera.

Sobe la autora

Me llamo Elsa García y soy una vallisoletana que se enamoró de los libros cuando descubrió, en la casa del pueblo de su abuela, un montón de novelas viejas y bastante usadas de *Los Cinco*, de Enid Blyton.

Devoré durante años todo lo que caía en mis manos y, hace unos meses, me atreví a ponerle voz a una historia que llevaba dando vueltas por mi cabeza demasiado tiempo. Así nació Jota y su peculiar familia.

Soy licenciada en periodismo y me apasionan las letras en general, y la romántica y los thrillers policíacos en particular.

Soy una fan confesa de Marvel y de Juego de Tronos, además de una adicta al café y a los tacones, que luego casi nunca me pongo.

Soy despistada, algo compulsiva y siempre considero que cualquiera es una buena hora para cantar, bailar o escuchar música.

Esta es mi tercera novela, en la que empecé a trabajar tras terminar de escribir la bilogía ‘Y yo’, que consta de los libros ‘Y yo a mí’ e ‘Y yo a nosotros’ y que os invito a que conozcáis si queréis sonreír mucho y emocionaros un poco.

Si quieres saber un poco más sobre mí y seguir mis siguientes historias, puedes buscarme en las redes sociales. Me encontrarás como elsa.garci en Twitter e Instagram, y como Elsa Garcia Garcia en Facebook.